



# **Sobre el Secreto**

**Andreas Faber Kaiser**

PLAZA&JANES

Foto de la portada ANDREAS FABER KAISER  
Primera edición: Octubre, 1985  
© 1985, Andreas Faber Kaiser  
Editado por PLAZA & JANES EDITOKI S, S A  
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugues de Llobregat (Barcelona)

## ***para Chus y Pablo***

*...y, pensando en ti, Chus, escrito en recuerdo de los Sau Rakim de Pohn Peí, que supieron desaparecer sin haber narrado más que una parte de su saber, testimoniando así su pertenencia a la universal comunidad de iniciados.*

*El que sabe, construye callando.*

*La transmisión del conocimiento, que perpetúa el sentido de la vida, no se efectúa más que en pequeños fragmentos, para que sólo el tiempo y la madurez del observador descubran, en cada momento oportuno, la verdad.*

*El conocimiento último se adquiere, se sublima y se comunica en el silencio de la propia vida.*

# ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN:  
LA MAGIA DE LOS REYES DEL SOL

RUMBO AL ENIGMA

DESCUBIERTA POR ESPAÑOLES

VISITANTES POSTERIORES

EL PRIMER INFORME CIENTÍFICO Y EL PRIMER MAPA

HASTA LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

TRAS EL SABER DE LOS SAU RAKIM

SALAPWUK

ENTIDADES SOBREHUMANAS

NAN MATOL

LOS PETROGLIFOS DE TSAP A LAP

DE LA DOMINACIÓN A LA INDEPENDENCIA

# Introducción

## LA MAGIA DE LOS REYES DEL SOL

«A una luna hacia el Sol naciente se hallan las ruinas más asombrosas del océano Pacífico» escribió James Churchward citando antiguos legados orientales, al tiempo que mostraba su estupor al constatar que a una luna hacia el Sol naciente —partiendo de Birmania— se extendía antaño la madre patria de la que emigraron los primeros colonizadores de la India y de Birmania. Ello, naturalmente, en el supuesto que respondiera a una realidad histórica su hipótesis de la existencia de una avanzada civilización en un continente —Ma, Mu o Lemuria, según los distintos criterios de estudiosos y esoteristas— engullido a causa de un cataclismo en épocas remotas por las aguas del actual océano Pacífico. «En mi opinión —continúa Churchward— las ruinas de Ponape son las de una de las capitales de la madre patria, una de las siete ciudades sagradas». Quiero aclarar desde aquí que las pocas personas que saben algo de esta isla, la conocen por su nombre moderno de Ponape, que no quiere decir nada por ser una deformación reciente de su auténtico y antiguo nombre Pohnpei (Pohn pei), el cual sí está impregnado de significado, como más adelante veremos. Por ello lo reivindicó en el título y en toda referencia a la isla en este libro.

Volviendo a Churchward, quien ha sido tachado de farsante, hay que señalar que su opinión básica de la existencia de una civilización-madre en un antiguo continente hoy sumergido bajo las aguas del Pacífico —y que no debe confundirse con la Atlántida, supuestamente hundida entre Europa y América— la comparten otros investigadores y ocultistas de mayor o menor credibilidad, entre los cuales destacan por mayoritariamente conocidos el naturalista y filósofo alemán Ernst Haeckel, para el cual la cuna de la humanidad actual hay que buscarla en zonas hoy cubiertas por las aguas indopacíficas, y la inspiradora de la teosofía, la rusa Helena Petrovna Hahn, más conocida por Madame Blavatski después de su matrimonio con el general Nicephor V. Blavatski.

Le estuve dando muchas vueltas al rompecabezas de Pohnpei antes de comenzar a darle a la máquina para escribir estas páginas. Un libro —como un artículo, una película, una obra de teatro, una obra de arte, un gobierno, una religión o una secta— es siempre un canal de manipulación de la opinión del lector en este caso, en manos del autor. Esto es innegable, y se requiere una elevada dosis de objetividad y de honestidad consigo mismo y con los demás para no caer en la tentación de revestir de tendenciosa fascinación unos hechos ya de por sí importantes en su escueta manifestación. Este libro engloba unos datos concretos como son lugares y narraciones históricas tangibles y accesibles para cualquiera, junto con unas experiencias personales en alguna ocasión intransferibles, y unas indicaciones esotéricas imprescindibles para una mínima comprensión del conjunto del tema. Renuncié a la idea primera de edificar el libro sobre unas bases fundamentalmente ocultas —que aquí pueden alcanzar una multiplicación espectacular— porque me di cuenta de que ello puede llevarme a una perspectiva aparentemente tendenciosa a los ojos de bastantes lectores, por lo cual voy a reducir la trascendencia del tema restringiéndolo más a las experiencias propias y a los datos tangibles para cualquiera, salpicados con las suficientes inyecciones precisas que permitirán a quien lo desee y sepa, profundizar por su propia cuenta en las direcciones esotéricas apuntadas. Sepa este sector de electorado que en las aguas de Pohnpei se refleja, desde la profundidad de los tiempos, la identidad final del símbolo solar y galáctico de la esvástica con el símbolo de la perfección de la obra representada por el sello de Salomón también llamado estrella de David. ¡Cómo me gustaría seguir por este sendero! Pero todo a su debido tiempo.

El libro se ceñirá, pues, a una monografía sobre la isla de Pohnpei, sin profundizar en demasía en sus evidentes conexiones con el resto del Globo. Tal vez en un futuro acometa esta labor, que debe principiar por sus relaciones inmediatas con las islas de Kusaie y el grupo de las Palau (Belau), para seguir ramificándose por tierras americanas y asiáticas, sin descuidar la tradición ocultista de la cuenca mediterránea, ni perder jamás de vista al gobierno planetario de los reyes del Sol.

Devaneos esotéricos aparte, y sin salirnos como digo de la realidad concreta de esta minúscula isla

por sí sola absolutamente mágica, el lector se familiarizará con el enigma principal que ofrece: las ruinas de Nan Matol, una ciudad sin origen ni fin conocidos, erigida sobre 91 islotes artificiales, hoy invadidos por la jungla y los manglares. Éste es el enigma capital de Pohnpei que la arqueología conoce y admite como tal: su desconocimiento absoluto sobre la finalidad de las más impresionantes ruinas del océano Pacífico. Pero si éste es el enigma visible a los ojos del mundo, el auténtico foco mágico de la isla está oculto en la abrupta espesura de la jungla de Salapwuk, en las montañas de Pohnpei. También de esto hablaremos, naturalmente. Y de los demás detalles que la memoria de las gentes del lugar perpetúa hasta hoy: el recuerdo de gigantes, el recuerdo y la presencia de seres de talla extremadamente pequeña, el recuerdo de personas que sabían volar, el recuerdo de una raza que recurría a asombrosos poderes mágicos que permitían el transporte aéreo de grandes bloques de piedra. El recuerdo claro de la conexión celeste y de la realidad del vuelo posible. También habla la tradición de Pohnpei de cambios de plano de seres espirituales que adoptan concreciones formales. Esto y mucho más ofrece la memoria popular hoy en día viva en una isla de dimensiones algo más reducidas que, por ejemplo, Ibiza. Y sin embargo, es una isla que el mundo ignora. ¿Quién ha oído hablar de Pohnpei (o Ponape)? Me atrevo a decir que, casi casi, ni los especialistas.

Por ello se hacía necesario, una vez más, ir y ver. Sé que alguno de mis libros, como es el caso por ejemplo de *Jesús vivió y murió en Cachemira* y de éste sobre Pohnpei, no ofrecen el resultado de una investigación cerrada y conclusa, sino el avance de una investigación en marcha. Para concluir cada una de estas investigaciones se precisa un caudal económico que rebasa mis posibilidades personales, y una holgura de tiempo que requiere acaso toda una vida. Mi investigación no puede detenerse en un punto concreto durante tanto tiempo, porque mi objetivo es otro. Por ello avanzo parte de lo que averiguo para el lector. Porque, antes de que se acabe el tiempo, hay que procurar que la gente se entere de las cosas que aún quedan por explicar en esta Humanidad y en este planeta. Es posible que algún lector disponga de los medios precisos para continuar la investigación que le avanzo. Mi función es así, una vez más en este caso, la de hacer sonar la alarma de que en Pohnpei existe y persiste un gran enigma que requiere ser conocido para ser investigado. Que no caiga en el olvido. Bastante se ha encargado el cristianismo de acallar las voces y de borrar la memoria de los antiguos conocedores, suplantando las creencias de los nativos por los credos de la cultura occidental.

La elaboración de este libro es así el resultado de la composición de un enorme y abigarrado rompecabezas cual es la oferta de información de la más variada índole sobre la historia de este pequeño enclave geográfico ignorado por el resto del mundo. Fuentes diversas, el mutismo inicial de los nativos, los secretos iniciáticos e informaciones de diverso grado de fiabilidad han hecho laboriosa la tarea de estructurar con coherencia y una mínima claridad informativa la documentación —exhaustiva documentación— que he podido reunir. Para no dividir el libro en compartimentos estancos lo que contribuiría a aburrir en ocasiones al lector, entremezclaré datos concretos con leyendas, impresiones y vivencias personales y breves pinceladas de insinuaciones para esoteristas, en una sucesión informativa que si bien narrada al vuelo, no deja de estar tejida cual estructurada telaraña, para que cada elemento quede debidamente interrelacionado en la mente del lector con el conjunto del fenómeno pohnpeyano.

Lector: si después de leído el libro te pica la mosca y decides acudir a Pohnpei —como sucedió con tantos y tantos lectores de *Jesús vivió y murió en Cachemira*, que allí fueron para conocer el país y la tumba de Yuz Asaf (Isa)—, hazlo solo y sin ánimo de protagonismo. Visitarás uno de los enclaves ocultos más antiguos del planeta, equiparable en su experiencia propia a los focos iniciáticos de Asia central y del área meso y sudamericana. Nadie te facilitará tu labor. Las respuestas que obtendrás serán nulas o falsas pistas. De tu conocimiento, búsqueda, valor y humildad dependerá el que paso a paso se te vaya abriendo alguna puerta. Pero jamás acudas a Pohnpei para contaminarla aún más de lo que ya se encargaron de hacerlo misioneros, militares y comerciantes españoles, alemanes, japoneses y americanos. Hay, como siempre, honrosas excepciones. Pero el blanco fue allí para lograr que hoy no sepamos a ciencia cierta lo que realmente aconteció en un pasado remoto en esta roca sagrada del Pacífico. La escoba de la civilización se encargó de borrar la sal del conocimiento de los reyes del Sol. Sólo dos lugares siguen siendo guardianes del pasado: el posible testimonio sumergido frente a las ruinas de Nan Matol, y el conocimiento esotérico

encerrado en Salapwuk. Algunos escasos buscadores de enigmas se han cebado en Nan Matol. Pero como ya dije, Nan Matol es solamente una presencia testimonial. Su raíz nace en Salapwuk. Allí podrás acercarte al secreto de la piedra inicial. Pero recuerda que deberás hacerlo solo, en silencio, en armonía, y con la certeza de que un paso a destiempo puede implicar tu desaparición. Desde tu llegada a Pohnpei, determinadas personas intentarán desanimarte en tu búsqueda con una sonrisa en los labios. Si lo logras, las risas se transformarán paulatinamente en senderos. Cuando estés en la senda —discurra ésta por el mar, por la montaña, por los celadores de la tradición o por los archivos—, intentarán agotar tu paciencia. Procurarán que tus ansias de búsqueda y sobre todo tu tiempo se agoten antes de haber encontrado una pista válida. Acelera el ritmo de tus acciones y no te entretengas en pistas falsas. De tu acierto depende el que te guíen hacia el fracaso o hacia el éxito. Pero, por encima de todo, y aunque regreses con un bagaje nulo, respeta a Pohnpei y a su gente. No es un lugar de veraneo ni de placer. Es una reliquia de nuestra historia cuyo origen se asienta sobre una piedra sagrada rodeada por el inmenso océano: respétala. Se trata de una pieza primaria del archivo histórico de la raza humana.

ANDREAS FABER-KAISER

*Pohnpei, Ibiza y Barcelona, marzo-diciembre 1984*



## RUMBO AL ENIGMA

Habíamos dejado atrás Barcelona, una nevada en Barajas y una escala fuera de programa y de tono en Málaga. Habíamos dejado atrás nuestra charla sobre objetos volantes inusuales, sobre la problemática del Caribe y sobre los satélites meteorológicos y su aplicación a la moderna aeronavegación con el comandante Cabello y su equipo de pilotaje en la cabina del «Boeing 747» *Juan Ramón Jiménez* que nos llevaba a Nueva York. Era la noche del 28 de febrero de 1984. Dejamos a los pilotos con su trabajo y nos acomodamos en el confortable «altillo» del Jumbo, gracias a una deferencia de la tripulación. En pantalla apareció al poco rato James Bond en su película *Nunca dirás nunca jamás*. Va de una cueva submarina con tesoro arqueológico incluido. Como anillo al dedo. El mutuo codazo hablaba solo: parecía que nos la habían seleccionado especialmente para este vuelo. Al verla, me vino a la memoria cuanto había leído sobre Pohnpei.

T. H. Hood, en su obra *Notes of a cruise in H. M. S. «Fawn» in the Western Pacific in the year 1862*, publicada en Edimburgo en 1863, dejó dicho que «en Upolu hallé a una persona digna de crédito que me comunicó que doce meses antes había estado en Nan Matol, en donde, paseando en un bote por las aguas bajas, había visto allí las ruinas de una gran ciudad que yacía bajo el agua, con importantes edificios, calles regulares y una plaza libre en el centro, sobre la que parecía haberse alzado un gran templo o un edificio similar».

Herbert Rittlinger, en *Der masslose Ozean*, novela de viajes publicada en 1954 en Munich, cita una curiosa nota de prensa fechada en el año 1939. Afirmaba ésta que submarinistas japoneses habían efectuado inmersiones en la isla Carolina de Ponape y habían sacado del fondo del mar trozos de platino. Pero no de alguna formación natural recubierta de coral, sino de un tesoro submarino: concretamente de sarcófagos de platino. Completa la información Rittlinger añadiendo que en la costa oriental de Ponape se hallaban diseminadas en una amplia área unas misteriosas construcciones cubiertas por la jungla: un sistema de canales, muros ciclópeos, ruinas de fortificaciones, ruinas de palacios... Continuaba Rittlinger afirmando que el descubrimiento de los japoneses no había sido casual: ya mucho antes de la primera gran guerra de los blancos —explicaron los nativos— cuando las Carolinas fueron todavía posesión alemana, buscadores de perlas y comerciantes japoneses habían efectuado sondeos clandestinos en el fondo del mar. Hasta que los submarinistas regresaron con narraciones fabulosas: allí abajo se habían podido pasear por calles en parte bien conservadas, si bien recubiertas de moluscos, colonias de corales y otros habitantes marinos, amén de algún que otro vestigio de ruinas. Desconcertante había sido, según ellos, la visión de numerosas bóvedas de piedra, columnas y monolitos.

Pero una cosa no habían logrado hallar aquellos primeros submarinistas japoneses: de acuerdo con algunas narraciones, esta misteriosa ciudad albergaba tesoros concretos: metales nobles, perlas, esmeraldas y barras de plata. En el centro de la ciudad se debía hallar una especie de panteón de los nobles del lugar, cuyas momias yacían allí. Pero aquí venía lo asombroso: cada una de estas momias estaba encerrada en un sarcófago de platino.

Éstos son los sarcófagos que —ya en época de dominación japonesa de la isla, o sea entre las dos guerras mundiales— habrían localizado los submarinistas nipones. De acuerdo con estos testimonios, habrían ido extrayendo platino del fondo marino hasta el momento en que dos de los submarinistas no volvieron a subir. Desaparecieron sin dejar rastro, llevándose consigo su moderno equipo de inmersión y de trabajo: jamás nadie volvió a verlos. Luego vendría la guerra que acabó con la dominación policial y militar japonesa en la isla. Y con quienes probablemente estaban sobre la pista del supuesto platino.

En la *Guía extraterrestre del planeta Tierra* editada en 1982 por Ediciones Martínez Roca de Barcelona, leemos: «En esta pequeña isla, también conocida con el nombre de Nan Madol, se esconde uno de los grandes misterios de la exoarqueología: se trata de las ruinas de Nan Madol, investigadas originalmente por el especialista alemán Herbert Rittlinger». (...) «¡Allí se eleva el monumental conjunto

arquitectónico de Nan Madol!» (...) «incluye varios túneles, un muro de unos 900 metros de longitud y 15 metros de altura, canales y tumbas. El núcleo de la zona edificada consiste en una especie de templo construido con sillares de basalto. Posee forma cuadrada y tiene unos 60 metros de lado. Cada una de las piezas de basalto pesa varias toneladas. Primera pregunta: ¿cómo llegaron hasta allí aquellas colosales piedras? Se necesitaron medios de transporte mucho más eficaces de los que puede poseer una aldea de primitivos pobladores prehistóricos. Segunda pregunta: ¿Por qué se escogió esta minúscula isla para construir los edificios, cuando las restantes islas del archipiélago presentaban mayores comodidades? Tercera pregunta: ¿Qué finalidad cumplía este conjunto de piedra? ¿Fortaleza? ¿Templo dedicado a una divinidad hoy desconocida? Se ignora hasta dónde conducen los túneles. Una antigua leyenda local sostiene que en el fondo del mar está sumergido un inmenso tesoro de metales preciosos. Se dice que unos buzos comprobaron la existencia de una ciudad sumergida y que habrían caminado por sus calles y contemplado sus templos y casas. Los nativos afirman que los japoneses, mientras ejercieron la administración de la isla, recogieron abundantes cantidades de platino sumergido...».

Nunca le pregunté a Erich von Dániken si fue deliberada o involuntaria su decisión de hablar de Pohnpei inmediatamente después de haber tocado el tema de las «siete ciudades». Prefiero aguardar a que la respuesta llegue por sí sola. Pero estaba hilando muy fino en esta ocasión mi amigo, que por lo demás renunció a la investigación personal en Pohnpei, como ya había hecho en el caso de la supuesta tumba de Jesús en Cachemira: «Jesús no es mi tema», me dijo en aquella ocasión. De acuerdo, pero Nan Matol es una diana inequívoca en la caza de Von Dániken. ¿Por qué abandonó? Miquel Amat continuaba disfrutando a mi lado de un buen coñac francés y de la película de James Bond. Cuando meses atrás supo que me iba a Pohnpei solo, decidió acompañarme por tres motivos: porque le hacía gracia la aventura de una visita a las islas del Pacífico; porque había participado junto con Anselm y Miquel Pi, Mercedes, Erich von Dániken y yo mismo en la reunión celebrada a fines de 1981 en el restaurante barcelonés «La Venta», durante la cual surgió la posibilidad y la necesidad de una exploración personal de Nan Matol y de Pohnpei; y porque posteriormente se había visto involucrado activamente en algunas de las experiencias que viví en marzo de 1982 en Miami, y que algún día serán debidamente plasmadas en una necesaria novela. Adicionalmente, a mí me iban muy bien sus conocimientos y experiencia de navegante transoceánico para cotejar sobre el terreno las reales posibilidades prácticas de transporte marino de enormes bloques de basalto en aguas litorales pohnpeyanas.

Sí, Erich von Dániken había sido un disparadero importante para este viaje. Pero él no quería volver allí. Cuando le confirmé en su casa de Suiza, en diciembre de 1983, que me marchaba a investigar sobre el terreno, me advirtió: «Pero piensa que te marchas al último rincón del mundo». Para mí, razón de más para ir. Erich von Dániken había escrito algo sobre el tema en *Meine Welt in Bildern*, publicado en versión castellana por Martínez Roca con el título de '*El mensaje de los dioses*': «Una de las pequeñas islas que rodean a Ponape, y cuya superficie es de 0,44 km<sup>2</sup>, es comparable a la Ciudad del Vaticano, se llama oficialmente Temuen, aunque, debido a las imponentes ruinas de Nan Madol en ella existentes, suele conocerse por este segundo nombre». (...) «Al ignorarse por completo el origen de estas antiguas instalaciones, es evidente que toda pregunta relativa a su significado o a su posible destino cae en el vacío. ¿Por qué alguien, en alguna época remota, se empeñó en la colosal empresa de transportar a este islote perdido cerca de 400.000 enormes bloques de basalto desde la costa norte de Ponape, de donde tuvieron que ser extraídos? Si se trataba únicamente de construir "templos", ¿por qué no se levantaron éstos en las cercanías de la cantera? Los muros que todavía hoy quedan en pie llegan a tener 14 metros de alto y hasta 860 metros de largo. Si ya era sumamente difícil extraer y tallar cada uno de esos bloques de tres a nueve metros de largo y diez toneladas de peso, resulta del todo imposible concebir su transporte a través de la espesa jungla aun por una gran multitud de hombres fuertes. Suponiendo que varios equipos se hubieran aplicado ininterrumpidamente, relevándose unos a otros, a la tarea de extraer, dar forma y transportar dichos bloques basálticos de varias toneladas de peso, habrían sido necesarios 296 años para llevar a buen término tan absurda empresa. Por otra parte, en el islote sólo podían residir unos pocos hombres. ¿De dónde vinieron, pues, esas ingentes, pero indispensables masas de trabajadores?»

Más adelante, Von Dániken continúa: «Mirando a través del agua clara, tuve la impresión de que las construcciones parecían "crecer" sobre la isla, siendo sus formas arquitectónicas como la prolongación de algo más profundo, algo que nos lleva al concepto legendario de la "fuente sagrada". ¿No es posible que, en vez de una fuente, se tratara del acceso a una instalación subterránea? ¿Servirían las fortificaciones para proteger dicho acceso? Por sí solos los nativos no pudieron llevar a cabo obras subterráneas de tal envergadura; ¿les ayudaron quizás extraños visitantes? La leyenda habla de un dragón volador que escupía fuego, que abrió canales e hizo surgir las islas; habla también de un mago que le acompañaba, y a cuyo conjuro la roca saltó en pedazos, cayendo los bloques de basalto sobre la isla. He de admitir que en este caso no me satisface del todo la explicación de la posible ayuda de astronautas extraños: ¿por qué escogieron un islote tan insignificante? La misma dificultad se plantea si atribuimos la construcción a los nativos. Lo único seguro es que nos hallamos ante uno de los más insolubles misterios que encierra nuestro viejo planeta...»

Von Dániken había claudicado. ¿Por qué? De vez en cuando me sigue asaltando esta pregunta.

Nueva York ya estaba más cerca. ¿Estábamos sobrevolando realmente a la antigua Atlántida sumergida bajo las aguas del océano? ¡Quién sabe! Seguí rememorando lo que había leído sobre Pohnpei. Wilhelm Ziehr, en su obra *Zauber vergangener Reiche*, aparecida en castellano con el título de *La magia de pasados imperios* en la editorial barcelonesa Mundo Actual de Ediciones, escribió que «en algunas islas de las Carolinas Orientales (Micronesia) se han conservado grandes edificios de piedra, un caso excepcional en los Mares del Sur. En Ponape, con bloques de coral y de basalto, se erigió una ciudad cuyo trazado incluso hace pensar en un planteamiento previo. La superficie construida rebasa las cuarenta hectáreas. Los muros más altos que se han conservado llegan hasta los diez metros».

Emanuelle Hubert, en un apéndice incluido en el buen panorama documental titulado *El gran libro de los enigmas* editado por Selecciones del Reader's Digest, escribió por su parte, refiriéndose a Nan Matol: «En la zona de más difícil acceso de esta pequeña isla se alzan las ruinas impresionantes de una ciudad megalítica. Unos bloques de basalto, perfectamente tallados, colocados al modo de los tablones en una construcción de madera, forman murallas que alcanzan casi diez metros de altura. Un sistema de canales o de acequias divide la ciudad misteriosa en islotes rodeados de murallas. Unas puertas abrían o cerraban estos canales del lado del mar. Se había construido un dique para guarecer un puerto. La arquitectura de Nan Matol no se parece a ninguna otra. Los micronesios actuales no habrían sido capaces de realizar este tipo de construcción. Se ignora la fecha en que se edificó esta ciudad y la razón de que sus habitantes la abandonaran repentinamente (algunas murallas no se concluyeron). También cabe preguntarse por qué fue elegida Ponape, isla perdida, para construir una ciudad tan importante».

Por su parte, la televisión alemana (ZDF —Zweites Deutsches Fernsehen) emitió el 17 de enero de 1982 el reportaje *Südsee-Inseln aus Gotterhand (Islas de los mares del sur creadas por los dioses)*, dentro de la serie «Terra-X». Punto culminante de este reportaje elaborado por Gottfried Kirchner fue Nan Matol, «aquella misteriosa ciudad en ruinas —según rezaba el resumen informativo sobre el reportaje— que, frente a Ponape, estaba construida sobre 92 islas artificiales. Pertenece a un auténtico rey de los mares del Sur y se presenta por vez primera en la televisión europea. Las cámaras recorren los canales pantanosos, avanzan a través de los espesos manglares hacia pétreos lugares de culto e instalaciones defensivas y acompañan a un equipo de submarinistas a la búsqueda de un cementerio de antiguos reyes en el fondo del mar. El equipo de filmación del ZDF intenta clarificar por qué esta ciudad fue erigida precisamente sobre islas artificiales y será testigo de sumamente misteriosos ritos de sacrificio que mantienen vivo hasta hoy el recuerdo de un gran reino de los mares del sur».

Poco después, también en 1982, otro grupo, en esta ocasión australiano, filmó otra nueva película sobre Pohnpei, dirigida por Nick Frazer: *Ponape — Island of Mystery*. Su publicidad reza así: «En la salvaje y deshabitada costa oeste —se equivocan: es la costa este— de Ponape yacen las ruinas de una antigua ciudad amurallada de piedra: Nan Madol, trono milenario de los reyes del Sol. Los templos, subterráneos,

canales, murallas marítimas y puerto están contruidos con columnas macizas que llegan a pesar hasta 50 toneladas. ¿Quién construyó esta ciudad? ¿Cómo erigieron estos pesados bloques de basalto? ¿Por qué fue abandonada la ciudad? Filmado enteramente *in situ*, este documental de 60 minutos de duración examina la estructura y la historia de la ciudad, las teorías, leyendas y supersticiones de los isleños. Todos, excepto unos pocos escogidos, rehuyen hablar de Nan Matol y de la maldición que desciende sobre aquellos que permanecen en las ruinas después de la puesta del Sol. Impresionantes secuencias submarinas incluyen el descubrimiento de doce columnas con incrustaciones de coral, guardadas por rayas-manta gigantes, detrás de las cuales se esconde el misterio real de la isla de Ponape».

Pohnpei —Ponape— se presentaba como un reto fascinante. Pero quedaba una duda: ¿se trataba de comentarios fantasiosos de gente ávida de sensacionalismo? ¿Qué sabía la arqueología universitaria de todo este montaje? Me fui a una fuente científicamente indiscutible: *Smithsonian Contributions to Anthropology*, volumen 10, Washington, 1968. Allí, Saúl H. Riesenberg escribía: «En la laguna se encuentran una serie de islas aluviales situadas cerca de la costa y, en el Este, frente a Temwen Island, se agrupan juntos *unos 90 islotes artificiales* que albergan las bien conocidas ruinas arqueológicas de Nan Madol».

Sí, decididamente parecía que valía la pena estar volando, como estábamos haciéndolo, en pos del Sol.

Algo bien distinto opinaba por lo visto el inspector de la seguridad americana que, sin pensárselo dos veces, nos eligió de entre la larga cola de trescientos y pico pasajeros del vuelo español que acababa de tomar tierra en el aeropuerto John F. Kennedy —en donde momentos antes se había metido en las marismas un avión de la SAS al que se le hizo corta la pista— de Nueva York. El dicho inquisidor se empeñó en cebarse en mi pasaporte para saciar su dosis de curiosidad aquel día: lo de siempre, que qué hacíamos allí, que para qué proseguíamos viaje a Los Angeles, que por qué vivía yo en España, que a santo de qué era yo alemán, que no le cabía dentro de sus personales esquemas de lo posible el que un alemán viviera en España, que para qué —finalmente inquirió— íbamos a las Carolinas occidentales. El punto final de nuestro viaje nos lo pintó como un suicidio prohibido: «Allí la gente no va». Que esto no lo hacía nadie, que la gente se iba, pues, a Hawai o a las Fidji, pero allí no: «Allí se comen a la gente». Intenté convencerle de que esto, en el supuesto de haber figurado alguna vez en el menú del punto de la Micronesia al que nos dirigíamos, habría sido en todo caso mucho antes de haber nacido él y su padre. Ya no insistió más. únicamente me advirtió que si habíamos dejado recado en casa de que regresaríamos algún día, que diéramos media vuelta y nos olvidáramos de ir a Pohnpei. Nueva razón de más para seguir adelante. Después de lo cual nos acompañó a un paso directo sin control de equipaje; valió la pena el haber aguantado su interrogatorio.

## DESCUBIERTA POR ESPAÑOLES

«¿Y eso dónde cae?» Que nos lo preguntaran indefectiblemente en las agencias de viaje españolas, situadas poco menos que en las antípodas de la Micronesia, nos parecía absolutamente lógico. Que nos lo preguntaran los empleados de la «Western Airlines» en sus agencias de Hollywood y de Los Angeles, ya nos escamaba un poco más. Porque la «Western», con nudo de operaciones en Salt Lake City, cubre todo el oeste norteamericano, incluyendo varias internadas diarias en el Pacífico. «Es la primera vez que lo oigo», nos confiesa un veterano empleado de la compañía en Los Angeles. Era evidente que el inquisidor de Nueva York tenía razón: a Pohnpei la gente no iba.

Dos días después estábamos volando en el vuelo 551 de la «Western» hacia Hawai. Comenzábamos a estar de avión hasta el gorro. Llevábamos desde nuestra salida de Barcelona algo más de diez mil kilómetros. Unas doce horas largas de vuelo, y por delante nos quedaban, hasta nuestro punto de destino, más de nueve mil doscientos kilómetros de Océano Pacífico, o sea, por lo menos, otras once horas más. Mientras calculábamos eso, volvió a asomar a la pantalla volante nuestro intrépido James Bond, esta vez pisándole los tentáculos a *Octopussy* —¡el tipo!— el codazo volvió a ser mutuo: los duendecillos parecían viajar con nosotros. En pos de uno de los hogares del pulpo iba yo en cierta manera, para conocer la isla en la que plantó uno de sus tentáculos esta esotérica araña marina, que aparece grabada también al pie de la losa que yace en la tumba de las damas Hautpoul de Blanchefort en el cementerio de Rennes-le-Château. Un símbolo de realeza allí donde, aplicando las debidas claves de corrección a la narración de la gesta de los argonautas (véase mi libro *Las nubes del engaño*, capítulo «En cápsulas y huevos divinos»), «los rayos del Sol se encierran en una cámara de oro». Reyes, Cámara —arca—, oro y Sol. ¿No es Rennes el país del oro? ¿No se encierran allí los rayos del Sol? No es el arca la casa-madre del priorato de Sión? ¿No son los reyes del Sol los que eligieron Pohnpei como santuario? Allí apoyaba uno de sus tentáculos el pulpo. Volveremos a encontrárnoslo. Aquel que dé con la ubicación de su cabeza habrá hallado el centro de la red.

Ya en pleno Pacífico, a mitad de camino casi entre Los Angeles y Pohnpei, seguían sin saber dónde caía esta isla. El experimentado taxista que nos llevó del aeropuerto de Honolulu, a una milla de Pearl Harbor, a la playa de Waikiki, tampoco había oído hablar nunca de Ponape ni de Pohnpei. Únicamente el gerente del restaurante «Tahitian Lanai» en Waikiki supo aportar algo concreto; conocía Pohnpei: que si lo nuestro era pasarlo mal, que fuéramos allí; pero que el Pacífico ofrecía mil sitios para visitar antes que éste.

A la mañana siguiente nos esperaba nuestro sexto despegue desde que salimos de Barcelona. Esta vez fue en un «727» de «Air Micronesia», bajo cuyo nombre opera «Air Continental» en su largo trayecto de Honolulu a Guam y viceversa, cruzando de Este a Oeste todo el Pacífico central entre los paralelos 5° y 21° N. Nos quedaban aún tres escalas: 1.324 km hasta el atolón de Johnston, una plataforma de coral desierta perdida en la inmensidad del océano; otros 2.350 km del atolón de Johnston a Majuro, el portal de entrada a Micronesia en las islas Marshall; luego 431 km más hasta la base de misiles de Kwajalein, escenario de una de las batallas más sangrientas en el frente del Pacífico después del ataque japonés a Pearl Harbor en diciembre de 1941; y finalmente los últimos 1.067 km hasta Pohnpei. En total, desde la costa oeste norteamericana, sobrevolaríamos el Pacífico en un recorrido de 9.248 km. Los 5.172 kilómetros que nos quedaban por delante desde Honolulu hasta Pohnpei ofrecían un interés casi exclusivamente militar para los Estados Unidos. Personal y material de Defensa americano formaban el grueso de nuestros acompañantes en el avión. Solamente en Majuro nos permitieron descender durante media hora del aparato. Johnston fue únicamente una breve escala técnica y de aprovisionamiento del atolón, y Kwajalein es área de seguridad militar con prohibición total de abandonar el avión. De esto se encargó a la puerta del aparato personal policial militar femenino con revólver al cinto. El Pacífico central está salpicado de material de guerra norteamericano. Tal vez sea ésta la razón por la cual no interesa que los extranjeros frecuenten la ruta que estábamos recorriendo.

Estas reflexiones me dieron pie para recordar cómo fue descubierto este inmenso mar por los europeos, y cómo los españoles fueron los primeros en avistar Pohnpei.

A los veintiún años escasos de haber arribado Colón en su primer viaje a las costas americanas, un español divisa por vez primera el nuevo océano. «El 25 de setiembre de 1513, una expedición al mando de Vasco Núñez de Balboa, que había atravesado el istmo de Panamá portando cuatro naves desarmadas — escribe Michael Faber-Kaiser en su *Historia de la navegación*, Editorial Planeta, Barcelona, 1976— dividió un nuevo mar, a cuyas orillas llegó el 29, y al que por su situación en aquel paraje denominó "mar del Sur". Cuando Núñez de Balboa ya estaba a punto de botar las naves para iniciar nuevas singladuras por mares ignotos, fue víctima de la feroz competencia y de los intereses personales que en aquella época hacía estragos entre los primeros colonizadores españoles. Aventureros y mercaderes desalmados, más que navegantes y hombres de estado, aquellos hombres buscaban la fortuna rápida, por lo que desobedecían toda orden superior y boicoteaban sistemáticamente cualquier iniciativa con probabilidades de éxito. Núñez de Balboa y cuatro de sus oficiales fueron decapitados por el gobernador general, con lo que la ruta del Pacífico se retrasó siete años».

Mientras tanto, Fernão Magalhães, miembro de la expedición del primer virrey portugués de la India, se informó en Sumatra y Malaca de la existencia real de las Molucas, el famoso archipiélago que en la Edad Media suministraba especias a Europa entera. «Expuso a su monarca el plan de abrir una ruta marítima a estas islas a través del camino descubierto por los españoles. Pero Portugal tenía suficiente trabajo con mantener la ruta de África, por lo que Magalhães decidió exponer su plan a Carlos I de España. Éste quedó convencido y le nombró capitán general de una expedición que zarpó en setiembre de 1519».

Los expedicionarios llegaron al estrecho que separa la Patagonia de Tierra de Fuego y comprendieron que se trataba del ansiado paso al nuevo océano. El 28 de noviembre de 1520, las tres naos *Trinidad*, *Victoria* y *Concepción* comenzaron a surcar estas aguas desconocidas. Magalhães, después de haber atravesado esta inmensa extensión de agua, en su navegación de América a Filipinas, le dio el nombre de océano Pacífico, a consecuencia de la constancia del buen tiempo que experimentó durante aquella. «Los hechos observados después — escribe Anacleto Cabeza Pereiro en su *Estudio sobre Carolinas. La isla de Ponape; Geografía, Etnografía, Historia*, Manila, 1895— no están conformes con semejante calificativo, conveniéndole, seguramente mejor, la denominación de Gran Océano, por ser la mayor extensión de mar de nuestro globo».

El 6 de marzo de 1521, el propio Magalhães o Magallanes descubría las islas Marianas, a las cuales dio el nombre de islas de los Ladrones. El 12 abandonó estas islas y el 16 llegó a ver la primera del hoy archipiélago filipino. Después continuó recorriendo islas, hasta que el 27 de abril del mismo año encontró la muerte a manos de los indios de la de Mactán.

«Uno de sus oficiales, el sedicioso y egoísta Juan Sebastián Elcano —vuelve a escribir Michael Faber-Kaiser en su obra citada— logró hacerse con el mando de los supervivientes. Prosiguiendo la idea originaria de Magalhães, le tocó demostrar prácticamente que la Tierra era redonda, cosa que logró al alcanzar las Molucas, el archipiélago que primero los árabes y luego los portugueses habían alcanzado navegando en dirección contraria, de Oeste a Este». Al seguir navegando en dirección a poniente, dobló el cabo de Buena Esperanza para ascender desde allí hasta España y arribar el 6 de setiembre de 1522 a Sanlúcar de Barrameda. «Con esta gesta, Juan Sebastián Elcano se convirtió en el primer hombre de nombre conocido que dio la vuelta al mundo en singular navegación».

Posteriormente, fray Jofre de Loaysa dirige la expedición que en busca de nuevas tierras sale de La Coruña el 24 de julio de 1525. Al año casi justo, el 24 de julio de 1526, fallece. Sebastián Elcano, que le sucedió, muere también cinco días más tarde, y entonces toma el mando Alonso de Salazar, que fue el primero que avistó la Micronesia, reconociendo el 21 de agosto una de las islas del archipiélago de las Marshall.

Escribe Cabeza Pereiro en su obra citada: «Del puerto de Signantanaajo, en Nueva España, salió en 31 de octubre de 1527, otra expedición al mando de Alvaro de Saavedra, con objeto de saber de los restos de

las anteriores expediciones. El 1 de enero de 1528 descubrió el grupo de islas llamadas Uluti a las cuales denominó islas de los Reyes, tomando posesión de ellas el día 3 en nombre de España; más tarde descubre el grupo de Hogoleu y el 14 de setiembre del año siguiente las islas de Ualan, las más orientales de las Carolinas, siguiendo su rumbo hacia el Este, y en lo que resta de mes descubre dos grupos del archipiélago de Marshall. El 9 de octubre muere este intrépido navegante.

»El 1 de noviembre de 1542, del puerto de Navidad (Nueva España) se da a la mar una escuadra de seis buques, mandada por Ruiz López de Villalobos, con miras que cumplen en parte su objeto, descubriendo otros tres grupos nuevos del archipiélago de Marshall; el 23 de enero de 1543, pasa por frente a la isla de Feis de las Carolinas, avistando tres días más tarde la isla Yap, toca después Leyte, Filipinas, continuando su viaje para las Molucas.

»De igual puerto que la anterior expedición, parte en 21 de noviembre de 1564 otra escuadra de cuatro buques, mandada por Miguel López Legaspi; en su rumbo descubre, desde el 9 de enero de 1565, varias islas, a las cuales dieron el nombre de Barbudas, Placeres o Arrecifes, Pájaros, Corrales y las Hermanas. El 23 toca en Marianas y sigue su rumbo para el archipiélago filipino, que conquista y del cual fue su primer gobernador.

»El capitán del patache *San Lucas*, Alonso de Arellano, en connivencia con su piloto Lope Martín, se separan de la expedición a los nueve días de haberse dado a la mar, descubre una nueva isla en el archipiélago de Marshall, el 17 de enero de 1565, el grupo de los Mártires en Carolinas, y el 23 la de Sorol oriental.

»En 1 de mayo de 1566 sale de Acapulco el *San Jerónimo*, con objeto de llevarle noticias a Legaspi; este barco, mandado por Pedro Sánchez Pericón, después de haber tocado en Marianas en su viaje para Filipinas, tiene que variar de rumbo, por efecto de un fuerte temporal que los lleva frente a Palaos, a la cual no pudo abordar».

### ***PRIMER AVISTAMIENTO***

La isla de San Bartolomé, descubierta por el ya citado fray Jofre de Loaysa poco antes de morir en 1526, y descrita como un país alto, a cuyo occidente se hallan unas islas bajas, situado el conjunto al norte de Kusaie, no puede ser otra sino Pohnpei.

Es probable que el segundo europeo en avistar Pohnpei fuera el ya citado Alvaro de Saavedra, pero este extremo es imposible ya de confirmar con certeza. Todo cuanto poseemos para apoyar esta posibilidad es el siguiente texto del Diario del citado navegante, reproducido por D. M. F. de Navarrete en su *Colección de los viajes y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Tomo V. *Expediciones al Maluco. Viajes Loaisa y Saavedra*, Madrid, 1837:

«1528 — Martes 14 de setiembre. Anduvimos treinta leguas la vuelta de Nordeste. Este día fuimos sobre una isla que está en seis grados de la banda del Norte de la línea: pareció que el navio había hurtado en longitud cien leguas al Este, porque esta isla está de Maluco setecientas leguas al Este tocando al Nordeste».

Expuesta esta duda, el primer avistamiento de la isla históricamente comprobable es el de Pedro Fernández de Quirós. Efectivamente, tras una feliz singladura de descubrimiento, murió el miércoles 18 de octubre de 1595 en el grupo de Santa Cruz el almirante español Alvaro de Mendaña. Le sucedió en el mando su viuda, Isabel Bárrelo, si bien su segundo, el primer piloto Pedro Fernández de Quirós, asumió las funciones efectivas del mismo. Problemas surgidos con los nativos, una elevada mortandad entre la tripulación y el mal estado de los navios aconsejaban levar anclas y partir del grupo de islas. Tres naves, la nave almirante *San Jerónimo*, la fragata *Santa Catalina* y el galeote *San Felipe*, seguían a flote de las cuatro que se habían aventurado a cruzar el océano. La cuarta nave, la capitana *Santa Isabel*, fue avistada por

última vez en la noche del 10 al 11 de setiembre, a la altura de Tinakala, al norte del grupo de Santa Cruz. Dado el pésimo estado en que se hallaba el barco, había que contar con su naufragio. Únicamente la nave *San Jerónimo* seguía mínimamente apta para la navegación. En estas condiciones levó anclas Fernández de Quirós en la bahía Graciosa el 18 de noviembre, para iniciar el viaje de regreso a casa. Para evitar una visita ingrata a la cercana Nueva Guinea enfocó un rumbo noroeste, que debía conducirle directamente a las Marianas y después a Manila. Comenzaba un durísimo viaje plagado de penalidades. Escaseaban las provisiones, el agua y los medicamentos. Diariamente morían algunos tripulantes, y el resto estaba en mayor o menor grado enfermos. A ello se sumaba la poca seguridad que ofrecía para la navegación el galeote y la fragata, que, con la madera medio podrida, con los mástiles rajados y las jarcias descompuestas, eran incapaces de mantener la velocidad requerida. Al encrespase la mar al cabo de unos días, la suerte de la pequeña flotilla quedó definitivamente sellada: el 10 de diciembre desapareció el galeote, y nunca más se supo de él; siete días más tarde perdieron de vista desde la *San Jerónimo* también a la fragata; la tripulación había sucumbido junto a las bombas. La nave almirante tuvo que continuar sola, manteniendo el curso original. Las corrientes, sin embargo, la desplazaron sensiblemente hacia el este, y al atardecer del sábado 23 de diciembre de 1595 avista una isla alta hasta entonces desconocida.

Fernández de Quirós escribe en su Diario que dado el peligro que ofrecían los arrecifes, el primer piloto ordenó aplazar el acercamiento a la isla hasta la mañana siguiente. Llegada ésta, la nave se había acercado tanto a las rocas que el hundimiento parecía irremisible. Pero una oportuna oración a san Antonio de Padua operó el milagro de que la *San Jerónimo* lograra circunnavegar un inminente saliente de los arrecifes. Pronto hicieron acto de presencia los nativos en canoas a vela y a remo. Pero no pudiendo superar la barrera de coral, se subieron a ésta e hicieron ostensibles señas de salutación a los recién llegados. Hasta que hacia el mediodía un nativo avanzó en solitario con su canoa hasta la nave española. Señalaba en dirección a donde había venido. Rompió con las manos algo blancuzco, lo comió, y alzó al aire unos cocos cuya leche bebió. Se le hicieron señas para que subieran a bordo, pero no pareció agradecerle esta idea. Tal fue el primer encuentro de los europeos con un nativo de Pohnpei. Las precisiones que de la isla hace Fernández de Quirós en su Diario no dejan lugar a las dudas sobre la identidad de la isla. Después de este primer contacto, la *San Jerónimo* zarpó rumbo NNW y se hallaba el 3 de enero de 1596 navegando entre Guam y Saipan.

### CAÑÓN ESPAÑOL

Algún otro barco español debió de haber arribado a la isla posteriormente, y antes de las primeras exploraciones notificadas de la misma a finales del siglo XVIII y durante el XIX, según se desprende de las narraciones que aún hoy cuentan los nativos. Una de ellas es ésta:

«Hace muchísimo tiempo apareció un barco en las costas de Pohnpei y ancló frente a Nahlap. La gente de Pohnpei se lo miraba. Les dio miedo y se dijeron que era un barco de los espíritus, y que el barco venía de muy lejos. Al lanzar el barco unos cuantos cañonazos, se acercó un jefe, que gobernaba la tribu de Kiti y ostentaba el título de Sau en Kiti. Permaneció en Ore y miraba hacia el barco, y finalmente subió al mismo. Allí fue tratado con mucha amabilidad. Y toda la tripulación del barco llevaba vestidos de hierro. Tomó un cañón, se lo echó al hombro y saltó con él a Nahlap. Continuó hasta tierra firme y se dirigió a Sapuetakai y lo depositó allí. En este lugar estuvo el cañón hasta la época de la viruela.

«Volvió a aparecer entonces otro barco que penetró en el paso de Pantiei en U. Uno de los extranjeros que permanecían en Kiti, un francés de nombre Kakut —Corgat— se dirigió al barco. Allí le preguntaron acerca del cañón. Les dijo que se hallaba en Kiti. Entonces le acompañaron para recoger el cañón y subirlo a bordo. Así se lo volvieron a llevar de Pohnpei».

El barco que se llevó el cañón fue el buque de guerra inglés *H. M. S. Lame*, que al mando del comandante Blake fondeó en 1839 en aguas de Kiti, en el sur de la isla, y llevó el cañón a Hong Kong. A juzgar por el tamaño de la piedra para el ritual del sakau —que más adelante comentaremos— sobre la que



había sido depositado el cañón por los nativos, podía únicamente tratarse de una pieza pequeña del tipo de un morterete. Según afirmaba el misionero L. H. Gulick en 1862, llevaba un escudo de armas español. El mismo Gulick refiere igualmente que en los años 30 del siglo pasado, oficiales de balleneros y barcos que traficaban por la zona y que removieron las ruinas de Nan Matol y otros lugares en busca de tesoros, hallaron varios objetos procedentes de anteriores visitantes europeos desconocidos, entre cuyos objetos figuraban un crucifijo de plata y monedas de plata españolas halladas en las tumbas de las ruinas de Nan Matol, así como un compás, igualmente de plata, hallado en las ruinas de una casa en Kiti.

Dado que Fernández de Quirós no bajó a tierra en su contacto con Pohnpei, ni nativo alguno subió a bordo ni él tampoco refiere en su Diario el incidente del cañón, cabe suponer que la fragata *Santa Catalina*, que él perdió de vista el 17 de diciembre de 1595, hubiera logrado de todas formas posteriormente, manteniendo el rumbo marcado por Fernández de Quirós, alcanzar las costas de Pohnpei, en cuya isla hallarían un trágico final, si nos atenemos a la memoria de los nativos.

Cuentan éstos que tiempo ha, llegaron a las costas de Pohnpei gentes extranjeras cuya descripción corresponde perfectamente a los españoles. Así, sigue vivo hoy en día en Kiti el recuerdo de que fondeó en Nahlap, en la entrada al puerto de Roi en Kiti, un navio desconocido. Los nativos los tomaron por dioses y les ofrendaron sus sagradas raíces de kawa para el ritual del sakau. Pero cuando algunos de los tripulantes saltaron a tierra, los nativos no tardaron en advertir su naturaleza humana. La adoración de los dioses se trocó pronto en feroz enemistad. Los extranjeros —en este primer desembarco español y europeo en la isla— bajaron a tierra en la desembocadura del río Kiti. Sakar en iap, el lugar de desembarco de los extranjeros, se llama aún hoy aquel lugar. Sus vestidos eran de hierro y llevaban consigo a un hombre vestido de negro que portaba un crucifijo. A raíz de un malentendido se entabló una lucha en la que cayó mucha gente de Pohnpei. Los extranjeros permanecían indemnes gracias a sus «pieles duras». Pero finalmente los nativos descubrieron que también ellos eran vulnerables atravesándoles los ojos con sus jabalinas a través de los correspondientes orificios en sus armaduras. Fue el primer pulso armado entre pohnpeyanos y españoles, al tiempo que un violento presagio de los sangrientos enfrentamientos que diezmarían a las fuerzas hispanas tres siglos más tarde.

## VISITANTES POSTERIORES

Mientras me estaba imaginando los últimos momentos que debieron de haber vivido aquellos extenuados hombres de la *Santa Catalina* en una lucha sin cuartel, seguramente tan gratuita como ignorada fue su muerte en la isla hacia la cual estábamos volando, nos anunciaron que estábamos a punto de tomar tierra en el minúsculo atolón de Johnston. Lo de tomar tierra adquirió de un fuerte golpe visos de funesta realidad. A mí al menos me pareció que estábamos tragando pista sin contemplaciones: es impresionante el momento en que el piloto de aquel deficitario correo volante del Pacífico deja caer el aparato sobre la pista cuando se da cuenta de que la ha enfocado con demasiada parsimonia y que la cosa se acaba; ante la disyuntiva de que el avión se metamorfosee, al final del asfalto, en batiscafo que nos brindaría la postrer visión del coral submarino, el sano juicio del piloto opta indefectiblemente, atolón tras atolón, por desplomar aquella mole volante sobre el suelo y castigar despiadadamente a los frenos para que todo aquello acabe bien. Pero se conocía el Pacífico de memoria. Al final ya nos familiarizaríamos con aquella forma de aterrizar.

Cuando hubimos despegado de aquella microscópica plataforma de coral perdida en el gran océano y volábamos ya por encima de las capas de nubes que me impedían visiones más interesantes, volví a recordar a quienes habían arribado a Pohnpei antes de que el hombre pensara en la posibilidad de llegar hasta allí por el aire.

Tal y como se desprende de las cartas de Cantova en 1722, de Chamisso y de Freycinet en 1819, y de Duperrey en 1823, los indígenas de las Carolinas occidentales les habían hablado de una isla alta situada al Este, de nombre Falupet o Fanope. Pero nadie se dedicó a buscarla, debido a que todos interpretaban que los nativos les estaban hablando de una isla del grupo de Truk. Así, la identificación definitiva de Pohnpei no resultó muy fácil. El capitán Musgrave avistó la isla a bordo del *Sugar Cañe* en 1793. Igualmente parece ser Pohnpei la isla avistada en 1801 por J. Ibargoitia, si bien al igual que posteriormente hiciera el cartógrafo Arrowsmith la tomó por Quirosa, mal identificada con Truk, siendo así que siempre la describió como una isla grande, de considerable altura, descripción que únicamente es aplicable en este caso a Pohnpei. Tal vez se refiera a esta misma isla la tierra alta que en 1814 vio M. Dublon desde el *San Antonio*.

El primer extranjero en arribar documentalmente a Pohnpei después de Pedro Fernández de Quirós, llegó a la isla el 10 de setiembre de 1825. Fue el capitán John Henry Rowe, según consta en el *Hobart Coonial Time* del 25 de mayo de 1827 y en la *Sydney Gazette* del 15 de junio de 1827. No llegó a desembarcar. Su barco fue acosado por cinco canoas, y éste fue su único contacto con los nativos. Le dio a la isla el nombre de John Bull's Island, para honrar el nombre del barco en el que la había descubierto.

Poco claro es el descubrimiento de la isla a cargo del capitán Harper. De acuerdo con el testimonio de Alick Osborne, que llegó a Pohnpei el 20 de diciembre de 1832 a bordo del *Planter*, la isla, a la que él llamó Harper's Island, «fue descubierta por el capitán Harper en el buque *Ephemina*, cuando navegaba de Sydney a Cantón hace unos seis años». O sea, aproximadamente en 1826. Sin embargo el capitán del *Planter*, L. Frazer, se volvió a arrogar el descubrimiento de la isla, a la que denominó isla de Guillermo IV, si bien dicho nombre parece referirse únicamente al grupo de las islas del atolón de Ant, al suroeste de Pohnpei, que también son llamadas islas de Frazer.

El siguiente en llegar a Pohnpei es el irlandés James O'Connell, que desembarcó en la isla junto con cinco compañeros más. Sus aventuras están narradas en el libro *A residence of eleven years in New Holland and the Caroline Islands; being the adventures of Jamen O'Connell*, edited from his narrative by B. B. Mussey, Boston, 1836 (*Una estancia de once años en Nueva Holanda y en las islas Carolinas; siendo las aventuras de James O'Connell, editado a base de su narración por B. B. Mussey*). Contiene este libro amplia referencia a las costumbres, creencias y vida cotidiana de los nativos, si bien Saúl H. Riesenberg, en su obra ya citada, afirma que está de acuerdo con el reverendo L. H. Gulick, el misionero residente en Pohnpei en los años cincuenta del siglo pasado, cuando afirma que existen numerosas incorrecciones en la

narración de O'Connell, y que las falsedades vertidas acerca del barco en el que llegó a la isla, le convierten en un testigo de dudosa fiabilidad. Por otra parte, O'Connell refiere que no vio otros barcos ni hombres blancos —aparte de sus cinco compañeros— durante toda su estancia en Pohnpei, hasta que el capitán Knight del bergantín *Spy* lo rescatara en noviembre de 1833. Pero Knight por su parte afirma que O'Connell dijo que un barco de Botany Bay abandonó la isla únicamente diez días antes «después de haber obtenido más de setecientas libras de caparazones, por lo cual yo hallaría muchas menos de lo usual», insinuando con ello que el comercio regular de caparazones de tortuga con barcos de traficantes existía desde hacía tiempo. El capitán Knight afirma igualmente que cuando estuvo en Nueva Zelanda, a principios del 1833, interrogó a varios capitanes de balleneros ingleses acerca del punto óptimo en el cual traficar con caparazones: «Todos a una estuvieron de acuerdo en señalar a Ascensión como la mejor isla para la adquisición de caparazones de tortuga en el Pacífico».

Ascensión era otro de los nombres dados a Pohnpei, que en esta época era pues ya una isla bien conocida, al menos para balleneros y traficantes.

O'Connell guarda silencio igualmente acerca del barco *Nimrod* de Sydney, anclado en el puerto junto con el *Spy*, y cuyo capitán le comento a Knight que él mismo había desembarcado allí a nueve hombres blancos en un viaje anterior. Este capitán anónimo del *Nimrod* acababa de reemplazar al capitán McAuliffe, asesinado pocos días antes en Pingelap. Este mismo ballenero, el *Nimrod*, había fondeado según el testimonio de Gulick en un viaje previo, al mando del capitán White, en noviembre de 1832, en Kiti, un mes antes de arribar los ya citados Osborne y Frazer a bordo del *Planter*. En el mismo mes, otro ballenero de Sydney, el *Albion*, al mando del capitán John Evans, fondeó igualmente en Kiti. Y también James, cuya breve descripción de Pohnpei está datada en 1833, tuvo que haber estado en la isla antes de ser rescatado O'Connell, pero éste no menciona una palabra de todos estos visitantes.

## EL PRIMER INFORME CIENTÍFICO Y EL PRIMER MAPA

El descubrimiento científico de Pohnpei, con los primeros datos concretos y el primer mapa trazado de la isla, fue obra del ruso-alemán Friedrich Lütke, quien avistó Pohnpei el 2 de enero de 1828 (al estilo ruso, que corresponde al 14 de enero de 1828 de nuestro calendario). Iba al mando de la corbeta rusa *Senyavin*, que en los años 1826-1829 estaba dando la vuelta al mundo en viaje de exploración ordenado por el zar Nicolás I.

Poseemos dos informes amplios de esta primera exploración científica periférica de la isla. Uno está redactado por el propio Lütke en ruso, cuyo manuscrito se conservaba aún en 1910 en el archivo secreto del Estado en San Petersburgo, y el segundo procede de otro miembro de la expedición, F. H. von Kittlitz, y fue publicado en 1858.

Debido al interés que presenta para toda persona que se interese por Pohnpei, dado que ofrece una imagen de dicha isla anterior a su intento de colonización por españoles y alemanes, juzgo oportuno reproducir a continuación los pasajes más interesantes del informe de Friedrich Lütke:

### ***EL DESCUBRIMIENTO DE PONAPE. 14 DE ENERO DE 1828***

«Desde mi entrada en el archipiélago de las Carolinas me acostumbré indefectiblemente a navegar de noche con pocas velas, para no pasar de largo en la oscuridad junto a una tierra desconocida o colisionar con ella. Perdí así diariamente de 10 a 11 horas, pero esta considerable pérdida se vio compensada por la seguridad de la navegación, y por un reconocimiento y mediciones mucho más precisos del ámbito marino. En cierta ocasión, en la noche del 13 al 14 de enero, me permití variar esta costumbre; nos hallábamos en la intersección de las rutas de los capitanes Tompson, Ibargoitia, Duperrey y algunos otros, y parecía imposible que en este sector quedara ni el más remoto espacio para la más ínfima isla. Proseguimos tranquilamente nuestro rumbo de noche bajo velas bajas, y al despuntar el alba nos hallábamos ante una gran isla alta. Casi no dimos crédito a nuestros ojos, pues un hallazgo tan interesante se nos antojaba sencillamente imposible en esta zona». (...) «Hacia las 7 de la mañana nos hallábamos muy cerca del arrecife de coral, que rodea a la alta isla en su perímetro y a una distancia de una media milla, y nos acercamos para orientarnos bien. Espesas provisiones de cocos y humo, que ascendía en diversos puntos, mostraron que la isla estaba habitada. Pronto aparecieron una tras otra, surgiendo de la punta de tierra del Norte, unas embarcaciones a vela, de las que finalmente nos rodearon cuarenta de diversos tamaños. Las grandes llevaban catorce, las pequeñas dos personas. Ya de lejos comenzaron a cantar con todas sus fuerzas, a bailar, a gesticular con la cabeza y con las manos, etc. Se adosaron voluntariosamente a la corbeta, pero sólo con gran esfuerzo logré convencer a uno solo de ellos para que subiera a bordo, atrayéndolo mediante la exhibición de un cuchillo. Sus rudos trazos faciales, llenos de desconfianza, sus grandes ojos inyectados en sangre, el griterío y el primitivismo de estos isleños nos causaron una impresión bien desagradable, ya que no habíamos olvidado aún el comportamiento suave y retraído de nuestros amigos de Kusaie (Ualan), de quienes se diferencian tanto por su lengua como por su aspecto. Después de haber permanecido hasta el mediodía entre aquella banda salvaje, nos hicimos a la vela rumbo al Oeste bordeando la costa sur de la isla. Paulatinamente se fueron alejando de nosotros todas las canoas. Solamente un nativo, que se aferraba al barco, no quiso abandonarnos, a pesar de todos nuestros esfuerzos por darle a entender que queríamos apartarnos de su canoa. La causa de esta incomprensible inclinación hacia nosotros no tardó en evidenciarse; solamente se había quedado para aprovechar un momento oportuno para poder llevar a la práctica el plan que había urdido. Cuando me acerqué a él en la seguridad con que estábamos habituados a tratar con los buenos habitantes de Kusaie, se abalanzó sobre el sextante con el que me disponía a efectuar una medición, e intentó arrancármelo de las manos con gesto feroz. Esta osadía suya fue tan sorpresiva, que los marineros que se hallaban inmediatamente junto a mí no pudieron auxiliarme de inmediato, y solamente porque así el instrumento firmemente con la mano, logré salvarlo de las pretensiones del indígena, quien se lanzó cual foca al agua al ver malogrado su ataque, y nadó hacia su canoa. Fue el mismo hombre al que habíamos colmado de regalos para agradecerle la visita que nos había

hecho.

«Seguimos las entradas y los salientes del arrecife y detectamos hacia las tres de la tarde una entrada que parecía un puerto: mandé para que la explorara al alférez Zavalichine, acompañado del doctor Mertens, que partieron en la chalupa. No los perdíamos de vista. También aquí nos vimos pronto rodeados por un grupo de canoas, con las mismas danzas, el mismo ruido y griterío de antes. En una canoa observamos a una mujer. La canoa portaba varios manojos de jabalinas y sacos repletos de piedras. Cuando observaron que este detalle no había escapado a nuestra atención y que estábamos comentándolo, se apresuraron a tapar cuidadosamente con esteras las jabalinas y las piedras; estas medidas de precaución nos mostraron que no estaba de más que también nosotros estuviéramos sobre aviso.

»El alférez Zavalichine regresó sin haber explorado ni medido la laguna en detalle, dado que había sido acosado por todos lados por las canoas de los nativos, que sin hacerle nada chillaban y gritaban simultáneamente, tiraban a la chalupa cocos y diversos objetos pequeños fabricados por ellos e invitaron a los dos hombres mediante señas a que subieran a tierra. A la puesta del Sol nos abandonaron todos». (...)

«En la mañana del 15 de enero nos volvimos a acercarnos al arrecife y pasamos navegando muy cerca de él. Algunos nativos se hallaban sobre el arrecife y ladraban como perros, de lo que cabe concluir que este animal les era conocido. Luego se confirmaría esta suposición. En cuanto observamos una entrada volvimos a enviar a la chalupa.

«Mientras esperábamos su regreso, se acercaron a nosotros varias canoas con las que trocamos cocos, fruta del pan, plátanos, pescado, un gallo y, lo que era más extraordinario, cascara de coco y conchas que estaban llenas de agua potable muy buena, que los isleños seguramente no habían traído para nosotros, sino para ellos mismos. Tras mucho tira y afloja, tres jefes, a los que aquí también llaman *iros*, accedieron por fin a corresponder a nuestra invitación de subir a bordo. Durante algunos minutos estaban tiesos de admiración y de miedo; luego se sobrepusieron un poco e incluso se decidieron a penetrar en la cámara, en donde les hicimos varios regalos e intentamos entretenerlos de las más variadas formas. No poseían ni sombra de la amabilidad de nuestros amigos de Kusaie. Estos individuos, que no eran en absoluto desgarrados causaban, debido a su intranquilidad y desconfianza, una impresión desagradable. Los enormes ojos iban de un lado para otro. Cuando recibían de nosotros el regalo de algún objeto, por nada del mundo querían volver a soltarlo cuando quisimos mostrarles su manejo. En alto grado estimaron naturalmente el hierro y los objetos que estaban confeccionados con este metal, especialmente las hachas». (...) «El más amable entre los visitantes era el *iros* Lapalap, un anciano de cerca de 65 años, que se diferenciaba de los demás por su serena cordialidad. En la pierna portaba la huella de una grave herida; ello muestra seguramente que se producen guerras internas entre ellos, al igual que sucede en las demás islas altas de este archipiélago. Cuando dimos las velas para continuar la marcha, todos ellos salieron de la cámara para subir al puente; se entretuvieron durante algún rato en las jarcias y en el atrincheramiento; luego saltaron uno tras otro al agua y nadaron hacia sus canoas.

»En la entrada que había sido explorada no se hallaba fondo adecuado para el anclaje; la otra, frente a la punta SW, que el alférez Zavalichine había podido explorar solamente en parte la víspera, parecía más prometedora; al volver a pasar nos detuvimos allí, y el mismo oficial recibió la orden de desplegar una bandera sobre la chalupa en caso de que se viera amenazado en alguna forma por los nativos. Todas las canoas que habían hecho acto de presencia siguieron a nuestra chalupa al interior de la bahía. Al cabo de un rato vimos que había hecho la señal convenida. Nos acercamos inmediatamente algo más a la costa y disparamos varios cañonazos. El alférez Zavalichine regresó pronto a bordo y me entregó el siguiente informe sobre su exploración:

«"Partí a las 11 en la chalupa para hallar y explorar en la entrada que ofrece al arrecife frente a la punta SE de la isla". (...) "El estrechamiento del canal, su curso de NE a SW, que está completamente opuesto a la dirección del viento reinante, y la poca amplitud de la bahía hacían inapropiada la entrada para

el anclaje.

»"Cuando hube abandonado la corbeta no se hallaba ninguna canoa junto a mí; todas cuantas se hallaban cerca del barco se me unieron en la entrada a la bahía exterior, y cuando me hallaba en la interior acudieron tal cantidad de canoas desde la orilla para reunirse con ellas que finalmente pude contar unas 40 embarcaciones, que portaban por lo menos a unos 200 nativos. Cantaban, chillaban, nos ofrecieron frutos, etc., al igual que lo habían hecho ayer; y si bien al rodearnos de cerca, obstaculizaban considerablemente nuestra labor, no mostraron en principio intenciones hostiles. Sin entrar en contacto con ellos continuamos efectuando nuestra exploración.

»"Su osadía y desvergüenza aumentaron de minuto en minuto; finalmente se situaron en la proa de la chalupa, la asieron con las manos e incluso intentaron repetidas veces quitar el palo de dirección del timón. Uno de los nativos desató un manojo de jabalinas, sin duda con intenciones hostiles, ya que un grito aparentemente de desacuerdo partió de las demás canoas, por lo que volvió a taparlas inmediatamente. Cuando estábamos saliendo de la bahía nos rodearon aun más, chillaron con mucha mayor potencia, de modo que al cabo tuvimos que abrirnos por la fuerza un camino a través de las canoas para poder continuar avanzando. El indígena del que ya hablé se encontraba muy cerca de la popa de la chalupa; agarró una jabalina y la lanzó contra mí. Afortunadamente en aquel momento me acababa de girar hacia este lado, y al advertir el peligro aún tuve tiempo de disparar una pistola —que tenía a punto durante todo el tiempo— sobre su cabeza. Este disparo causó el deseado efecto. Todos permanecieron quietos, se sentaron en sus canoas y permanecieron durante unos momentos en esta postura; nosotros aprovechamos su confusión, nos zafamos de ellos y desplegamos al mismo tiempo nuestra bandera para advertir a la corbeta de las dificultades en que nos hallábamos. Cuando se recuperaron del susto nos volvieron a perseguir haciendo sonar al mismo tiempo sus trompetas de concha; pero ya era demasiado tarde; les habíamos ganado ya tanto terreno que pronto pudimos volver a pisar por suerte nuestra la corbeta".

«Una de las canoas que perseguía a nuestra chalupa se aproximó mucho al barco; las demás se dispersaron y desaparecieron luego en distintas direcciones hacia la isla. Pero el sonido de las trompetas de concha, la trompeta de guerra en todas las islas de éste mar, siguió escuchándose durante mucho tiempo desde distintos puntos».

Después de haber estado navegando a lo largo de la costa oeste de Pohnpei, la *Senyavin* llega a la punta NW de la isla y a la embocadura de lo que hoy es el puerto de la capital, Kolonia. Nombre que procede del establecimiento allí de la primera colonia española a finales del siglo pasado, que los siguientes ocupantes de la misma, los alemanes, escribieron según su grafía con *k*. Así quedó hasta hoy, en que la capital de los jovencísimos Estados Federados de Micronesia es Kolonia. Pero para ser fiel a su origen, en este libro me referiré siempre a ella con su nombre original de Colonia. Allí se produce una nueva aproximación de la corbeta rusa a la costa:

«Al acercarnos a la isla nos recibieron sobre las rocas desnudas que se hallan sobre el arrecife un grupo de hombres armados con largas jabalinas; pero se veían solamente muy pocas canoas. Frente a la punta NW de la isla, que se distingue por una elevada roca escarpada con paredes completamente verticales, que parece constituida de basalto, advertimos una apertura grande en el arrecife, y al otro lado del mismo una extensión de agua que parecía anunciar un buen puerto. Decidí volver a hacer una vez más el intento de hallar un fondo adecuado para el anclaje; casi no había canoas junto a nosotros, y tuve la esperanza de que nuestra gente podría realizar su trabajo sin ser molestados por los habitantes que nos observaban tranquilamente desde el arrecife. Para mayor seguridad le di al alférez Zavalichine otro bote más para que le acompañara, y que estaba armado y al mando del guardiamarina Ratmanoff; a ambos se les indicó severamente que no dispararan sus armas de fuego contra los nativos, excepto en caso extremo y únicamente en defensa propia. Después de lo cual nuestros botes emprendieron tranquilamente la marcha. Hallaron una entrada de dos largos y medio de cable —unos 300 metros— de ancho y 28 brazas y más de profundidad, que según todos los indicios parecía albergar un puerto espacioso y seguro. Pero apenas

habían cruzado el canal, cuando los nativos, que hasta entonces habían estado observando en silencio sus movimientos, se lanzaron con enorme griterío al agua, empujaron sus canoas ocultas detrás de las rocas al agua, y los rodearon en un instante y repitieron el espectáculo de la víspera anterior, sólo que éstos aún eran más osados e insistentes. Lanzaron incluso cuerdas por encima del timón y de los toletes, como si quisieran apoderarse de la chalupa. Los disparos ciegos no surtieron el más mínimo efecto; a cada disparo le sucedieron gritos y una redoblada osadía. El alférez Zavalichine dio la señal convenida; lanzamos algunos cañonazos ciegos, que sin embargo debido a la distancia a la que nos hallábamos, apenas podían causar efecto alguno, y nuestras chalupas tuvieron aún mayores dificultades que el día anterior para zafarse de los nativos y alcanzar la corbeta.

«Es posible que estos excitados isleños no urdieran intenciones hostiles contra nosotros; pues incluso durante el tenso encuentro una de las canoas permaneció adosada a nuestro barco, y dos o tres nativos que se hallaban a bordo no parecieron estar en lo más mínimo preocupados por lo que acontecía más lejos; tal vez la curiosidad, la impaciencia por contemplar los desconocidos objetos, o la preocupación por su propia seguridad, fueron la causa de su molesto acoso. De cualquier forma, su comportamiento impidió el que pudiéramos finalizar la búsqueda de un lugar para el anclaje. Solamente quedaba un medio de mantenerlos a una distancia respetuosa: deberíamos haberles hecho experimentar el poder de las armas de fuego. Pero juzgué que este método era demasiado cruel, vacilé y renuncié a la satisfacción de pisar la tierra recién descubierta si este placer había de costar sangre, no solamente la de los nativos, sino probablemente también la de nuestra gente. Sin empeñarnos en la búsqueda de un lugar de anclaje, en esta bahía, le di por ello a causa de nuestro fracaso y del poco hospitalario carácter de sus habitantes el nombre de "Puerto de la mala acogida"». (...)

Friedrich Lütke sigue explorando lo que desde fuera de los arrecifes puede observar de la costa de Pohnpei, hasta que el día 18 de enero decide explorar el grupo de los islotes que forman el atolón de Pakin, al NW de Pohnpei:

«Este grupo parecía estar deshabitado; pero en la isla situada más al Norte observamos a seis hombres que echaron su canoa al agua, embarcaron y llegaron hasta nosotros». (...) «Como habitualmente, llegaron cantando y danzando y nos hicieron señas con un trapo rojo, que nosotros respondimos con un pañuelo rojo. Cuando llegaron a la popa de nuestro barco, trocaron diversas bagatelas y frutos; pero no entendieron, o quisieron entender, nuestra invitación de que subieran a bordo. Para poderme entender mejor con ellos, me dirigí en la chalupa hasta donde ellos estaban. Pero tampoco esta visita discurrió por cauces más satisfactorios que las anteriores, ya que, sin distraer por un solo instante su atención fijada en determinado objeto, hablaban todos ellos al mismo tiempo, fuerte y rápidamente, con lo que uno se quedaba un tanto perplejo y no entendía palabra. Logramos averiguar los nombres de las islas más próximas del grupo, pero el nombre de la isla grande, que desde el primer momento intentamos averiguar afanosamente, sigue hasta ahora quedando incierto. La palabra Pouynipéte o Pai'nipéte, que a menudo pronunciaron, me parece ser la más posible; pero no tuvimos la certeza de que fuera realmente el nombre de la isla».

«Con ello concluyó la exploración de las islas por nosotros descubiertas; pero habría quedado incompleta si no hubiéramos averiguado el nombre con el que los nativos designaban la isla alta. Por ello decidí dar una vez más la vuelta para intentar localizar a algún hombre que fuera lo suficientemente amable para despejar nuestra duda».

«Después de haber pasado la noche entre los dos grupos de islas bajas, volvimos a enfilarnos en la mañana del 19 de enero la costa oeste de la isla principal. Pronto surgieron cuatro canoas, que, tras el acostumbrado recibimiento con cantos, danzas y señas con un trapo rojo, se adosaron a nuestro barco. Era gente sencilla, que no portaban nada más que un poco de agua, y que precisamente por ello eran más reservados e inteligentes que los otros. Por ellos supimos que el nombre de la isla grande era efectivamente Pohnpei». (...)

Estos mismos nativos le comunicaron a Lütke los nombres de muchos de los islotes pequeños del grupo.

«Todas las islas juntas recibieron el nombre de islas Senyavin, en honor al meritorio oficial cuyo nombre adorna nuestro barco». (...)

Después de despedirse de estos últimos y más amables isleños, Lütke ordena zarpar en dirección norte, con lo que prosigue definitivamente su viaje, al tiempo que se lamenta de no disponer de más tiempo para haber intentado desembarcar y reconocer la gran isla sobre el terreno:

«Por muy agradable que había sido para nosotros la estancia en Kusaie, lamento hoy el tiempo pasado allí cuando pienso que mejor empleado habría estado en la exploración de un notable país, sobre todo del carácter muy especial del pueblo que allí vive».

«Las islas Senyavin se hallan entre los 6°43' y 7°6' latitud norte y 201½° y 202° longitud oeste de Greenwich. En la isla principal Pohnpei reconocemos sin duda a la Faloupet de Cantova; la Pouloupa de la que los habitantes de Uleai le hablaron al capitán Duperrey» —esto es un error, ya que hablaban de Pulap, situada al oeste de Truk— «y Fanopé, de la que se habla en las narraciones de Kadu. Bajo este último nombre, o mejor, por el nombre Fanupeí se la conoce en todas las Carolinas occidentales, como luego averiguaríamos. Tiene un perímetro de 500 millas. Su altura más elevada, el Monte Santo, que fue llamado así en recuerdo de la victoria naval del almirante Senyavin sobre los turcos, se alza 458 toesas sobre el nivel del mar. Su cima es bastante plana, y a primera vista uno no creería que se alza 1.000 pies por encima de Kusaie». (...)

«Por lo que se puede enjuiciar a la isla a partir de su aspecto externo, está formada principalmente, como todas las demás islas altas de este mar, de basalto. Está rodeada como las demás por un arrecife de coral, sobre el que están repartidas islas de distintos tamaños, formadas igualmente por coral. Pero en el "Puerto de la mala acogida" y algo más al este hay también, cerca de la costa, islas altas. La isla está totalmente cubierta de verdor, si bien parece ser menos espeso que en Kusaie. Bajo el viento, o sea en la costa sur y occidental, los manglares y otros árboles que crecen en el agua forman una barrera impenetrable.

»En la costa se ven solamente pocas casas, la mayoría de ellas están ocultas en la espesura; pero el humo que se eleva en muchos lugares y los grandes palmerales dan idea de la numerosa población de la isla, principalmente en el norte. El suroeste parece estar menos poblado. En las distintas ocasiones nos encontramos con un total de aproximadamente 500 personas; de acuerdo con esta cifra, la población total de la isla puede sumar, contando mujeres y niños, unas 2.000 almas». (...)

«Algunas casas que tuvimos ocasión de ver eran totalmente diferentes que las de Kusaie; no tenían la característica techumbre de éstas, sino que se parecían más bien a las cabañas de las Carolinas inferiores.

»La gente de Pohnpei se diferencia claramente de los habitantes de Kusaie y de los de las Carolinas que posteriormente vimos. Su aspecto externo se asemeja más al de los papuas. Tienen una cara ancha y plana, una nariz ancha y chafada, labios gruesos, algunos tienen también el cabello crespo. Ojos grandes que expresan desconfianza y ferocidad. Su alegría es escandalosa y exagerada. Una sonrisa forzada permanente y unos ojos que constantemente están mirando a todos lados, no les confieren absolutamente ninguna simpatía. Cuando cogen algo con la mano, lo hacen en cierta forma de modo convulsivo y al parecer con la firme intención de no volverlo a soltar, ni en el caso de tener que oponer resistencia.

»El color de su piel tiene un matiz entre castaño y color oliva. Son de estatura media, bien formados, y parecen ser muy fuertes; cada movimiento denota determinación y constancia». (...)

«Sobre el hombro se colocan un pedazo de corteza de morera de papel; en ocasiones se encuentra en el centro una ranura por la cual se pasa la cabeza, igual que en los ponchos de Sudamérica». (...)



Con respecto a esta corteza de morera, Lütke hace una interesante anotación: «Ésta fue la opinión generalizada en la corbeta y así lo anoté en el Diario: Sin embargo, el doctor Mertens opina que no es ésta, sino la corteza del árbol de la fruta del pan la que emplean. Las muestras de estas piezas que trajimos están confeccionadas en el estilo del de las islas de la Sociedad y Sandwich, que seguramente están labradas con corteza de morera. Incluso las tiras en diagonal que atraviesan los mazos con que golpean la corteza, son en ambos casos idénticas. El empleo de este material, sea cual fuere, es una de las características diferenciales entre este pueblo y los habitantes de las otras islas de las Carolinas, que confeccionan sus tejidos únicamente a partir de fibras de banana y de coco. La gente de Pohnpei posee también tejidos de estos dos materiales». (...)

«En el tatuaje de su cuerpo se observa un talento y un gusto mucho más creativo que en la gente de Kusaie. También hay que decir que los motivos de sus tejidos son muy atractivos y bellos.

»Sus canoas tienen diversas medidas. Las grandes pueden llevar hasta cuarenta personas». (...) «Como todas las canoas de este mar poseen un flotador; pero se diferencian de todas las embarcaciones que yo he llegado a conocer por el hecho de llevar velas sin mástiles». (...)

«También hallamos allá un animal cuya existencia en las Carolinas se negaba: el perro. Tal vez llegó con los habitantes de otro país. El que nosotros pudimos obtener era de una raza muy diferente a las razas de perros europeos. Tenía el porte de un perro danés y se le parecía más que a ningún otro. Una frente ancha, orejas puntiagudas cola larga casi siempre caída le confirieron el mismo aspecto fiero y desconfiado que caracterizaba a sus amos». (...) «Cuando nos lo quedamos era muy pequeño, no tendría más de tres semanas; pero a pesar de ello era tan fiero que durante varios días no salió de debajo de un afuste de canon y gruñía incesantemente. Luego se acostumbraría a nosotros pero no depuso su actitud reticente y maliciosa; y cuando avistaba a alguien que le era extraño, procuraba colarse detrás de él y morderle en las piernas. Jamás ladraba, pero aulló en alguna ocasión. En el puerto de Lloyd lo llevamos a tierra; inmediatamente huyó al bosque y mordió en la mano al hombre que intentó volver a cazarlo. A nuestra llegada a Kronstadt aprovechó la primera ocasión para huir y nunca más lo volvimos a ver.

«Enfilamos rumbo norte para alcanzar el paralelo de la isla de San Agustín, cuya visita había interrumpido el descubrimiento y exploración de las islas de Senyavin». (...)

«La isla de Pohnpei permaneció visible hasta el anochecer del día 20; luego desapareció en la oscuridad a una distancia de 40 millas »

Hasta aquí los pasajes más interesantes para el propósito de éste hbro, del informe —primer informe científico— sobre la isla de Pohnpei redactado por el capitán de la corbeta rusa «Senyavin», Friedrich Lütke, que visitó la isla del 14 al 19 de enero de 1828.

Debo añadir que en este breve lapso de tiempo, y además de sus varias tentativas de localizar un lugar de anclaje con la chalupa, el alférez Zavalichine trazó el primer mapa conocido de la isla, que fue reproducido posteriormente en el *Atlas* del viaje de la *Senyavin*. Curiosamente, el mapa incluye las ruinas de Nan Matol visibles desde el mar, si bien en ningún otro lugar del informe sobre el viaje de la *Senyavin* nadie menciona para nada dichas construcciones. El análisis de las actas en el archivo estatal proporcionó el dato de que se habían confeccionado 1.250 dibujos relativos a aspectos de la isla por los componentes de la expedición, de los cuales 700 originales de su acompañante Postels, 350 de Mertens y 200 de Von Kittlitz. Al regreso de la expedición de Lütke habrían sido entregados a la Academia imperial. Pero los protocolos no hacen mención alguna de esta recepción. De estos 1.250 dibujos únicamente ha podido ser localizada una carpeta con 40 hojas y 80 dibujos, casi todos de Postels, en el museo Pedro el Grande en la antigua Petersburgo. Nadie ha podido dar razón del paradero ni de los motivos reflejados en los restantes 1.170 dibujos.

## HASTA LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA

Tal y como ya dije al hablar de O'Connell, en los años siguientes a la llegada de la *Senyavin*, los barcos balleneros y de los traficantes fueron arribando en número creciente a la isla, y poco a poco se fueron estableciendo en ella toda una serie de convictos fugados y de desertores de barcos. En este contexto, el diario del capitán Winn del *Eliza*, también menciona para el 30 de octubre de 1834 que unos cuantos hombres blancos que ya debían vivir en la isla se acercaron al barco.

Los balleneros fueron de hecho los primeros barcos que llevaron grupos masivos de extranjeros (europeos y norteamericanos de la costa este de los Estados Unidos a Pohnpei). Llegaban para reabastecer sus embarcaciones de provisiones, en los meses de diciembre a febrero de cada año, época en la que las ballenas —cuya grasa se empleaba en el siglo XIX para prender lámparas domésticas— se desplazaban a las aguas calientes del océano Pacífico. En principio, los isleños les acogieron favorablemente, dado que les agradaban los objetos inexistentes en la isla que los barcos les traían. Pero pronto los extranjeros fueron unos auténticos indeseables porque, entre otros motivos, diezmaban a la población indígena con la introducción de enfermedades contra las que no tenían defensa alguna.

En 1843, un brote de disentería causó gran mortandad entre los nativos. La gripe que se detectó en 1845 en diversas comarcas de la isla no fue excesivamente violenta. Pero sí lo fue la viruela, que en 1854 trajo el barco inglés *Delta*. Portaba a bordo a un marinero afectado de esta enfermedad altamente contagiosa cuando ancló en el puerto de Roí en Kiti. Los blancos que vivían allí advirtieron al jefe nativo del lugar sobre la gravedad de esta enfermedad, urgiéndole a que obligara al capitán del *Delta* a no desembarcar y ordenarle levar anclas. Ante la imposibilidad del desembarco, el capitán inglés optó por aprovechar la oscuridad y tranquilidad de la noche para dejar al marinero enfermo y sus pertenencias en la orilla y levar anclas al amanecer. A la mañana siguiente los nativos hallaron el cuerpo del marinero en lamentable estado y advirtieron la ausencia del buque. Ante este hecho, toda su animadversión se trocó en lástima por el marinero tan vilmente abandonado, al que acomodaron en una cabaña especialmente aislada y prodigaron los más esmerados cuidados. Pero sus pertenencias fueron repartidas por toda la isla, con lo cual a las pocas semanas la epidemia de viruela se había generalizado por toda Pohnpei con especial virulencia. El efecto fue el de una auténtica guerra bacteriológica: de los aproximadamente 5.000 habitantes indígenas de la isla murieron en pocas semanas 3.000. El marinero afectado causante de la infección curó, e igualmente resultaron indemnes los 30 extranjeros que por aquella época vivían en Phonpei, los cuales estaban todos vacunados, y de los cuales solamente enfermó uno, que de todas formas volvió a sanar también. Tal es lo que refleja el informe emitido por la fragata austríaca *Novara* que arribó a Pohnpei el 16 de setiembre de 1858. Sensiblemente distinta es la versión recogida por Paul Hambruch: Georges Craighton, natural de Londres, que vivía en Pohnpei desde 1854 con alguna interrupción hasta 1864 e ininterrumpidamente desde este año, contaba que en la primavera de 1853 apareció en Pohnpei el barco americano *Delta* al mando del capitán Weeks. Portaba a bordo varios afectados por la viruela, anclando en el puerto de Mutok. El piloto William Paar desembarcó sobre el islote deshabitado Paniau, sobre el arrecife, a seis enfermos, pensando que así estarían suficientemente aislados; pero no había contado con la codicia de los nativos. Varios de ellos acudieron de noche y les robaron sus vestimentas. Tras lo cual los enfermos fueron recogidos nuevamente a bordo. El *Delta* se aprovisionó en Matolenim de agua potable y madera y continuó viaje a Ngatik. Aconsejado por el misionero Sturges, el Naniken (segundo jefe) de Kiti intentó aislar a los ladrones. Los vestidos y todas sus pertenencias fueron quemadas, pero ya fue demasiado tarde. En pocas semanas Pohnpei registró 2.000 muertes. Cuando además en Matolenim se le murieron al primer misionero protestante de la isla, el doctor Gulik, tres de sus pacientes, los blancos que vivían en la isla y que eran decididamente contrarios a la presencia de los misioneros en la misma, hicieron correr la voz de que habían sido éstos los que habían introducido la enfermedad, que se proponían extenderla con sus medicinas, y que luego vendría un buque de guerra que les ayudaría a tomar posesión de la isla y con ella del país de los nativos. Todo lo cual propició el que la epidemia —siempre según el testimonio de Craighton— asolara la isla durante cuatro meses.

Los nativos sólo recuerdan al respecto esta narración de sus abuelos: «Mucho tiempo después del gran tifón se multiplicaron los hombres, y hubo mucha gente en Pohnpei. Entonces llegó un barco que trajo una enfermedad que fue llamada viruela. Cuando llegó este barco entró en el puerto de Mutok. Lo trajo un extranjero que se llamaba Pilbauuos» (¿Spielbacher?) «y en el barco había varios que tenían la viruela. Pero la gente de Pohnpei no lo sabía y entró en contacto con ellos. Entonces contrajeron la enfermedad. Y la expandieron a toda la isla. Se extendió a todos los pohnpeyanos, que enfermaron, y muchos murieron. Pero hubo desde tiempos antiguos un tipo de viruela en Pohnpei, que era más suave. La gente de Pohnpei la llama paran. Y cuando alguien enfermaba de esta enfermedad y se formaba la "piel extraña", entonces dormía con otra persona, para que la enfermedad se contagiara a ésta y se llevara de él a la "piel extraña". Pero luego el barco trajo la viruela. Y casi todos los pohnpeyanos murieron por su causa».

Sea como fuere, queda claro que también con esta irresponsabilidad y desprecio hacia el nativo, la raza aria contribuyó a eliminar elementos que podían ser transmisores de un conocimiento mucho más preciso sobre lo que aconteció en Pohnpei antes de que la raza de sus actuales habitantes morara en ella. Máxime si tenemos presente que la epidemia introducida por el *Delta* afectó mortalmente a gran parte de aquellos que más estrechamente en contacto estaban con los iniciados, cuales eran los distintos jefes de los isleños. Y ello por el derecho que éstos ejercían de quedarse con una parte de las pertenencias —objetos personales, adornos y vestimentas— de los subditos que se les iban muriendo, pertenencias que, al llevárselas a su propia cabaña, introducían en ésta el germen de la enfermedad.

Volvamos a los balleneros y a los demás visitantes de la isla de Pohnpei hasta la época de la dominación (es un decir) española de la misma, en un ya más somero repaso de este siglo XIX en el que los descendientes de los reyes del Sol se fueron habituando al contacto con gentes venidas de otros confines del gran mar y aún de allende los límites de éste.

El capitán J. H. Eagleston del barco *Perú*, que avistó Pohnpei el 3 de enero de 1832, se refirió a esta isla con el nombre de Ascensión, bajo cuyo nombre ya figuraba en los mapas del citado capitán. Es imposible saber a ciencia cierta quién la llamó por vez primera así, pero es el nombre por el que a partir de este momento se la designa en literatura marina y que usan los visitantes hasta la ya mencionada etapa española. Lo que está claro es que no se la debe confundir en ningún caso con la isla Ascensión del Atlántico austral, descubierta en 1501 por el portugués João de Nova, el día de la Ascensión.

Los ya anteriormente citados balleneros de Sydney *Albion*, al mando del capitán John Evans, y *Nimrod*, al mando del capitán White, recalaron en el puerto de Roi en Kiti en noviembre de 1832. Ambos entregaron sus observaciones de la isla a un tal Horton James, que en diciembre de 1833 pasó la siguiente comunicación de las mismas a la revista náutica inglesa *Nautical Magazine*, que la publicó en diciembre de 1835. Dado que se trata de la primera noticia sobre Pohnpei publicada en el mundo entero por una revista especializada náutica, y por la amplia difusión que la misma tenía entre los círculos interesados, o sea los balleneros —que con su publicación se comenzaron a interesar mayoritariamente por su existencia, con lo que aumentó a partir de entonces el índice de visitas a la isla— creo interesante reproducirla íntegra:

«La isla Ascensión se halla en el océano Pacífico norte, cerca del Ecuador a 6°48' latitud norte y 158°25' longitud este. Se trata de una hermosa isla grande, que es visible desde unos 45 km de distancia; mide 60 millas de perímetro y dispone a sotavento de un excelente puerto. Tiene abundante agua dulce y unos 10.000 habitantes; éstos son de piel oscura y muy amables. Es rica en gallinas, pero no hay cerdos; hay gran cantidad de frutas del pan, ñame y colocasia.

«Solamente dos barcos han vistado la isla. Tiene configuración volcánica, pero parece consistir principalmente de cal coralina; no hay cuadrúpedos; pero sí gran cantidad de peces y tortugas; también pueden obtenerse grandes cantidades de caparzones de carey. El clima es por lo general muy cálido, mas la isla merece la atención de balleneros y otros barcos que deseen dirigirse al norte de Australia. Se habla aquí una lengua especial; ninguno de los hombres de Tahití que trabajaban a bordo de nuestros barcos como

marineros, lograron entenderse con los nativos de Ascensión. Van completamente desnudos y solamente portan el maro, que los habitantes de las islas tropicales del mar del sur llevan generalmente en la cadera».

En una nota aparecida en febrero de 1835 en un diario de Australia, se dice que la isla de Pohnpei fue descubierta «muy recientemente» por el navio *HM Sloop of War Raven*. Pero ningún otro de los múltiples archivos consultados menciona para nada dicho descubrimiento, ni se recuerda el mismo en Pohnpei.

Luego, Horatio Hale informa en «Ethnography and Philology», *U.S. Exploring Expedition*, Vol. VI:

«En junio de 1835 se perdió el ballenero londinense *Corsair* en un arrecife junto a Drummond's Island; uno de los botes con seis hombres y el médico del barco doctor Smith llegó a Pohnpei al cabo de 17 días. Durante este tiempo tuvieron que padecer infinitas penurias. En Oahu tuve ocasión de hojear el Diario del doctor Smith; contiene algunas interesantes anotaciones. Aquí conocí también al señor G. W. Punchard, que había estado en Pohnpei durante más de un año y de quien obtuve todavía una serie de informaciones».

Smith llamaba a Pohnpei Bonnybay, y Punchard Banebe.

En 1836, un tal doctor Campbell arribó a Pohnpei a bordo del *Lambton*. El artículo que escribió sobre la isla y que fue reproducido en *The Polynesian* el 11 de julio de 1840, cayó según todos los indicios en manos de Francisco Michelena y Rojas, el viajero venezolano que estuvo en Pohnpei en 1841. Michelena y Rojas procedió a plagiar este artículo en su propio relato sobre Pohnpei, publicado en 1843, haciendo ver que él era el autor original del texto.

De acuerdo con el relato de O'Connell, el irascible capitán del *Spy* que le rescató de la isla acabó disparando a mansalva contra los nativos que le estaban rodeando en sus canoas. Posiblemente este hecho, unido a la codicia del rey de Matolenim y a los atropellos cometidos con mujeres pohnpeyanas por miembros de su tripulación, propiciaron los graves enfrentamientos entre los nativos y los tripulantes de navios ingleses en 1836. Esto es lo que cuentan resumidamente los pohnpeyanos, según el relato transmitido por sus abuelos:

«Llegó el tiempo en que algunos extranjeros permanecieron en la isla, ya que llegaron muchos barcos. Pero la gente de Pohnpei no se fiaba de los extranjeros, pues creían que éstos tenían malas intenciones y los tomaron por espíritus de hombres; tal era su impresión. Así fueron las cosas hasta el reinado de un Nanamariki [rey] que se llamaba Luk en Kazik. Este rey era muy severo y hacía ofrendas a Nan Tsapue y cumplía la celebración del sacrificio del pun en tsap.

»También apareció por Pohnpei un sacerdote que quiso extender allí el credo católico.

«Pero el Nanamariki no quiso hacerle caso. Este sacerdote vivía en una isla en Matolenim, llamada Na. El sacerdote vivía en Na con un alto jefe que llevaba el título de Uasai y Luk en Kiti.

»El sacerdote les enseñó el credo en Dios. Pero ellos se reían de él y dijeron que ellos solamente conocían a un gran jefe en el cielo, Nan Tsapue, y que aparte de éste no había otro. Nadie siguió las enseñanzas del sacerdote, ya que nadie confiaba en él. El sacerdote vivió mucho tiempo allí. La gente era muy amable con él y lo cuidaron, hasta que enfermó y murió. Entonces enterraron su cuerpo en la isla Na.

«Mientras vivía el Nanamariki Luk en Kazik, no se preocupó de los extranjeros, hasta que apareció un barco llegado de lejos, un ballenero. Este barco ancló a la entrada de Matolenim que se llama Pantiei en U. Comenzó a soplar un viento adverso, y el barco tuvo que quedarse durante largo tiempo, hasta la entrada de la época rak, pues ésta es la época en que se puede volver a salir con viento favorable de aquel paso. Cuando llegó la época del buen viento el barco zarpó y casi alcanzó la parte externa de la entrada. En este momento comenzó a soplar repentinamente un viento contrario, que lanzó al barco contra el arrecife, de forma que el barco se estrelló. El capitán y la tripulación subieron a los botes y se dirigieron a una isla junto a Na, llamada Napali; se llevaron todas sus cosas a este lugar, incluidas las velas. Así el capitán se quedó en

Napali.

«Entonces vino el Nanamariki y quiso quitarles todas sus pertenencias; pero el capitán aconsejó no darles todas sus cosas. Entonces el Nanamariki se enfureció, quemó el barco y mató al capitán y a muchos de sus hombres. El capitán se llamaba Pil; el capitán y alguno de sus hombres estaban muertos, otros habían sobrevivido. Luego vinieron tres barcos más y atacaron a Matolenim. Entonces huyeron el Nanamariki y su gente. El Nanamariki huyó a Uona y su hermano Nanaua a Mant. La gente de Uona mató al Nanamariki a tiros y lo llevaron a uno de los barcos; y el capitán les encargó a varios de ellos que capturaran a Nanaua y se lo trajeran. Entonces le ataron una cuerda al cuello y lo colgaron del mástil del barco, y así murió. Los extranjeros apoyaron ahora a Luk en Kito para que gobernara y fuera Nanamariki. Este Nanamariki era bueno y complació a los extranjeros. Pero Pohnpei siguió siendo pagana hasta la época en que llegó a Pohnpei una enfermedad muy peligrosa, que fue llamada kilitop [la ya comentada epidemia de viruela] y que mató a mucha gente. También murió afectado de esta enfermedad el Nanamariki Luk en Kito. Ocupó su puesto un Nanamariki que se llamaba Luk en Muei U. Por esta época se hizo la luz en Pohnpei, ya que desde América llegó un hombre de nombre doctor Gulick. Destruyó todos los lugares sagrados de Pohnpei».

¡Hombre! ¡Agradecida le queda por su gesta la ciencia, reverendo Gulick! Se ha cubierto usted de gloria...

Efectivamente, el acuchillamiento de la tripulación naufragada del *Falcan* fue vengada a los pocos días. Los detalles de esta intervención están debidamente reflejados en el *Nautical Magazine* de 1847, que comienza así:

«*Lucha de los ingleses y las gentes de Matolenim en el año 1836.* Algunos días después de la pérdida del *Falcan* y de la muerte de su capitán, entraron en el puerto de Matolenim el cúter *Lambian* y el buque *Unity* de Oahu. Hallaron al *Falcan* varado sobre el arrecife y a los blancos en alianza con una tribu amiga en pie de guerra contra las tribus y seguidores de Nanaua. El buque *Avon* se encontraba por estos días fondeado bajo bandera de Hawai en el puerto de Kiti a sotavento de la isla. Fue enviada una embajada para solicitarle su apoyo; pero el capitán se negó al mismo hasta que se le prometió la asignación de todos los bienes rescatados del barco naufragado. Tenían que aceptar en parte estas duras condiciones. Con las fuerzas ahora disponibles se emprendió el ataque en el que, como es fácilmente comprensible, los europeos contaban con la ventaja de sus medios de combate, como fueron sus armas, sus municiones, etc., mientras que sus aliados nativos eran valiosos por su conocimiento del terreno en misiones de espionaje y comunicación de noticias de los movimientos contrarios, etc».

El informe citado publicado en el *Nautical Magazine* evidencia con qué grado de arbitrariedad trataron aquellos capitanes y tripulantes a unos nativos indefensos, cómo malentendidos mutuos conducían a sangrientos enfrentamientos y les proporcionaban a los isleños unos conceptos de los blancos que luego dificultarían extraordinariamente los intentos de entendimiento. Máxime cuando se sabe que estos mismos blancos que eran capaces de semejantes actos vandálicos, desertaban en más de una ocasión de sus barcos y alcanzaban un grado de influencia sobre los nativos que estropearon el carácter de éstos. Digno de tenerse en cuenta es el detalle que emana del informe, de que las gentes de Pohnpei poseían ya armas de fuego y las manejaban con destreza.

Por esta época, algunos contados pohnpeyanos salen por vez primera de su isla enrolados en barcos extranjeros. Así, el bergatín *Harmony*, según consta en el *Nautical Magazine* de 1838, estuvo en Pohnpei en octubre de 1835, registrando como miembro de su tripulación a un muchacho pohnpeyano de 16 años de edad. Campbell, que estuvo en Pohnpei aquel mismo año, informa que un nativo ya había estado previamente en Hawai, regresando de allí a su isla natal. El cúter *Lambian* en 1835 y en 1836 llevó por lo menos a un pohnpeyano como miembro de su tripulación a Sydney y de regreso a Pohnpei. Pronto los marineros pohnpeyanos navegaron por aguas del Pacífico y algunos llegaron a puertos de Nueva Inglaterra,

y muchos de ellos regresaron a su isla de origen. Los nativos de Pohnpei comenzaron a conocer así otras tierras cuya existencia hasta aquellos años parecían haber desconocido.

Intereses políticos y económicos así como el vergonzoso comportamiento del capitán Kingston en el incidente del *Falcan*, que provocó un interés mayor por la isla y su circunstancia, fueron las causas de una serie de visitas de buques de guerra franceses e ingleses a la isla. En 1838, ésta recibió la visita del *HMS Ymogene*, al mando del capitán Bruce. En 1839, la del *HMS Lame*, al mando del capitán Blake. En 1840, la de la corbeta francesa *La Danaïde*, al mando de Joseph de Rosamel. En 1845, la del *HMS Hazard*, al mando del capitán Egerton. En 1851, la de la corbeta francesa *Capricieuse*. Esta serie de visitas de tanteo digamos oficial de la isla, finalizan con las de un solo día de duración que rindieron respectivamente la *fragata* sueca *Eugenie* el 22 de noviembre de 1852, y la *fragata* austríaca *Novara* el 16 de setiembre de 1858. Esta última proporcionó los primeros dibujos útiles de Pohnpei, trazados al natural, y con una fidelidad casi fotográfica.

De todas estas visitas la más importante fue sin duda la de la corbeta francesa *La Danaïde*, cuyo capitán Joseph de Rosamel —siendo el de Lütke (*Senyavin*, 1828) el primero— lleva a cabo el segundo reconocimiento científico por encargo de un gobierno europeo.— El mismo está recogido en *Communication des rapports adressés au ministère de la Marine par M. de Rosamel, commandant de la corvette La Danaïde, qui a visité en 1840 l'archipel des Carolines* (*Comunicación de los informes remitidos al ministerio de la Marina por M. de Rosamel, comandante de la corbeta La Danaïde, quien visitó en 1840 el archipiélago de las Carolinas*).

De Rosamel avistó Pohnpei el 5 de setiembre de 1840, desde una distancia de unas 60 millas. Al día siguiente, la calma del viento no le permite aproximarse más a la isla. Por la tarde se le acerca una canoa que porta a bordo a un marinero americano que vivía hace tiempo en la isla y se ofrece para guiar a *La Danaïde* a puerto seguro, práctica que se prodigó en alguna ocasión durante el siglo XIX por parte de los marineros naufragados o desertados que se habían quedado a vivir en la isla cuando intentaba penetrar algún nuevo barco en los puertos a los que había que llegar sorteando los traicioneros arrecifes. De Rosamel en su informe recomienda de entre todos ellos al criollo francés Louis Corgat, que le pareció ser el que mejor conocía los puertos de Pohnpei.

El guardiamarina Visquet recibió el encargo de acometer el estudio hidrográfico de la isla y de los puertos principales de la misma. También incluye el trabajo efectuado por el equipo científico de *La Danaïde* el segundo mapa del grupo de las Senyavin (Pohnpei, Ant y Pakin) de que disponemos, siendo como ya dije el primero el trazado por el alférez Zavalichine, de la expedición rusa al mando de Friedrich Lütke, en 1828. El 22 de setiembre de 1840 *La Danaïde* levó anclas para efectuar todavía el trazado hidrográfico de los grupos de Ant y Pakin, y continuar viaje rumbo a Manila.

Cabe añadir que en el número de enero de 1845 de la publicación *Anales maritimes et coloniales* apareció un artículo sobre Pohnpei original del oficial de *La Danaïde* Fisquet.

Al año siguiente —1841— llega a Pohnpei un viajero venezolano, Francisco Michelena y Rojas, que en el capítulo octavo de su libro *Viajes científicos en todo el mundo, desde 1822 hasta 1842*, editado en Madrid en 1843, pinta un cuadro muy acertado con las costumbres de la época y de las relaciones entre los nativos y el escaso medio centenar de extranjeros asentados en la isla.

En lo que a misioneros respecta, el primero de ellos llegó el 13 de diciembre de 1837. Se trataba del padre L. Maigret que posteriormente llegaría a ser obispo de Honolulu. Con él viajaba otro sacerdote, el padre Bachelot, que murió sin embargo a bordo del barco en el que se dirigían a Pohnpei, y fue enterrado en la isla a su llegada a la misma. Les acompañaban un grupo de mangarevanos y tahitianos, algunos de los cuales se quedaron y dejaron descendencia en Pohnpei. El padre Maigret no tuvo éxito en su labor y volvió a marchar, al cabo de una estancia de siete meses en la isla, el 29 de julio de 1838.

El «American Board of Commissioners for Foreign Missions», una organización protestante con

casa central en Boston, envió un grupo de misioneros a Pohnpei en 1852. Llegaron allí el 6 de setiembre. Notable es a partir de este momento la actividad del misionero y al mismo tiempo médico doctor Gulick. Una de las mejores fuentes de información sobre la isla es precisamente la colaboración del citado doctor publicada en el *Nautical Magazine* de 1862. También ofrecen evidente interés las cartas y Diarios que comienzan a enviar los misioneros desde Pohnpei, y que se hallan depositados en la Houghton Library de la universidad de Harvard. El doctor Gulick abandonó Pohnpei en el año 1859, para una breve actividad misional en Ebon, de donde regresaría ya definitivamente a los Estados Unidos.

En febrero de 1855 llegó a Pohnpei el misionero Edward T. Doane con su mujer y un ayudante hawaiano llamado Kama Kahiki, para fundar una estación misional en el norte de la isla, en Sokehs. En 1857 tuvo que ser cerrada dicha misión. Doane se trasladó a la estación de Ebon en las islas Marshall, para no regresar a Pohnpei hasta el año 1865.

Los enviados a Pohnpei dependían de la casa misional establecida en Hawai, que a partir del año 1857 disponía de un buque propio, el *Morning Star*, para enlazar a dicha base misional con las estaciones repartidas por las islas Carolinas, Marshall y Gilbert. Este barco fue vendido poco después durante la guerra de secesión norteamericana, la cual, de acuerdo con mis averiguaciones, también tuvo su particular y vergonzoso episodio pohnpeyano. Así, el 1 de abril de 1865 hizo acto de presencia en el puerto de Matolenim, junto a las ruinas de Nan Matol, el barco sudista *Shenandoah*, que sin demasiados titubeos se dedicó ante los ojos de los nativos a quemar a los balleneros republicanos *Héctor, B. Harvest y Edwin Carry*, así como al buque *Poe*, que en 1865 había sido portador del foco de una nueva epidemia que a los pohnpeyanos ni les iba ni les venía, pero les fue impuesta: cientos de ellos sucumbieron en esta ocasión al sarampión.

Estos lamentables incidentes menguaron aún más las posibilidades ya exiguas de aceptación de la labor de los misioneros americanos, que eran los únicos que se movían por aquellos tiempos en la isla, intentando vender la imagen pacífica del buen dios de los cristianos. Si la bondad de este dios llevaba a sus creyentes a combatirse tan puerilmente ante los ojos de quienes habían de ser convertidos, el cambio no valía un chavo: ya iban bien tal y como estaban las creencias ancestrales de los isleños. Total, que éstos echaron leña al fuego de la persecución de los pohnpeyanos ya conversos al cristianismo. Y si bien se respetaban sus vidas, se destruían en cambio sus viviendas y sus pertenencias, se sacrificaban sus cerdos y se les quitaban sus pizarras y libros de texto.

El reflejo de lo que los nativos pensaban de los divinos pastores americanos, se perpetúa en sus narraciones:

«En distintas épocas varios maestros protestantes cometieron actos indignos; recogieron dinero e incluso se lo quitaron a la gente de Pohnpei y les vendieron todas sus cosas, para enriquecerse con ello mientras que el pueblo de Pohnpei se empobrecía, porque todo su dinero tomaba el camino de los maestros protestantes. También les prohibieron a los pohnpeyanos que bebieran el sakau, ni que fumaran la pipa, ya que esto era considerado como gran pecado en el cielo. Y así pues muchas personas de Pohnpei que les obedecían dejaron de tomar el sakau y de fumar la pipa, y muchos otros que no les seguían no se desacostumbraron del disfrute del sakau y siguieron fumando la pipa hasta que llegaron a Pohnpei los misioneros católicos. Y una cosa más que los maestros protestantes dijeron que era malo, y que no debía de hacerse en Pohnpei: les prohibieron a las gentes de Pohnpei que jugaran, que cantaran las antiguas canciones, ya que también esto estaba mal hecho y se consideraba grave pecado en el cielo. Y hay dos clases de maestros protestantes. Unos son los más distinguidos, que se llaman reverendos, que pueden bautizar a la gente y también casar a los cristianos; y otros que forman una clase que llaman maestros: este grado es menor, no tiene facultad para bautizar ni para casar a los creyentes, sino que realizan servicios subordinados del credo. Forman las juntas directivas de las escuelas; esta clase de maestros son los que imparten las enseñanzas en las escuelas; dan clases de lunes a viernes en la semana. Los alumnos también les llevan nueces y dinero, y si alguien no posee nueces, entonces les lleva frutas del pan u otros frutos

comestibles, para pagar con ello las enseñanzas de los profesores. Y lo que les dan en una semana, se lo dan todas las semanas; así funciona este tipo de trabajo».

En las cartas enviadas por el investigador polaco Jan Stanislaw Kubary —uno de los personajes extranjeros que más profunda y peculiar huella han dejado en la isla— a Alemania a finales del siglo pasado, leemos que los misioneros pusieron todo su empeño en intentar «hacer más accesible el ánimo del nativo a la nueva religión mediante el olvido de las instituciones paganas». Nuevamente y en nombre de la ciencia, gracias por el escobazo. Volveremos a ver a los misioneros más adelante.

Ahora, y para finalizar este capítulo de primeras tentativas de asentamiento de extranjeros en la isla, hay que mencionar rápidamente a las primeras empresas comerciales que establecieron delegación en Pohnpei, una por haber financiado en parte y paralelamente las investigaciones de las ruinas de Nan Matol y de aspectos del pasado histórico de la isla, y otra por representar desde el siglo pasado intereses japoneses en Pohnpei, lo cual no hay que olvidar.

La primera firma en establecerse, en los años 70 del siglo pasado, es la sociedad alemana de comercio y de plantaciones de los mares del sur Johann Cesar Godeffroy, con casa matriz en Hamburgo. Esta firma comercial, cuya alma era una familia ampliamente interesada en todo cuanto se refería a los mares del sur, mantuvo en Hamburgo un museo —Godeffroy-Museum— que albergaba objetos y escritos referidos a las culturas del área del Pacífico en que actuaba la citada firma comercial. En el año 1882, dicho museo fue vendido, yendo a parar una parte sustanciosa de sus existencias al Museum für Völkerkunde (museo etnológico) de Leipzig (hoy en la República Democrática Alemana), mientras que el resto quedó depositado en el Hamburger Museum für Völkerkunde (museo etnológico de Hamburgo) y en el Zoologisches Museum der Universität Hamburg (museo zoológico de la universidad de Hamburgo).

Al disolverse la firma «Godeffroy», la casa «Hernsheim & Co» se hizo cargo de su participación en Pohnpei, formándose una nueva sociedad en 1887 con el nombre de Jaluit-Gesellschaft, nacida de la unión de los intereses de los restos de la firma «Godeffroy» con la firma «Robertson und Hernsheim». La copra (la médula seca de la nuez de coco que proporciona una buena grasa vegetal) fue el principal producto exportable de la isla, amén de las semillas de fitelefes que dan marfil vegetal y de las perlas (madreperlas).

La primera firma japonesa en establecerse en la isla fue la casa «Murayawa».

Desperté de todos estos recuerdos al anunciarnos la azafata que estábamos próximos a aterrizar en el aeropuerto internacional de Majuro, el portal de entrada a Micronesia viniendo desde el este. Ya estábamos cerca de nuestro punto de destino. Desde aquí hasta Pohnpei solamente nos faltaba sobrevolar aún las aguas de Micronesia durante 1.498 kilómetros. Pudimos descender del avión durante una media hora y pisar tierra por vez primera desde nuestra salida de Honolulu, 3.674 kilómetros atrás nuestro. Al reemprender el vuelo comenzó para Miquel el monótono juego de ir enderezando al americano que tenía a su derecha y que había elegido su hombro como punto de apoyo válido tras su octavo whisky, pedidos todos ellos de dos en dos entre temblorosos sudores fríos y cigarrillos que Miquel le iba encendiendo una y otra vez hasta que por fin nos preguntó adonde íbamos y de dónde veníamos. Al saberlo, recordó con añoranza sus lejanos meses de estancia en Euskadi. Nos deseamos mutua suerte cuando abandonó el avión en la base de misiles de Kwajalein, en la cual fueron desembarcadas las valijas militares americanas que ocupaban buena parte del aparato. En esta escala de uso exclusivamente militar para el personal del Bucholz Army Air Field nos fue negado, como ya apunté más arriba, el descenso del avión. Pero bueno, estábamos cerca ya de nuestro punto de destino y la espera no se hizo larga. Cuando despegamos, los recuerdos quedaron atrás y todo se transformó ya en atenta vigilia para no perder detalle de la isla a la que nos dirigíamos. Me acordé fugazmente de una novela que no había tenido ocasión de leer: *The Moon Pool (El abismo de la Luna)*, escrita por Abraham Merritt allá por el año 1919, y cuya acción se desarrolla en Pohnpei.



## TRAS EL SABER DE LOS SAU RAKIM

Micronesia está situada en la mitad occidental del Pacífico, al norte de la Melanesia y al este de la Polinesia, a grandes rasgos. A su izquierda —sobre el mapa— quedan las Filipinas, y al sur Papua-Nueva Guinea y las islas Salomón. Está formada por un total aproximado de unas 2.100 islas y atolones, muchas de ellas minúsculas. La superficie total de tierra firme de estas islas y atolones sumados, ocupa unos 1.850 kilómetros cuadrados, estando todas ellas esparcidas sobre una superficie de agua del gran océano de 8 millones de kilómetros cuadrados. Forman parte de la Micronesia las islas Marianas, Carolinas, Marshall y Gilbert. Las Carolinas, a su vez, están formadas por diversos grupos de islas y atolones. Uno de estos grupos es el de las islas Senyavin, en su extremo oriental, bautizadas con este nombre por el ruso-alemán Friedrich Lütke, como ya vimos. Y las islas Senyavin las componen los islotes del atolón de Ant, los del atolón de Pakin, y la isla principal del grupo, Pohnpei, que en los mapas actuales figura con su nombre deformado de Ponape. Nos acercábamos a ella por el noreste. Después de haber estado sobrevolando y aterrizando en atolones que eran superficies desérticas y absolutamente planas que a duras penas rebasaban en algún metro el nivel del mar, el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos a la izquierda del avión cuando surgimos por debajo de la capa de nubes fue realmente impresionante: una lúgubre mole de montañas totalmente cubierta de espesa jungla de color verde oscuro, aparecía envuelta en sus cúspides más elevadas por neblinas y nubes blancas, grises, pesadas.

Sobrevolamos los arrecifes de coral del extremo norte de la isla, por debajo nuestro pasó raudo el oscuro verde del islote de Parempei, e inmediatamente surgió un poco más a la izquierda el islote sobre el que se extiende el campo de aterrizaje de Pohnpei. Rebasamos los 1.870 metros de pista para girar 180° y enfocarla desde el oeste. El aterrizaje, sin ayudas de tierra. A ojo. Un solitario si bien imponente coche de bomberos de la «General Motors» —el único de la isla— sigue al avión desde el momento en que éste toca tierra. Síntoma tranquilizador para unos y todo lo contrario para otros. En la improvisada aduana e inspección de inmigración, a pie de pista, nos extienden un visado de permanencia en los Estados Federados de Micronesia previo intento de averiguación del motivo de nuestra visita y exigencia de punto de residencia fijo. Dado que yo jamás viajo con este tipo de seguridades prefijadas, sino que prefiero llegar a los sitios y ver sobre el terreno y sobre la marcha dónde hay que establecerse, tuvimos que aceptar en un primer momento la residencia que allí mismo nos asignaron: el «Cliff Rainbow Hotel»; en un barracón de dos niveles, la habitación doble costaba 34 dólares y medio. Aquél no era nuestro lugar, por lo que decidimos dejar las maletas y cambiar de alojamiento al día siguiente, cuando hubiéramos visto las distintas posibilidades. Este cambio, y un error del oficial de inmigración, me valió el que al cabo de veinte días me viniera a buscar la responsable del departamento: había caducado mi autorización de estancia en la Federación, y además debía de haber comunicado a las autoridades nuestro cambio de residencia. Mientras tanto, habíamos variado ésta por cuatro veces: del «Rainbow» nos fuimos al día siguiente al «Pohnpei Hotel», de éste nos fuimos a Kiti, en el sur de la isla, luego al islote de Nahnningi, junto a las ruinas de Nan Matol, y de allí al «Hotel Hifumi», otra vez en Colonia, la capital de Pohnpei y de los Estados Federados de Micronesia.

Lo de hotel hay que entenderlo. Se trata de cabañas de madera con cubierta de hojas de palma, con tablones laterales que siempre dejan una amplia franja abierta por la que pasa el aire pero nunca entra la lluvia, abundante lluvia en esta isla, que cae intermitentemente durante 300 de los 365 días del año. A una temperatura media de 27-28 grados durante todo el año, este tipo de alojamiento es el único idóneo para el lugar. Hay que acostumbrarse a compartir el interior del habitáculo con lagartos, lagartijas, ratas (que cada día depositaron un recuerdo durante nuestra ausencia sobre nuestras camas), sapos y caracoles. Pero al segundo día uno opta por dormir y dejarse de manías que solemos tener los ciudadanos del asfalto. Me acordé del alacrán que salió del armario de nuestra habitación en Acapulco, y del que se debe de acordar aún el buen amigo, actor e investigador Fabio Zerpa que ocupaba la pieza contigua, y de aquella roca sobre la que me senté en las cercanías de la cueva de Abhinavagupta, en los montes de Cachemira, y que me permitió escuchar aquello tan pelicularo de «no te muevas, tienes una serpiente debajo de la roca». Al

menos, aquí en Pohnpei no había serpientes ni alacranes. El único bicho de tierra que ofrece cierto peligro es un ciempiés gigante que vive debajo de las piedras en la humedad de la jungla, y que ataca y persigue a quien le molesta únicamente, para dejarle la pierna aparatosamente hinchada durante unas 60 horas, y contra cuya picada solamente hay un remedio eficaz: el nativo Welsin Radford, que atiende en el hospital estatal de Pohnpei, y que escupe sobre el lugar de la picada una mezcla de un brebaje fermentado y saliva —fórmula que se niega a participar a los demás—, con lo cual la hinchazón remite en el plazo de una hora. En los ríos, el peligro reside en las grandes anguilas, que pueden llegar a atacar. Y en el mar, las rayas gigantes y los tiburones, junto a alguna morena. En los manglares, los cangrejos que si logran engancharse un dedo no lo sueltan hasta llegar al mismo hueso, a menos de que tengas oportunidad de hacerles desistir de su empeño acercándoles fuego en alguna forma. Pero esto es todo. A los sapos, especialmente en el monte, hay que irlos avisando que se aparten para no pisarlos. Pero las vivencias que la isla ofrece compensan con holgura la necesaria integración del visitante en esta convivencia con la naturaleza virgen, que además de inmediato se hace agradable y familiar, en una rápida cura de estos aquí absurdos prejuicios europeos. Llega un momento en que uno se familiariza con sus lagartos más inmediatos y empieza a conocerlos hasta tal punto que echa en falta a alguno que no aparezca a la hora acostumbrada en el lugar habitual.

Mucho más molesto se hace el contradictorio corte del suministro del agua —en Colonia solamente se dispone de agua corriente de 6 a 9 de la mañana y de 5 a 9 de la tarde— en una isla que precisamente registra varias precipitaciones al día y que es rica en corrientes y en saltos de agua dulce.

Dejamos pues nuestras maletas en el barracón del «Cliff Rainbow» y nos dispusimos a un primer paseo para conocer esta capital de los Estados Federados de Micronesia. Sobre una superficie de algo más de dos kilómetros cuadrados, se extiende la única población propiamente tal de la isla, en viviendas formadas en parte por cabañas como la descrita —siempre a aproximadamente medio metro de altura sobre el suelo, sobre plataformas aguantadas por estacas— y en parte por barracones, todos ellos diseminados con amplitud en esta área, sin aglomeraciones y en medio de una exuberante naturaleza que todo lo invade, únicamente unas cuantas calles del núcleo de la población ofrecen alineamientos de viviendas, de comercios y de edificios oficiales, que en ningún caso rebasan los dos niveles, o sea planta baja y un piso. Lo normal, de todas formas, son las cabañas o los barracones de una sola planta. Aquí viven actualmente unos 6.000 de los 24.000 habitantes que tiene la isla.

En este nuestro primer paseo a pie por la selvática capital, nos sorprendió la constante amabilidad de sus gentes, siempre con la sonrisa y un alegre *kaselehli* («hola») en los labios. Y también, la profusión de casas misionales que allí parecían brotar como setas o como caracoles después de la lluvia: los Adventistas del Séptimo Día, la Fe Bahai, la Iglesia de la Asamblea de Dios, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (Mormones), la Misión Católica (padres Jesuitas y hermanas Mercedarias), la Misión Protestante y los Testigos de Jehová compiten en el reparto de salvaciones eternas en estos escasos 2 kilómetros cuadrados de terreno.

Nuestro paseo nos llevó al centro de aquella población: la explanada flanqueada por un lado por los edificios gubernamentales, y por el otro por los restos de la muralla española del antiguo fuerte «Alfonso XIII», ante los cuales se celebran frecuentes partidos de béisbol. Junto con este deporte, los pohnpeyanos son muy aficionados a jugar al billar, y a un muy rudimentario sistema de bingo con bombo de mano y hojas de papel cuyos números cantados unas seis o siete personas —generalmente mujeres— sentadas en el suelo se encargan, no de tachar con un lápiz o bolígrafo, sino de cubrir con una concha. Pasada la muralla descubrimos los edificios de la Misión Católica. Sabíamos que allí encontraríamos españoles, por lo cual no dudamos en acercarnos. Una hermana japonesa, que acompañaba a un anciano, fueron las primeras personas que encontramos. El anciano resultó ser un hermano vasco, ciego, enfermo, que se disculpó por su precario estado físico («pasé largos años en el Japón durante y después de la guerra mundial») y nos indicó que las hermanas españolas nos atenderían mejor que él. Yo iba en busca de un padre jesuita que había sido compañero de estudio, en España, del investigador y ex-jesuita Salvador Freixedo, quien me habló de él al

saber que me dirigía a Pohnpei. Este padre, Paulino Cantero, estaba en aquellos momentos ocupado en el asesoramiento de la redacción del texto de la nueva Constitución de la Federación, por lo cual no se hallaba en la Misión. Él sería quien más adelante nos concertaría una entrevista con el presidente de los Estados Federados en Micronesia, Tosiwo Nakayama. Nos dirigimos, pues, a la residencia de las hermanas, en la que nos darían la bienvenida las cuatro barras catalanas: aparecían en una gran imagen de la virgen de la Merced, de la cual es devota la congregación. Las hermanas Rosario y María, vascas y con largos, larguísimos años de estancia en la isla, se desvivieron por nosotros desde el primer momento. Nos dieron los primeros consejos generales para andar por la isla sin llamar la atención, nos dieron de comer, nos hicieron pasteles, nos trataron como a primos suyos llegados desde el otro lado del Globo. Y Rosario, que llevaba más años en Pohnpei, se ganó nuestra confianza con un rasgo de objetividad: al saber que íbamos a investigar las ruinas de Nan Matol, nos advirtió: «No se os ocurra dormir en ellas. Quien duerme en las ruinas, muere en ellas». Le pregunté si se refería a la tradición local de que los espíritus de los antiguos habitantes de las ruinas no permitían que éstas fueran profanadas por la presencia de extraños durante la noche, y se lo pregunté precisamente por ser religiosa católica, que por lo tanto no haría caso de semejante tradición, o al menos de la realidad física que podía alimentarla. «Los nativos tienen esta tradición por sagrada; y quien duerme en las ruinas muere en ellas; podéis ir de día, pero no se os ocurra quedaros allí de noche: es la ciudad de los espíritus, y los fantasmas son reales», me confirmó por toda respuesta. Sabía, sabía cosas la hermana Rosario: «Nunca os contarán toda la verdad de la tradición auténtica», me advirtió con respecto a los conocimientos ancestrales de los nativos. Con ello estaba rozando —ignoro si consciente o inconscientemente— el saber iniciático de los Sau Rakim, los únicos que sabían de qué pie calza Pohnpei en realidad. Ella misma se nos quedaba mirando en ocasiones con una mirada tras cuyo silencio se ocultaba un caudal de conocimientos que no estaba dispuesta a soltar, sino, en todo caso, a insinuar. Toda una mujer que controlaba perfectamente su situación, su territorio y su gente: Pohnpei era su auténtica patria. En alguna salida que con ella hicimos, comprobamos que la gente la quería. Eso es importante, había logrado ser una de ellos. Y me dio un detalle de la tradición que yo desconocía: «Iso Kalakal, el conquistador de Nan Matol, vino volando en una nube». María, por su parte, que llevaba menos años en Pohnpei, me buscó y proporcionó interesantes libros sobre la historia de la isla y de Micronesia, y me llevó hasta la ignorada tumba del coronel Isidoro Gutiérrez Soto, cubierta por una espesa maleza abierta a machetazos por la hermana en el terreno adyacente a la residencia que ocupaban. Veremos más adelante quién fue este coronel.

Al segundo día ya estábamos situados. Ocupábamos una acogedora cabaña con vista sobre la bahía «de la mala acogida», y con vista, más allá, sobre la imponente mole de la escarpada roca vertical basáltica del Paipalap, en la punta norte de la isla de Deke Sokehs, símbolo de Pohnpei para todos cuantos han visitado la isla —como puede serlo la torre Eiffel de París, el Kremlin de Moscú, el Montjuich de Barcelona o la Bavaria de Munich—, y exactamente el lugar en el que, en la noche de los tiempos, dos hermanos con poderes mágicos intentaron construir una ciudad en el mar.

La suerte nos estaba acompañando. Luis Santos, el encargado vacilón del «Hotel Pohnpei» al cual pertenecía nuestra cabaña-terrario, estaba familiarmente vinculado a la región montañosa de Salapwuk, lo cual nos sirvió en un principio para llegar hasta allí. Por otra parte Carmelida Gargina, una muchacha que se conocía a la isla y a sus gentes como la palma de su mano y que se ofreció a acompañarnos como guía y como intérprete, estaba lejanamente emparentada con Masao Hadley, uno de los transmisores de la tradición y por lo tanto uno de mis objetivos en la isla. Mientras ascendíamos con Carmelida la escarpada peña del Paipalap para divisar desde lo alto una maravillosa vista panorámica de Colonia y del campo de aviación y puerto adyacente, pensé por unos instantes que Darwin podía incluso haber tenido razón, cosa que normalmente pongo en muy seria duda. ¡Vaya elemento! Igual trepaba por un árbol que *cazaba* una morena de noche a machetazo limpio o nos clavaba el cuchillo a un palmo del pie, sacaba piñas de la jungla u ostras del mar, y encima se enteraba de la película: «Si estuviera loca hablaría», contestó a la indicación de que una parte de la conversación que mantuvimos en las montañas era reservada. Sí, me acordé de Darwin al subir al Paipalap descalzos. Era la mejor forma. Bastantes días más tarde, en la jungla del interior

de la isla, me reafirmé en mi impresión de que el hombre, allí, tenía que remontarse a un estadio evolutivo anterior para sobrevivir.

Desde lo alto del Paipalap —escenario de feroces combates entre las tropas alemanas y los sublevados isleños a principios de siglo— se disfruta de una inmejorable panorámica del conjunto que forman la explanada de Colonia con el islote de Dekehtik, que alberga la pista de aterrizaje y, en su flanco occidental, el muelle del puerto de Colonia. Los españoles establecieron su colonia en terrenos del antiguo Mesenien de los isleños, población portuaria que en 1870 recibió el nombre de Jamestown al ser visitado en el verano de dicho año por el buque de guerra americano del mismo nombre, y que los españoles llamarían luego puerto de Santiago de la Ascensión. Allí se concentra la actual red de comunicaciones de Pohnpei con el resto del mundo: de su mundo, que es el Pacífico. Por aire, la Compañía «Air Micronesia», subsidiaria (amén de deficitaria y en frecuente situación de huelga) de «Continental Airlines», enlaza a la isla con Tokyo, Nagoya, Manila, Palau, Yap, Guam, Saipan, Truk, Kwajalein, Majuro, Johnston Island y Honolulu. Mientras que «Air Nauru» conecta a Pohnpei con Truk y el Pacífico sur, Japón y Manila. Y la «Pacific Missionary Aviation» enlaza a los pohnpeyanos que se lo pueden pagar con Kusaie, el atolón de Ulithi, a mitad de camino entre Yap y la profundísima fosa marina de Vitiaz (11.034 metros de profundidad), y Pingelap, a mitad de camino entre Pohnpei y Kusaie. Esta «Pacific Missionary Aviation» posee dos avionetas, una de las cuales efectúa los vuelos largos y otra sobrevuelos locales de la isla y eventualmente de las ruinas de Nan Matol, y está en manos de la Misión Protestante, al frente de la cual se halla el reverendo Edmond Kalau con su mujer Elizabeth y su hijo Norbert, una de las familias que mejor viven en esta isla. Poseen también la única librería allí existente («Pacific Missionary Aviation Bookstore»), así como la imprenta («Good News Press»). Norbert Kalau me habló el 11 de marzo de un japonés que había desaparecido en las ruinas de Nan Matol años atrás, de cuya desaparición sin embargo nadie más supo decir ni confirmar nada. Ahí queda el dato. También me comentó que él no se había quedado a dormir en las ruinas, pero sí había pernoctado en su barco, en la parte exterior de las mismas, junto a Nan Molusai.

Por mar, Pohnpei queda enlazada por las siguientes navieras: la «Philippines, Micronesia and Orient Navigation Line» (PM & O) y la «Nauru Pacific Line» (NPL) tocan puertos de la costa oeste norteamericana y Honolulu; la «Tiger Line» (UMDA), la «Saipan Shipping Company» (Saiship), la «Nippon Yusen Kaisha» (NYK), la «Tokyo Senpaku Kaisha» (TSK), la «Pacific Common Carrier» (PCC) y la «Nauru Pacific Line» (NPL) tocan puertos del Lejano Oriente vía Guam; los puertos de Australia y del Pacífico sur son enlazados por la «Nauru Pacific Line» (NPL) y por la «Palau Shipping Company» (Palship). «Nauru» también provee el único servicio regular de pasajeros en crucero oceánico a los Estados Federados de Micronesia, mientras que la «Saipan Shipping Company» sirve tres estados a través de Guam, y la «Palau Shipping Company» cubre la línea de Yap.

En la primera noche de estancia en la isla ya tuvimos una clara muestra de que allí nos preguntarían más de lo que nos dirían. Después de cenar nos fuimos a dar una vuelta a pie porque yo soy una persona inquieta que no sé estar parado en un sitio si al lado hay cosas por descubrir. La oscuridad, total, íbamos caminando por el sector de Pohnrakiet en el suroeste de Colonia, en un camino asfaltado entre cabañas tenuemente iluminadas con quinqués o velas. Habíamos comentado la estructura de un pequeño cementerio familiar —los muertos se entierran en la propia parcela de su vivienda—, señalizado por cascos de botellas. Seguimos caminando cuando sin previo aviso comenzó a llover bastante torrencialmente —a lo cual nos iríamos acostumbrando rápidamente—. Nos guarecimos debajo de una palmera. Al cabo de unos instantes cruzó el camino una figura oscura que nos invitó a seguirle. Nos ofreció cobijo en la cercana casa de reunión de los hombres del lugar. Estaba ocupada por unos quince individuos que nos fueron estudiando en silencio, mientras dos de ellos se alternaban en hacerme preguntas concretas sobre nuestra estancia en Pohnpei: qué veníamos a hacer aquí, cuándo habíamos llegado, qué lugares pensábamos visitar, y —algo que parecía interesarles especialmente— cuándo volvíamos a abandonar la isla. Dado que acabábamos de llegar y estábamos en un terreno que desconocíamos totalmente, me limité a contestaciones intrascendentes y a echar pelotas fuera con amabilidad y simpatía, hasta que paró de llover y nos despedimos para continuar nuestro camino de exploración de aquel sector cercano a nuestro lugar de residencia. Habíamos caminado

unos 150 metros en dirección a la carretera que conduce a Sokehs, cuando un movimiento oscuro a mi espalda coincidió con una pregunta: «¿Me das fuego?» Volvía a ser el mismo individuo que nos invitó a la casa de los hombres, ahora acompañado de uno de ellos. «¿A dónde os dirigís por este camino?» Estaba claro que, al igual que en el *Kim* de Rudyard Kipling, también la noche de Pohnpei iba a estar llena de ojos.

En Colonia una sirena que se escucha a las 9 y media de la noche y a las siete de la mañana marca el comienzo y el fin, respectivamente, de un toque de queda para niños y niñas mayores de seis años. Los bazares —tiendas de comestibles, ropa, utensilios de limpieza y similares— que están abiertos hasta las doce de la noche, expenden bebidas frescas, pero está prohibido caminar por la calle bebiendo cerveza o simplemente ir con la lata de cerveza abierta en la mano. Hay que tomarla en el bazar o en una cabaña, pero nunca en la calle. Por supuesto en Pohnpei no hay tren. Tampoco hay autobuses, ni carros (no hay caballos). Los únicos medios de transporte son las canoas y lanchas por mar, y las bicicletas, motocicletas y coches japoneses por tierra. Existe un sistema de taxis que son furgonetas de caja abierta, generalmente «Toyotas», que van recogiendo a la gente que les para por el camino. El precio va variando dependiendo de la gente ya recogida por la furgoneta, más que del trayecto que cada una de ellas recorra. Al segundo día nos alquilamos un «Toyota Corolla» por 25 dólares al día, con lo cual ya podíamos movernos más holgadamente y sin vigilantes indiscretos por la isla. Para lugares más inaccesibles alquilé más adelante un todo terreno «Suzuki», algo más caro: 28 dólares diarios.

Antes de dirigirnos a las ruinas de Nan Matol y a los enigmáticos montes de Salapwuk, recorrimos las dos carreteras de la isla, la que de Colonia se dirige hacia el sur por la costa oeste, atravesando los reinos o —como ahora los llaman— las municipalidades de Net (a la que pertenece Colonia), Sokehs y Kiti, y la que de Colonia se dirige al sur por la vertiente occidental, atravesando los reinos de Net, Uh y Matolenim. Al hablar de carreteras me refiero a caminos de tierra salpicados de hoyos y regatas permanentemente ahondadas por las frecuentes lluvias, en los que es imposible mantener una marcha rápida, cuando además hay que ir esquivando a crios, cerdos —los hay a topos y a rayas— y perros que no suelen inmutarse por su seguridad personal. Los únicos tramos asfaltados de la isla son las calles principales de Colonia, el kilómetro y medio que la une con el puerto y aeropuerto por el norte, el kilómetro escaso que por el oeste conduce hasta el puente que enlaza con la isla de Deke Sokehs, y por el este el kilómetro y medio que, pasando por delante del hospital estatal de Pohnpei, conduce hasta el puente que cruza por la que podríamos llamar ría de Dausokele. Y para de contar.

También nos internamos en la jungla para ir conociendo el terreno natural de la isla, enigmas y ruinas aparte. Una de las primeras internadas suaves fue a las cataratas de Nanpil, camino de las cuales se pasa por delante de la prisión de Pohnpei. Los alrededores de Colonia y la población misma disponen de hospital, un coche de bomberos, una moto aparatosamente dotada de focos, luces rojas y sirena para el único agente motorizado de la isla, varias furgonetas de la Policía, dos gasolineras, suficientes establecimientos comerciales, gran cantidad (me atrevo a decir que el 50 % del total de vehículos) de automóviles oficiales, repartidos entre los que están al servicio de las autoridades de los Estados Federados de Micronesia y los que lo están al de las del estado de Ponape (Pohnpei), que son los dos Gobiernos cuyas sedes están radicadas en Colonia. En esta capital están establecidas igualmente las agencias de las compañías de transporte por mar y aire que recalcan en la isla, el «Bank of Hawaii», dos barracones en que se proyectan películas (*Adiós amigo* fue una de las que echaban mientras permanecemos en la isla), las distintas escuelas primarias de los varios grupos religiosos ya enumerados, el «Community College of Micronesia», que dispone de una muy completa biblioteca, y cuyo presidente, el doctor en Filosofía Catalino L. Cantero es uno de los sobrinos del padre Paulino Cantero que ya mencioné, siendo otro de sus sobrinos —Joseph Cantero— el responsable de la única emisora, «WSZD Radio Ponape», quien tuvo la amabilidad de obsequiarnos con la grabación de cantos populares y de resistencia del pueblo pohnpeyano contra españoles y alemanes—, canciones no comercializadas y que son imposibles por lo tanto de obtener en los comercios. Junto a la emisora, en las afueras de Colonia, están las espaciosas instalaciones de la «PICS High School», en las que tiene su despacho el director de Educación del estado de Ponape, Damián G. Sohl, el más destacado lingüista de Micronesia. También hay en Colonia una estación meteorológica, un

repetidor de TV que proporciona imágenes emitidas desde Hawai, una oficina de Correos norteamericana, y, ya bastante más lejos, en las afueras, una muy completa estación de telecomunicaciones, cuyos servicios de teléfonos y de télex están abiertos las 24 horas.

Hay algunos restaurantes más o menos rudimentarios, destacando dos de ellos por ser punto de reunión y de encuentro de los pocos extranjeros que viven o están de paso en la isla. Son «Joy Restaurant», propiedad de una familia japonesa cuyo cabeza es Iuthaka Suzuki, que regenta otros negocios en la capital y reside en el pequeño islote de Nahnningi (que él bautizó con el nombre de Joy Island), y que, situado frente a las ruinas de Nan Matol, es punto de base obligada para visitarlas. «Joy Restaurant» es un lugar pequeño —siete mesas—, muy limpio, con una muy escueta selección de platos japoneses, por el que va desfilando la práctica totalidad de los extranjeros afincados en Colonia, desde las hermanas mercedarias hasta la secretaria del presidente de los Estados Federados de Micronesia, la norteamericana Miss Melody, pasando por el personal técnico de las estaciones de comunicaciones y los componentes del equipo de acción civil destacados en Pohnpei. Otro de los puntos de encuentro para extranjeros es Palm Terrace, un barracón amplio que es a la vez restaurante, sala de baile y salón de convenciones. Fuera de Colonia, el lugar de reunión para el escasísimo turismo selecto y para las personas influyentes de la isla es el hotel-restaurante-bar «The Village», situado en lo alto del Dolen Lamwer, a unos ocho kilómetros al este de Colonia, un cabo desde el que se domina una bella panorámica de la roca de Sokehs, el Paipalap. Peter Arthur, norteamericano y uno de los amos del «Village», es quien controla actualmente el mundo submarino de Pohnpei, dispone del material necesario para las inmersiones, y es el guía de cuantas expediciones (una australiana, una japonesa y otra norteamericana, principalmente) submarinas se han efectuado en los últimos años en y junto a las ruinas de Nan Matol.

Para averiguar cuanto la gente sabía hoy acerca de la historia y la realidad actual de Pohnpei, intenté en los días siguientes lograr ir atando los cabos necesarios para detectar a qué personas debía conocer, y con cuáles de ellas me interesaba charlar acerca de los distintos aspectos del rompecabezas que Pohnpei y sus historias ancestral y reciente representaban. Entre otros, fui reuniendo así información, en sucesivos contactos personales, de Pensile Lawrence, tal vez —de los transmisores de la tradición isleña— el más culto y a la vez posiblemente el más humilde en su condición personal, y que junto con Masao Hadley y Pernis Washington es uno de los conocedores de la transmisión antigua de Pohnpei accesibles hoy en día; del citado Pernis Washington, celador de la primera puerta de los montes de Salapwuk; de Tosiwo Nakayama, presidente de los Estados Federados de Micronesia, que ya en 1965 fuera elegido presidente del Senado del primer Congreso de Micronesia; de Paulino Cantero, padre jesuita que a sus 73 años sigue siendo consultor —como experta autoridad— en temas de historia y de política de Pohnpei y de Micronesia; de la hermana Rosario, con una experiencia de 30 años de convivencia con los nativos pohnpeyanos; de Catalino L. Cantero, doctor en Filosofía y presidente del «Community College of Micronesia»; de Joseph Cantero, director de la emisora «WSZD Radio Ponape»; de Isidro Dores, nativo de origen español, y de su hijo Bernard, empleado en el departamento de Educación; de Ketson Johnson, responsable del departamento de Información de los Estados Federados de Micronesia; de Johnny Hadley, jefe de la División de Relaciones Micronesias del departamento de Asuntos Exteriores de los Estados Federados de Micronesia; del jefe superior de Policía del Estado de Pohnpei; del director del Hospital Estatal de Ponape; de Iuthaka Suzuki, hombre de negocios japonés, dueño de «Joy Restaurant» y del islote Nahnningi, conocido por Joy Island, y hombre que desde allí controla la afluencia de extraños a las ruinas de Nan Matol; de Norbert Kalau, de la «Pacific Missionary Aviation»; de Dave Kendrick, piloto de la misma «PMA»; de Damián G. Sohl, director estatal de Educación de Pohnpei y máxima autoridad en cuestiones filológicas y lingüísticas; de Bismarck Andreas Weilbacher, director de Turismo del estado de Pohnpei y miembro de una de las familias más influyentes de la isla; de Jack Adams, australiano de origen que, a sus 71 años, es acaso la persona más activa de la isla (le conocen por «el trabajador») y miembro de una familia que vive allí desde antes de la Segunda Guerra Mundial, propietaria de grandes extensiones de terreno; y de Peter Arthur, hijo mayor del mánager del lujoso conjunto hotelero «The Village», y experto submarinista que cubre la misión de guía de los buceadores que pretenden sumergirse en las aguas

adyacentes a las ruinas de Nan Matol. También, naturalmente, de Masao Hadley, de familia afecta a la realeza de Pohnpei desde hace más de 200 años, y uno de los más valiosos depositarios vivos de la tradición —histórica y oculta— de la isla. Lo dejé para el final de esta selección de personas consultadas porque la majestuosa sencillez del lugar, momento y circunstancias en que se desarrolló la entrevista con él, la transformaron en uno de aquellos encuentros que dejan huella imborrable en mi experiencia y vivencia personal. Estaba hablando con un hombre que realmente sabía. Viví experiencias similares en alguna ocasión anterior. Como aquella larga entrevista con Wali Reshi, el hombre que en lo alto del monte Nebu, más arriba de Bandipur y Aham Sharif, en Cachemira, sigue velando —por tradición familiar que se remonta a más de tres mil años— el lugar de sepultura del cuerpo del profeta del Libro. O aquella visita a la pirámide del Sol en Teotihuacán en compañía del hombre contacto Enrique Castillo. También la charla con el anciano lama Kalu Rimpoche, o la noche siniestra de mi enfrentamiento mental en Miami con el —valga la redundancia— mentalista brasileño Iván Trilha, con el cual circunstancias que algún día habrá que explicar, nos llevaron a echar un pulso hasta las últimas consecuencias, que solamente nuestra antigua y profunda amistad y cooperación logró superar. También la noche dialéctica —otro pulso, para intentar abrir la puerta de Salapwuk— en el terreno de Pernis Washington en los montes selváticos de Kiti, aquí en Pohnpei, y tantas otras ocasiones en que salta una chispa especial entre dos personas y el insondable misterio de la vida y del universo. Como aquella especial noche en que bajo la lluvia de las cinco de la mañana soñamos un viaje imaginario en el que desde la eternidad del vacío nos aproximábamos a un puntito que se atisbaba en la lejanía. A medida que iba aumentando, advertimos que era todo un universo, que se iba agrandando inconmensurablemente hasta que penetramos en él y nos engulló de forma total en un espacio universal aparentemente infinito en el que surgió en la lejanía de su profundidad un nuevo puntito diminuto que, a la velocidad a que nos estábamos aproximando a él, fue en aumento paulatino hasta ir adoptando sólida y a la vez etérea configuración espiral. Era toda una galaxia en la que iríamos penetrando para que a su vez nos desbordara, inmersos en su inmensidad que por todas partes nos rodeaba y parecía ser ella sola la totalidad del mundo existente. Hasta que un punto —uno de los millones de puntos brillantes que la componían— se convirtió en nuestro nuevo objetivo. A medida que nos dirigíamos hacia él, iba cobrando mayor tamaño, hasta que vimos que era una bola incandescente alrededor de la cual giraban otras esferas sólidas. Nos estábamos aproximando a todo un sistema solar, que instantes antes no había sido más que un minúsculo punto brillante, y mucho antes ni siquiera había existido en nuestra realidad. Nuevamente, en aquel sistema, elegimos uno de sus puntitos diminutos y nos dirigimos hacia él: iba en vertiginoso aumento y pronto lo perdimos de vista a causa de su inmensidad. Cuando ya estuvimos a punto de penetrar en aquella inabarcable superficie observamos que sobre ella se movían microscópicos seres. Nos acercamos a uno de ellos para ver de qué se trataba. Eran seres con un cuerpo central, una cabeza y cuatro extremidades que se movían y se desplazaban erectos sobre dos de éstas. Cuando nos acercamos más, aquel ser microscópico fue adquiriendo dimensiones gigantescas. Penetramos en él y descubrimos una célula —una de los millones de células microscópicas que componían aquel cuerpo humano—. Nos perdimos en su inmensidad, que volvía a formar todo un universo inabarcable para nosotros, hasta que un nuevo puntito en este recién descubierto cosmos llamó nuestra atención; penetramos también en este inimaginable átomo, y, una vez dentro del nuevo espacio infinito, vimos que nuevos y aun muchísimo más ínfimos puntitos giraban alrededor de un núcleo central. Perdimos la orientación: ni desde aquí se podía imaginar la existencia de un espacio exterior, ni mucho menos el vacío en el que éste flotaba, ni desde el espacio exterior podía sospecharse nada de este universo ultramicroscópico, que desde aquí parecía ser —por su inmenso tamaño interno— todo cuanto existía en el mundo. Ninguno de estos universos sabía nada de la existencia de los otros, y, sin embargo, todos eran lo mismo. Nos dimos cuenta de que realidades inexistentes de repente cobran existencia. Solamente se trataba de que uno se constituyera en centro de las mismas para que existieran en la realidad. Concluimos que nosotros mismos éramos nuestra propia y única realidad: habíamos sentado la base primera para toda creación mágica. ¿Te acuerdas, Chus? Fue un bonito punto de partida.

Pero regresemos a Pohnpei. Sí, Masao fue la conexión humana más impactante de cuantas viví allí. La entrevista fue larga, a pie de camino, sin concesiones a acomodarnos en su terreno —su vivienda— ni en

el nuestro —nuestro vehículo—: de pie junto al camino, con la selvática virginidad del paisaje por testigo de nuestra conversación, que nos trasladó a ambos a los orígenes de la historia y de los secretos de aquella roca sagrada perdida en el gran mar. Masao, con la mayestática sencillez del conocedor, contestaba sin apenas movimientos, con las mínimas palabras, y con el sello del iniciado: sabía contestar con el silencio. Nunca olvidaré aquella sensación.

En todos estos contactos y otros, pero especialmente en los mantenidos con Masao, con Pensile y con Pernis Washington, y en observaciones propias sobre el terreno, me fui dando cuenta de que allí existían realidades y datos concretos que no recogían los libros ni los documentos que analizaban aspectos de la isla, y de que, hurgando con acierto, se obtenían allí datos que ningún etnólogo había hallado. Fue entonces cuando me di definitiva cuenta de que el viaje y el enorme costo del mismo habían valido la pena. Para que todo ello no caiga en el olvido, intentaré en las páginas que siguen resumir de la forma más estructurada posible el abigarrado rompecabezas que la rica historia de Pohnpei ofrece al observador atento.

En esta historia se intercalan hoy en día vitales lagunas, que únicamente conocían los antiguos sabios de Pohnpei, los Sau Rakim. Aparecen citados solamente en una de las narraciones de la tradición de la isla, que habla de la procedencia de los Nanamariki y Naniken (reyes de primer grado y reyes de segundo grado, respectivamente) de Matolenim, el reino del Sol naciente, en el flanco oriental de la isla, en cuyo territorio se asientan las ruinas de Nan Matol, y en cuyo territorio vive también, algo más al norte, en los bosques de Mesihso, Masao. Después de hablar de las conexiones celestes de dichos reyes, el narrador finaliza:

«Más de lo aquí relatado, tampoco sé. A excepción de aquellos hombres de constitución tan distinta, que conocen las historias de los tiempos antiguos; estos narradores se llamaban Sau Rakim; hoy ya no existe ninguno.

»Y de estos Sau Rakim y de su esencia tampoco puedo decir más cosas, ya que todos están muertos. Guardaban los secretos, y dado que la mayor parte de las personas no sabían cómo conservaban los secretos, tuvieron pues gran veneración ante ellos. Al hombre corriente no le comunicaban nada; le comunicaban en todo caso alguna pequeña parte de su saber, pero nunca todo. Lo mantenían oculto, para que de otra forma no fueran castigados con la muerte, tal y como le acontecía a un Sau Rakim cuando flaqueaba y comunicaba sus secretos. Esta es la razón por la cual los conservaban y no compartían con los demás. Así, pues, no quedan ya hoy Sau Rakim en Pohnpei, ya que murieron; pero en épocas antiguas hubo muchos de ellos en Pohnpei.

«Algo más hay que decir aquí todavía de los Sau Rakim: murieron de forma distinta que los demás hombres; los lugares de reposo de sus almas eran otros que Pohnpei; eran lugares situados más al sur y más al este. Y cuando morían, comenzaba a llover, a relampaguear, a tronar. Conocían todas las antiguas historias de Pohnpei».

El lector atento observará que los Sau Rakim engloban en su nombre por dos veces la radical del Sol: *sau* significa en pohnpeyano arcaico Sol, y lo mismo significa en egipcio la voz *Ra*. Mas el saber de los pohnpeyanos va aún más lejos: en su idioma *Ra* se emplea para referirse a los tentáculos del pulpo y similares, a las ramas (ramificaciones), y a los rayos, por ende, del Sol. Cualquier especialista en cabala fonética advertirá la importancia y universalidad de este radical, que —también él— sitúa a Pohnpei en un lugar privilegiado en el esoterismo terrestre. El que se aplique a los tentáculos del pulpo tiene su importancia, como pronto acabaremos de ver.

En una de sus cartas enviadas a finales del siglo pasado a Hamburgo por el investigador Jan Stanislaw Kubary, éste hablaba también de la existencia en la isla de una sociedad secreta perfectamente estructurada, que igualmente recurría al castigo de la muerte para aquellos que habían tenido acceso indebido a sus conocimientos:

«La religión pagana de Pohnpei fue cultivada exclusivamente por los jefes de tribu y sus elegidos.



Estos últimos formaban una sociedad de miembros más o menos iniciados, que llevaban todos el nombre de Tsamoro. Mientras que los jefes se constituían automáticamente en miembros de la misma, a los tsamoro se les exigía una demostración de sus aptitudes en el plazo de un tiempo de prueba de varios años de duración. Esta demostración consistía en el conocimiento de la lengua de la sociedad, que no era la lengua del pueblo. Además, en el conocimiento y dominio de las costumbres, de determinadas ceremonias y oraciones. Quien no adquiría el dominio de dichos condicionantes en el plazo de dos o tres años, quedaba excluido de la sociedad.

»Los tsamoro se reunían una vez al año en un lugar sagrado, en el que los admitidos durante el último año recibían su definitiva consagración y se iniciaba además a los nuevos aprendices. El lugar de reunión se llamaba "puel tsierai", estaba rodeado de muros de piedra y el acceso les estaba vedado a todos los no iniciados, bajo pena de muerte. En este lugar se hallaba una casa, en la que se reunía la "kapats tsamoro", la asamblea de los elegidos, para sus reuniones secretas. La hermandad se dividía en distintos grados». (...) «No podemos lamentablemente informar con amplitud sobre los usos secretos, debido a que ningún tsamoro delata los secretos. Pudimos sin embargo averiguar que en la casa de reuniones se comía, se bebía Sakau y que cada asistente ofrecía un recipiente del mismo a la divinidad. Los tsamoro del distrito de Matolenim tenían su templo principal en las ruinas de Nan Matol y concretamente en la isla de Nangutra, en la que se reunían una vez al año, a finales de mayo o a principios de junio, y celebraban la fiesta "Arbungelap". Por otra parte, el distintivo externo de los tsamoro era su pelo largo, que no debían recortar —circunstancia que también observan los sagrados guerreros Sikh a los que ya conocimos de cerca durante nuestra estancia en Cachemira y que recientemente dieron fin a la vida de Indira Gandhi—, sino únicamente chamuscar. Cuando uno de los miembros de la hermandad moría, a todos los demás, excepto a los dos más altos Montsap (máxima graduación en esta sociedad secreta), se les chamuscaba el cabello. Cuando moría el máximo jefe de los tsamoro, el segundo Montsap (en rango) debía cortarse el pelo. Únicamente el miembro más elevado de la hermandad no estaba obligado a chamuscarse ni a cortarse el pelo. Para quien le interese seguir la pista: tsamoro se pronuncia, para el oído castellano, chamoro. ¿Y qué significa originariamente la voz chamorro? Significa precisamente "el que tiene la cabeza esquilada"».

En cuanto al silencio que se cierne constantemente sobre aspectos de la historia de Pohnpei, quiero señalar que incluso una publicación actual, *History of Ponape*, editada por Carole L. Mihalko y dirigida a la instrucción del pueblo pohnpeyano en estos momentos de cambio hacia una consciencia popular de su origen e independencia nacional, se abre con estos versos:

*Yes, I'm the Spirit of all things past.  
My age is ageless, my face is cast.  
In all the things that you will see.  
As you look into Ponape's history,  
There is much more I have to say.  
But to tell all, is not the Ponape way.*

(«Sí, yo soy el espíritu de todas las cosas pretéritas.  
Mi edad no tiene época, mi rostro está enjuto.  
En todas las cosas que veas,  
Cuando eches una ojeada a la historia de Pohnpei,  
Muchas más cosas debería yo decir,  
Pero el explicarlo todo, no es el estilo de Pohnpei»).

Así es. Pohnpei no suelta su auténtico secreto. Es un lugar iniciático y es consciente de ello. Hablaré en este libro de Nan Matol y de Salapwuk, naturalmente. Pero la tradición señala que hurgar en los secretos de Nan Matol y hurgar en los secretos de Salapwuk, puede comportar la muerte. Y esto no son historias

legendarias, sino efectos reales que toda persona que se proponga profundizar en los auténticos secretos de Pohnpei debe tener presentes para obrar en consecuencia. Tal y como nos advirtiera el propio responsable de los servicios de información de los Estados Federados de Micronesia, Ketson Johnson, en la tarde del 9 de marzo de 1984: «No os quedéis de noche en las ruinas de Nan Matol. No se os ocurra dormir allí. Tal vez no haya fantasmas, tal vez no haya espíritus; pero probablemente haya gente que os aceche allí». Nos habló también de que en las ruinas de Nan Matol fue hallada una tibia humana que medía desde el suelo hasta una altura superior a la de la cadera y hasta la cintura de una persona de estatura normal. ¡Huesos gigantes! Este dato nos lo confirmarían luego Johnny Hadley, jefe de la División de Relaciones Micronesias del Departamento de Asuntos Exteriores de los Estados Federados de Micronesia (EFM) y enlace entre el Gobierno y los líderes tradicionales de Pohnpei —dicho sea aquí de paso que tanto la palabra de Masao Hadley como la de Pencile Lawrence, como la de Pernis Washington en su zona concreta de Salapwuk y otros, son ley para el pueblo (ellos son los que saben y los que perpetúan el liderazgo popular de los pohnpeyanos, por encima —o debajo, según se mire— del gobierno político y económico representado por Tosiwo Nakayama, a fin de cuentas un extraño en la isla, y su gabinete). Johnny Hadley —primo de Masao— es hijo del máximo de los cinco reyes o nanamarikis de Pohnpei, o sea el de Matolenim. Samuel Hadley, a su vez sucesor del nanamariki de más prolongado reinado habido aquí, Moses Hadley, biznieto de un americano, Jim Hadley, en un lamentable cruce de sangres (por cuanto enturbia la pureza de los antiguos conocimientos) que aquí se prodiga con harta frecuencia. Johnny Hadley me confirmó en privado lo que ya manifestara en el número del 30 de enero de 1981 del único periódico de los EFM, el *The National Union*: «En tiempos antiguos parece haber existido en Pohnpei una cultura altamente avanzada, tal y como lo evidencian las misteriosas ruinas pétreas de Nan Matol en mi municipalidad familiar de Matolenim. En aquellos tiempos hubo solamente un rey, algo similar a un faraón. El tamaño de los huesos enterrados en las grandes cámaras de piedra muestra que fueron mucho más altos que los pohnpeyanos de hoy día». Debo decir que Johnny, el hombre más afable con que nos tropezamos en Pohnpei, es descendiente directo —por línea materna— de Iso Kalakal, el extraño invasor de origen celeste que aniquiló a los constructores de Nan Matol para instaurar en la isla un régimen de cinco reinados paralelos, vigente hasta el día de hoy.

El hallazgo de la tibia gigante —entre otros huesos de tamaño exageradamente superior al de los humanos— nos fue confirmado por el propio Masao, que es la persona que en mi opinión conoce el lugar de depósito de la misma y no lo suelta por ser dicho hueso patrimonio del pueblo de Pohnpei, cosa que me parece perfecta. También el doctor Catalino L. Cantero, presidente del «Community College of Micronesia», me dijo que los huesos de gigantes hallados en Nan Matol están en poder de la familia de Masao en Matolenim. Aunque éste dice que se la llevaron los alemanes durante su período de dominación, a principios de siglo. Mis indagaciones en Hamburgo y también en Leipzig, en la República Democrática Alemana, en donde debería haber constancia del paradero del(los) hueso(s) en caso de haber sido enviado(s) a Europa, no dieron hasta el momento fruto positivo.

En relación con los extranjeros que trabajaron intensamente en las ruinas a finales del siglo pasado y a principios del presente, Ketson Johnson, el responsable de Información de los EFM, se lamentaba de desconocer el paradero de la placa de bronce que coronaba la tumba de Jan Stanislaw Kubary. Efectivamente, nosotros ya habíamos detectado que alguien se había llevado dicha placa, que andaba yo buscando como uno de mis objetivos adicionales a la investigación principal de Pohnpei. La tumba de Kubary se halla detrás de los barracones que sirven de escuela a la Misión Católica, en Colonia, justo entre el terreno ocupado por el antiguo cementerio en el que fueron enterrados los oficiales y soldados españoles que dejaron su vida en las luchas con los nativos, y la parcela que luego eligieron los alemanes para enterrar a sus funcionarios y soldados igualmente muertos a manos de los isleños. El monumento funerario de Kubary medía originalmente dos metros y medio de altura, compuesto por cinco pisos de prismas de basalto coronados por una placa con la efigie de Kubary fundida en cobre en Gladenbeck, junto a Berlín. Nosotros comprobamos que el monumento funerario, completamente abandonado entre la maleza, sigue en pie con cuatro de sus cinco pisos de prismas basálticos, y que le faltaba la placa de cobre. Nadie sabía quién la había robado, ni nos pudo dar razón de su paradero. Pues bien, lo que no había descubierto ni siquiera el

responsable de los servicio de Información de los EFM, lo descubrimos nosotros a los doce días de llegar a la isla: la placa estaba a buen recaudo en el despacho privado de Pensile Lawrence: «Dado que estaba suelta, y ante la posibilidad de que alguien la robara, creí oportuno encerrarla en mi despacho», nos diría al darse cuenta de nuestro asombro al verla allí.. A los celadores de la tradición no se les escapaba una. ¿Iban a dejar que la tibia gigante se les marchara a Alemania?

¿Y quién era este Kubary? Jan Stanislaw Kubary es el investigador más querido por el pueblo de Pohnpei. Nació en 1846 en Varsovia, en Polonia, hijo de madre alemana y de padre húngaro. En sus años jóvenes su lucha por la causa de la independencia de los polacos le convirtió en persona indeseable tanto a los ojos de los gobernantes rusos como de los alemanes. Logró entonces la protección del propietario de la empresa alemana «Johann Cesar Godeffroy», aquel que había fundado su propio museo de las culturas de los mares del sur. Así, Kubary coleccionó, desde 1870 a 1879, oficialmente objetos y de modo particular datos, se quedó con las datos y envió a Hamburgo algunos objetos y escritos suyos sobre las culturas micronesias. Se casó con una nativa, Anna Yelirt, hija del herrero y carpintero norteamericano Alexander Yelirt, la cual le dio un hijo y una hija. Esta última murió a fines de la década de los 60 en Singapur. Finalizado este período de nueve años de investigación en Pohnpei y las ruinas de Nan Matol —de las que levantó un mapa sensiblemente distinto del trazado luego por Hambruch, del que inmediatamente hablaremos también—, sobrevino la disolución ya anteriormente mencionada de la casa «Godeffroy», perdiendo Kubary a su protector. Durante los diecisiete años siguientes. Jan Stanislaw se dedicó a recorrer Micronesia, Melanesia y Europa en calidad de pequeño comerciante, buscando otra nueva fuente de respaldo financiero con el cual proseguir su labor de investigación etnográfica. No hallándola, regresó en 1896 a Pohnpei para visitar a su hijo y los jardines botánicos que había plantado antes de marchar. Pero éstos habían sido destruidos por los bombardeos de los buques de guerra españoles durante la represión del levantamiento popular contra las tropas hispanas. Desesperado, Kubary se quitó la vida en las ruinas de sus jardines, según la versión oficial. De un machetazo en el cuello. Los muchos apuntes que había tomado en vida sobre los vestigios del pasado de Pohnpei y sobre aspectos de los nativos, desaparecieron por completo. En sus últimos meses de vida Kubary entregó una parte de los mismos a Nanpei en Kiti, el hombre que supo sacar tajada abundante de las instigaciones bien urdidas entre nativos, españoles y luego alemanes. Nanpei perdió dichos apuntes durante el tifón de 1905. El resto no queda claro si los malvendió o hizo desaparecer la viuda de Kubary, Anna, o si acaso los entregó al médico gubernamental alemán Girschner, del que sería más adelante niñera. Todavía anteriormente, Anna había llevado una vida bastante alegre con oficiales españoles, para acabar casándose con Keroun en Tol e tik, uno de los cabecillas de la rebelión del pueblo de Sokehs contra los alemanes, fusilado por éstos en 1910. Hoy —1984— se respira aún un generalizado respeto popular en toda la isla por Jan Stanislaw Kubary.

El otro personaje extranjero que, al igual que Kubary, murió antes de llegar a comunicar todo cuanto sabía sobre los enigmas de Pohnpei, que, al igual que Kubary, levantó un mapa detallado de las islas artificiales de Nan Matol, y que, al igual que Kubary, fue financiado con dinero procedente de la ciudad alemana de Hamburgo, fue el doctor Paul Hambruch, nacido en dicha ciudad el 22 de noviembre de 1882. Había estudiado ciencias naturales, matemáticas y química, para saltar luego, en Berlín, al campo de la geografía, la antropología y la etnología. Comenzó a trabajar en el Museo de Antropología de Berlín, pasando poco después a ser colaborador científico del Museo de Hamburgo. Desde allí se trasladó por encargo y con dinero de la empresa «Jaluit-Gesellschaft» (precisamente la heredera de la casa «Johann Cesar Godeffroy» que había financiado a Kubary) a Nauru, al sureste de Pohnpei, para estudiar allí las enfermedades de las palmeras cocoteras. Cuando más tarde llegó a las Carolinas la expedición de la «*Hamburgische wissenschaftliche Stiftung und Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft*» (Fundación científica de Hamburgo y comunidad provisional de la ciencia alemana), Paul Hambruch se unió a la misma, momento a partir del cual tuvo ocasión de investigar intensivamente en Pohnpei. A su regreso a Hamburgo asumió la administración del extenso departamento de los mares del sur del Museo de Hamburgo, pasando pronto a ser su conservador. Después de publicar diversos trabajos, entre ellos una extensa monografía sobre Nauru, Hambruch acometió la redacción de los tres volúmenes sobre Pohnpei que

forman parte —en el marco de la Fundación citada— de la obra *Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908-1910* (Resultados de la expedición a los mares del sur 1908-1910), y que conforman la obra más completa escrita sobre la isla hasta aquella fecha. Paul Hambruch, que había estado trabajando en la isla del 22 de marzo al 21 de setiembre de 1910, murió tras larga enfermedad el 23 de junio de 1933, después de haber confeccionado el primero de estos volúmenes, aparecido en 1932, y antes de poder acometer personalmente la redacción definitiva de los volúmenes II y III (que habla de las ruinas de Nan Matol), aparecidos en 1936. También a Paul Hambruch lo recuerdan bien los transmisores actuales de la tradición pohnpeyana. Su nombre está toscamente grabado en una viga de basalto que corona la esquina noroccidental del muro externo de Nan Tauas, en Nan Matol.

Pero pienso, lector, que ya tienes ganas de saber qué es lo que pasó en esta isla en los albores de su historia. Debo al más inmutable de los conocedores de Pohnpei, a Pensile Lawrence, a cuyos labios no asomó jamás la risa que era fácil para Pernis Washington ni la sonrisa que asomaba tímidamente en alguna ocasión al rostro de Masao, el conocimiento del comienzo del relato iniciático del origen de la isla de Pohnpei, sensiblemente distinto en algunos de sus extremos a otras versiones exportables recogidas por algún estudioso con anterioridad, como debo a Masao el conocimiento iniciático del lugar real de la sepultura del enigmático Iso Kalakal, tampoco comunicado con anterioridad a los pocos investigadores, etnólogos y arqueólogos que buscaban ruinas y costumbres oceánicas, sin apercebirse en su academicismo de que estaban pisando un enclave depositario de conocimientos que proyectan a la isla mucho más allá de su escueta ubicación geográfica en el gran mar. Nos costó lo nuestro poder llegar a entrevistarnos con Pensile, con el que concertamos varias citas antes de coincidir definitivamente con él, circunstancia dificultada por su prolongada ausencia de su residencia con ocasión de haber muerto a los pocos días de nuestra llegada a Pohnpei el Naniken (rey de segundo rango) del reino de Kiti, que motivó el desplazamiento de Pensile, y nos permitió a nosotros comprobar la vigencia de la influencia de los jefes tradicionales en la vida de la isla —ondearon durante los días de luto a media asta las banderas sitas frente a los barracones gubernamentales, la del estado de Pohnpei, la de los Estados Federados de Micronesia e incluso la de los Estados Unidos de Norteamérica—, además de depararnos el placer de degustar parte de un pastel de tapioca rallada envuelto en hoja de banana, que formaba parte del banquete fúnebre y fue ofrecido por uno de los familiares del Naniken, de nombre Casiano, a las hermanas mercedarias. Pero cuando por fin Pensile comprendió que no me iría de la isla sin haber hablado tranquilamente con él, el conocimiento de la versión que él me dio de diversos aspectos de la historia de Pohnpei, me sirvió posteriormente para que otros celadores me abrieran alguna de las puertas que permanecen cerradas al extraño, por lo cual su relato debe formar parte del caudal de información original menos comprometedor de los Sau Rakim. Interesante para mí fue la circunstancia de que Pensile no había facilitado anteriormente a otras personas esta versión. A base de su testimonio y de los demás recogidos en la isla y en documentación previa existente en Alemania y en los Estados Unidos preponderantemente, voy a recomponer hasta donde me sea posible, lo que aconteció en Pohnpei antes de la llegada de los europeos.

## ***NUEVE Y EL PULPO***

Nueve parejas —nueve hombres y nueve mujeres— erraban en una canoa por el ancho mar, buscando una tierra nueva en la que establecerse. En esto pensaban cuando se toparon con un pulpo hembra de nombre *Letakika*. Cuando éste les interrogó acerca de su camino, le respondieron que iban en busca de una nueva tierra, y le preguntaron a su vez si él podría ayudarles. El pulpo les indicó un lugar del océano en el que había una roca que surgía por encima de las olas. Y les dijo que fueran en busca de esta roca y comenzaran allí a edificar su país. Los nueve hombres y las nueve mujeres prosiguieron su camino y hallaron la roca. Sobre ella comenzaron a construir la isla. Luego, dejaron en ella a una pareja, un hombre y una mujer, mientras que el resto volvieron a marchar. El nombre del hombre que se quedó en la isla no tiene importancia; no tenía nombre. Sí lo tenía el de la mujer: se llamaba Lemuetu. Lemuetu es la primera madre de Pohnpei. Por ello los pohnpeyanos se asientan sobre un matriarcado. En su canoa, las nueve parejas llevaban alimentos para comer y para plantar en la nueva tierra. Lemuetu y su compañero no tuvieron casa. Estuvieron viviendo durante mucho tiempo sobre las rocas. Comieron alimentos no cocinados.

Posteriormente, alguien vino y les enseñó cómo había que encender fuego frotando dos palos. Después, llegó otra persona que les mostró cómo se construía una vivienda. Y luego llegaron más gentes, del oeste, del sur y del este. Y se fueron formando así con el tiempo los distintos clanes que habitaron la nueva isla, que había sufrido una radical transformación.

Este escueto y a la vez completo relato iniciático sobre los orígenes de la roca primaria de Pohnpei, es un compendio de conocimientos ocultos. Así, el nueve es —para las empresas de la raza humana— el símbolo del nacimiento, el símbolo de lo nuevo, apoyado en la cabala lingüística de las voces nueve — nuevo — nave — huevo (novem — novum — navis — ovum), que cobra todo su vigor en el *gay saber* de los *argotiers*, en el argot de aquellos que construían la obra en el país del gallo, en la Galia: *neuf* — *neuf* — *nef* — *oeuf*. En el relato pohnpeyano aparecen estos mismos elementos: la nave, tripulada por nueve parejas, para construir un país nuevo, lo cual significa un nacimiento, simbolizado por el huevo. Ahora bien, las características de la nave, con alimento y plantas para sembrar en el país nuevo, el hallazgo de una roca de tierra firme sobre la cual establecerse, la indicación de la cercanía de la nueva tierra por parte del pulpo, la equiparan a la nave-arca de Noé que navega igualmente en busca de la nueva tierra. Y en la misma cabala lingüística de quienes construyen bajo el signo del gallo, Noé es la radical de Noëlle, la natividad, el nacimiento. Con lo que seguimos en la constante del nueve indicada en el relato primario de Pohnpei: en nueve ciclos (meses) se forma (nace) el ser humano. Y —como no podía ser menos— cada nueve meses se reunían en Salapwuk —en donde se conserva la roca original de la isla, la que sirvió para su nacimiento— el principal lugar de culto de Pohnpei, todos los sacerdotes, para unas celebraciones a las cuales estaba vedada la asistencia a todo extraño. Cada sacerdote aportaba, colgando de un palo, todo tipo de alimentos (en recuerdo de los alimentos que portaba la canoa primera), desarrollándose las ceremonias en el más severo secreto. Severo secreto en el lugar —la roca original— en el que el pulpo les indicó a las nueve parejas que construyeran el nuevo país. Nueve navegantes y constructores. Pero es que resulta que navegantes y constructores eran también los *frimácons*, descendientes herméticos de los argonautas, los nautas o navegantes del arca (¿no acabamos de hablar del arca del nacimiento, el de Noé? ¿No es la canoa de las nueve parejas el arca que navega hacia un nuevo nacimiento, una nueva construcción?), aquellos que fueron en busca del vellocino de oro, que Frixos había ofrecido a Aetes, hijo del Sol (¿no es Pohnpei un país de los reyes del Sol?), después que el carnero Crisomalo, cuyo vellón era de oro, lo rescatara de la muerte, Frixos llegó a Aea, país en donde «los rayos del Sol se encierran en una cámara de oro», o sea en un arca de oro. Por otra parte, bajo el signo de este carnero, bajo el signo de Aries, vuelvo a recordar que se celebraba en Roma la festividad de las Cereales, en cuyas procesiones llevaban un huevo, que en este contexto cabalístico acabamos de definir como símbolo del nacimiento (toda la conexión aérea —volante— de estos simbolismos —está recogida en mi libro *Las nubes del engaño*). Indico de paso una vez más que, en su raíz lingüística, los argonautas nos remiten a una familia cabalística que relaciona las raíces arg—, arq —, are—, **αρχ**, que nos llevan a palabras tan interesantes como el nombre mismo de la nave Argos de los argonautas (en el origen de Pohnpei hablamos de navegantes), la arquitectura (hablamos de constructores), lo arcano (hablamos del secreto en las tradiciones herméticas del inicio de la isla), el arca de Noé (hablamos de la canoa que busca una nueva tierra), **αρχη** (comienzo, origen, y estamos hablando del origen de la isla), etcétera.

Pero sigamos con la importancia del número nueve indicado en el número de tripulantes originales de la canoa, que buscan un lugar en el que deben erigir la base sobre la que se construirá luego un santuario. Insisto: nautas constructores. Pero acabo de decir que los descendientes herméticos de los argonautas, los *frimaçons*, eran igualmente nautas y constructores. Más: constructores de santuarios también, al igual que las nueve parejas. Así, los macons son los posaderos de la divinidad, y en su grado de Maestro se le cuenta al recipiendario la leyenda o tradición de Hiram, en la cual se indica el origen de la hermandad. Resuelto Salomón a edificar el Templo, aparece en escena Hiram, el arquitecto conocedor de los secretos de la construcción del edificio sagrado. Y enlazamos con el nueve: al echarse de menos a Hiram, asesinado, Salomón ordenó que nueve maestros lo buscasen. Nueve son también los maestros constructores de la bóveda secreta. Los macons saben, además, que Henoch escondió el Nombre Indecible debajo de nueve

arcos, grabado en un *delta* o triángulo equilátero. Y saben que la figuración del campamento de los Príncipes del Real Secreto, que esperan el momento oportuno para reedificar el templo, se realiza en una sala alumbrada con 81 ( $9 \times 9$ ) luces, en la cual aparecen una serie de figuras geométricas concéntricas encerradas en un polígono de nueve lados. Los nueve maestros que conectan al ser humano con mandatos dictados por otros seres aparecen repetidamente a lo largo de la historia. Así, también en la versión siríaca del texto apócrifo conocido por *Evangelio árabe de la infancia*, leemos —refiriéndose al viaje de los reyes magos—, que «al primer canto del gallo, abandonaron su país, con nueve hombres que les acompañaban, y se pusieron en marcha, guiados por la estrella». Otro relato menor de este tipo es aquel en que un apuesto guerrero que galopaba entre las nubes y que esgrimía un rayo por arma, guió a los nueve *homes de paratge* (caballeros) que respondieron al llamamiento del conde Borrell II con el fin de arrebatárles nuevamente la ciudad de Barcelona a los árabes, que la habían conquistado. La misma narración la conocen desde los tiempos antiguos los habitantes de Pohnpei. Nueve hombres fuertes (nueve héroes) acuden en una canoa a Pohnpei para arrebatárles la ciudad de Nan Matol a los Sautelurs que la están gobernando. Y el total de guerreros que acuden a la orden de Iso Kalakal, en la canoa que ocupan los nueve héroes, es de 333 (tres veces tres, o sea nueve, una vez más). Sin duda, más de un lector estará pensando ya en estos momentos en una de las más controvertidas sociedades secretas: los Nueve Desconocidos. Saltaron a un conocimiento público mayoritario por la sospecha de que hubieran promovido la figura de Mao Tsé-tung, como líder de la revolución cultural china, hacia un ascenso fulgurante inexplicable por cauces políticos normales. De acuerdo con lo averiguable y publicable, la sociedad de los Nueve Desconocidos fue fundada por el rey Ashoka, que expandió el budismo por gran parte de Asia. Persuadido de que los hombres habían puesto al alcance de sus pasiones los avances científicos de los magos vedas, hizo desaparecer de la circulación todos los tratados y confió a los Nueve Desconocidos la misión de velar por los destinos, en un principio, del mundo asiático. Cada uno de ellos se ocupaba de la totalidad de determinada área de conocimiento. Uno de los tratados se refería a las técnicas de la persuasión y de la lucha psicológica. Aquél de los Nueve Desconocidos que transmite el conocimiento de esta área específica puede situar a sus hombres en puntos estratégicos (según el sistema de militancia oculta aplicado por todas las sociedades secretas), que —en teoría— le permitirían gobernar todo el mundo. Mao habría sido escogido por este maestro para crear una nueva sociedad china, cuyos cimientos los constituyera la culturización del proletariado campesino. A ello se sumaría la actuación de un hábil iniciado: su ministro de Asuntos Exteriores y antiguo primer ministro Chu En-lai. No en vano tampoco, nueve son los cerebros de Sión.

Vayamos al pulpo, símbolo divino de abundancia de alimentación en Pohnpei, lo cual está directamente relacionado con los ritos secretos que cada nueve meses se celebraban en Salapwuk, tal y como ya lo mencioné al relacionar dichos ritos con los tripulantes de la canoa de los nueve, tan identificable con el arca bíblica de Noé. Pero resulta que los nueve —la constante nueve que impregna la historia iniciática del génesis de Pohnpei— se diluyen desde el primer momento en la figura del pulpo: ocho tentáculos actuantes regidos por un centro, la cabeza, que juntos completan todo el cuerpo del pulpo, que suma así ( $8+1$ ) nueve elementos. Figura esotérica reforzada más tarde con la narración del viaje de los nueve valientes que acuden a Nan Matol en la canoa de los 333 ( $3 \text{ veces } 3 = 9$ ): son ocho héroes que acompañan a su jefe, Iso Kalakal = ocho tentáculos para una cabeza. El pulpo está igualmente representado en la enorme roca cubierta de petroglifos conocida por roca de Sapwalap, lugar que —como más adelante veremos— marca, cuando menos legendariamente, una entrada al subsuelo. Por otra parte, el detalle de que uno de los nueve elementos que viajan en la canoa original, se queda en la isla mientras que los otros ocho vuelven a partir, indica que uno de los tentáculos del pulpo se asienta sobre Pohnpei, detalle confirmado por la narración tradicional —recogida en versión algo distorsionada por ejemplo en la obrita *Never and Always: Micronesian Stories of the Origins of Islands, Landmarks, and Customs (Nunca y siempre: historias micronesias de los orígenes de las islas, de los hitos y de las costumbres)*, trabajo de recopilación efectuado por los alumnos del Community College of Micronesia— que afirma que Pohnpei es uno de los hogares del pulpo. Pulpo que además fue, en su origen, un animal terrestre y no marino, que habitaba la copa de un árbol, indicación sutil de su identidad con la araña, figura a su vez cabalística que marca la dependencia estelar de la raza humana. Sepa, quien desee profundizar en este tema, que el grado 25 de la

hermandad masónica corresponde al del Caballero de la Serpiente de Bronce o de Airain (serpiente por lo tanto metálica, tema suficientemente analizado en mis libros *¿Sacerdotes o cosmonautas?* y *Las nubes del engaño*). La voz airain está emparentada con airagne (airañe). Y los alquimistas saben perfectamente que necesitan el hilo de Ariadna (Ariane es una forma de airagne, por metátesis de la i), si no quieren extraviarse en los meandros de la Obra y verse incapaces de encontrar la salida. Retrocedamos a la formación de esta palabra. **Αἶρω** significa tomar, asir, arrastrar, atraer, de donde deriva **αἶρην**, lo que toma ase, atrae. **Αἶρην** es, por lo tanto, el imán. En provenzal, el hierro se llama aran o irán: es Hiram, el divino Aries, el arquitecto del Templo de Salomón (ya vimos su relación con la constante 9). Imán, en griego, es **Σιδηροζ**. Y de esta voz deriva a su vez el latín sidus, sideris = estrella. Con lo que queda esquemáticamente cerrado el ciclo cabalístico que identifica la dependencia estelar de la raza humana.

Ruego al lector preste la máxima atención a cuanto aquí expongo y tenga presentes todos los elementos apuntados en este capítulo que trata de los nueve y del pulpo, ya que ni la exposición (siempre incompleta por imperativos de la propia búsqueda) ni la comprensión de esta intrincada red se hacen, ciertamente, fáciles. Quedémonos con Ariadna, la araña que con su hilo ayudó a Teseo a vencer al minotauro, para terminar con el tributo de siete jóvenes y siete doncellas que cada nueve años debía pagar la ciudad de Atenas, de acuerdo con la narración mítica griega. Teseo fue, además, uno de los héroes que fueron en busca del vellocino de oro a bordo de la rápida y luminosa nave Argos —los argonautas de quienes ya hablamos en relación con la canoa que navegaba rumbo a Pohnpei—, nave que, dicho sea de paso, disponía de una tabla parlante que indicaba a sus tripulantes lo que debían hacer cuando éstos se veían perdidos, con lo cual cumplía una función similar a la que desempeñaban tanto el arca que portaban los seguidores de Moisés para comunicarse con Yahvé, como el cofre mediante el cual hablaban con Huitzilopochtli los aztecas, durante sus respectivos éxodos en pos de la tierra prometida, orientados por una nube inteligente los unos y por un águila sabia los otros. El minotauro vencido por el mencionado argonauta con ayuda de la araña habitaba el famoso laberinto de Creta (otra de las islas del pulpo en opinión de André Malby, a quien desde aquí agradezco tantos momentos de tanteo, de silencio y de comunicación, así como de incisiva búsqueda paralela). El esquema del diseño solar (el palacio de la doble hacha) de este laberinto se repite preocupantemente en monedas cretenses, en una cruz rúnica danesa, en un gran diseño sobre el suelo de la isla sueca de Gotland, en una pintura rupestre en Rocky Valley cerca de Tintagel Head, en el extremo suroeste de Inglaterra, en vasos etruscos, en una pintura rupestre en el conjunto de Valcamonica, en la vertiente italiana de los Alpes, cuya conexión extrahumana ya comenté en el libro *Las nubes del engaño*, y en donde el diseño del laberinto aparece cerca del de una svástica (símbolo solar y galáctico), en el esgrafiado de la pared de una casa de Pompeya (cuyo antiguo nombre original es Pompei, lo que aprovecho para invitar a quien se vea capacitado, a establecer la conexión precisa entre esta Pompei volcánica y la volcánica Pohnpei, sin olvidarse de pasar por la India), y en el dibujo laberíntico que trazan los indios hopi norteamericanos. Para los indios hopi es el símbolo de la madre Tierra. Lector, no pierdas el hilo. Porque nuestra historia se ramifica y hay que saber recorrer el árbol rama por rama, sin perder de vista nunca la totalidad de las ramas que se complementan, la totalidad del árbol del que estamos hablando. Hemos recorrido parte de la rama del 9. Y parte de la rama del pulpo, o de la araña. Recorramos ahora la rama de los indios hopi, a la que nos condujo el laberinto de la araña de Creta, que aparecía además en Pompei. La rama de los indios hopi nos indicará que deberemos luego recorrer la de la mujer dejada en Pohnpei, la primera madre de la isla: Lemuetu. Porque si para los hopi el símbolo laberíntico de Creta es el de la madre Tierra, nos encontramos que en el relato iniciático del génesis de Pohnpei, los nueve elementos tripulantes de la canoa primera dejan en la isla a una de las nueve parejas, el hombre de la cual es tan insignificante que ni siquiera tiene nombre, mientras que todo el peso del inicio de la civilización en aquella roca sagrada del gran mar recae en la mujer, que sí tiene nombre y es el pilar del que arranca el matriarcado de la isla. Esta determinante, la de que su historia comienza con una mujer, a la que se suma la figura del pulpo hembra que guía a los nueve hacia el país en el que vive, convierten a Pohnpei en términos esotéricos en una sede de la madre Tierra, que será fecundada por los rayos del Sol. Los reyes del Sol la gobernarán.

¿Hablamos, al hablar de la madre Tierra, de la madre patria? Las tradiciones de los hopi así lo

parecen indicar, con lo cual refuerzan la opinión, entre otros, de Ernst Haeckel. Tal y como ya lo señalo en *Las nubes del engaño*, los indios hopi viven hoy en una reserva en el estado norteamericano de Arizona, siendo su poblado principal Oreibi, el más antiguo lugar ininterrumpidamente habitado de Norteamérica. Josef F. Blumrich, un ingeniero de la NASA, que al frente de su Oficina de Construcción de Proyectos mereció en 1972 la medalla para Servicios Excepcionales de la citada agencia espacial, y que vive en Laguna Beach en California, no lejos de la reserva de los hopi, mantiene desde el año 1971 una agradable amistad con el anciano indio White Bear, el cual le ha venido narrando pacientemente a Blumrich los recuerdos ancestrales de su pueblo que forman parte de su actual tradición viva. El ingeniero Blumrich dispone hoy así de casi cincuenta horas de cintas grabadas con narraciones y explicaciones adicionales. De estas narraciones nos interesa lo siguiente: De acuerdo con la tradición hopi, la historia de la Humanidad está dividida en períodos que ellos llaman «mundos», los cuales están separados entre sí por terribles catástrofes naturales. El primer mundo sucumbió por el fuego, el segundo por el hielo y el tercero por el agua. Actualmente vivimos en el cuarto mundo. Y en total, la humanidad deberá recorrer siete.

Hago un breve inciso para quien quiera profundizar en alguna de las sendas que en este contexto marca el número siete, y regresaré inmediatamente a los conocimientos de los hopi. El siete: hay que releer la historia de la procesión que Josué hizo desfilar siete veces alrededor de Jericó, cuyas murallas se derrumbaron antes de la octava vuelta. Jericó es la ciudad de la Luna, por cuanto deriva además con toda probabilidad de *yáreah*, que significa Luna. El mismo tema se repite en los cisnes que dan siete veces la vuelta alrededor de Délos, naciendo, cuando aún no habían cantado por octava vez, Apolo. En los códices mexicanos, siete fueron las cuevas de las cuales partieron las siete tribus de Aztlán. En una de las edificaciones de la enigmática ciudad, perdida en la jungla del norte del Yucatán, que los nativos conocen por el nombre de Dzibilchaltún, fue hallada una cámara oculta que, una vez abierta, ofreció a sus descubridores un altar con siete ídolos deformes, mezcla de peces y hombres. Por tierras brasileñas corre la leyenda de las siete ciudades. Las sagas escandinavas hablan de las siete islas vírgenes, las siete islas de la felicidad, las siete islas del Sol. Ya vimos que para Churchward las ruinas de Pohnpei eran las de una de las capitales de la madre patria, una de las siete ciudades sagradas. Y Madame Blavatsky habla insistentemente en su *Doctrina secreta* de las siete razas humanas. También los textos proféticos agrupados en el apócrifo *Libro de Enoc* (Enoc es el personaje que había escondido el Nombre Indecible debajo de nueve arcos) están elaborados sobre la constante siete: siete montañas, siete estrellas, siete ríos, siete islas, siete hombres blancos, setenta pastores, siete razas. Siendo así además que el *Libro de Enoc* nos remite claramente al recuerdo ancestral de cruces deliberados y posiblemente experimentales del ser humano con otras razas cósmicas —en cuyo contexto cabe situar a personajes tan cruciales para la marcha de la humanidad como pueden ser Jesús (para cuya cristalización se precisaron dos generaciones de crisoles biológicos, como fueron su madre María y la de ésta, Ana), Buda, que a su vez cristalizó en la María asiática, Maya, posiblemente Quetzalcóatl (identificado con Gucumatz y Kukulkán), y tantos otros—, después de que un puñado de facciosos hijos de los cielos se aliaron en juramento para gozar de los encantos de las hijas de los hombres, y provocar con ello el engendramiento de una raza cruzada, los gigantes, que motivarían por ende la destrucción de lo creado hasta aquel momento. Tal y como nos lo confirman con claridad meridiana tanto el Corán como el Popol Vuh de los quichés, todo parece indicar que somos el resultado del nuevo intento de modelación de una criatura humana que combine la suficiente inteligencia con el mínimo de estupidez exigido por nuestros creadores para no acercarnos excesivamente a su propio conocimiento. Fruto del cruce de razas fue —en el texto Enoquiano— el hijo de la mujer de Lamec, la cual lo tuvo con uno de los emisarios celestes. En descripción del propio Lamec: «su naturaleza es diferente y no es como nosotros; sus ojos son como los rayos del Sol; su rostro es espléndido». Idéntica descripción hacen los iniciados pohnpeyanos del enigmático Iso Kalakal, engendrado, también él, como luego veremos, sin contacto previo carnal de su madre con hombre humano alguno. Las siete razas, finalmente, en que debe consumirse el fuego de la humanidad, actualmente centrada en su cuarto estadio, tal y como lo saben los indios hopi, es un conocimiento claramente reflejado en el candelabro mostrado a Moisés sobre el monte Sinaí. Pero fueron solamente unas breves e incompletas indicaciones marginales en las que no me pienso extender en este libro. Volvamos a los hopi. Y a los pasajes más interesantes de su memoria tribal, que nos remite al



contexto de la isla que es objeto de este libro.

No siendo comprobables históricamente los dos primeros mundos, el recuerdo ancestral de los hopi se remonta a la época del tercer mundo, cuyo nombre era Kasskara. Éste era el nombre, en realidad, de un inmenso continente situado en el actual emplazamiento del océano Pacífico. Pero Kasskara no era la única tierra habitada. Existía también el «país del este». Y los habitantes de este país tenían el mismo origen que los de Kasskara. Los habitantes de este otro país comenzaron a expandirse y a conquistar nuevas tierras, atacando a Kasskara ante la oposición de ésta a dejarse dominar. Lo hicieron con armas potentísimas, imposibles de describir. Tan sólo los elegidos, los seleccionados para ser salvados y sobrevivir en el mundo siguiente, fueron reunidos bajo el «escudo». Los proyectiles enemigos reventaban en el aire, de modo que los elegidos colocados bajo el escudo quedaban indemnes. Repentinamente, el «país del este» desapareció por alguna causa desconocida bajo las aguas del océano y también Kasskara comenzó a hundirse paulatinamente.

En este momento, los katchinas ayudaron a los elegidos a trasladarse a nuevas tierras. Este hecho marcó el fin del tercer mundo y el comienzo del cuarto. Es preciso aclarar que, ya desde el primer mundo, los humanos estaban en relación con los katchinas, palabra que puede traducirse libremente por «venerables sabios». Se trataba de seres visibles, de figura humana, que nunca fueron tomados por dioses, sino solamente como seres de conocimientos y potencial superiores a los del ser humano. Eran capaces de trasladarse por el aire a velocidades enormes, y de aterrizar en cualquier lugar. Dado que se trataba de seres corpóreos, precisaban para estos desplazamientos artefactos voladores, «escudos voladores» —tal y como los recuerdan también las crónicas romanas antiguas y las crónicas de Carlomagno, que documenta en el libro *Las nubes del engaño*— que recibían diversos nombres. White Bear describe estos artefactos: «Si de una calabaza cortas la parte inferior, obtendrás una corteza; lo mismo debe hacerse con la parte superior. Si luego se superponen ambas partes, se obtiene un cuerpo de forma de lenteja. Éste es básicamente el aspecto de un escudo volador».

Hoy en día los katchinas ya no existen en la Tierra. Las danzas katchinas, tan conocidas hoy en Norteamérica, son representadas por hombres y mujeres en calidad de sustitutos de unos seres realmente existentes antaño. Los katchinas podían en ocasiones tener un aspecto extraño, siendo así que originariamente se solían confeccionar muñecas katchina para que los niños se acostumbraran a su aspecto. Hoy en día, estas muñecas se fabrican preferentemente para los turistas y coleccionistas.

Hecha esta aclaración, regresemos al cambio de territorio de los antiguos habitantes de Kasskara ya que nos acercamos con ello al área geográfica en que se centra este libro. La población, de acuerdo con el recuerdo tradicional de los hopi, llegó a la nueva tierra por tres caminos diferentes. Los seleccionados para recorrerla, inspeccionarla y prepararla, fueron llevados allí a bordo de los escudos de los katchinas. El gran resto de la población tuvo que salvar la enorme distancia a bordo de barcas. Y cuenta la tradición que este viaje se efectuó a lo largo de un rosario de islas que, en dirección nordeste, se extendía hasta las tierras de la actual América del Sur.

La nueva tierra recibió el nombre de Tautoma, que viene a significar «la tocada por el rayo». Tautoma fue también el nombre de la primera ciudad que erigieron, a orillas de un gran lago. De acuerdo con los conocimientos actuales, Tautoma se identificaría con Tiahuanaco, mientras que el lago corresponde al Titicaca. Un cataclismo convulsionó a la ciudad, destruyéndola, motivo por el cual la población se fue desperdigando por todo el continente. Durante un largo período los hombres se fueron repartiendo en grupos y clanes por los dos subcontinentes. Algunos de estos clanes iban en compañía de los katchinas, quienes a menudo intervinieron para ayudarlos.

Los hopi formaban parte de aquellas tribus que emigraron en dirección norte, y recuerdan un período en el que atravesaron una calurosa selva y un período en el que se toparon con una «pared de hielo» que les impidió el avance hacia el Norte y les obligó a volver atrás.

Comentando lo sorprendentes que pueden llegar a parecer algunas de estas tradiciones, el ingeniero Josef F. Blumrich recuerda que todavía hoy en día siguen vivas a través de diversas ceremonias.

Mucho tiempo después de estas migraciones todavía había clanes que seguían conservando las antiquísimas doctrinas. Estos clanes se reunieron y construyeron una ciudad de «importancia trascendental», que recibió el nombre de «la ciudad roja», a la que se identifica con Palenque. En dicha ciudad fue establecida la escuela del aprendizaje, cuya influencia todavía hoy puede descubrirse en algunos hopi y cuyos maestros fueron los katchinas.

Tras un posterior período de numerosos enfrentamientos entre las ciudades establecidas en el Yucatán, sus habitantes abandonaron la zona y reemprendieron la gran migración. Durante aquella turbulenta época, los katchinas abandonaron la Tierra. Los pocos clanes que han seguido manteniendo vivo el antiguo saber se juntaron más tarde en Oreibi, siendo ésta la razón de la especial importancia de este lugar.

Después de haber recogido toda la información que le ha sido posible sobre los katchinas, Blumrich llega a las siguientes conclusiones sobre estos seres que, sin ser considerados en ningún momento como divinidades (circunstancia que se repite en la tradición pohnpeyana), se sitúan en el plano cósmico de injerencia directa en el quehacer humano: tenían cuerpo físico, apariencia de hombres, pero disponían de unos conocimientos muy superiores a los de los humanos. Poseían artefactos voladores, y un escudo que rechazaba a los proyectiles enemigos a elevada altura. Eran, además, capaces de engendrar niños en las mujeres sin mediar contacto sexual (circunstancia que se repite en la tradición pohnpeyana en la repetida narración del engendramiento del conquistador de la ciudad de Nan Matol). A todo ello hay que sumar las habilidades que los humanos aprendieron de los katchinas, la más importante de las cuales fuera quizás el corte y transporte de enormes bloques de piedra (circunstancia que se repite en la tradición pohnpeyana en la figura de Olosipe y Olosaup, dos arquitectos dotados de gran poder mágico, que transportaron enormes bloques de basalto por el aire) y, en relación con ello, la construcción de túneles y de instalaciones subterráneas (circunstancia que se repite relativamente en la tradición pohnpeyana para la zona de las islas artificiales sobre las que se asienta la ciudad de Nan Matol). Debo añadir que Josef F. Blumrich, con quien tuve oportunidad de charlar en sendas ocasiones en la pequeña población costera yugoslava de Crikvenica en 1976 y en Munich en 1979, desconoce por completo el tema de Pohnpei.

Además de lo que afirma el ingeniero de la NASA con referencia a los indios hopi, que él sí estudió en profundidad, podemos corroborar algunas de sus constataciones observando las costumbres de sus inmediatos vecinos, los indios zuñi y pueblos, que junto con los hopi forman el grupo de pueblos agricultores de la actual Arizona. Así, por ejemplo, los zuñi, cuyos templos son cámaras ceremoniales subterráneas, conservan el culto de la serpiente emplumada como deidad celeste (circunstancia que se repite relativamente en la tradición pohnpeyana en la figura de la anguila sagrada), lo que indica el origen mexicano de ciertos elementos de su religión (dedico bastante tinta a Quetzalcóatl —Kukulkán, Gucumatz—, que fue serpiente emplumada y voladora, en el libro *Las nubes del engaño*). Los mismos zuñi rinden culto igualmente a los katchinas, para ellos mensajeros o intermediarios entre las deidades del cielo y el ser humano. Con lo cual se identifican prácticamente con los seres —emisarios, mensajeros— que en los textos bíblicos figuran bajo el concepto distorsionado de ángeles (remito para ello al mismo libro recién citado). Otro dato curioso es que este grupo de indios pueblos practican el arte de la pintura en seco, de arena o de polen, frente a sus altares, para las ceremonias religiosas. El origen de este arte es desconocido, pero es practicado igualmente en el Tíbet y entre algunas tribus de Australia. Tíbet, Australia, América. El coronel Churchward tal vez no iba tan desencaminado. En Asia central miran hacia el Este, hacia el Pacífico, al hablar de la patria original. En América hacen lo contrario, miran hacia el Oeste. O sea, igualmente hacia el Pacífico.

Con ello desembocamos en el tema del supuesto continente hundido bajo las aguas del gran mar: Mu, Lemuria. Cuestión que declaradamente no quiero abordar en este libro, pero con referencia a la cual

deseo insinuar algunas sendas de búsqueda para quien quiera adentrarse en ellas. No son sendas de esencia geográfica o histórica, sino sendas preponderantemente cabalísticas. Conozco perfectamente la reacción de muchos lectores. Me juego conscientemente esta reacción, como alguna otra que me jugué en mis afirmaciones hasta hoy. En esta ocasión en concreto, tengo a una antigua tradición esotérica y a un lejano futuro por jueces de lo que expongo. Captó la síntesis de la idea perfectamente el lingüista Damián G. Sohl, director de Educación del estado de Pohnpei, durante nuestra charla en su despacho del PICS High School en las afueras de Colonia. El nombre de la mujer que se convirtió en la primera madre de Pohnpei, Lemuetu, hace clara referencia a la supuesta madre patria, Lemuria. Descabellado a primera vista, por cuanto el nombre de Lemuria viene por otro lado: hace referencia a los lemúridos, mamíferos del orden de los prosimios que viven en Madagascar, en algunas regiones del continente africano y en islas del sur de Asia, en Malasia. Para explicar su aparición en lugares tan distantes, separados entre sí por un gran océano, P. L. Sclater argumentó a mediados del siglo pasado —en una deducción a mi modo de entender absolutamente gratuita— que debía de haber existido en épocas remotas un continente en esta zona, que comunicaba por tierra a esta familia de animales. Sería el continente por este motivo llamado Lemuria, concepto que luego se confundiría con el de Mu o Ma, radical que ya enlaza mucho más claramente con el supuesto de un continente-madre originario de la raza humana, confundiéndose paulatinamente también los límites geográficos de este o estos supuestos continentes, desplazándose Lemuria de su ubicación índica hacia un ensanchamiento nororiental que englobaría la mayor parte del actual océano Pacífico. Pero quedémonos con la —en principio— gratuita denominación de Lemuria. ¿De dónde procede esta designación? Procede de la voz latina *lémures*, con que se identificaban en la antigua Roma a los espectros, a los espíritus de los difuntos. Fantasma, sombras, duendes, y, por extensión, a los genios tenidos generalmente por maléficos. Se les dedicaba una fiesta llamada Lemuria —y aquí sí se establece una conexión, para llegar a la cual, la inteligencia cabalística (que trabaja siempre a escala paralela, y no directa) se sirvió de Sclater y de los prosimios citados, con lo cual la aludida gratuidad cobra razón de ser —, que no se celebraba en público, sino únicamente de forma privada, en el seno de cada familia, para honrar a sus muertos. La fiesta de la Lemuria se celebraba en los días 9, 11 y 13 de mayo, no permitiéndose matrimonios en dichos días, en los que igualmente permanecían cerrados los templos. Eran días de presencia negativa, que constituían la fiesta de los muertos más antigua de Roma. La lemuria empezaba en cada hogar levantándose el cabeza de familia a medianoche, descalzo y en paños menores y castañeteando los dedos para llamar a los fantasmas o espíritus de sus muertos. Inmediatamente después se purificaba y luego echaba habas negras detrás de sí, al tiempo que decía «por medio de estas habas nos comunicaremos yo y los míos». Luego volvía a purificarse haciendo sonar un vaso de bronce y pronunciando nueve veces la fórmula de conjuración «manes de la familia, salid». Al alejar a los espíritus repiqueteando sobre el vaso de bronce, el romano estaba haciendo lo mismo que hacen aún hoy en día los pohnpeyanos cuando repiquetean con piedras sobre la plancha de basalto para producir un concreto ritmo metálico con el cual alejan a los espíritus negativos para dar inicio a la ceremonia del sakau, que más adelante describiré. Por otra parte, la significación fúnebre del número nueve que figura en la invocación de la celebración de la lemuria romana —que vuelve a aflorar también en el sacrificio llamado *novemdiale*, con el cual finalizaba el período de los nueve días siguientes, período durante el cual la casa quedaba bajo el dominio de la muerte— aparece también en los antiguos códigos mexicanos (mayas, aztecas y mixtecas), en los cuales el número nueve es el que corresponde a todo cuanto sucede en el submundo, y a los acontecimientos subterráneos. El nueve se erige en el delicado comodín cabalístico —lo vimos como símbolo del nacimiento— de la vida y de la muerte: al nacer morimos y nacemos al morir. Es el renacimiento permanente de las propias cenizas. Esta dualidad está presente en la esencia de Pohnpei: siendo roca sagrada de la nueva tierra, se respira en toda su historia —y aún hoy— un intenso olor a muerte. Por ende, la sensibilidad religiosa de los habitantes de este santuario del supuesto continente desaparecido —Ma, Mu, Lemuria— gira en torno a la presencia y actuación efectiva de los espíritus de los difuntos: espíritus, espectros y fantasmas de los antepasados presiden la vida de los actuales habitantes de Pohnpei (¿enclave de Lemuria?). La lemuria está dedicada en Roma a los espíritus de los difuntos: espíritus, espectros y fantasmas de los antepasados. Ambos ambientes están presididos por la clave nueve.

Para no perder el hilo —y nunca mejor aplicada la expresión—, ruego, lector, que tengas presente todo lo apuntado respecto a la araña. Se identificaba con el pulpo y éste guió a Lemuetu. La clave nueve aparecía con la misma indicación del submundo en los códices mexicanos. Y allí, en México, los mayas creían que en épocas remotas sus dioses descendieron del cielo por una telaraña. La araña está representada igualmente en los enigmáticos trazos plasmados sobre el suelo desértico de las llanuras de Nazca, en el Perú, a unos 400 km al sur de Lima, cuyo conjunto es apreciable únicamente desde el aire. También reaparece allí el diseño simplificado del laberinto de Creta —el de la araña— que igualmente conocían los indios hopi como símbolo de la madre Tierra. Junto a ellos, la representación de un (pro)simio con la cola exageradamente enrollada, característica de los lemúridos. Los hopi afirman proceder del sur de América, adonde llegaron procedentes del gran mar que se extiende al Occidente: el Pacífico. De allí afirman proceder igualmente los chimús que se asentaron aquí, en el Perú, en donde se hallan las llanuras de Nazca, llegados a bordo de pequeñas naves y cuya cultura se confunde con determinados focos culturales mexicanos, lo que también sucedía con los indios hopi. Afirman éstos que nos hallamos en la cuarta Humanidad o mundo. Una característica distingue al lemúrido de Nazca, al igual que a una figura de un ser indefinible también allí representado: presenta una mano normal, con cinco dedos, pero la otra con solamente cuatro dedos, expresamente distinta. Juntas, suman nueve. Sabia combinación, aquí, a partir de un error deliberado que se repite junto al esquema de la araña-pulpo tanto en Nazca, como en Pohnpei y en Rennes: en los feudos de los reyes del Sol. Así, en Pohnpei, la roca de Sapwalap presenta un petroglifo que reproduce la huella de un pie humano con solamente cuatro dedos. También aparece allí el petroglifo de un pulpo. Al tiempo que otra narración tradicional pohnpeyana apunta hacia la escisión del pulpo en dos series de tentáculos: de acuerdo con esta narración, la canoa inicial arriba a la roca indicada por el pulpo Letakika; la roca es tan alta que su punta llega hasta el cielo: allí se hallaba Tau Katau, que al observar que la canoa había encallado en la base de la roca, partió a ésta en ocho trozos, cuatro de los cuales ascendieron al cielo, mientras que los cuatro restantes salieron volando hacia el Oeste y cayeron al mar; mas la raíz de la roca se halla en Pohnpei: es la cabeza o el hogar del pulpo. El pulpo reaparece en figura que es a la vez araña en una losa sepulcral en Rennes —allí donde los iniciados buscan el oro, o sea el país en el que los rayos del Sol se encierran en un arca de oro—, exactamente debajo de la inscripción-divisa «et in Arcadia ego». Estamos en el país del arca y del secreto solar. Estamos rozando nuevamente la leyenda de los argonautas que fueron en busca del vello de oro. Vuelvo a recordar: ¿No es el arca la casa-madre del priorato de Sión? Y cerca de esta losa otra, igualmente del marquesado de Hautpoul de Blanchefort, cuyo epitafio suma 119 letras. Pero contiene en su texto determinadas erratas deliberadas. El número de éstas constituye una de las claves de lectura del texto. Si se eliminan para corregirlo, quedan 115 letras correctas; la diferencia marca el número que ya apareció como error deliberado y manifiesto tanto en Nazca como en Pohnpei: cuatro. Volviendo a la primera losa, la que presenta la figura indicativa de la realeza en la imagen del pulpo-araña, incluye en su base una cifra en números romanos: LIXLIXL, que permite tres interpretaciones:  $L + IX + L + IX + L = 168$ ;  $LI + X + LI + X + L = 172$ ;  $L + I + X + L + I + X + L = 172$ . La diferencia que aparece vuelve a ser la misma: cuatro. Sin variar de escenario, cabe mencionar que el busto del rey merovingio Dagoberto II esculpido en un fragmento de menhir en Rennes-les-Bains, presentaba antes de su destrucción, en su dorso, el cuadrado esotérico «ROTAS OPERA TENET AREPO SATOR», que anteriormente ya había aparecido en otros enclaves, entre los cuales por ejemplo un muro de las ya mencionadas ruinas de Pompei, junto al Vesubio, en las que también había aparecido el diseño del laberinto de Creta. Otra cruz que en su leyenda «OCRUXAVES/PESUNICA» presenta una flagrante errata, nos remite a su pedestal, que constituye un compendio de conocimientos cosmológicos único, producto del conocimiento esotérico de Hermes. Me refiero a la cruz cíclica de Hendaya, que proclama a gritos las cuatro fases, las cuatro edades, los cuatro mundos, los cuatro elementos. No hay que olvidar tampoco que el tema del arca salpica igualmente a los templarios, y que la cruz de éstos presenta inequívocamente la combinación numérica que nos viene ocupando: la forman ocho puntas, que sin embargo se funden en solamente cuatro brazos. Pero voy a dejar ya de reconstruir esta compleja tela de araña, que si bien puede llegar a hacerse fascinante para los esoteristas, me temo que está aburriendo ya a los laicos. Centrémonos, pues, en nuestra isla de Pohnpei.

## ***LA MAGIA DE LOS CONSTRUCTORES SOLARES***

El significado arcaico original del nombre de la isla, Pohnpei, arranca de la misma narración de la búsqueda, hallazgo y colonización por parte de Lemuetu de aquella roca sagrada perdida en el inmenso mar: «sobre la roca», sería su traducción original. Los transmisores del conocimiento amplían el sentido del nombre Pohnpei en «sobre la roca sagrada», circunstancia que los misioneros aprovecharon para amoldar sus propios intereses al ancestro pohnpeyano, o a la inversa, que tanto da, logrando que muchos de los nativos estén convencidos hoy en día de que Pohnpei significa «sobre el altar». El que en la roca original, o debajo de ella, se oculta un conocimiento que atañe a nuestro origen como raza, es algo que tienen claro tanto Masao Hadley como Pernis Washington. El primero me proporcionaría el significado que los iniciados pohnpeyanos le dan al nombre de su isla: «sobre el secreto». El segundo me confirmaría que Salapwuk no es más que el enclave que hace las veces de tapón a un enigma que se encierra debajo. De ahí mi empeño en recuperar el nombre original de Pohnpei para la isla que actualmente se conoce por Ponape. La interpretación del nombre como «sobre lo que flota», también aplicada por los conocedores, prefiero dejarla simplemente anotada, indicándole a quien le interese profundizar en su significado que cavile sobre lo que allí puede hallarse oculto relejendo el pasaje referido al arca de Noé en los textos apócrifos siriacos recopilados bajo el título de *La caverna de los tesoros*, y cuanto dejé apuntado sobre el origen del altar en mi libro *¿Sacerdotes o cosmonautas?* Ya en este punto, creo necesario repasar sucintamente la serie de nombres posteriores con los que a lo largo de los años se ha venido designando alternativamente a esta singular isla. Partiendo del ya mencionado inicial de Pohnpei, y siguiendo un orden cronológico, hay que recordar que fray Jofre de Loaysa, al avistarla en 1526 le da el nombre de isla de San Bartolomé. Luego, tras el descubrimiento casual de la isla por Pedro Fernández de Quirós, en 1595, ésta sería conocida por la Quirosa. Más adelante, hacia los siglos XVII-XIII, era conocida entre los nativos de las Carolinas por Fanupeí, significando «país de las sagradas colocaciones de las piedras». Cantova, en 1722, la denomina Falupet o Faloupet. Chamisso, en 1819, Fanope y Fanoupet. En el mismo año; Freycinet la llama Fanope. En 1823, Duperrey sigue llamándola también Fanopé, mientras que O'Connell tres años más tarde habla de Bonabee. El capitán Rowe la designa con el nombre de John Bull's Island en 1825. Tres años después, Lütke se refiere a ella con el nombre de Pouynipéte, al tiempo que su compañero von Kittlitz se refiere a Hunnepet y a Fanopet. Ascensión aparece como nombre para la isla con Evans y White, allá por el año 1832, en el que Frazer por su parte habla de William IV Island (isla de Guillermo IV), y Osbourne de Harper's Island. Dos años más tarde, Smith hace referencia a la isla con el nombre de Bonnybay. En el mismo año, Punchard la llama Banebe. Al siguiente, 1835, Ong vuelve a llamarla Ascensio. En 1840, de Rosamel habla de Bonnebey, mientras que Michelena y Rojas en 1841 lo hace de Bonybay.

Bornabi es el nombre que le asigna Cheyne en 1848. El cuaderno de bitácora del SMS *Eugenie* registra en 1853 la designación de Pouynypet, y el del SMS *Novara* Puynipet. El doctor Gulick en 1853 y hasta 1862 se refiere a Ponape, llamándola Ponape el español Cabeza Pereiro, y Ponape los alemanes durante su dominación. Y así quedó hasta hoy. Esto, en cuanto al origen del nombre y de la isla a la cual designa. Prosigamos ahora con su singular historia.

Muchísimo tiempo después de la llegada de la primera canoa con las nueve parejas, una de las cuales se establece en la roca que les indicara el pulpo, hacen su aparición en la isla dos hermanos: Olosipe y Olosaupá. (Y uno recuerda casi sin querer a Castor y Pólux, a Rómulo y Remo, y, más cerca de Pohnpei, en la India, a los asvins que cita el *Yajurveda*, aquellos dos físicos que eran gemelos y servían a los dioses utilizando una máquina voladora). Con Olosipe y Olosaupá comienza el enigma de la ciudad de Nan Matol, hoy en ruinas, la única ciudad antigua cuyas ruinas pueden visitarse hoy en día en el océano Pacífico, edificada sobre más de noventa islotes artificiales. La única explicación que los nativos dan, o el único recuerdo ancestral que ellos conservan, sobre la construcción de dicha ciudad, es el que refiere su origen a la actuación, absolutamente mágica, de estos dos personajes, que en ocasiones aparecen mencionados también por los nombres abreviados de Sipe y Saupa. Nadie sabe de dónde vinieron; únicamente está claro que no habían nacido en la isla, sino que aparecieron de repente un buen día, en Sokehs, al norte de la isla. Hasta su llegada, los nativos de Pohnpei vivieron en una absoluta ignorancia y en el más anodino

primitivismo.

Olosipe y Olosaupa eran constructores, ingenieros, arquitectos extraordinariamente inteligentes y dotados de poderosos recursos mágicos. Esta descripción tradicional de los mismos, unida a su dominio del transporte aéreo y a la ubicación marina de la ciudad que construyeron, estrechamente relacionada con las leyendas que remiten a una ciudad situada debajo de la misma, ya sea bajo tierra o en el fondo marino, vuelve a conectar a Pohnpei con tierras asiáticas —de donde proceden según muchos investigadores sus habitantes— y con América, ya que las artes de ambos hermanos son las mismas que para los katchinas recuerdan los indios hopi, que a su vez afirman proceder de aquí, del océano Pacífico. Así, la epopeya del *Mahábhárata* nos habla con lujo de detalles de los arquitectos que poseían fabulosos recursos para la construcción de aparatos volantes y de ciudades submarinas y subterráneas. También el otro poema indio, el *Ramayana*, refiere la aplicación de extraordinarios recursos tecnológicos en una época en que en modo alguno éstos podían identificarse con los conocimientos humanos. Los más antiguos testimonios literarios indoarios, los vedas, refieren la existencia de una raza que hubo de buscar cobijo y refugio en cuevas submarinas. En cuanto a los indios hopi hoy asentados en el estado americano de Arizona, ya vimos que afirman que en su memoria tribal late el conocimiento de la existencia de unos seres a los que ellos llaman katchinas, que en épocas remotas poseían artefactos voladores y enseñaron diversas habilidades a los humanos, entre las cuales cabe destacar el corte y transporte de enormes bloques de piedra, y en relación con ello, la construcción de túneles y de instalaciones subterráneas. Todo lo cual aplicaron a su vez los hermanos Olosipe y Olosaupa en la olvidada isla de Pohnpei. Pero vayamos ya a conocer lo que éstos fueron a hacer allí.

Olosipe y Olosaupa fueron a la vez sacerdotes e ingenieros. Llegaron a Pohnpei para edificar allí un santuario consagrado a un protector de la tierra y del mar: la anguila, desde entonces el animal totémico por excelencia de Pohnpei; es el que es sagrado para todos y no únicamente venerado por algún grupo particular, como lo son los demás. Voy a extenderme un poco en esta figura de la anguila, por cuanto su adoración y su conexión celeste no es una exclusiva de Pohnpei. En este contexto debe tenerse presente que el pohnpeyano no adora a la anguila misma como animal, sino por lo que este animal representa: en su cuerpo habita el espíritu, la divinidad. La anguila es así un vehículo de la divinidad. En los confines del océano Pacífico, al suroeste de Pohnpei, en el extremo noroeste del continente australiano, la cordillera de Kimberley alberga unas notables pinturas rupestres que se destacan de todas las demás halladas en el quinto continente. Son de figura antropomorfa, de notable tamaño, y presentan unos rostros blancos desprovistos de boca. Sus cabezas están rodeadas por uno o dos semicírculos en forma de herradura, con finas líneas que irradian el círculo exterior. Los nativos llaman a estas figuras wandjina y afirman que son las únicas representaciones rupestres no ejecutadas directamente por sus antepasados. Son, para ellos, representaciones de seres que les inspiran un sentimiento profundamente sagrado. Tanto, que aseguran que estas figuras sin boca fueron trazadas por los propios seres a quienes representan, cuando éstos descendieron a la Tierra. Pues dicen los aborígenes que en los primeros días del mundo, cada wandjina creó la topografía de una zona determinada. Una vez realizada esta tarea, se transformó en una serpiente mítica y se refugió en un charco cercano. Antes de hacerlo, dejó su imagen plasmada en una pintura rupestre en un refugio adyacente y ordenó que antes de que diera comienzo cada estación de los monzones, los aborígenes tenían que renovar dicha pintura. La renovación de la imagen rupestre del wandjina no sólo origina el comienzo de las lluvias monzónicas, tan anheladas tras la larga sequía anual, sino que es el tributo que garantiza el aumento y la prosperidad de víveres, animales y vegetales. El incumplimiento del mandato de renovación acarrea la sequía y, con ella, el hambre. Cuando las pinturas de los refugios rocosos se vuelven borrosas, el wandjina correspondiente desaparece, llevándose consigo la lluvia y la fertilidad, y se le puede ver entonces de noche en forma de luces que se mueven a gran altura. El wandjina es, pues, un personaje divino que trae la prosperidad, sabe transformarse en serpiente y además ascender al cielo para ser visible ahí en forma de luz que se mueve a gran altura. Dios, fructificador, serpiente y cuerpo celeste. Al otro lado del Pacífico, allí adonde arribaron en su éxodo del gran mar los indios hopi, Quetzalcóatl, dios celeste de los toltecas y nahuas (identificado con Gucumatz por los quichés y con Kukulkán por los mayas), creador

de la civilización, quedaba simbolizado por una serpiente con plumas. Era un agente unificador del cosmos. Quetzalcóatl trajo las semillas fructificadoras más ricas, como el maíz. Trajo también la escritura, el calendario, las artes y las leyes morales, y... huyó por los aires, fue por el espacio de un lado a otro, se consumió en las llamas del fuego divino y se convirtió en el planeta Venus. Allí quedó con el nombre náhuatl de «la estrella que echa humo». Dios, fructificador, serpiente y cuerpo celeste. Al igual que lo recuerdan los aborígenes australianos. Volvamos ahora a Pohnpei. ¿Qué es lo que instauran los hermanos Olosipe y Olosaupá?: el culto a la anguila y la divinidad o el espíritu que ésta alberga en su interior. Instauran además la civilización en la isla: hasta su llegada reinaba en sus moradores la más absoluta ignorancia. Ellos construyen además la ciudad de Nan Matol y establecen el régimen de gobierno de los sautelurs para la isla de Pohnpei, como en seguida veremos. Y estos constructores de las islas artificiales de Nan Matol, de acuerdo con los relatos iniciáticos de los aborígenes, que hoy son muy difíciles de arrancarles, pero que eran casi de dominio público aún a principios del siglo pasado —tal y como lo documenta el testimonio del viajero Mr. Ong publicado en el *Hobart Town Courier*, y luego reproducido por el doctor Lhotsky en el *New South Wales literary, political and commercial Advertiser* de Sidney en febrero de 1835—, estos constructores de Nan Matol, repito, viven hoy en el cielo. Se reproducen pues las constantes de Australia y de Mesoamérica: función divina, instauración de una primera civilización u ordenamiento, regreso y permanencia en las alturas. Todo ello unido, en Australia y en América, a la figura de la serpiente, que pasa a ser adorada. ¿Y por qué en Pohnpei no aparece la figura de la serpiente, cobrando todo su vigor, en su lugar, la de la anguila? Aparentemente, esto desconecta el recuerdo ancestralmente transmitido de la isla, de los de América. Pero no es así: la anguila es el único animal que el nativo pohnpeyano puede asimilar a la imagen de una serpiente. Por la sencilla razón de que en Pohnpei —al igual que en Ibiza en el Mediterráneo— no existen serpientes. Tan sagrada es la imagen de la anguila para el nativo, que ninguno de ellos consciente de su tradición osará jamás servirse de su carne como alimento. La imagen de la anguila (= serpiente) está directamente relacionada en la memoria de los nativos con la aparición del arte de la medicina y con el arte de resucitar muertos, arte inicialmente participado a los humanos, para luego volverles a cegar este conocimiento por —posiblemente— haber hecho mal uso del mismo. En seguida transcribiré la narración simbólica correspondiente, pero antes quiero hacer notar que exactamente lo mismo y con idéntico simbolismo nos transmite la mitología griega. Así, el joven Asclepio —el Esculapio de los latinos— fue iniciado allí en el arte de la medicina, en cuya disciplina adquirió una gran habilidad, hasta el punto de llegar a resucitar a los muertos. Efectivamente, había recibido de Atenea la sangre vertida de las venas de la Gorgona —ser marino que era al mismo tiempo capaz de volar, y cuya cabeza estaba rodeada de serpientes—; mientras que las del lado izquierdo habían vertido un veneno violento, la sangre del lado derecho era salúfera, y Asclepio sabía utilizarla para devolver la vida a los muertos. El número de personas que resucitó de este modo era considerable. De tal forma que Zeus, ante estas resurrecciones, temiendo que Asclepio desbaratase el orden del mundo, lo mató de un rayo. Después de su muerte, Asclepio ascendió al cielo, en donde quedó transformado en la constelación del Serpentario, que divide en dos partes —Caput y Cauda (cabeza y cola)— a la otra constelación vinculada a dicha divinidad, o sea la de la Serpiente. Testimonios tardíos presentan además a Asclepio como a uno de los participantes en la expedición de los Argonautas, cuyas relaciones con la isla objeto de este libro ya pudimos insinuar. Por ende, los atributos ordinarios de Asclepio eran serpientes enrolladas en un bastón, imagen actualmente universalizada como símbolo del arte de la medicina.

Pues bien, la imagen del joven Asclepio que adquiere los conocimientos de la medicina mágica que permite resucitar muertos, su posterior muerte con lo cual el ser humano vuelve a perder estos conocimientos que acababa de obtener, y la relación estrecha de todo ello con la imagen de la serpiente (anguila), aflora de forma asombrosamente similar en esta narración tradicional pohnpeyana:

«Antaño vivieron en la jungla de Alauso cinco hombres; Salieron a pescar y capturaron una anguila gigantesca, una sinesináua. El más joven de ellos les aconsejó que tiraran a la anguila y la devolvieran al mar, puesto que se trataba de un espíritu. Pero los otros no le quisieron hacer caso, ya que deseaban comer a la anguila. La llevaron a tierra, la cocieron y cortaron en pedazos, después de lo cual la colgaron de un

árbol. Luego le dieron al más joven el encargo de vigilarla. El joven se llamaba Tipseri; los mayores abandonaron el lugar para preparar la comida. Mientras estuvieron ausentes, el joven vigilaba a la anguila. Apareció entonces la abuela de la misma, que se dispuso a entonar un canto; y preguntó si la había devorado un tiburón, o si la había alejado la tormenta. Le contestó la cabeza de la anguila que la habían matado los jóvenes. La abuela quiso por ello devorar al muchacho; pero la cabeza de la anguila dijo: "No le mates, ya que él les aconsejó a sus hermanos que no me mataran, ya que yo era un espíritu; pero ellos no quisieron obedecerle". Tomó entonces la abuela los pedazos de la anguila, los recompuso, vertió sobre ellos una medicina y volvió a curarla. Después de lo cual la anguila le pidió a la abuela que le dejara un poco de la medicina al muchacho. Hecho lo cual ambos abandonaron el lugar. Así, cuando regresaron los demás jóvenes, ya no hallaron a la anguila. Increparon por ello al más joven. Pero éste, rebosante de alegría, les mostró la forma en que la mujer había procedido con la anguila, y les dijo que uno de ellos se tumbara, para que él pudiera descuartizarlo. Luego volvió a recomponerlo y vertió sobre él la medicina. Así volvió a sanar el descuartizado. Los demás quisieron aprender igualmente este arte. Le cortaron en trozos, para luego recomponerlo. Pero no volvió a levantarse; ya que ellos desconocían la medicina. Y así hasta hoy no conocemos esta medicina, ya que se habían olvidado de preguntarle por ella al muchacho; así lo mataron».

Diversas tribus siguen convencidas hoy en día en Pohnpei que su origen familiar se remonta a los hijos humanos que tuvo allí una anguila nacida en el cielo. Éste es por ejemplo el origen familiar tradicional de la tribu Lazialap. Pero otros recuerdos de la tradición isleña refieren la creencia de que hubo en un pasado remoto hombres que bajaban del cielo. Así, por ejemplo, la escena transcrita por fray Bartolomé de las Casas del *Diario de a bordo* de Colón fechada el domingo 14 de octubre de 1492, inmediatamente después de su primer arribo a las costas americanas, en que refiere que «otros, cuando veían que yo curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían, y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo; y vino uno viejo en el batel dentro, y otros a voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: venid a ver a los hombres que vinieron del cielo: traedles de comer y de beber», y aquella otra del martes 6 de noviembre en que «todos así hombres como mujeres los venían a ver, y aposentáronlos en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo, y así lo daban a entender», se repite igual en el momento en que arriba a las costas pohnpeyanas la que fuera probablemente fragata *Santa Catalina*, a finales de 1595 o principios del 96, cuyos tripulantes, que fondearon la nave de acuerdo con la narración transmitida de generación en generación por los nativos, en Nahlap junto a la entrada del puerto de Roí en Kiti, fueron también recibidos en los primeros momentos como dioses y no como humanos.

No en vano los Montsap, el grupo de nativos integrado por los jefes y sus consanguíneos, se consideran originariamente hijos del cielo y los jefes en concreto establecen una relación entre ellos y el Sol y la Luna. Vimos ya anteriormente también que el Montsap era el grado máximo en la hermandad secreta de los tsamoro. Y no en vano numerosos relatos transmitidos desde la más remota antigüedad y vivos aún hoy en día en la memoria popular de los nativos de la isla refieren la intervención de hombres bajados de las alturas y provistos de asombrosos recursos, en la vida de los phonpeyanos. Así nos lo atestigua por ejemplo la siguiente narración:

«En tiempos antiguos había un grupo de gentes que construían una canoa en un lugar llamado Eireka, en el reino de Net. Vaciaron la canoa. El árbol era muy alto y poseía una madera terriblemente dura. Y todas las hachas de concha que pudieron habilitarse de los arrecifes que rodean Pohnpei fueron empleadas en su tala. Mas el tronco se resistía a ser abatido; así decidieron hacerse con un hacha de concha del arrecife de Kiti, la Ki en takopuel; ésta fue lo suficientemente potente y logró hacer caer al árbol. Pero incluso una vez talado, su trabajo no había concluido aún. Faltaba todavía cortar la copa y la raíz. Cierta día descendieron del cielo hombres equipados con poderes maravillosos. Se apoderaron de la canoa y se la llevaron al cielo. Allí terminaron de construirla. Transcurrió mucho tiempo, hasta que un buen día Luk, que gobierna a mucha gente, quiso pasearse con éstos en la canoa y abandonó el cielo. Así bajaron a tierra seis de los habitantes del cielo. Se aproximaron a poca distancia de los hombres. Éstos se sorprendieron, ya que la canoa estaba suspendida en el aire y no tocaba el agua». (Símil: «Y el arca voló por encima del agua»,



rezan los textos siríacos apócrifos que hablan del arca de Noé en los textos recopilados en *La caverna de los tesoros*). «No hablaron entre ellos una sola palabra ni subieron a bordo de la canoa. Raptaron a una mujer en Matolenim, la Limeitin Pelakap. Luego cogieron a un hombre llamado Saumanai. Así pues habían raptado a dos personas. Luego los llevaron a ambos al cielo. Los hombres terrestres no lograron ver a nadie, tampoco a la canoa ni nada. Ambas personas terrestres permanecieron así lejos de la Tierra. En tiempos antiguos algunas personas oraron a Luk, otras a Nan Tsapue, puesto que había muchos Luks. Pero el espíritu que salió con la caona del cielo se llamaba Luk en lan. Éste, en tiempos antiguos estaba dotado de las fuerzas más maravillosas; otro era Luk Nan Tsapue, y otro más se llamaba Luk Olopat. Y así eran estos espíritus: Luk en lan era inteligente, listo y dotado de grandes poderes maravillosos, más que Luk Nan Tsapue y Luk Olopat. La gente oraba siempre a Luk en lan, y no permanecían mucho tiempo en la Tierra, ya que Luk los reclamaba. En cuerpos transfigurados, radiantes, ascendieron hacia las alturas; eran muy apreciados, amables y simpáticos, y dotados igualmente de poderes maravillosos. Siempre fueron en todo momento buenos con los hombres terrestres». Esta descripción se acerca tremendamente a la que de los katchinas hacen todavía hoy en día los indios hopi norteamericanos, que —recuerdo una vez más— afirman proceder originalmente de tierras situadas en áreas del actual océano Pacífico.

Otra narración refiere la llegada y actuación de Isobau, un ser que se difumina en la imagen de un espíritu, constante ésta que se repite a lo largo de la historia de la isla con referencia a las divinidades y a los héroes de los primeros días, así como de los integrantes del pueblo pequeño, de los que aquí llamaríamos gnomos, pero que en seguida veremos conforman un tipo de ser absolutamente aceptado como convecino por la comunidad humana pohnpeyana. Vayamos a la historia de Isobau y de sus descendientes pohnpeyanos:

«Isobau es un ser que descendió del cielo y se trasladó a Pohnpei. Realizó muchas cosas maravillosas. También se fabricó una mujer. Hizo que ésta viviera en Palikir y pariera hijos allí. Y cuando éstos se hubieron multiplicado generosamente, hizo de ellos una gran tribu, a la que dio el nombre de Tip en uai (= clan de los extranjeros). Esta tribu se multiplicó ampliamente; la asentada en Palikir se llama Marekerek; Isobau la protege permanentemente y le ayuda. Le dio también el nombre de Inaiso, y sus miembros son los más respetados entre las familias Tip en uai. Nadie vio el lugar en el que mora Isobau; pero hemos oído que vive en el Tol en Palikir, y que su morada se llama Im ualapalap. Está severamente prohibido que los miembros de los Tip en uai se acerquen a ella. Aquel de nosotros que se dirija allí, debe morir. Isobau realizó muchas cosas maravillosas; hizo cosas buenas y otras malas. En su deambuleo raptó y mató a mucha gente. Eligió igualmente personas en las que se introdujo ocasionalmente, y que fueron llamadas Tenuar; cuando celebramos una fiesta preparamos una estera, llamada mol. El Tenuar se introduce en ella. Luego Isobau penetra en él. Entonces le debemos ofrecer un cazo de sakau, después de lo cual nos habla y nos dice lo que debemos hacer. Y si alguien no lo hace, si alguien no le consulta, debe morir. Así, pues, honramos extraordinariamente a Isobau, ya que él creó las ramas familiares de la tribu de Tip en uai en Pohnpei».

Merece la pena que nos detengamos brevemente en esta narración, que ofrece interesantes puntos para el comentario. Por una parte, el Tenuar se nos aparece como un símil del oráculo, a través del cual se manifiesta el ente —por llamarle de alguna manera— Isobau. Gracias a un proceso de entrada en trance desencadenado por la ingestión del sakau —ritual popular pohnpeyano que comentaré detenidamente al hablar de Salapwuk—, se produce una situación de mediumnidad durante la cual Isobau es consultado por los asistentes a través del médium Tenuar. Por otra parte, la morada de Isobau, Im ualapalap, en el Tol en Palikir, es una gran gruta cuya boca es una grieta o fisura en la roca basáltica. Esta circunstancia, así como la de que Isobau se transforma en espíritu que puede penetrar en el cuerpo de los humanos y tomar posesión de éste (lo cual —y es simplemente una hipótesis de trabajo— puede querer decir que posee unas facultades paranormales que le permiten adueñarse de la voluntad de las personas), nos remite directamente a otros personajes vivos en la mente de los nativos de esta extraordinaria isla. Y quiero aprovechar para subrayar que no estoy pretendiendo en ningún momento una especulación fantasiosa ni un montaje fantástico en la mente del lector, sino dejar únicamente constancia en este libro, para preservar su caída en el olvido, de los

conocimientos transmitidos de generación en generación por los habitantes de Pohnpei. Y si lo que sigue suena inevitablemente a cuento de hadas, debo atestiguar que constituye un aspecto de absoluta seriedad para los transmisores del saber en la isla, y que una vez más prefiero correr el riesgo de la carcajada del lector cuadrulado, a omitir en beneficio de la imagen propia un aspecto inherente a la cultura del enclave que nos ocupa. Puntualizo, sin embargo, que no estoy interpretando nada en este pasaje, sino que expongo sin más lo que allí se cuenta. Vamos a hablar de gente pequeñita, menuda, gnomos, cuyas apariciones se confunden en estos momentos en un abanico de manifestaciones que van desde el símil del pigmeo hasta el ente o energía incorporeal que se introduce en los humanos para tomar posesión de su cuerpo e incluso inocularles enfermedades, pasando por la imagen típica del gnomo en los cuentos de hadas y menos cuentos de hadas europeos. Ya el padre Cantero, en nuestra primera charla, me habló de la existencia de gente menuda —el pueblo pequeño— en los montes del interior de la isla, y que éstos constituían la primera y original raza autóctona de la isla. Los isleños los llaman Sokolai. Más tarde Masao, en aquel inolvidable encuentro, y al preguntarle acerca de tradiciones referidas a gente menuda tras haber hablado él de la existencia pretérita de gigantes en la isla, me confirmaría la existencia de gnomos visibles y tangibles —extremo que también Pensile corroboraría añadiendo que antiguamente los pohnpeyanos se comunicaban (hablaban) con ellos—, pero con un elemento nuevo que nos dejó perplejos a Miquel y a mí: al comentarle yo a Masao que lógicamente esos seres pequeños los conocían ellos únicamente a través de narraciones transmitidas desde antiguo por parte de sus mayores, mi interlocutor avivó su semblante sin perder por ello su mayestática serenidad: «No, no..., el otro día, hará menos de dos semanas, estuvieron a punto de capturar uno, pero logró escapar», y no vaciló en señalar con el dedo en dirección al lugar de la espesura en el que el minúsculo ser se mostró a los nativos. Al preguntarle por su estatura, nos la señala entre la hierba baja: aproximadamente un palmo de altura. Y amplía detalles: nadie sabe de dónde vinieron, habitan primordialmente en tres puntos de la isla, uno de los cuales en Kiti, son de piel verde —si bien otros presentan un pigmento pardo—, y se esconden en grietas en el suelo. En ocasiones, los nativos han percibido sonidos de música procedentes del interior de las cuevas que habitan. Sé perfectamente que todo esto suena a historia fantástica. Pero lo aporto como documento precisamente porque en tierras distantes se repite el testimonio.

Así, William of Newbury refleja en su cuidadoso registro de hechos contemporáneos titulado *Historia Rerum Anglicarum* en el capítulo XXVII, bajo el encabezamiento de *De Viridibus Pueris* (De los niños verdes), que durante el reinado de Esteban de Inglaterra (1135-1154) aparecieron cerca del monasterio de Edmundo, en la parte oriental de Inglaterra, dos niños de piel verde que repentinamente surgieron de una hendidura en la tierra. En el interior de esta grieta se escuchaba una agradable música de campanas. Por su parte, el monje Giraldus Cambrensis (1147-1223), relata en su obra *Itinerarium Cambrie* y en su capítulo *Elidoro y las hadas*, que el presbítero Elidoro afirmaba que cuando contaba doce años de edad, para evitar la disciplina y los frecuentes castigos que le infligía su preceptor, huyó y fue a esconderse en una hondonada de la ribera del río. Tras ayunar en esta situación por espacio de dos días, se le aparecieron dos hombrecillos de estatura pequeñísima, los cuales le invitaron a acompañarles a través de un sendero subterráneo a su país. Mi buen amigo el ex sacerdote jesuita Salvador Freixedo tiene recogidas personalmente apariciones y actuaciones actuales de estos minúsculos seres en el área mesoamericana. También Alvar Núñez Cabeza de Vaca, quien tomó parte en la terrible y desdichada expedición que en el año 1527 emprendiera Narváez a la Florida, y que fuera el primer blanco que recorriera el sur de los actuales Estados Unidos, refiere en el capítulo XXII de sus *Naufragios* la historia que contaban los nativos de que unos quince años antes de su llegada anduvo por aquella tierra un hombre que ellos llamaban Mala Cosa, que era pequeño de cuerpo y obraba cosas milagrosas, y que, preguntado acerca de su procedencia y parte en que tenía su casa, les mostró una hendidura de la tierra y dijo que su morada era allá abajo. Mucho más recientemente, durante mi última visita a Melilla, en 1982, tuve ocasión de dedicar largas horas a la recopilación de fenómenos inusuales acontecidos en aquellos parajes. Un nativo me narró lo acontecido años atrás a un miembro de su familia. Circulando por la carretera, había atropellado a una serpiente, sin darle mayor importancia. Mientras la familia estaba cenando, llamaron desde la puerta al que había conducido el automóvil. Éste salió y no volvió a reaparecer. Cuando regresó a casa al cabo de una semana,

visiblemente descompuesto, explicó la extraña historia de que aquella noche dos personajes le habían obligado a acompañarle a un lugar situado debajo de tierra. Allí el pueblo de abajo le hizo un juicio por haber atropellado a la serpiente. Solamente logró recuperar la libertad después de una prolongada explicación en que les hizo entender a sus subterráneos raptos que el atropello fue involuntario, que no se debió a un deseo de matar a la serpiente, y que entre la gente que vivía en la superficie de la Tierra la serpiente es un animal nocivo cuya mordedura puede llegar a tener efectos mortales, por cuyo motivo era lícito, entre los suyos, darle muerte, sin que esto fuera considerado un acto antinatural.

Pero regresemos a Pohnpei, en donde los hombrecitos pequeños son un fenómeno familiar, en el que se confunde el concepto de espíritu con el de fantasma, aparición, genio, ser —en definitiva— parecido al humano pero que no pertenece a nuestra raza. Así lo cuenta otra narración:

«Hubo en tiempos antiguos otro tipo de seres en Pohnpei, llamados sokolai. Eran pequeños como bebés; jamás crecían. Les gustaba oír caer la lluvia, cosa que los ponía contentos y los animaba a ponerse a jugar en la espesura. Y cuando alguien se les acercaba, volaban hacia él, penetraban en su piel y lo mataban». Tiernas criaturas. Al respecto de las cuales, F. W. Christian recogió a fines del siglo pasado la opinión de los nativos de que el arco y la flecha —que hacía tiempo habían caído en desuso en la isla— habían constituido el arma empleada por los habitantes primitivos de Pohnpei, los sokolai.

Y Paul Hambruch anotó en 1910 el siguiente relato tradicional sobre ellos:

«Así tuvieron su inicio los sokolai en Pohnpei: en tiempos muy antiguos nadie los había visto. Pero oímos decir que los sokolai habían llegado de fuera y que se habían asentado en el reino de Kiti. Después de su llegada vivieron en Uona en la aldea de Rehntu. Allí están sus lugares sagrados que llamamos Pankatera. Éste era su aspecto: eran como hombres, pero eran muchísimo más pequeños y cortos. Sus piernas estaban completamente tatuadas, tenían voces bonitas y chillaban alegremente. Cuando su número aumentó considerablemente, colonizaron Rehntu, Olopel y Nateuta. Éstos son los lugares en los que siempre celebraban sus fiestas. Y aún había otro lugar pequeño cerca de Olopel, llamado Panupots. Siempre vivían bajo tierra. Cuando alguien pasaba por encima de sus lugares, oía bajo tierra el repiqueteo de sus tambores. Mas cierto día los sokolai que vivían en Olopel celebraron una fiesta, para la cual le robaron sus ñames al Sau Kisa. Éste se encolerizó con ellos y los apedreó. Por ello les entró pánico a todos los sokolai y emigraron de aquel lugar. Huyeron de noche y llegaron a Pan Ais, en Uona. Algunos más se establecieron en Puesia, y la mayoría continuaron hasta llegar a Awak. Todos ellos se sentaron siempre en las galerías de las casas de reuniones, dándoles la espalda a la pared del rey, no siendo molestados por nadie. Y cuando se multiplicaron, poblaron toda Pohnpei. También en Uona aumentó considerablemente su número. Cuando se tropiezan con seres humanos, penetran en ellos y los matan. Y hasta el día de hoy siguen merodeando por la región de Pilap. Pero cuando llueve, se esconden bajo tierra. Cuando toman posesión de una persona, otros deben conjurarla y administrarle una medicina para que vuelvan a abandonarla y pueda sanar».

Finalmente, hay que anotar que Pohnpei dispone de un cementerio de estos sokolai, lamentablemente derruido hoy en día, y que sin embargo pudieron visitar aún en su momento tanto Christian como Hambruch. Se halla en Pohn ial, no lejos de Nan Tamuroi. Un rectángulo de 35 × 30 metros, rodeado por un muro de columnas de basalto de 1'20 a 1½ m de altura, al que se puede acceder por su flanco occidental, alberga en su interior tres plataformas que contienen las pequeñas tumbas de piedra de 1 metro (la más larga, de 1'30 m). Originalmente estaban cubiertas con columnas de basalto, que Christian apartó para remover las tumbas sin hallar nada en ellas.

Yo no añado nada. Solamente dejo anotado lo esencial, con referencia a los sokolai, que se recuerda en Pohnpei. Es material que hay que desbrozar, evidentemente; labor harto difícil a estas alturas.

Habíamos llegado hasta estos mortíferos gnomos hablando de los seres que, en un pasado remoto, descendían hasta Pohnpei precedentes de las alturas celestiales. Regresemos pues a ellos, antes de volver a enlazar con la historia de los mágicos hermanos constructores (¡qué definición tan masónica!, ¿no?) Olosipe

y Olosaupa.

Habíamos visto ya cómo Luk bajó cierto día del cielo acompañado de seres volantes, para robarles a los humanos una canoa y secuestrar además a dos personas para llevárselas consigo a las alturas. Veamos, pues, otro caso de raptos de humanos por parte de la raza voladora, incluyendo nuevamente la apropiación por parte de éstos de una canoa que acababan de estrenar los entonces habitantes de la isla:

«Había una vez dos hombres, que vivían en Tapan en Matolenim. Cierta día se propusieron construir una canoa. Pusieron manos a la obra y la construyeron de piedra. Cuando por fin estuvo terminada se hicieron a la mar y bordearon con ella la isla. Uno de los hombres se llamaba Nan matau en Mor y el otro Lap en Mor. Mientras ambos navegaban en su canoa, la gente del cielo los observaba y deseaban poseer la canoa para ellos. Y dado que la gente del cielo era muy numerosa, les quitaron la canoa a los dos constructores y se la llevaron al cielo. Los hombres de la Tierra ya no volvieron a ver a la canoa, puesto que los del cielo se la quedaron. La raza de los hombres era en aquella época distinta, estaban más dotados, ya que eran capaces de transformar la piedra y de efectuar trabajos muy difíciles en la misma, pero esta gente habilidosa ya no existe hoy en Pohnpei. Hoy ya no son como la gente de antes, son distintos, ya que aquéllos poseían poderes mágicos y eran fuertes». Debo una vez más llamar la atención del lector sobre la circunstancia de que exactamente esto —la manipulación fantástica de enormes bloques de piedra— es una de las habilidades que los indios hopi, que afirman proceder de aquí, del Pacífico, dicen que los katchinas (seres que dominaban el secreto del vuelo) les enseñaron a los humanos. Y ahora otro tipo de seres voladores, éstos afincados en la Tierra, y comparables lejanamente con la imagen del mono *Hanumat* descrito en el *Ramayana* hindú:

«Hubo en tiempos antiguos en Pohnpei un tipo de seres que se llamaban Lipeponuel. Tenían sus moradas en las elevadas montañas, en lugares abruptos e idóneos para ellos para poder dominar el mar y también para poder alzar el vuelo desde allí. Sus moradas eran muy profundas y oscuras, y los hombres no se atrevían a entrar en ellas. Nuestros antepasados contaban que los Lipeponuel tenían el aspecto de seres humanos, pero que su piel estaba cubierta de plumas, y que poseían una cola. Eran muy grandes. No tenían alas, pero sí poseían un poder mágico que les permitía volar. Al volar, tenían el aspecto de un rayo, surgiendo llamaradas de su boca y de su ano. Producían diversos ruidos y sonidos, pero cuando atacaban al hombre para matarlo, hablaban como el hombre».

Mucho más interesante es desde luego la narración —transmitida de generación en generación— del nacimiento del semidiós Luk, producto del cruce de razas (padre no humano con madre humana, de cuyo fenómeno aportó suficiente documentación en el libro *Las nubes del engaño*), y que ofrece detalles que merecen un comentario final:

«Hubo una vez un hombre que llegó del occidente y se llamaba Kanekin Zapatan. Junto con él vino mucha gente que sabían volar. Resulta que allí vivía un jefe que dominaba un territorio que estaba situado en las montañas en los alrededores de Kiti. El lugar se llamaba Meir, y el jefe Kerou'n Meir. Al arribar volando Kanekin Zapatan con su gente, éstos le robaron al jefe sus pertenencias y sobre todo sus muchos plátanos. Cuando llegó el jefe y lo vio, le preguntó a su gente y a su mujer: "¿Por qué estarán comiendo mis muchos plátanos?" Cierta día, el jefe acordó con sus hombres, que eran muy numerosos, que se dispondrían a vigilar quién consumía permanentemente los muchos plátanos. Y cuando volvió a aparecer volando Kanekin Zapatan con su gente y se abalanzaron sobre los plátanos, los hombres del jefe capturaron a Kanekin Zapatan. Luego lo llevaron a la casa. Allí le despojaron de las alas y del cabello. Ahora ya no era capaz de volar y tuvo que quedarse en aquel lugar. El jefe le dio a su hija por mujer. Ésta quedó embarazada poco antes de celebrarse una fiesta sagrada. Por motivo de la cual su gente, que también era numerosa, buscó a Kanekin Zapatan. Escucharon en todas las casas, hasta que percibieron su voz en la del jefe. Entonces se le acercaron, y susurrando le explicaron a su señor que estaba a punto de celebrarse la sagrada fiesta en el cielo. A lo que Kanekin Zapatan les contestó: "¿Qué puedo hacer, ahora que ya no puedo salir, ya que no tengo mis alas ni mi cabello? Id pues y traedme mi cabello y mis alas". Entonces se fueron a casa

y regresaron aún el mismo día. Aparecieron volando y se posaron en una montaña cerca de Meir. Desde allí lo llamaron. Cuando los oyó, salió rápidamente y corrió hacia ellos. Su mujer salió igualmente para seguirle, mas él le dijo que regresaría. La mujer sin embargo comenzó a llorar y quiso quedarse junto a él. Entonces llevó a la mujer consigo, y ambos llegaron a la montaña para reunirse con sus seguidores. Allí le dieron una medicina, y recuperó su cabello y sus alas. Metió a la mujer en el cabello y alrededor de él ajustó el nudo. Después todos juntos volaron hacia un lugar más alto. Allí observaron que la mujer estaba a punto de dar a luz, y así el hombre descendió sobre Anipein, en donde halló a dos mujeres que allí vivían. La mujer dio a luz y tuvo un niño. El hombre le dio el nombre de Luk. Y les dio a las dos mujeres el encargo de criar y educar al niño, ya que ellos dos proseguirían viaje. Se trasladaron al cielo. Las dos mujeres se llevaron al niño consigo y se fueron a Matolenim, en donde lo criaron. El niño poseía grandes artes mágicas; realizó numerosos actos maravillosos para Sau Telur. Pero a las dos mujeres no les gustaba que realizase pruebas mágicas, ya que éstas les daban miedo. Por ello el niño se encolerizó con las dos mujeres. Y un buen día avivó el fuego considerablemente, de forma que se produjo una densa columna de humo, después de lo cual tomó su tambor, se sentó encima de él y saltó en medio del humo, marchó volando y llegó a un lugar llamado Nilanpa. Allí halló a toda la gente reunida celebrando una gran fiesta. Y cuando el muchacho se dirigió a la multitud, les habló, tomó su tambor y se puso a redoblarlo acompañando a los cantos, de modo que todos acabaron escuchando el tambor. Y tembló el lugar y todos los sepulcros y quienes estaban enterrados en ellos. Se trasladó también al lugar que pertenecía a su padre y a su madre; se quedó en el lugar llamado Nalanpaune. Y cuando apareció junto a su madre, ésta no se fijó en él, ya que no sabía que su hijo ya había crecido tanto. El niño le preguntó a su madre: "¿Dónde está tu marido?" La mujer contestó: "No está aquí". Entonces el muchacho le ordenó que marchara y le dijera a su marido que acudiera. La mujer marchó y le dijo a su marido que acudiera para ver a un muchacho que se le había presentado, pero al que no conocía. Hombre y mujer regresaron pues juntos. Al llegar no se inmutaron, ya que no reconocieron al muchacho. Entonces éste se dirigió a ambos: "¿Por qué no decís nada?" A lo que ellos contestaron: "Señor, no os conocemos". El muchacho les dijo pues: "¿Cómo es que no me reconocéis? Si soy vuestro hijo; vosotros me engendrasteis en la Tierra". Ambos se sorprendieron mucho y abrazaron al muchacho. Luego lloraron por haber estado tanto tiempo separados. Se quedó durante mucho tiempo con ellos y luego regresó a la Tierra y se estableció en un lugar llamado Tsakirenlan, junto a la costa. Sabía caminar sobre el mar y subió a tierra en una isla llamada Ros. Se dirigió entonces al Kerou'n Meir y su mujer, se quedó durante mucho tiempo con ellos y pensó igualmente ir a visitar a las dos mujeres que le habían criado desde pequeño. Para ello se desplazó a Matolenim, pero ambas habían muerto ya. Buscó sus huesos y los reunió. Luego los enterró y volvió a ascender al cielo y no permaneció ya más en la Tierra. Este hombre se llamaba Luk. En todo tiempo los pohnpeyanos lo apreciaron mucho, ya que desde pequeño hasta que fue adulto realizó muchos actos milagrosos». El primer comentario que esta narración merece es el relativo al detalle de que Kanekin Zapatan era incapaz de volar sin sus alas ni —curioso detalle— su cabello. Leyendo el texto atentamente, se observa que las alas simbolizan un aparato de vuelo autónomo (individual: sus compañeros le van a buscar uno para él) y que el cabello es el único símil que los observadores isleños hallaron para lo que parece ser algún tipo de escafandra. Ya que una vez que Kanekin Zapatan se pone sus cabellos y dispone de su aparato volante, puede elevarse en el aire. La narración dice literamente: «Metió a la mujer en el cabello y alrededor de él ajustó el nudo» —lo cual es una descripción suficientemente gráfica. Luego, cuando Luk provoca una fuerte humareda para ascender en la misma sobre su tambor hacia las alturas, pasaje confirmado en otra narración pohnpeyana (la narración de Nan ongelap, la mujer en el cielo) en que se dice que «encendieron un gran fuego, y cuando el humo ascendió hacia el cielo saltaron en medio de él con sus hijos, y el humo volvió a subirlos hacia el cielo», uno no puede dejar de pensar en Centroamérica —enclave que repetidamente ha saltado a estas páginas relacionado con nuestra isla—. Quetzalcóatl (Gucumatz, Kukulcán), después de concluida su labor educativa en la Tierra, huyó por los aires, fue por el espacio de un lado a otro, se consumió en las llamas del «fuego divino» y se convirtió en el planeta Venus. Allí quedó con el nombre náhuatl de «la estrella que echa humo». Ruego al lector que asocie estas imágenes con las de cualquier lanzamiento tripulado por astronautas en nuestros días, explicado por un primitivo que no tenga nociones —ni la más remota— de la moderna tecnología. También en el ya citado poema indio del *Ramayana* aparecen imágenes parecidas. El detalle adicional de que a los hombres

volantes les urge partir, por lo cual en un solo día regresan con los elementos de vuelo autónomo precisos para la huida de Kanekin Zapatan, parece convertir la fiesta celeste de que hablan en un alejamiento del lugar de una supuesta nave-madre a la que deben regresar de inmediato porque está próximo el momento de su partida de la isla. Una situación lejanamente parecida a aquella en que los emisarios voladores urgen en los textos bíblicos a Lot y su familia para que abandonen su hogar ante la inminente e inaplazable destrucción de Sodoma y Gomorra. En cuanto a la figura del tambor que asciende entre humo al cielo, vuelvo a remitir al lector a mi razonamiento sobre el origen del altar, expuesto en el libro *¿Sacerdotes o cosmonautas?* Finalmente, es notable constatar que también Luk «sabía caminar sobre el mar». Hay milagros que se repiten sospechosamente.

Zapatan nos remite al conocimiento de aparatos que, en un pasado remoto, servían para volar. Otro curioso invento lo constituyen los sacos voladores que aparecen en algún otro relato de tiempos pretéritos. Así, por ejemplo, en la narración de Sau en Pok y Lap in Telur, dos personajes que un buen día deciden salir a pescar. Al encontrar la marea baja, deben esperar a que el agua vuelva a subir. Lap in Telur decide estirarse sobre la canoa para dormir. Mientras dormía, Sau en Pok le quita los remos y los palos, dándole un empujón con el pie a la canoa para que ésta se deslice hacia alta mar. Al despertar, Lap in Telur se halla a la deriva sin poder regresar a tierra. Decide volver a estirarse. Mientras así estaba, llega un gran pájaro que agarra a la canoa en su pico y se la lleva volando hacia una isla lejana, en donde la deposita en la copa de un árbol. Al clarear el día Lap in Telur desciende del árbol y halla a una mujer que le invita a su casa, en la que vivía mucha gente. Lap in Telur se queda a vivir con ellos. Cierta día la mujer con toda su descendencia se marcha al arrecife para pescar. Se quedan solos Lap in Telur con el hijo menor de la mujer. Y aquí la narración adquiere interés: «El muchacho le propuso a Lap in Telur que fueran a ver sus sacos voladores, que se encontraban todos en casa. Ambos se dirigieron a la casa. Lap in Telur le pidió al chico que descolgara uno de los sacos voladores. El muchacho bajó uno y salió volando con él. Lap in Telur aprovecho el momento para partir rápidamente todos los demás sacos en dos. Cuando el muchacho regresó se posó en el suelo. Lap in Telur se introdujo entonces en el saco y levantó el vuelo en él. El muchacho advirtió que se iba alejando considerablemente. Cogió rápidamente otro saco volador, se introdujo en él y se propuso salir en persecución de Lap in Telur. Pero el muchacho fue incapaz de levantar el vuelo, ya que todos los sacos voladores estaban partidos. De esta forma, Lap in Telur pudo regresar a Pohnpei». Otra versión de esta narración habla de un previo duelo aéreo entre el evadido, que aquí es Naniken (rey) y el muchacho, y señala el lugar en el que abandonó su saco volador en Pohnpei: «Naniken rompió algunos de los sacos voladores mientras el muchacho estaba durmiendo. Luego se introdujo en uno y salió volando. El chico despertó y se introdujo a su vez en otro de los sacos voladores. Pero cayó a través del mismo. Entonces miró a su alrededor y vio un saco volador viejo. Se introdujo en él y dijo: "Vuela rápido, mi saco volador, y no vuelvas a regresar". Voló así hasta alcanzar a Naniken; ascendió y descendió en el aire con el propósito de destrozar el vehículo volante de Naniken; pero éste también ascendía y descendía en el aire intentando destruir el vehículo del muchacho. Éste cayó de su saco y, una vez en tierra, alzó los ojos hacia lo alto, viendo cómo se alejaba Naniken en su saco volador. Naniken regresó así a Pohnpei. Aterrizó en Telur. Se apeó de su saco volador y lo escondió debajo de una roca. Luego se dirigió a los suyos».

Inventó estos sacos voladores un hombre cuyo recuerdo, así como el de su artilugio, quedó fijado en la memoria de los nativos en esta interesante narración, por cuanto en ella se refleja efectivamente el intento rudimentario de fabricación de algo parecido a una avioneta:

«La historia de los sacos voladores comienza con Sau Etiets, que vivía en un lugar junto al mar conocido por Etiets. Se trataba de un hombre muy inteligente que dominaba ampliamente el arte de la navegación a vela. Este hombre se casó con una mujer cuyo nombre era Katin Etiets. Era una mujer hermosa, con una cara muy bonita. Cierta día en que Sau Etiets salió al mar a pescar, le acompañó su mujer. Cuando ambos hubieron llegado al mar, Sau Etiets echó el ancla. Después de lo cual le dijo a su mujer que durante su ausencia tuviera cuidado de no dormirse y de no dejar que su brazo pendiera fuera de la canoa. La mujer le contestó que seguiría sus indicaciones. Luego Sau Etiets se zambulló en el agua, ya que ésta era su forma de pescar: de día se sumergía bajo el agua, para reaparecer hacia el anochecer. De forma que Sau

Etiets había desaparecido. Y su mujer estuvo pendiente de él durante largo tiempo y le esperaba. Pero finalmente el sueño la venció y acabó durmiéndose. De forma que dejó que su brazo pendiera fuera de la embarcación. Con ello, se deslizó el aceite de su brazo y llegó hasta el Sautelur en Pohnpei. Cuando Sautelur advirtió el aceite, hizo llamar al Saukampul y le ordenó que buscara a la mujer de la cual procedía el aceite. Saukampul se puso en marcha, buscando por doquier a la mujer que estaba sentada en la canoa de Sau Etiets. Se apoderó de la mujer y la llevó consigo. Y Sautelur se casó con ella. Mientras tanto había transcurrido el tiempo y Sau Etiets volvió a surgir del agua. Al emerger se apercibió de que su mujer ya no se hallaba en la canoa. Y Sau Etiets la buscó por todos lados. Pero no la halló por ninguna parte. De modo que regresó a casa y estuvo todo el tiempo muy apesadumbrado. Finalmente halló la forma de poderse construir un tipo de vehículo al que llamamos saco volador, para introducirse en él y poder así volar hacia cualquier lugar. Certo día tomó su hacha y se fue al bosque para hallar un árbol que tuviera la madera muy ligera; pero no atinaba a encontrarlo. De forma que Sau Etiets se fue intranquilizando, ya que pensaba que su propósito sería vano. Siguió caminando y pronto se tumbó en el suelo, puesto que estaba muy cansado. Cuando se hubo dormido, se hizo notar en su corazón un árbol en el que no había pensado: el atanki par (la eritrina). Y algunas hojas de este árbol cayeron del mismo y fueron a parar sobre él». Este detalle de la narración de que el árbol apropiado «se hizo notar en su corazón» durante el sueño, tiene una relevancia especial por cuanto no es un fenómeno aislado sino que se repite a lo largo de la historia (así se descubrieron por ejemplo entre otras las fórmulas de la insulina y del benceno), tal y como lo documento ya en el capítulo «La chispa creadora» de mi libro *Fuera de control*. «Al ver las hojas en el momento de despertarse, el hombre volvió a acordarse de este árbol, se dirigió a él y lo taló. Así Sau Etiets taló el árbol llamado atanki par y se fabricó el saco volador. Cuando lo hubo confeccionado, se dedicó a sobrevolar en él el mar de un lado a otro, hasta que finalmente halló Pohnpei. Llegó a Matolenim y lo sobrevoló. Advirtió entonces que Sautelur estaba pescando con su gente frente a Matolenim en un pequeño lugar llamado Pon pikalap. Cuando avistó la flotilla de pesca descendió sobre la embarcación de Sautelur. Y éste se alegró mucho de ello, puesto que el ave venía de muy lejos, y ordenó a su gente que le dieran de comer al pájaro extraño. Y Sautelur y su gente volvieron a alegrarse cuando el pájaro devoró el pescado que le dieron. Puesto que ellos no sabían naturalmente que Sau Etiets se hallaba en su interior. Y lo llevaron a tierra a casa de Sautelur. Allí Sau Etiets volvió a hallar a Katin Etiets en casa del Sautelur. Se alegró mucho de que por fin la había encontrado, después de lo mucho que la había estado buscando. Sautelur y su gente cogieron sin embargo el pájaro para colgarlo de la viga principal del techo de la casa. Pero cada vez que lo colgaban volvía a caer de inmediato, ya que únicamente quería permanecer en un sitio que se hallaba muy cerca de su mujer. Finalmente lo colgaron junto a ésta, y ya no cayó. Luego todos comieron con gran apetito y se alegraron por el pájaro que había llegado de la lejanía. Certo día Sautelur y su gente volvieron a salir para ir de pesca. Katin Etiets y una mujer no fueron con ellos. Esta mujer servía al Sautelur y la llamaba Litu. Ambas se quedaron solas con el pájaro. En determinado momento Litu salió para beber agua. Sau Etiets aprovechó el momento para tomar un poco de aceite y salpicar con él los pies de su mujer. La mujer fregó con él la piel de sus pies, lo olfateó y advirtió que olía igual que el aceite de Sau Etiets. Entonces Sau Etiets comenzó a hablar en su saco volador y exclamó: "¡Estoy aquí!" La mujer advirtió entonces de que su marido Sau Etiets volvía a estar allí y se alegró mucho. Y Sau Etiets tomó a la mujer, la introdujo en el saco volador y salió volando. Cuando Sautelur advirtió la presencia del pájaro, creyó que deseaba comer pescado. Y el pájaro descendió sobre la canoa de Sautelur. Éste ordenó a su gente que trajeran pescado y le dieran de comer. Cuando el pájaro hubo saciado su hambre, reemprendió el vuelo. Voló hacia las alturas, hasta que casi rozó el cielo. Entonces la mujer se asomó al exterior del saco volador, le hizo señas con la mano a Sautelur y saludó a su gente. Cuando Sautelur se dio cuenta de que el pájaro le estaba raptando a su mujer, rompió la red y se apresuró hacia su canoa, se tumbó en ella y murió. Sau Etiets en cambio llevó a su mujer a casa y volvió a ser feliz. En tiempos antiguos, la gente llamaba a semejantes vehículos saco volador». Pienso que este tipo de relatos deberían por lo menos despertar el interés de los historiadores por averiguar qué fenómeno pudo haberse producido en épocas remotas como originario de los mismos.

En relación con este tema, debo añadir aún la respuesta que Masao me dio a mi pregunta de si en un pasado habían existido en la isla seres inteligentes u hombres voladores. Esto fue lo que me contestó:

«¿Hombres volantes? No. No volaban propiamente, sino que penetraban en grandes pájaros, pronunciaban palabras mágicas, el pájaro se alzaba y volaba con ellos dentro. Construyeron pájaros voladores con árboles».

Francamente es notoria la naturalidad con que el pohnpeyano acepta fenómenos relacionados con el dominio de la técnica del vuelo y con el de las artes mágicas en el pasado remoto de su isla, así como la frecuencia con que tales fenómenos salpican las narraciones tradicionales que hablan de las primeras épocas de su historia. Dado este somero repaso, debemos regresar ya a los personajes clave precisamente de los primeros tiempos de esta historia, los mágicos constructores, sacerdotes y hermanos Olosipe y Olosaupa, que habían decidido erigir un santuario de adoración a la anguila sagrada, para regresar a su origen celeste una vez finalizada su misión.

Siendo la anguila sagrada a la que se referían un protector del mar y de la tierra, el santuario debía erigirse en un lugar que fuera a la vez mar y tierra. Para ello había que buscar un lugar en el mar suficientemente cercano a la costa como para permitir una construcción sólida. Es realmente desalentador observar cómo los arqueólogos que se han ocupado de Nan Matol hasta el momento siguen poniendo énfasis en la incomprensible interrogante que plantea el hecho de que sus constructores hayan decidido el emplazamiento de dichas construcciones frente a la costa de Pohnpei, en el mar, sobre islotes artificiales, en vez de hacerlo —como sería lo lógico, de acuerdo con su razonamiento— en tierra firme de Pohnpei, en la isla misma. Y es desalentador por cuanto evidencia la miopía a la que puede conducir la excesiva especialización, puesto que muchas veces determinados detalles de un problema únicamente son explicables cuando se tiene en cuenta el conjunto total de las interrelaciones del mismo con otros elementos de los que no se le puede aislar. Así, el caso de Nan Matol. La circunstancia recién apuntada sobre la necesidad de construir el santuario en un emplazamiento que fuera a la vez tierra y mar, justifica por sí solo —aparte de otra circunstancia que los arqueólogos han omitido y que luego comentaré— el emplazamiento de Nan Matol. No solamente lo justifica, sino que excluye cualquier otra posibilidad. Pero retrocedamos a la llegada de Olosipe y Olosaupa a Pohnpei, en donde se recuerda su primera aparición en Sokehs, en el noroeste de la isla.

Allí comenzaron a buscar un lugar idóneo para su propósito, cual era la repetida construcción de un santuario dedicado a la adoración de la anguila sagrada. Así lo recuerda la memoria popular, a través de la narración transmitida desde antiguo:

«En un principio se propusieron edificar el santuario en Sokehs. El nombre del santuario era Nanisounsap». [Consta generalmente con el nombre de Nanisonsap, si bien también aquí (al igual que en el caso del nombre original de Pohnpei) quiero pasar directamente a su nombre correcto, tal y como me lo facilitó por ejemplo la máxima eminencia en lingüística de la isla cual es el ya citado Damián Sohl, por cuanto además solamente así el santuario recupera su sentido a través de su nombre primitivo de Nanisounsap, con el significativo significado (valga la redundancia) de «lugar del rey del Sol».] «Olosipe y Olosaupa estimaron oportuno edificar el santuario en el mar cerca de la costa. Así lo construyeron cerca de Sokehs. Pero no resultó ser un buen lugar, debido a que frente a Sokehs sopla un viento fuerte y existen importantes rompientes, que continuamente producen el vuelco de las canoas. Pensaron entonces buscar otro enclave pequeño más adecuado. Se trasladaron para ello fuera de Net, para construir allí un sagrado Nanisounsap. Pero tampoco este lugar era el adecuado, ya que su constitución era similar a la de las costas de Sokehs. Así, pues, se trasladaron a la costa de Net y erigieron allí un santuario tribal. Le dieron el nombre de la tribu de Net. Después de lo cual continuaron hacia Uh, para volver a intentar aquí su propósito. Pero tampoco aquí las condiciones eran las adecuadas para construir en el agua. Así regresaron aquí igualmente a tierra y construyeron su santuario y le dieron el nombre de la tribu de Uh. Luego prosiguieron hacia el Sur hasta llegar a Matolenim, que en aquella época se llamaba Sau nalan». (El significado de Sau nalan es, una vez más, el Sol). «Cuando llegaron a Sau nalan, construyeron aquí el santuario del Nanisounsap, puesto que aquí el lugar era apropiado, el agua adecuada y el oleaje suave». [Aquí hay que añadir otra razón únicamente transmitida por los conocedores de la tradición esotérica



pohnpeyana, y que surgió en la conversación con Pensile: al ir recorriendo la costa en busca de un lugar adecuado para la construcción del Nanisounsap, se decidieron por el actual enclave de Nan Matol, puesto que en aquel lugar preciso observaron luces extrañas en el mar. Y desde luego no fueron las causadas por el fenómeno del extraordinario grado de fosforescencia que presentan las aguas del océano Pacífico, con mayor intensidad que en ningún otro lugar precisamente aquí en el archipiélago de las Carolinas, y que ya queda ampliamente comentado por ejemplo en el Tomo II de la *Historia de la Oceanía*, de M. L.D. de Rienzi, impresa en Barcelona en 1846 formando parte de la colección «Panorama Universal». Por otra parte al elegir los sacerdotes constructores el cuarto enclave como definitivo, volvemos a conectar con la clave cuatro ya comentada anteriormente. De acuerdo también con la versión esotérica, debajo de Nan Matol yace Kanimeiso, la «ciudad de nadie». Por ende, cabe comentar aquí que todo el simbolismo de la construcción del santuario apunta hacia el feudo de los reyes del Sol: Nan Tauas, la construcción principal del conjunto, se halla en el vértice oriental (hacia donde sale el Sol) de Nanisounsap (el lugar del rey del Sol), erigido a su vez en el extremo oriental de Sau nalan (el Sol), que a su vez constituye el flanco oriental de la isla de Pohnpei.] «Así, pues, erigieron todos los santuarios en Sau nalan y ambos jóvenes trabajaron a placer, ya que todo se podía construir en el agua al igual que en tierra. Permanecieron pues en este lugar y realizaron un tremendo trabajo. Ambos erigieron numerosas y enormes construcciones. Con las sagradas construcciones erigidas en Sokehs construyeron Nan Tauas y todas las islas. No se movieron de Sau nalan y llamaron a las sagradas construcciones de Sokehs, de modo que todas las piedras acudieron volando por sí mismas, y con ellas ambos edificaron todas las construcciones. Les dieron el nombre de la tribu de Matolenim y las convirtieron en residencia de la misma. Erigieron muchas construcciones y las consagraron todas. No hubo un solo lugar al que no le dieran un nombre sagrado. La tribu recibió el nombre de Matolenim. Ambos jóvenes estaban dotados de un extraordinario poder mágico, ya que convocaron a todas las piedras para que vinieran por sí solas y formaran las imponentes construcciones. Olosipe y Olosaupá llamaron a las piedras que estaban en Sokehs. Éstas oyeron su llamada mágica y acudieron volando junto a los dos hermanos. Por procedimientos mágicos, los dos hermanos ordenaron a cada uno de los grandes bloques de piedra que ocupara su sitio correspondiente en las construcciones. Tal es la forma en que se construyó Nan Matol».

Solamente existe esta única y exclusiva explicación, en la tradición isleña, para el modo en que fueron construidas las islas, los edificios y, por ende, la ciudad-misterio de Nan Matol. Volveré sobre las características de su construcción, ampliamente, en el capítulo correspondiente. Aquí, y para que no caiga en el olvido la importancia de la narración, cuya inverosimilitud tiene que estar necesariamente en oposición con los planteamientos de cualquier científico ortodoxo, conviene insistir una vez más en que exactamente este corte y transporte de enormes bloques de piedra es lo que los katchinas —seres que dominaban el secreto del vuelo— enseñaron a los antepasados de los indios hopi, que por su parte afirman proceder del Pacífico. Y ya vimos, en la narración de la canoa de piedra que la gente celeste les robó a los pohnpeyanos, que la humanidad de aquella época, era distinta a nosotros, puesto que ellos conocían el secreto de transformar la piedra y de ejecutar trabajos difíciles en la misma.

En lo que a los indios hopi y su relación posible con el área geográfica de Pohnpei atañe, procede aportar aún un muy importante dato lingüístico. Vimos que en la relación solar de todo el simbolismo construccional y de emplazamiento del santuario del rey del Sol Nanisounsap, el edificio principal, Nan Tauas, ocupaba el vértice más oriental, o sea dirigido al Sol naciente. Pues bien, Tauas —o Tawas, en la grafía inglesa, que también aplican ingleses y alemanes para el nombre Nan Tawas— significa en lenguaje hopi exactamente esto mismo: Sol.

Una nueva anotación para esoteristas surge ahora en relación con la habilidad de Olosipe y Olosaupá, de los cuales cuenta la tradición pohnpeyana que movían piedras con la magia de su voz. Pues también Orfeo, el cantor integrante —como jefe de maniobras, operador mágico y por tanto sacerdote (al igual que lo eran los constructores de Nan Matol)— de la expedición de los argonautas tan repetida en estas páginas, y personaje que originó uno de los mitos más profundamente simbólicos y esotéricos del amplio repertorio helénico, amén de ser quien decidió que la cítara debe constar de exactamente nueve cuerdas, era

capaz de mover y de controlar el equilibrio de las rocas por medio de su canto.

Quiero aportar aún rápidamente dos breves muestras de piedras volantes extraídas de las narraciones tradicionales pohnpeyanas. La primera procede de la narración del espíritu Koton y de los dos cordiales enemigos Sau en Tepek y Sou matau en Takaiu, larga narración que no es caso de reproducir íntegra aquí, pero que en uno de sus pasajes reza: «Cierta día, Sou matau en Takaiu quiso regresar a casa. Koton le dijo entonces que se tumbara sobre una larga viga de piedra. Así lo hizo, agarrándose fuertemente a la misma. Después de lo cual Koton le dio un fuerte empujón a la viga de piedra, la cual salió volando como un pájaro, hasta tomar tierra en el pequeño lugar de Nan sau iso. De esta forma Sou matau en Takaiu regresó a Pohnpei». La otra nos habla de piedras que poseen las mismas propiedades del famoso boomerang —¿de dónde habrán sacado los aborígenes australianos tan profundo conocimiento de las leyes de la aerodinámica?— que va y viene de las manos del diestro lanzador. Así, en una variante de la narración que habla de Sau en Pok y de Lap in Telur, en la que se hablaba de los sacos voladores, Lap in Telur —aquí encarnado en la figura del Naniken— recibe el siguiente y desconcertante consejo: «No debes encaminarte hacia el lugar en que se halla la gente común: tu perteneces a la galería. Toma estas dos piedras y lánzalas contra la gente; se alejan volando y regresan a ti, y todos estarán contentos de tener un hermano tan fuerte».

### ***EL REY-SOL***

Olosipe y Olosaupá, constructores, magos y sacerdotes, son pues —como acabamos de ver— los fundadores de la enigmática ciudad de Nan Matol. Rememoremos en dos pinceladas la historia inicial de la isla: primero llega la canoa con las nueve parejas y se asienta una de ellas sobre la roca sagrada que emerge de las olas del gran mar, con cuya toma de contacto nace el misterio central de Salapwuk. Muchísimo tiempo más tarde aparecen los dos mencionados constructores para traer una civilización y fundar el santuario del Sol: Nanisounsap, que toma cuerpo en la ciudad de Nan Matol.

Sin embargo, Olosipe y Olosaupá vienen con otro encargo: el de instaurar un primer gobierno global para los habitantes de la isla. Gobierno totalitario personificado en el rey-Sol: el Sau Telur. Una vez más así, con su nombre original, absolutamente simbólico, puesto que el moderno, Saudeleur, solamente persigue la ilegibilidad de su auténtico significado. Paul Hambruch, en 1910, tuvo el acierto de recoger aún la grafía correcta transcribiendo Sau Telur, detalle que años antes Kubary no había sabido o no había querido ver o transmitir. Si bien después de analizar a este personaje y su labor, me inclino por una distorsión voluntaria de lo allí observado, por cuanto en sus informes los nombres de personas y los topónimos aparecen visiblemente alterados, al igual que su plano de las ruinas de Nan Matol. Pienso que fue el único europeo que llegó a saber demasiado de Pohnpei, y por lo tanto a darse cuenta de su importancia.

Rey, Sol y Tierra: eso es lo que simboliza el Sau Telur, en una sutil combinación. Padre y madre en uno. Sau tiene el doble significado que apunta por un lado hacia el jefe (rey), y por otro hacia el Sol. En cuanto al otro elemento, hay que remontarse nuevamente al laberinto de Creta. ¿Cuál es el imán para la Tierra?: el Sol. ¿Cuál es el imán para la Obra, para el ser humano?: la Tierra. Bien. El imán simbolizado en el hilo de Ariadna se metamorfoseaba en una tela de araña plasmada en el laberinto. La dependencia estelar cósmica —al igual que lo indica la ya mencionada cruz cíclica de Hendaya— se transforma en otra escala en la dependencia actual del ser humano del planeta que habita, la Tierra. Estamos hablando en términos de la gaja ciencia, del conocimiento del plan reservado para el ser humano sobre este cuerpo, Gea, la Tierra. La tela de araña se metamorfosea en Gea, que se identifica con Tellus, la Tierra Madre, la que alberga y genera todas las fuerzas telúricas. El verbo griego **τελλω** (tello) indica nacimiento: la obra terminada. ¿Y qué representaba esta telúrica y magnética tela de araña simbolizada en el diseño del laberinto de Creta para los indios hopi, tan vinculados al área del Pacífico, y que vimos ya que usaban idéntico diseño?: representaba para ellos a la madre Tierra. Para muchos, el Pacífico es además la tierra-madre del ser humano. Pero ya dije que en esta polémica no entraba. El resto es trabajo tuyo, lector. Yo aquí solamente quería dejar dicho que Sau Telur simboliza a la madre Tierra fecundada por los rayos del Sol. La tierra

(Pohnpei) es la madre —circunstancia ya indicada por ser el hogar del pulpo-hembra y por ser receptáculo de la parte femenina (Lemuetu) de la primera pareja—, que será fecundada por los rayos del Sol. Sin ninguna otra posibilidad, únicamente un rey del Sol podía gobernar Pohnpei: Sau Telur. Sau tiene un claro significado en pohnpeyano arcaico. Telur no tiene significado. Mis pesquisas en busca de una plausible me llevaron a obtener dos vagas versiones: la primera indicaba que Telur (o Deleur, en la grafía moderna), se refiere a cuanto alcanza la vista desde Nan Matol (o sea, la extensión del globo terráqueo visible desde allí); la segunda, y esta procede del lingüista Damián Sohl, indica que es el nombre de un lugar, pero no se sabe cuál. Naturalmente, ¿cómo iba a ser un lugar concreto cuando se refiere a la suma de los lugares que conforman al planeta?

Existen pocos datos realmente sobre estos gobernantes, los Sau Telur. No me fue posible hallar prácticamente narración tradicional particular para ninguno de ellos, excepto para el último, por cuanto éste entronca directamente con la historia de Iso Kalakal, el personaje que acabó con el sistema autoritario personalizado en la figura del Sau Telur, para instaurar una monarquía y un sistema feudal en la isla, dividiéndola en zonas. Sin embargo, aparecen citados como elementos de otras narraciones en ocasiones. A base de estas citas aisladas podemos hacernos una vaga idea sobre ellos. En resumen, su gobierno como queda dicho fue instaurado por Olosipe y Olosaup, los constructores de Nan Matol, lugar de residencia de los Sau Telur. Mientras que en todo momento y sin variación, desde los orígenes del primer asentamiento humano sobre la isla hasta hoy día, el centro sacerdotal de la misma estaba radicado en Salapwuk. Todo apunta hacia la posibilidad de que Olosaup fuera el primer Sau Telur de Pohnpei, sucediéndole Olosipe. Luego se difumina en la indeterminación el número de Sau Telurs que les sucedieron. Aparecen como cifras totales —dependiendo de la narración— doce, dieciséis o diecisiete. Si bien es muy probable que ninguna de ellas sea la correcta.

Varios pasajes apuntan hacia la práctica del canibalismo en épocas del gobierno de los Sau Telur, involucrando a éstos directamente en dichas prácticas. Por ejemplo, extractando algunas de estas citas, recopiladas en 1910 por Paul Hambruch:

«Igualmente algunos Sau Telur acostumbraban comer hombres y fueron grandes tiranos; y cuando un Sau Telur deseaba comer a un hombre, le ordenaba a éste que acudiera urgentemente. En los tiempos de los Sau Telur, los hombres no comían pájaros ni grandes peces, ya que si lo hacían el Sau Telur enfurecía y los mataba. E incluso si alguien enganchaba algún piojo en su propia cabeza, no lo debía tirar ni comer, para que el Sau Telur no montara en cólera por no habérselo llevado a él. El Sau Telur tiranizaba a toda Pohnpei. Y hubo muchos Sau Telur en tiempos antiguos; fueron diecisiete. Y algunos Sau Telur solían antiguamente comer hombres, y otros más adelante no comían hombres, pero trataban a éstos con mucha crudeza. Y en los tiempos de los Sau Telur que comían hombres había aún otro tipo de seres en Pohnpei que se llamaban Liets; estos seres también acostumbraban comer hombres. Pero aconteció que luego gobernó un Sau Telur que no comía hombres, y que por comerlos ellos perseguía a los Liets, expulsándolos de Pohnpei. Se fueron de Pohnpei y llegaron a un lugar extranjero llamado Paiti. Allí se quedaron y reprodujeron. Son devoradores de hombre hasta el día de hoy. Más tarde gobernaron algunos Sau Telur y ya no comían hombres, y tampoco quedaban ya Liets en Pohnpei, para comer hombres. Pero los Sau Telur eran severos y crueles, y algunos Sau Telur fueron muertos a causa de su crueldad, otros murieron de muerte natural y otros se transformaron en poderosos espíritus. Así murieron dieciséis Sau Telur, y luego les siguió el que hacía diecisiete, que fue también cruel y tirano».

Noticia amplia y exhaustiva de Pohnpei, de sus gentes y de las costumbres de éstas la dio el ya discutido marinero y aventurero James O'Connell allá por los años treinta del siglo pasado. Con referencia al canibalismo escribió: «Fuera del arrecife que rodea a Pohnpei hay dos islas; una es llamada por los nativos Hand; está a unas veinte millas de distancia; la otra se llama Pokeen, y se halla a unas sesenta millas. Ésta —que en los mapas está reseñada con el nombre de Wellington Island— está habitada; Hand está deshabitada. Los habitantes de Wellington Island se asemejan a los pohnpeyanos; pero practican el canibalismo, que es desconocido en Pohnpei. Aunque con la excepción de que comen los corazones de los

enemigos muertos. Hand es visitada a causa de sus cocos, que aquí existen en abundancia. Keenan y yo la visitamos en una ocasión. Está rodeada de un arrecife en el que solamente existe un paso. A causa de una tormenta fuimos retenidos aquí por más tiempo del previsto; tuvimos que quedarnos durante diez días. En Wellington Island nos quedamos unos seis meses. Se habla aquí básicamente la misma lengua que en Pohnpei; también las costumbres son las mismas. También aquí existen tres clases. Los barcos recalán aquí con mayor frecuencia que en Pohnpei. Lo evidencian así aros de barriles, de hierro, así como un traje de oficial y otros objetos que se hallan en posesión de los nativos. Hay también gran cantidad de conchas. Los habitantes de Wellington Island visitan Pohnpei muy a menudo; a guisa de regalos llevan esteras, frutos y otras cosas; nosotros visitamos su isla acompañando a unos nativos que regresaban a Wellington Island. Los habitantes de Pohnpei rara vez devuelven estas visitas, debido a que sus canoas son menos adecuadas para la travesía en alta mar que las embarcaciones de Wellington Island; tampoco son tan buenos marinos. Hasta mi visita a Wellington Island no había creído que los nativos fueran caníbales; pero allí lo viví yo mismo. El consumo de carne humana se contaba entre sus pasiones desenfrenadas. Las víctimas no eran únicamente los prisioneros: los jefes recibían de los padres el regalo de sus hijos a tal fin; y aún interpretaban como un honor especial el que su regalo fuera aceptado. Wellington Island está reseñada en los mapas como una isla única, cuando en realidad se trata de tres islas rodeadas de un arrecife. Una de ellas está habitada; las otras dos están deshabitadas. Diversos jefes las reclaman para sí, como si precisaran constantes pretextos para entablar guerras que en el fondo únicamente servían para proporcionarles las víctimas que precisaban para poder satisfacer su horrible pasión». En otro pasaje, escribe, refiriéndose a las escenas que siguieron a una lucha entre nativos: «En el fondo me alegraría poder interrumpir aquí el relato del carácter de un pueblo que se cuenta aún entre los hombres salvajes; pero dado que quiero ser fiel a la verdad, debo narrar, bien que me pesa, una costumbre que es tan poco propia de su carácter. Al día siguiente de nuestro regreso a casa celebraron una fiesta. Como de costumbre, prepararon sakau y un asado de perro» —aquí debo testimoniar que aún hoy en día fuimos testigos de que la carne de perro sigue siendo el manjar especial para las festividades de los pohnpeyanos— «y quemaron los cadáveres del Wajai y de sus jefes; pero antes de que el fuego aniquilara a los muertos, al Wajai le extrajeron el corazón, que les fue ofrecido a los jefes sobre una gran hoja de banana. No sé si lo comieron o probaron. Tuve que apartar mi vista de esta desagradable escena. Pero todo parece indicar que los corazones de los jefes abatidos eran realmente consumidos. No puedo hacer mayores precisiones sobre el particular, ya que no se volvió a presentar ocasión para confirmarlo. Seguramente comen solamente el corazón, y antes por razones formales que por el deleite de su degustación». Aquí debo hacer notar —en el marco de las conexiones de los habitantes de estas islas con los pueblos americanos— que también los aztecas, por ejemplo, antes de incinerar definitivamente a las víctimas preparadas para el sacrificio, les extraían el corazón con un cuchillo de piedra.

Una opinión contraria la proporciona sin embargo el viajero venezolano Francisco Michelena y Rojas, que como ya vimos visitó la isla a mediados del siglo pasado, y que dejó escrito en su obra *Viajes en todo el mundo desde 1822 hasta 1842* que «Los nativos no son caníbales; hasta donde me fue posible averiguarlo, tampoco lo habían sido nunca, sino que aborrecen el canibalismo igual que nosotros».

Lo cierto, de todas formas, es que sí hay suficientes narraciones tradicionales que refieren la práctica del canibalismo en épocas pretéritas. Así, por ejemplo, la que ahora transcribo íntegra, por cuanto habla además de una embarcación automática que poseían los Sau Telur:

«Antaño hubo en Pohnpei una canoa que era la canoa del Sau Telur. Cuando uno de ellos moría, la canoa pasaba a ser propiedad de su sucesor. Esta canoa se llamaba Lususen iap. Cierta Sau Telur entró pues en posesión de la misma. La canoa estaba dotada de una fuerza milagrosa, ya que el Sau Telur también dominaba la magia. Nadie sabía cómo debía remarse esta canoa; puesto que si alguien quería desplazarse en ella, le ordenaba que arrancara, y la canoa se movía por sí sola; nadie remaba. Aconteció también que en Letau vivía por aquella época un hombre que estaba rodeado de muchas personas, puesto que era un hombre amable. Y estas personas, que se reunían todas las noches, inventaron un juego que se llamaba meirei. Cantaban y alborotaban durante todas las noches. Y Sau Telur, que residía en Pan Katera, oía siempre su alboroto. Hasta que cierta noche llamó a uno de los hombres de su séquito, llamado Saukampul.

Este hombre servía siempre a los Sau Telur; y cuando moría un Saukampul le sucedía otro Saukampul, ya que éste es el nombre para los servidores de los Sau Telur. Y Sau Telur le ordenó al Saukampul que matara un perro grande, para atraer con ello a uno de los hombres del meirei. Puesto que quería comer a una persona. Saukampul hizo lo que le ordenó Sau Telur, de forma que mató a un perro, lo preparó y partió con la canoa llamada *Lususen iap*. La canoa llegó hasta la propiedad del hombre. Entonces Saukampul comenzó a hacer ruidos en la canoa. Dos hombres lo advirtieron y salieron del juego del meirei para averiguar qué canoa seguía haciendo de noche en la costa semejante ruido. Preguntaron: "¿Quién va en la canoa?" A lo que Saukampul respondió: "Soy yo; mas no habléis: venid y tomad vuestra comida, un poco de perro". Con presteza saltaron ambos a la embarcación. E inmediatamente Saukampul le ordenó a ésta que zarpara. Se dirigió a Pan Katera. Cuando Sau Telur oyó que la canoa estaba de regreso, le preguntó a Saukampul: "¿Hay algo de comida?" A lo que Saukampul le respondió: "Sí, señor: dos piezas". Sau Telur se alegró y le ordenó a Saukampul que matara y rustiera a los dos, para podérselos comer. Saukampul lo hizo, y Sau Telur dio cuenta de ambos. Así lo hicieron cada noche. Fueron a buscar víctimas y las devoraban. Hasta que cierto día el hombre descubrió que sus gentes eran cada vez menos, y sospechó que la canoa se las robaba. Para averiguarlo, decidió ocultarse una noche y observar. Y cuando la canoa volvió a aparecer, cogió una cuerda y la amarró. Saukampul continuó con su alboroto. Y aparecieron dos personas. Y Saukampul obró como siempre hacía. Ambos saltaron pues a la embarcación. Y Saukampul le ordenó a ésta que partiera. La canoa quiso zarpar, pero le fue imposible hacerlo debido a que el hombre la había amarrado. Y rápidamente surgió de su escondrijo. Saukampul se asustó, saltó al agua y huyó a Pan Katera. Allí le contó al Sau Telur que había escapado de la muerte. También Sau Telur tuvo miedo entonces. Y a la mañana siguiente el hombre destrozó la canoa. Luego reunió a toda su gente, partió con ellos y dio muerte a Sau Telur y a Saukampul. Así murieron ambos, y también la embarcación quedó destruida. Y el Sau Telur que le sucedió ya no pudo hallar ninguna canoa como la *Lususen iap*. El hombre se llamaba Lapot».

### ***ISO KALAKAL***

Olosipe y Olosaupa y su creación, la ciudad de Nan Matol —santuario solar con el nombre de Nanisounsap y lugar de culto a la anguila sagrada— y el gobierno de los Sau Telur, dejaron una honda huella en la memoria popular pohnpeyana. Hasta el punto de que aún hoy en día los nativos no se atreven a dormir o a pasar la noche en las ruinas de la enigmática ciudad, ya que la consideran el feudo de los Sau Telur y de sus acólitos, que hoy moran en ella en forma de espíritus o fantasmas que se vengan de su derrota a manos de Iso Kalakal con la muerte de quien ose utilizar por morada su territorio. El territorio de los reyes del Sol.

Dado que la historia de Pohnpei sufre un cambio radical con la llegada de este nuevo personaje singular, Iso Kalakal, voy a dedicarle la atención especial que se merece. Para ello comenzaré por transcribir la larga narración legendaria de su nacimiento:

«Iso Kalakal no tuvo padre humano. Nan Tsapue descendió un día del cielo y se dirigió a Pan Katera. Allí cometió adulterio con la mujer del Sau Telur. Se encontraron y bañaron en un arroyo de Sauiso llamado Tsapuetakai. Cierta día la mujer se dirigió al arroyo para coger agua. Allí se le apareció Nan Tsapue. Cohabitó con ella allí mismo. Y ambos quebraron la calabaza de agua del Sau Telur. Entonces el miedo se apoderó de la mujer. Por lo cual Nan Tsapue cogió una cuerda, un selap, y la trenzó alrededor de la calabaza; a esto se le llama *likin mauk*» («hermoso por fuera») «y con ello la calabaza volvió a estar bien. La mujer se fue a casa del Sau Telur y Nan Tsapue regresó al cielo. De esta forma Nan Tsapue persiguió habitualmente a la mujer. Pero Sau Telur lo descubrió. Lo atrapó y lo encerró en una cabaña en una isla. Allí tuvo que quedarse hasta que se puso el Sol. Entonces Isobau se lo llevó de Sauiso, lo desató y lo dejó en un banco de arena conocido por Pik en Nan Tsapue. Aquí se quedó. Apareció entonces un caracol marino sobre el que se montó. El caracol se sumergió en el agua. Al advertirlo, Isobau se hizo con un pendiente de concha que usó como vehículo y pronunció la fórmula mágica de *sorekentak*. Con ello, el pendiente de concha se transformó en un lucio. Éste recogió a Nan Tsapue y lo transportó hasta Kusaie. Al tomar tierra sólo había en Kusaie una mujer de la tribu de los Tip en pan mei. Preguntó si era la única

mujer. Puesto que era muy anciana. Pidió a la mujer que le diera un limón. Cuando la mujer se iba, le dijo que pariría a un niño. La mujer le contestó que era demasiado anciana. Entonces Nan Tsapue la salpicó con el jugo del limón, de forma que tuvo que tragarlo. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la mujer y quedó encinta. Dio a luz a un niño. El muchacho creció y reunió a su alrededor, para el juego, a todos los demás niños. Jugaron juegos de guerra. Cuando hubieron crecido, formaron un potente ejército. Ocuparon una canoa y se dirigieron hacia Pohnpei. Al llegar, vieron desde el mar la isla; advirtieron gran cantidad de palmeras enormes erguidas sobre las montañas. Al verlas, las tomaron por gigantes, ya que las flores de las palmeras parecían sus hábitos. Tuvieron miedo, y dieron media vuelta. Su madre les preguntó: "¿Por qué habéis regresado?" Contestaron: "Los hombres de Pohnpei son gigantescos y fuertes". La mujer les dijo que no se trataba de hombres sino de algún tipo de palmera. Acordaron, pues, construir una canoa; y la construyeron. Un hombre de nombre Nan paratak averiguó que se trataría de una canoa de combate; se alegró por ello. Dio una voltereta. Al cabo de ocho días la canoa estuvo lista. Pero antes de botarla al agua descuartizaron a una persona. Colocaron su gran red de arrastre en la canoa, ya que querían salir de pesca. Cuando desplegaron la red, Iso Kalakal le dijo a un hombre de nombre Nan esen de la tribu de los Naniak que se colocara junto a la red y vigilara a un gran pez. Muchos peces quedaron atrapados en la red, hasta que Nan esen pescó uno extraordinariamente grande; lo destrozó debajo del agua; luego lo devoró. Cuando reapareció en la superficie, lo lanzó Iso Kalakal. Lo rechazó con el brazo, pero la jabalina salió disparada hacia tierra. Luego subió a bordo y destruyó la red. Acto seguido prosiguieron viaje. Éstos son los nombres de los hombres fuertes en la canoa, que eran nueve. Partieron de Pun en No y Einiar san Natic. Los hombres que acompañaron a Iso Kalakal en la canoa desde Kusaie, se llamaban: Eir in Na, Kaneki en Eir, Sau Eir, Sau Epan, Sau Meresu, Sau Merasa, Meilor y Nan paratak. La tripulación total de la canoa sumaba 333 personas. Cuando llegaron a alta mar jugaron, tocaron el tambor y entonaron cantos heroicos. Un pájaro había estado sentado sobre el flotador de la canoa. Levantó el vuelo y llegó a Ant. Tras su llegada le anunció al Saulik en Ant que vendría y atracaría una canoa de combate. Saulik en Ant preguntó: "¿Cuántos son?", a lo que el pájaro respondió: "Son 333 hombres". Entonces le dijo al pájaro: "Ve y anuncia a la canoa que se apresure". A la mañana siguiente le ordenó a su gente que tostaran semillas de la fruta del pan. Tostaron 333 semillas. La canoa penetró en el canal de Tau en iei» (el «canal del fuego») «y se detuvo en Tip en ni set. Saulik en Ant subió a bordo y entregó allí la cesta con las semillas tostadas de la fruta del pan, así como un recipiente con aceite. Éstos fueron los presentes que les ofreció. Saulik en Ant e Iso Kalakal desembarcaron y bajaron a tierra. La tripulación les siguió. Todos llevaban piedras y construyeron con ellas el Pei en Pok. Allí permanecieron en Ant. Durante su estancia en Ant inventaron muchos juegos, y se informaron acerca de las costumbres de la región de Matolenim. Iso Kalakal dormía siempre con una alta mujer de nombre Likamotsitau. Esta mujer procedía de la tribu de Tip en Luk. La mujer siempre le repetía a Iso Kalakal que no se trasladara directamente a Matolenim, sino que primero circunnavegara la isla. Luego consultó al oráculo de Mailap. Fue favorable. Después de lo cual partieron. Llegaron a Pohnpei y entraron en Kepara. Un hombre llamado Amkos estaba apostado sobre el arrecife, con la intención de combatirlos. Pero Iso Kalakal no quiso. Todos entonaron un canto heroico, el suriup. Todos los animales marinos, los delfines, se asustaron; huyeron hacia la entrada de Param. Y éste es el canto que entonaron: "Suriop, Suriop, abstente, abstente, / Abstente de la canoa Tapuak, / Las olas rompen contra la canoa, la rebasan, / Anclad, achicad el agua, / Viajo en la canoa, / Me dirijo a Saunepal, / Achico el agua, en medio del mar". Prosiguieron luego viaje desde Kepara y pasaron por delante de Palikir. Vivía allí un hombre llamado Laui. Pertenece a la tribu de los Tip en pan mei y divisó a la canoa. Tomó su pastel de lili, del que había probado un trozo, y lo depositó en una canoa. Con ella se dirigió a la canoa y se adosó a la misma. Los tripulantes de la canoa habían subido a tierra en un arrecife llamado Aurosei, que se halla junto a Sokehs. Partieron el pastel para comerlo. Advirtieron entonces que solamente se trataba de una mitad del mismo. Nan paratak dijo que quería consumir este resto: "¿Por qué solamente le trajiste esto al príncipe?" Laui respondió: "No hables del Tsap en lu Pohnpei"». (Nombre del pastel). «Dicho esto, saltó de la canoa y huyó. Le persiguieron para matarlo. Mas él era rápido y huyó hacia Matolenim. Entonces le persiguieron con presteza para llegar a esta región. Cuando pasaron por delante de Uh, un hombre llamado Risapana disparó con el arco contra la canoa. Por lo cual quisieron batirse con él. Pero Iso Kalakal no lo quiso. Se dirigieron a Matolenim y fueron a la entrada de Au en kap para fondear allí. Abandonaron la canoa y se dirigieron a

Nahnningi. Entonces Sau Telur envió allí al Saukampul, para invitarles a su país. Llegaron y se instalaron en la isla de Kalapuel junto a Pan Katera. Allí permanecieron y se divertieron, y Sau Telur les enviaba permanentemente comida, pues eran para él sus desconocidos huéspedes. Sau Telur ordenó igualmente al Lap en mor que cocinara para los extranjeros. Todos cocinaron para ellos, y únicamente se excluyó Lap en mor. Por lo cual la gente se dirigió al Lap en mor y le preguntó acerca de las costumbres de los extranjeros, y si tenían un príncipe». (El Lap en mor era un alto sacerdote). «Les contestó: "No". Y sin embargo habían divisado a uno entre ellos, que tenía otra constitución y cuyos ojos eran rojos. Entonces a Lap en mor le invadió la veneración hacia él; y dijo: "No habléis nada más, pues éste es su príncipe". —Así Iso Kalakal se quedó en Kalapuel. Se enteró de lo que había dicho Lap en mor. Y les dijo a sus acompañantes: "Tened cierto día cuidado con este hombre". Iso Kalakal y su séquito continuaron establecidos en Kalapuel. Se confeccionaron jabalinas y les dieron a todas el mismo aspecto. Pero al día siguiente las jabalinas de Nan paratak se habían alargado. Las recortó, para que tuvieran la misma longitud que las demás. Pero a la mañana siguiente volvían a aparecer más largas. Y nuevamente las recortó. Cierta día, Sau Telur les envió el presente de muchos peces. Los comieron. Nan paratak se dirigió luego a la playa para lavarse las manos. De Pan Katera había salido igualmente un hombre llamado Pok en Telur, para lavarse las manos en el arrecife. Ambos comenzaron, pues, un juego con piedras planas y chapotearon en el agua. En esto estaban cuando a Pok en Telur se le lesionó y rompió el brazo. Con ello comenzó este día la disputa y la lucha contra la gente de Matolenim. Se desató una gran batalla. La gente de Matolenim huyó. Iso Kalakal los persiguió con los suyos hasta Sapwalap. Llegaron hasta el pequeño lugar de Sakar en Senipein. Finalmente llegaron a Peiai. Mientras tanto la gente de Pohnpei había recuperado las fuerzas. E Iso Kalakal tuvo que huir con los suyos. Un hombre llamado Nan esen siguió a Iso Kalakal, y se le cruzó en el camino. Mas lanzó contra él su jabalina, que le perforó el pie y se clavó en el suelo. Exhortó a la gente de Iso Kalakal a que volvieran a atacar a la gente de Pohnpei. Así pues continuaron luchando hasta el anochecer. Y al día siguiente continuaron la lucha en la jungla. Persiguieron a Sau Telur hasta el pequeño lugar llamado Kamaupunpun. Rodearon el lugar. Saltó entonces al agua y se convirtió en un pez, el Kital en pil. Después de lo cual regresaron a Pan Katera. Allí crearon la dignidad de los Nanamariki. Iso Kalakal fue reconocido como primer Nanamariki y con él comienza la cadena de los Nanamariki en Pohnpei».

Para completar esta versión popular de la llegada de un ser distinto, Iso Kalakal, a la isla, en donde instauraría la línea de gobierno real que subsiste hasta hoy en día, es preciso añadir aún la versión que transmiten los iniciados en la isla, y que incluye detalles y connotaciones absolutamente importantes en el contexto de las conexiones celestes de los primeros guías de los habitantes de esta isla a la vez tan distinta y sin embargo tan planetariamente relacionada. Ruego pues al lector sepa disculpar la repetición de esta historia ahora en su versión reservada a los transmisores de la tradición esotérica de la isla, siendo ésta simultáneamente la historia familiar del clan de los Tip en pan mai:

«Érase una vez una mujer que parió a un niño. La mujer murió inmediatamente después. El niño se dirigió hacia el este. El niño se montó en el "lomo del cielo". Allí quiso hallar a Luk Nan Tsapue. La gente allí estaban celebrando una gran fiesta. Se dirigió allí y se sentó en su casa. Luk Nan Tsapue preguntó a los presentes: "¿Quién es este niño?" A lo cual respondieron que no lo sabían. Por lo cual Luk Nan Tsapue atronó al muchacho. Éste huyó y se escondió debajo de una roca. Luk Nan Tsapue volvió a tronar para sacarlo de debajo de la roca. Entonces el niño huyó metiéndose en una piedra. Ahora Luk Nan Tsapue ya no supo qué hacer con el niño. Y Luk Nan Tsapue le dio el nombre de Luk e lan, porque el muchacho poseía tan milagroso poder, y porque lo había intentado todo con él. Ahora, el muchacho era inmortal. Luk Nan Tsapue le permitió que se sentara entre la gente en la galería de su casa. El muchacho se apoyaba con la espalda en la pared. Y ahora celebraron una fiesta en honor del muchacho. Cuando hubo finalizado la fiesta, el muchacho le manifestó a Luk Nan Tsapue que deseaba volver a descender a la Tierra. El muchacho se dirigió al Sau Telur en Pan Katera. Sau Telur lo maltrató. Le hizo prender, encadenar y depositar en un pequeño banco de arena, conocido por Likop Karian. Allí yació el muchacho hasta que acertó a pasar un pez. A éste le dijo que se acercara para que pudiera montar sobre él y huir. A lomos de este pez mágico se marchó pues Luk e lan. El pez dio un salto hasta Kusaie. Allí se apeó Luk e lan de él. Y Luk e lan preguntó

a las gentes del lugar si no quedaba con vida algún miembro del clan de los Tip en pan mai. Los lugareños le contestaron que solamente quedaba con vida una mujer. Y que ésta era ya muy anciana. Luk e lan les dijo que le llevaran hasta la anciana. Que quería verla. Le llevaron, pues, hasta donde estaba la anciana. Le cortó los párpados. Tomó un limón mágico y con su jugo salpicó la cara de la mujer. Un temblor la recorrió, quedó encinta y parió a un niño al que dio el nombre de Iso Kalakal. Y la mujer se llamaba Li pan mai». (Li pan mai significa «Mujer bajo el árbol de la fruta del pan»). «Mientras Iso Kalakal se hallaba en el vientre de su madre, se enteró de la historia de Luk e lan, y de lo que éste había hecho con su madre. Convocó a todos los hombres del país, para que construyeran una canoa con la cual pudiera navegar hasta Pohnpei. Cuando la canoa estuvo lista, la tripulación, 333 personas, partió en ella. Cada tripulante portaba una piedra mágica para protegerse. Había espíritus en las piedras. Cada piedra era redonda, bruñida y pesaba entre cinco y diez libras. Se alejaron de Kusaie y mantuvieron rumbo a Pohnpei. Avanzaron hacia alta mar. Entonces se les acercó volando un pájaro. El pájaro contó a la gente que había en la canoa; y también quiso averiguar qué se proponían. Y les dijo que se dirigieran a Ant y que visitaran al Saulik en Ant. Después de lo cual el pájaro levantó el vuelo y le anunció al Saulik en Ant que una canoa le visitaría. Saulik en Ant le preguntó al pájaro: "¿De dónde viene la canoa?" A lo que el pájaro le respondió que procedía de Kusaie. Saulik en Ant siguió preguntando cuántas personas había en la canoa. El pájaro respondió que eran trescientas treinta y tres personas. Saulik en Ant les preparó por consiguiente un manjar consistente en 333 semillas de la fruta del pan, para toda la tripulación de la canoa. Pero la madre de Iso Kalakal le había ordenado que buscara en Ant a una mujer anciana, ya que las jóvenes nada le enseñarían. Fue una mujer muy anciana la que debía instruir pues a Iso Kalakal en los usos y las costumbres de Pohnpei. Por lo tanto, Iso Kalakal se puso a buscar a esta mujer. Se dirigió a Ant. El resto de los tripulantes se quedó en Pohnpei. Visitaron los distintos lugares. Así llegaron también a Palikir. Allí un hombre les trajo medio pastel de ñame. El hombre se llamaba Laui. E Iso Kalakal llamó al lugar Tsap en Lu Pohnpei. Luego visitaron y contemplaron los demás lugares de Pohnpei. Así llegaron también al pequeño paso de Matolenim, que se llama Uru; allí penetraron. Toda la gente de Matolenim avisaron con presteza al Sau Telur de que había una embarcación extranjera en la entrada de Uru. A lo cual Sau Telur le ordenó a Saukampul que se acercara a los tripulantes de la canoa. Saukampul obedeció y les dijo a los hombres de Iso Kalakal: "Extranjeros, acercaos y sed huéspedes de Sau Telur". Se aproximaron pues a él y siguieron al Saukampul. Pero éste notificó a Sau Telur que le traía a una gran cantidad de extranjeros. Sau Telur ordenó a Saukampul que los guiara hasta un lugar pequeño en el que debían acampar. Este lugar fue Kalapuel. Iso Kalakal se quedó con su gente en este lugar. Y Sau Telur les proporcionaba la comida. Pero Saukampul les traía únicamente poco alimento. Luego Saukampul regresó junto a Sau Telur. Sau Telur le preguntó: "Cuando llegaste junto a los extranjeros, ¿qué estaban haciendo?" Saukampul le informó de que siempre que se acercaba a ellos estaban jugando. Cuando Saukampul a la mañana siguiente les volvió a llevar comida, Iso Kalakal y sus acompañantes no advirtieron su llegada. Todos estaban reunidos alrededor de Iso Kalakal, cuyo nombre significa "el príncipe rodeado de su pueblo". Y se sorprendieron cuando Saukampul volvió a salir de la casa. Pero Saukampul había advertido claramente lo que la gente que rodeaba a Iso Kalakal estaba haciendo. Se apresuró en llegar hasta Sau Telur y le comunicó que regresaba del lugar en el que se hallaban los extranjeros. Y que éstos se había reunido alrededor de uno de ellos. El hombre alrededor del cual se habían reunido era aún muy joven y pequeño. Pero en sus ojos ardía el fuego. Sau Telur opinó que éste era Iso Kalakal, el hijo de Lipanmai. Éste era el niño que Luk e lan había hecho parir a Lipanmai a su llegada a Kusaie, para que cumpliera sangrienta venganza contra Sau Telur. Y ahora había llegado. Sau Telur decidió combatirlo al día siguiente. Así comenzó al día siguiente la lucha. Unos se hicieron fuertes en Pan Katera, los otros en Kalapuel. Sau Telur y su gente eran muy poderosos. E Iso Kalakal tuvo que huir de Sau Telur y sus hombres. Pero un hombre de Kusaie había seguido a Iso Kalakal; su nombre era Nan esen. Este hombre hizo que se detuviera la lucha en la rompiente de las olas, ya que Iso Kalakal había sido rechazado hasta el mar junto con sus acompañantes. El hombre le dijo a Iso Kalakal que él era un guerrero. Este hombre renovó la lucha. E Iso Kalakal combatió con éxito a Sau Telur y su gente. Sau Telur se vio obligado a huir con los suyos a Pan Katera. Mas Iso Kalakal le persiguió con sus acólitos a través de todo el país. Finalmente entablaron la lucha en un pequeño lugar llamado Sakar en Senipein. La lucha se prolongó hasta el pequeño lugar conocido por Kamaupunpun. Aquí lograron capturar y matar a Sau Telur. Iso Kalakal se



dirigió con los suyos a Pan Katera. Desde entonces el clan de los Tip en pan mei gobiernan en Matolenim hasta hoy. Pues el Tip u lap, que antes había sido el primero, pertenecía al clan de los Sau Telur. Los Sau Telur siempre habían gobernado toda Pohnpei. A estos príncipes de Tip u lap Iso Kalakal les quitó Matolenim».

Las dos narraciones se complementan para transmitirnos algunos conocimientos básicos. En primer lugar Iso Kalakal, el que vino para revolucionar el gobierno de Pohnpei al sustituir el totalitarismo de los Sau Telur, instituido por los emisarios del Sol Olosipe y Olosaup, por un sistema de reinos paralelos que en un total de cinco se reparten el gobierno de la isla, es —al igual que los dos hermanos citados— alguien no originario de Pohnpei, sino procedente de un cruce de razas entre seres bajados del cielo y el ser humano. En cuanto a su nacimiento —e insisto en que de momento únicamente en cuanto a su nacimiento—, Iso Kalakal es asimilable a Buda y a Jesús. Y que nadie se rasgue las vestiduras: estoy hablando de la similitud que existe entre las historias que nos han sido legadas de estos tres nacimientos. Sabido es —en cuanto al nacimiento de Jesús— que María era virgen en el momento del alumbramiento, y que una concepción normal humana tenía que haber coincidido con el momento en que José se hallaba ausente de casa, trabajando, lejos de María, como carpintero en Cafarnaúm, junto al mar. Un amplio estudio sobre las circunstancias de este nacimiento tan escrupulosamente preparado durante por lo menos dos generaciones, figura ya en mi libro *Las nubes del engaño*, por lo que no voy aquí a insistir en ello. Sí quiero subrayar la circunstancia recién citada de la preparación del fenómeno durante por lo menos dos generaciones. Efectivamente, ya la madre María, Ana, concibió a su hija sin intervención de padre humano. Casada con un hombre llamado Joaquín, de la tribu de Judá, seguían sin tener hijos al cabo de veinte años de matrimonio. Avergonzado por ello, Joaquín se marchó lejos, a la montaña. Allí recibe al cabo de los años a un emisario celeste que —según consta en el apócrifo *Evangelio de la natividad de María*— le comunica que sus súplicas han sido escuchadas y que —como confirma el también apócrifo *Evangelio del Pseudo-Mateo*— su mujer Ana ha concebido en su seno a una hija durante su ausencia y estancia en las montañas. Que, por lo tanto, haga el favor de regresar a casa, que las cosas no están tan mal porque su mujer —estéril y de avanzada edad ya— parirá a una niña de la cual él no es el padre: «La hallarás encinta, porque Dios ha suscitado progenitura en ella». Igualmente Luk e lan, una vez descendido del cielo y llegado a Kusaie —en la narración de Iso Kalakal— suscita progenitura sin contacto carnal en la anciana Li pan mai. Y también en segunda generación de intervención milagrosa de seres celestes, por cuanto el propio Luk e lan ya había sido concebido al cohabitar el celeste Nan Tsapue con su mujer humana, según vimos en la primera versión de la narración, corregida en cuanto a la identidad del extraño fecundador de la anciana Li pan mai por el texto de la versión esotérica aportado luego. Otro detalle que relaciona a la narración pohnpeyana con el conocimiento contenido en los textos bíblicos —sean ortodoxos o apócrifos— es el de la extraordinariamente avanzada edad de la madre elegida para la milagrosa concepción. Acabamos de leer que Li pan mai era ya muy anciana cuando Luk e lan la roció con el jugo fecundador del limón. Pues bien, en el pasaje bíblico referido a la fecundación milagrosa de Ana, la madre de María, el emisario celeste que le comunica la buena nueva al desconsolado Joaquín allá en las montañas, y ante la turbación de éste, le aclara: «Cuando Dios cierra una matriz, lo hace para abrirla después de una manera más admirable, y para que se sepa que lo que nace así no es fruto de la pasión». (...) «La primera madre de nuestra nación, Sara, permaneció estéril hasta los ochenta años, a pesar de lo cual, en los últimos días de su vejez, dio a luz a Isaac, en quien le había sido prometido que serían benditas todas las naciones». Se suceden las madres maduras para los caudillos y líderes impuestos a la humanidad desde las alturas: «Asimismo, Raquel, tan agradable a Dios y tan amada por Jacob, permaneció estéril durante mucho tiempo, y, no obstante, parió a José, que fue no solamente el dueño de Egipto, sino el salvador de numerosos pueblos que iban a morir de hambre. ¿Quién, entre los jueces, más fuerte que Sansón y más santo que Samuel? Y, sin embargo, ambos tuvieron por madres a mujeres por mucho tiempo estériles. Si, pues, la razón no te persuade por mi boca, cree a lo menos que las concepciones dilatadamente diferidas y los partos tardíos son de ordinario los más portentosos». También Buda, por otra parte, nace sin fecundador humano. Así, unos quinientos años antes de que la contactada y predestinada María se esmerara en Palestina en conservar su virginidad, una tocaya suya, Maya, formulaba en las estribaciones del Himalaya idéntico voto de castidad, habiendo conseguido

que su marido no la obligara a cumplir los deberes conyugales, al igual que sucediera con José y María. De acuerdo con las leyendas que los biógrafos del futuro Buda aducen, su esencia espiritual había alcanzado tal madurez que ya no necesitaba de la fecundación paterna para tomar carne en el vientre de una mujer. Al avanzar la gestación de Maya, su cuerpo se hizo transparente y el bebé era claramente visible en su seno. Como dato interesante, cuya interpretación dejo al criterio del lector, quiero subrayar que Iso Kalakal se enteró de la historia de Luk e lan y de lo que éste había hecho con su madre, «mientras se hallaba en el vientre de su madre». Por lo demás, dejar señalado que si Maya dio a luz a Buda en el momento en que alarga su mano para asir una rama de un árbol, bajo el cual estaba descansando, la madre de Iso Kalakal se llamaba Li pan mai, lo que como ya dije significa «mujer bajo el árbol de la fruta del pan».

Y aún dentro de los símiles que la narración de Iso Kalakal ofrece con textos bíblicos y la actuación de una inteligencia coordinadora que tras los fenómenos allí expuestos puede adivinarse, cabe llamar la atención sobre lo que el emisario celeste comunica a Ana (la madre de María) y a su desconsolado marido Joaquín, tras haberles anunciado por separado la gestación de la primera, estando ella en casa y su marido en las montañas, de acuerdo con el texto del *Evangelio de la natividad de María*. En rápido desplazamiento de uno a otro lugar, les arregla de esta guisa su encuentro: «Cuando llegues a la Puerta Dorada de Jerusalén, encontrarás a Ana tu mujer, la cual, inquieta hasta hoy por tu retardo, se regocijará sobremanera, al volver a verte. Y dicho esto, el ángel se separó de Joaquín». Para alejarse por los aires y plantarse oportunamente ante Ana para anunciarle aproximadamente lo mismo que a su marido y acabar ordenándole en el momento justo que se dirija a la Puerta Dorada en donde «a manera de signo encontrarás a tu esposo, sobre cuyo paradero anda inquieta tu alma». Otro ser volante e inteligente —simbolizado aquí en la figura de un pájaro— arregla también una cita para Iso Kalakal en el texto phonpeyano transcrito: «Se les acercó volando un pájaro. El pájaro contó a la gente que había en la canoa; y también quiso averiguar qué se proponían. Y les dijo que se dirigieran a Ant y que visitaran a Saulik en Ant. Después de lo cual el pájaro levantó el vuelo y le anunció a Saulik en Ant que una canoa le visitaría». Etcétera. Por otra parte, el pájaro que guía a los seguidores de Iso Kalakal hasta su nueva tierra, vuelve a hacer su aparición como imagen-símbolo en el águila (o grulla) que guía a los aztecas hasta su definitivo asentamiento en México. En efecto, cuenta la tradición azteca que su dios Huitzilopochtli acompañó a sus antepasados durante más de siglo y medio en un éxodo de unos 3.000 kilómetros en forma de un gran pájaro, que les iba mostrando la dirección en que debían avanzar hacia su tierra prometida. Añade la tradición, tal y como nos lo cuenta fray Diego Duran, historiador contemporáneo de la conquista, que cuando llegaban a un lugar para permanecer en él por un tiempo, «lo primero que hacían era construir un templo que sirviese para alojar el cofre en que llevaban a su dios». Esto último nos remite directamente al otro cofre, al arca de la alianza que —igualmente vinculada a su dios Yahveh— portaban los israelitas en su éxodo de Egipto a través del Sinaí, guiados —también ellos, una vez más— por su dios mediante un artilugio volante inteligentemente guiado: la nube o columna de fuego y humo que lo mismo los alumbraba por la noche, que les daba sombra de día, y principalmente les señalaba el camino que debían tomar. Y aquí debo recordar aún la otra tradición reservada, que ya me mencionara la hermana Rosario a nuestra llegada a la isla, según la cual Iso Kalakal arribó a Pohnpei volando en una nube. Remita una vez más al lector interesado a mi libro *Las nubes del engaño*, en el que recopilé multitud de situaciones bíblicas en las que los personajes implicados arriban o marchan en semejantes nubes.

Otros elementos interesantes nutren la narración de Iso Kalakal. En ella aparecen por ejemplo, a través del número de los héroes y de los integrantes totales de la expedición, las claves numéricas 9 y 333 ya comentadas. Y dignas de atención son las piedras mágicas que cada integrante porta, y que nos indican el recuerdo de un arma mágica. La narración concreta que las piedras pesan entre cinco y diez libras, que están pulidas o bruñidas, y que su poder o su fuerza reside en su interior: «había espíritus en las piedras». Vuele la fantasía de cada lector. Las dos narraciones transcritas no son naturalmente los únicos recuerdos populares que siguen vigentes en la isla acerca de este personaje singular que fue Iso Kalakal. Así, por ejemplo, en la narración —breve narración— que refiere la historia del hombre llamado Tsouneko en peizia, aparece una referencia que inmediatamente nos vuelve a remitir a un símil que hallamos en la

historia del descubrimiento de América también. Pues refiere dicha narración que los nativos de Pohnpei, en tiempos antiguos, esperaban ya desde hacía bastante tiempo la llegada de una embarcación procedente del extranjero. Y que por fin esta embarcación llegó, comandada por el gran guerrero Iso Kalakal. ¿Quién se dedicaba en la antigüedad a preparar a los distintos pueblos para los venideros cambios que se iban a obrar en sus respectivas áreas? Ya que si alguien anunció a los pohnpeyanos que vendría una embarcación, cuya llegada marcaría por ende el radical cambio de la estructura política de su sociedad, o un relevo en el mando de la isla —hablando en términos políticos—, exactamente lo mismo aconteció en tierras americanas. Así lo leemos en los documentos de la historia de España con la suficiente frecuencia, y, por poner un ejemplo, en el capítulo CI («Cómo el gran Montezuma con muchos caciques y principales de la comarca dieron la obediencia a su majestad, y de otras cosas que sobre ellos pasaron») de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* que nos legó el cronista de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, quien refiere textualmente: «Y diré que en la plática que tuvo el Montezuma con todos los caciques de toda la tierra que había hecho un parlamento sin estar Cortés ni ninguno de nosotros delante, salvo Orteguilla el paje, dicen que les dijo que mirasen que de muchos años pasados sabían por cierto, por lo que sus antepasados les habían dicho, e así lo tienen señalado en sus libros de cosas de memorias, que de donde sale el Sol habían de venir gentes que habían de señorear estas tierras, y que se había de acabar en aquella sazón el señorío y reino de los mexicanos; y que él tiene entendido, por lo que sus dioses le han dicho, que somos nosotros».

Bueno será también echar un vistazo a las circunstancias de la muerte del en otro lugar llamado «príncipe maravilloso». Iso por descontado significa eso, «príncipe» y, para aquellos que quieran seguir este hilo, les diré que sigan la pista de la radical *is* a lo largo de la historia de la humanidad. Pueden comenzar por el otro príncipe maravilloso. Isa, y sin darse cuenta el hilo les llevará a cristalizaciones en cadena. Regresaremos inmediatamente a los legados bíblicos, pero antes quiero narrar la tradición exotérica vulgarizada de la muerte y sepultura de Iso Kalakal, para pasar luego al conocimiento oculto. Ésta es la breve narración popular que refiere la muerte por suicidio del príncipe:

«Aconteció que tras haber conquistado la región de Matolenim, Iso Kalakal dispuso todas las cosas de forma tal que todos estuvieran satisfechos. Cierta día paseaba por Pan Katera. Quiso dirigirse a Pei kap. Se dirigió primeramente al pozo excavado en el arrecife y conocido por Nam u ias. Miró al agua allí y advirtió que se había convertido en un anciano, ya que su cabeza mostraba cabellos canos. Se avergonzó por ello ante su gente. Y regresó de inmediato a Pan Katera. Allí se fabricó una especie de cuerda, una teriok en Gatau. Con ella se dio muerte. A la mañana siguiente fue hallado sin vida. Fue avisado el Naniken. Éste lo llevó a Nan peí nías en Pan Kitel y allí lo enterró. Luego fue venerada la sepultura. Ningún subdito ordinario, ni ningún noble, ni tsopeiti ni seriso, podían acercarse a la misma».

Hay que hacer un breve inciso para describir este tipo de suicidio practicado en Pohnpei en no rara ocasión, junto al menos sofisticado de tirarse desde lo alto de una palmera. El más brutal y aplicado según la leyenda popular por Iso Kalakal funciona así: el suicida elige una palmera joven, a la que dobla hasta que su copa roce el suelo. A ésta le ata un extremo de la cuerda, sujetando el otro fuertemente a su pene. Al soltar bruscamente la palmera, el tirón de la cuerda le arranca el pene, desangrándose así el suicida. También es el órgano masculino el elegido en alguna otra ocasión para causar la muerte a determinado individuo. Me acuerdo en este momento de la historia de un sujeto del que sus compañeros quisieron vengarse. No se les ocurrió para ello mejor ni menos salvaje idea que embriagarlo con la ingestión desmesurada del sakau. Cuando el infeliz estuvo ya rendido y durmiendo según es siempre el plácido final de la ceremonia del sakau, sus compañeros taparon y rodearon su pene con trozos de carne. Después llevaron allí a unos perros —siempre famélicos en la isla—, a los cuales les faltó tiempo para dar cuenta inmediata de los trozos de carne, pene incluido.

En el contexto de la muerte de Iso Kalakal, narrada así por el pueblo para el cual su cuerpo reposa en la tumba subterránea de Nan pei nías, que el vicegobernador alemán Víctor Berg logró hundir cuando en agosto de 1905 se empeñó en removerla haciendo caso omiso de las advertencias de los lugareños sobre las

nefastas consecuencias que le acarrearía semejante violación del lugar, «pues Iso Kalakal se vengará de ti y te matará», tras lo cual puntualmente el príncipe pudo con el vicegobernador, debo aportar ahora la versión que únicamente los iniciados transmitían hasta hoy en la isla. Si bien antes aún quiero hacer notar la circunstancia de que la tumba subterránea de Nan pei nias constituye el único enclave de todas las enigmáticas ruinas del conjunto de Nan Matol que no se halla en una isla artificialmente construida, sino en tierra firme de la costa suroriental de la isla de Tsamuin (Temwen en la grafía moderna), si bien una parte del recinto del cual forma parte sí está construida sobre el arrecife adyacente a la mencionada costa. Volviendo a la versión transmitida en secreto por los iniciados, afirman éstos que Iso Kalakal jamás fue enterrado en Nan pei nias, sino que su cuerpo fue envuelto en una estera y depositado en el mar, «para que nadie viera cómo era».

Todo un argumento. ¿Cómo era, para que la prudencia aconsejara que nadie lo viera? Solamente poseemos dos datos: sus ojos radiantes y chispeantes eran rojos, y su figura era distinta que la de los demás humanos. Extraño, dicho así. Sorprendente, una vez más, cuando leemos lo mismo en los libros sagrados del otro lado del Globo: así, el relato bíblico de Daniel, cuando describe (Daniel 10, 6) a los contactos — seres volantes que le anuncian los hechos venideros con pelos y señales— lo hace de esta forma tan poco divina y, en cambio, tan tecnológicamente avanzada para su época (y ruego al lector preste atención a su descripción de los ojos de estos seres): «Su cuerpo era como el crisólito; la cara, como el fulgor del relámpago; los ojos, como antorchas de fuego; los brazos y las piernas, como el reflejo del bronce pulido; el sonido de sus palabras, como el murmullo de una multitud». Ciertamente, una figura distinta. Que reaparece, con sus refulgentes ojos, en otro pasaje: «Su naturaleza no es como la naturaleza de los hombres» y «su naturaleza es diferente y no es como nosotros; sus ojos son como los rayos del Sol», leemos en el «Fragmento Noachico» del *Libro de Henoch*. Y lo dice Lamech sospechando que el hijo que acaba de dar a luz su mujer Bathenosh no era fruto suyo, sino de un vigilante o hijo del cielo. El singular niño bíblico sería el futuro Noah. Singulares personajes son los que, en la antigüedad, encauzan en un sentido o en otro el destino de los seres humanos, en todas las latitudes del planeta y en todas las culturas. Volvamos a nuestra isla.

Olosipe y Olosaupa —singulares personajes como vimos también— fundaron en Pohnpei el totalitarismo solar encarnado en la figura del Sau Telur. Al ser derrotado el último de éstos por Iso Kalakal, el régimen cambia hacia una federación de reinos en los que funciona una dependencia feudal. De acuerdo con la tradición popular, Iso Kalakal fue el primer Nanamariki de Matolenim y al mismo tiempo de Pohnpei, mientras que su hijo fue el primer Naniken de Matolenim. El primo de éste se trasladaría poco después a Ut, convirtiéndose en primer Nanamariki de este reino, y así sucesivamente, en un ordenamiento social que se ha venido manteniendo inalterable desde entonces hasta hoy. A nivel interno de la isla, naturalmente. Más adelante veremos cómo funciona a grandes rasgos el ensamblaje político de Pohnpei en el mundo moderno y dentro de la actual política de sus relaciones con el resto de naciones del mundo, y concretamente del área del Pacífico. Pero aclaremos ahora conceptos sobre el sistema de reinos instaurado en la isla por Iso Kalakal. Para ello hay que empezar diciendo que Pohnpei está dividida en cinco reinos (llamados hoy distritos por la administración norteamericana) independientes: Net (al norte), Ut (al noreste), Matolenim (al sureste), Kiti (al suroeste), y Sokehs (al noroeste). Cada uno de estos reinos está encabezado por dos jefes principales, conocidos respectivamente por Nanamariki y Naniken. Los reinos están organizados sobre una base feudal y subdivididos en determinado número de secciones, cuyos cabezas son designados por los principales jefes de tribu, manteniendo como vasallos de éstos a los feudos correspondientes. Las secciones a su vez están subdivididas en pequeños núcleos habitados por familias separadas, cuya relación con los cabezas de sección es igualmente feudal. En teoría, toda la tierra pertenece en última instancia al Nanamariki y al Naniken, que reciben tributos regulares y cuyo mandato es absoluto. Cada uno de estos dos jefes principales del reino, el Nanamariki y el Naniken —en cada uno de los cinco reinos— es el primero de una serie de portadores de rango nobiliario sucesivo. Teóricamente, las dos series de títulos —la que encabeza el Nanamariki y la que encabeza el Naniken —son idénticas en cada uno de los cinco reinos. Conviene ahora aclarar la coexistencia de dos jefes máximos en cada reino, cuales son el

Nanamariki y el Naniken, dualidad que supongo tendrá intrigado a más de un lector. Para explicarlo de una forma sencilla y comprensible, y conviniendo en que la existencia de estos dos jefes supremos impone un mecanismo de gobierno que fluctúa siempre en un estado de equilibrio bastante delicado, cabría señalar que el Nanamariki es un dignatario de primer rango, mientras que el Naniken lo es de segundo. Y que el Nanamariki, debido a su personalidad semisagrada, queda formalmente bastante alejado de la población común de su reino, que entra en contacto más directo con el Naniken. El Naniken toma muchas de las decisiones prácticas, consultadas teórica y previamente con el Nanamariki. Es en cierta manera el intercesor del pueblo ante el Nanamariki. Y, en un símil muy vulgarizado, el Nartamariki sería lo que un presidente a un partido político, mientras que el Naniken ocuparía el cargo de secretario general del mismo. Al ocupar su cargo, el Nanamariki debe de conocer una serie de cosas, lugares, piedras y oraciones secretas, y debe de estar igualmente familiarizado con la lengua antigua. Prácticamente nada sabemos de estas circunstancias, excepto el que existen y son de vital importancia para los nativos. Las reglas, los deberes y los beneficios de este sistema de jerarquías feudales son extraordinariamente complejas y de exposición demasiado amplia como para incluirlas en este libro. Valga como expresión de la sumisión de la clase popular a sus jefes, el contenido de esta narración:

«Rigurosamente observaron los pohnpeyanos en tiempos antiguos los preceptos que debían cumplir en el trato con sus montsap». (Jefes). «Nadie debía pisar la casa del montsap. Nadie debía mirar a la mujer del montsap. Si alguien se cruzaba en el camino con la mujer de un montsap, debía esconderse, puesto que no debía mostrarse a la mujer. Cuando alguien se cruzaba en su camino con un montsap, debía acurrucarse en el suelo hasta que el montsap hubiera pasado junto a él; entonces podía levantarse y proseguir su camino. Y cuando el montsap se hallaba en su casa y alguien pasaba por delante de la misma, debía de hacerlo inclinándose hasta que hubiera rebasado la casa; después de lo cual podía volver a erguirse. Y cuando un montsap llamaba a alguien, éste debía contestarle en voz baja, como muestra de respeto hacia el montsap. Cuando por otra parte un montsap le daba algo a alguien, el interesado debía inclinarse y arrodillarse y tomar algo o darle algo al montsap. Cuando el montsap estaba furioso, había que traer mucho sakau y efectuar expiaciones. Y si el montsap estaba muy furioso, tomaba una piedra y la lanzaba contra el responsable, que debía entonces apresurarse a traerle sakau y volver a efectuar expiaciones hasta haber complacido al montsap. Nadie debía comer pescados, cerdos ni perros grandes; y en la época de la cosecha, cuando todos los árboles llevaban frutos, nadie debía comer frutas del pan antes de haberle ofrecido algunas al montsap; después de habérselas ofrecido, podía comer de las mismas». En este contexto quiero señalar que también entre los lamas del Himalaya existe la costumbre de que la persona de rango inferior debe situarse siempre en un plano de estatura inferior a la de rango superior, en señal de respeto hacia la misma.

Interesante para algún lector puede resultar el conocimiento de los títulos nobiliarios en ambas líneas, la del Nanamariki y la del Naniken, por lo que voy a pasar a enumerarlos por orden de importancia, seguido cada uno —siempre que sea posible— de su significado, entre paréntesis. En primer lugar, la línea nobiliaria dependiente del Nanamariki: Nanamariki (señor del control de los títulos), Uasai, Dauk, Noahs (salpicadura de las olas) —observa, lector, que Noah es quien salva a la raza humana de la aniquilación por las olas—, Nahnaua (señor de los halagos, señor querido), Nahnpei (señor de la roca sagrada), Nahn Kiroun Pohn Dake (señor de los economizadores de la reserva), Nahlik Lapalap (gran señor del exterior), Nahnid Lapalap (gran señor de la anguila), Lempuei lapalap (gran bando victorioso), Soudel (maestro de...), Oundolen Ririn (vigía de la montaña de la escalera), Nahntu (señor de...), Isohlap (gran honrado), Kulap (gran...), Muarekehtik (pequeño nanamariki), Kanikihn Sapawas (administrador de Sapawas), Nahnaua Iso (querido señor honrado), Soupwan (maestro de...), Nahnsou Wehi (señor de los maestros de la tribu), Nahnsou Sed (señor de los maestros del mar), Sapuetan, Nahmadoun Oare (señor del pensamiento de Oare), Kiroun (economizador), Kaniki (administrador), Lepen Madau (alteza del océano), Souwel en Uasai (maestro del bosque de Uasai), Nahn Pohnpei (señor de Pohnpei), Oun Pohnpei (vigía de Pohnpei), Oundol (vigía de la montaña), Sou Madau (maestro del océano), Nahn Kirou (señor de los economizadores), Nahnkei (señor de...), Luhennos (resto de los Noahs), Lepen (alteza), Ou (vigía), Nahniau (señor de la boca), Oaron Pwutak (congregador de los muchachos), Kaniki Ririn (administrador de la escalera), Lepen

Ririn (el más elevado de la escalera), Sou Wene (maestro de Wene). Hasta aquí, la cadena nobiliaria que parte de la figura del Nanamariki. Veamos ahora la segunda línea nobiliaria, que nace en el Naniken: Naniken (señor de...), Nahlaimw (señor de...), Nahsau Ririn (señor de los maestros de la escalera), Nahnapas (señor de...), Nahmadaun Itet (señor del pensamiento de Itet), Souwel Lapalap (gran maestro del bosque), Lepen Ririn (el más elevado de la escalera), Ou Ririn (vigía de la escalera), Nahn Pohnpei (señor de Pohnpei), Oun Pohnpei (vigía de Pohnpei), Kaniki Ririn (administrador de la escalera), Nahnku (señor de...), Kaniki (administrador), Kiroulikiak (economizador de...), Oun Sapawas (vigía de Sapawas), Isohlap (gran honrado), Soulikin Soledi (maestro del exterior de...), Lempuei Lapalap (gran bando victorioso), Lepen (alteza), Nahnpei Ririn (señor de la roca sagrada de la escalera), Sou Madau (maestro del océano), Ou (vigía), Kulap (gran...), Nahn Kirou (señor de los economizadores), Nahnkei (señor de...), Nahmadaun Pehleing (señor del pensamiento del cielo inferior), Soupwan (maestro de...), Oundol (vigía de la montaña), Nahnsou (señor de los maestros), Soulik (maestro del exterior), Kiroun (economizador), Soulikin Dol (maestro del exterior de la montaña), Nahntu (señor de...), Mwarekehtik (pequeño nanamariki), Soulikin Sapawas (maestro del exterior de Sapawas), Lempwei Ririn (flanco victorioso de la escalera), Nahnsomw en Ririn (señor de... de la escalera), Nahnsaumw en Wehi (señor de... de la tribu), Kanikihn Sapawas (administrador de Sapawas), Nahn Kirou Ririn (señor de los economizadores de la escalera), Nahnid Lapalap (gran señor de la anguila), Oundolen Ririn (vigía de la montaña de la escalera), Oaron Maka (colector de los campos de bananas), Kiroun Dolehtik (economizador de «montaña pequeña»), Sou Maka (maestro de los campos de bananas).

Mirando la obra creada por Iso Kalakal en la isla desde una perspectiva de un proyecto de control mundial de los núcleos humanos, parece claro que vino para inyectar una mayor complejidad en la estructura de control del área concreta de la isla. Cuanto más diversificadas se van haciendo, a medida que crece la raza humana como tal, las bases y los peldaños intermedios de la pirámide del control mundial, menos posibilidad tiene cada uno de los bloques de los estratos inferiores e intermedios de conocer la identidad y el propósito real de la cúspide de la pirámide. «Divide y vencerás».

Entre los elementos que forman parte de la narración de Iso Kalakal, figuraban los gigantes, insinuados en las palmeras que asustaron a los integrantes de la expedición con motivo de su primer avistamiento de las costas de Pohnpei. ¿Existen gigantes en la memoria tribal de los habitantes de la isla? Desde luego, existen. Y el tema ya saltó a la palestra durante mi encuentro con Masao, a raíz de la tibia gigante hallada en Nan Matol y de cuya existencia me hablara anteriormente ya el responsable de los servicios de información de los Estados Federados de Micronesia, Ketson Johnson, tal y como ya lo reflejé en páginas anteriores. Antes de pasar a reproducir lo que las narraciones populares recuerdan de la época de los gigantes, quiero dejar constancia aquí de un hallazgo realizado por aquellas latitudes años atrás. Lamento no poder ofrecer aquí, en este libro, los nombres, cargos y localización de las personas implicadas en este hallazgo, dado que mi investigación no ha finalizado en este aspecto, y mi compromiso de respeto de anonimato está por encima de lo que pueda pensar de mí el lector desconfiado. Conozco todas las interpretaciones que semejante postura puede acarrear. Desde la más seria y rigurosa hasta aquella que deduce de ella que me estoy inventando la historia. Asumo sin titubeo esta última imagen, porque por encima de ella está la necesidad de transmitir unos datos cuya constancia aquí sirva, en el caso de que no llegara yo al final de esta historia, para que alguien en algún momento futuro los tenga presentes y no caigan en el olvido. Los datos hasta hoy recogidos apuntan hacia el hecho de que entre los años 1975-1976 fue localizado en el área comprendida entre los paralelos 3° N y 15° N y los meridianos 155° E y 174° E —según las informaciones más precisas en un enclave coralífero de Wotho Atoll o del cercano Lae Atoll, pero este extremo no lo he podido confirmar todavía— un artefacto —volante según una de las fuentes, estático según otra— que contenía el cuerpo de un ser de tamaño superior al humano, enfundado en una especie de traje de materia desconocida pero aparentemente metálica. Afirman dos de las fuentes que el citado cuerpo estaba cargado con algún tipo de radiación, pero este extremo está igualmente pendiente de confirmación. Según todos los indicios, el artefacto fue trasladado a una base norteamericana del área californiana. Ahí se pierde la pista. El primer indicio de este hallazgo, que en principio se me planteó de forma sensiblemente

distinta, procede de un alto cargo del Gobierno de los Estados Federados de Micronesia, siéndome inopinadamente confirmado con posterioridad por un informante en Europa cuando supo que había estado efectuando investigaciones en la isla de Pohnpei. Los datos aportados por esta segunda fuente —a quien desde aquí agradezco a título anónimo su aportación— me sirvieron para afinar el tiro y comprender en otra dimensión la notificación que se me había dado en la isla, después de lo cual el hilo de la indagación me llevó hasta la Agencia de Inteligencia de la Defensa (DÍA) norteamericana, para irse ramificando desde allí a otros departamentos, en los que actualmente sigue consumiéndose la mecha. Falta saber si el final de ésta está mojado o conecta efectivamente con un detonante importante. De todas formas cabe aún la posibilidad de que la información primera que obtuve sin pedirla en Pohnpei, y la segunda que obtuve también sin pedirla en Europa, se refieren a dos acontecimientos distintos, ya que hay algunos datos ostensiblemente divergentes a primera vista. En tal caso, la cosa sería mucho más interesante aún, si bien el desarrollo de la misma bastante más complejo. Pero dejemos aquí este tema y vayamos ya a lo que los pohnpeyanos recuerdan con referencia a seres de talla gigante.

Todavía antes, un inciso: Bill S. Ballinger, en su libro *Lost City of Stone — The Story of Nan Madol, The «Atlantis» of the Pacific* (La perdida ciudad de piedra: la historia de Nan Madol, la «Atlántida» del Pacífico), escribe, refiriéndose a las ruinas de Nan Matol: «Se informa que una excavación japonesa en 1928, cuando el Japón ejercía el mandato sobre las Carolinas después de la Segunda Guerra Mundial, extrajo de aquí huesos de gran antigüedad; huesos mucho más grandes que los de talla normal pohnpeyana». Aunque conviene tenerlo presente, también hay que convenir en que es un dato ciertamente vago. Pese a mis intentos, me ha sido imposible hasta hoy contactar con el citado autor para ampliar detalles sobre esta afirmación. Tampoco mis contactos con arqueólogos japoneses que han operado en la zona han aportado nada nuevo sobre el particular, si bien esto ya entra dentro de la lamentable normalidad en estos casos.

Antes de pasar a las narraciones, vuelvo sobre lo que explican los actuales depositarios de la tradición. En aquella inolvidable entrevista con Masao salió también a colación el tema de los gigantes. Y Masao no vaciló al afirmar que hoy ya no existían en la isla, pero que sí existieron tres tipos de seres humanoides gigantes en la antigüedad, de acuerdo con las nociones transmitidas por los conocedores de la tradición. Un tipo estaba integrado por individuos cuya piel era como la nuestra, y que podían volar surgiendo del océano. Otro tipo se asemejaba a los simios, y estos seres también volaban surgiendo del océano.

Es curioso observar una vez más que también en la epopeya india del *Ramayana* —y estamos reiteradamente aportando similitudes de fenómenos pohnpeyanos con otros de las áreas asiática y americana que conectan en tiempos remotos con la historia de la isla— se afirma de su protagonista Rama: «Mientras el gran mono volaba sobre las olas, el aire contenido en las cavidades de su cuerpo producía los ruidos de una nube de tormenta; y hubiera podido compararse con un meteoro que, con su luminosa cola, desde las regiones superiores se precipitara, atravesando el espacio». Y concluyó Masao afirmando que el tercer tipo de gigantes estaba integrado por los más grandes de todos. Éstos no volaban, sino que trabajaban debajo del océano. En este contexto, también apuntó Masao que debajo de Nan Matol existe, de acuerdo con el conocimiento oculto de la isla, una gran ciudad. Recordemos que Pensile aducía el dato de que Olosipe y Olosaupá construyeron Nan Matol precisamente en aquel enclave porque allí vieron luces debajo del agua, y debo añadir aquí que también Pensile me confirmó la tradición de la existencia de una ciudad debajo de Nan Matol, ciudad conocida por los iniciados con el nombre de Kahnimweiso, la «ciudad de nadie», perteneciente a ciertos espíritus que viven en el mar, e insisto en que el concepto de espíritu se difumina con harta frecuencia en las narraciones pohnpeyanas con los de las divinidades y con las de seres antropomorfos que realizan acciones que los humanos son incapaces de efectuar (en un fenómeno de ambigüedad descriptiva por parte del observador comparable, en cierto modo, a la que comporta la figura de los ángeles en los textos bíblicos). Pensile Lawrence me indicó igualmente que en los montes de Salapwuk y grabada en el piso de basalto, podía verse la huella de un pie gigante que aproximadamente mediría unos siete pies de largo.

Islas de gigantes: ya Jurien de la Gravière, que recaló en Pohnpei en marzo de 1848 a bordo de la corbeta francesa *La Bayonnaise*, dejó escrito en su obra *Voyage en Chine pendant les années 1847-1850* (Viaje a China durante los años 1847-1850) que «las tradiciones se remontan en Pohnpei hasta las fabulosas épocas en que una raza de gigantes poblaba el mundo insular polinésico». Y Paul Hambruch apunta en 1910: «Al igual que en Kusaie y en las islas cercanas a Truk, proliferan las historias que hacen referencia a una raza de gigantes de piel clara, los Kona, que procedían del sur y devoraban hombres. Se dice que están enterrados en las «tumbas de gigantes», una de las cuales me fue mostrada en Kipar, en Kiti, y otra en Tsap o takai. Estas tumbas son terraplenes de 20 a 25 metros de largo, 4 metros de ancho y 2½0 a 3 metros de altura». Nadie hasta hoy ha acometido la tarea de averiguar qué se esconde en estos terraplenes. Tampoco nadie se molestó nunca en buscarlos. Hambruch añade en sus notas que no le fue posible iniciar una excavación por falta de los medios adecuados. Nosotros tampoco pudimos ya acercarnos a estas tumbas por la simple razón de que hallamos en la isla muchos más puntos y personajes de interés de los inicialmente previstos para la duración de nuestra estancia allí. Pohnpei sigue siendo, al menos para mí, un punto de cita capital en el cual dejé muchos cabos sueltos que hay que seguir investigando con muchísima más disponibilidad de medios y de tiempo, con audacia y —repito— con el sigilo del silencio.

Dado que las historias completas se harían largas y por ende pesadas para el lector, seleccionaré ahora algunos pasajes de aquellas en que aparecen mencionados los gigantes como raza que habitó el lugar en épocas remotas. Así, la «Historia del muchacho que echó a los gigantes de Mutok», comienza afirmando que «un grupo de hombres muy fuertes dominaba antaño Mutok; esta clase de hombres se llamaba "gigantes"». Y la «Historia de dos gigantes» reza: «En tiempos antiguos hubo aún otro tipo de hombres en Pohnpei. Eran muy fuertes, muy altos y largos. Median de 10 a 20 brazas de largo. También eran muy fuertes. Pero tenían buenas intenciones, no mataban ni combatían a los hombres, sino que se combatían entre sí. Algunos de ellos se llamaban: Uar rikerik, Uar tintin, Sau muin kap en pil, Uar i Kitam y Koliran. Éstos son algunos de sus nombres. Cierta día Sau muin kap en pil y Uar i Kitam estaban trabajando juntos en Sokoleh. Pero su construcción no acababa de tener éxito, puesto que un pulpo y un pájaro se estaban peleando en el mar y ocasionaron un fuerte oleaje. Sau muin kap en pil pidió entonces a Uar i Kitam que fuera a ver cuál era la causa de la destrucción de su obra. Uar i Kitam fue a ver y halló al pulpo y a pájaro enzarzados en una pelea en el mar, les dio muerte y los comió. A causa de ello le invadió un fuerte calor, intentó regresar a casa y se tumbó en un lugar llamado Nan uon iap y se quedó inmóvil, puesto que estaba excesivamente acalorado por haber ingerido el pulpo y el pájaro. Entonces bajó del cielo un hombre llamado Sauria, que tomó un coco y se lo colocó debajo de la cabeza. Y Sau muin kap en pil seguía esperando. Como su compañero no regresaba, decidió ir en su busca y lo halló finalmente estirado en Nan uon iap. Se encolerizó por ello Sau muin kap en pil, calentó unas piedras, las introdujo en la boca de Uar i Kitam y lo mató». La narración «De los tiempos antiguos» insiste: «Hubo diversos tipos de hombres, ya que algunos eran muy fuertes. Tan fuertes eran, que eran capaces de levantar mil libras; este tipo de hombres se llamaban gigantes, eran inmensamente altos; por ello eran también tan fuertes». Finalmente, la narración «El gigante del mar y el gigante de tierra», termina con estas frases: «Luego tomó al Kaneki en matau lapalap, lo golpeó contra su rodilla, le quebró con ello la espalda y lo mató. Después de lo cual se convirtió en dueño del país, este hombre que tan fuerte era, y esta clase de seres se llaman gigantes. Estos seres eran fuertes y dominaban la magia, por lo cual eran temidos por los espíritus comunes. Los espíritus también les ayudaban en su quehacer, en sus acciones y en sus milagros. Estos seres ya no existen en Pohnpei».



## SALAPWUK

Adentrarse en las espesuras de los montes de Salapwuk, en el reino de Kiti, puede llegar a constituirse en una de las experiencias más cautivantes en la vida de cualquier persona que busca. Como puede ser también un sendero sin retorno. O simplemente una excursión por la jungla. Todo depende de la motivación con que uno emprende la ascensión hasta el núcleo habitado más elevado de Pohnpei, que es al mismo tiempo el enclave habitado que más alejado de la costa —o sea, más hacia el interior de la isla— se halla. Para mí, y a pesar de haber estado allí, y además precisamente por haber estado allí, sigue siendo un reto pendiente. Un lugar al que hay que volver para escuchar mucho, ver algo, y callar.

Desde los primeros días de nuestra estancia en la isla nos dimos cuenta de la importancia que revestía este lugar, del que ningún viajero anterior informaba y de cuya existencia no había tenido conocimiento anteriormente. De hecho, Salapwuk nació para mí en el momento en que tuve conocimiento de la narración iniciática de la llegada de la primera canoa con las nueve parejas a la roca que emergía del mar. Porque esta roca, de acuerdo con la tradición isleña, se halla en Salapwuk. Allí estaba el germen inicial de todo cuanto tiene que ver con los misterios de Pohnpei. Tanto es así que no dudamos en posponer nuestra visita a Nan Matol para internarnos primero en las espesuras de Kiti. Ya el mismo nombre de Salapwuk remite a un puntual conocimiento del esoterismo planetario. Damián Sohl, el repetido lingüista que consulté en Pohnpei, no supo o no quiso explicarme el significado del topónimo Salapwuk. Me dijo simplemente que no tenía significado. Por lo tanto, no tenía traducción. Lo cual me confirma una vez más la autenticidad, universalidad, profundidad y hermetismo del saber de los Sau Rakim. Puesto que pwuk sí tiene significado, y además el único que podía tener: al lingüista atento no se le escapa el detalle de que el verbo pwuke significa anudar, y que este verbo forma parte de una familia de significados expresados a partir de la radical pwuk, que nos remite a conceptos concretos cuales son el nódulo, el nudo, y, en una acepción muy concisa, y aplicada en construcción a la piedra angular o primera piedra, significa eso: piedra. ¿Y no se halla precisamente aquí en Salapwuk la primera piedra, la primera roca del génesis de todo cuanto está relacionado con Pohnpei? ¿No se halla precisamente aquí el nódulo al que se anudan todos cuantos misterios iniciáticos han sido legados a los habitantes de la isla? En cuanto al otro elemento, Sal(a), que completa el significado del concepto Salapwuk, ruego al lector repase atentamente cuando dejé apuntado en el capítulo «En una urna de cristal» del repetido libro *Las nubes del engaño*, escrito —para quien le valga el dato— antes de tener yo conocimiento de la existencia de Salapwuk. Este elemento señala la cristalización de una obra importante.

Allí estaba, pues, el primer enigma. Había que ir y ver, una vez más. De forma que, establecidos los contactos pertinentes (sin los cuales no vale ni la pena ponerse en marcha), enfilamos por segunda vez desde nuestra llegada a la isla la carretera que desde Colonia se dirige hacia el sur, por la costa occidental. Con nuestro «Toyota» llegamos hasta los tres barracones de la escuela rural de Wenik (Wenik School), que queda unos 400 metros antes de alcanzar el curso del Lehn Diepei, en el corazón ya del reino de Kiti. 50 metros antes de esta escuela hay que desviarse a la izquierda del camino —hace muchos kilómetros que dejó de ser carretera de tierra— para comenzar a ascender por otro camino más estrecho en dirección a los montes de Salapwuk. Recorridos los 150 primeros metros de este nuevo camino hay que desistir ya del automóvil, incapaz ya de sortear las hondas regatas que las frecuentes lluvias renuevan y ahondan una y otra vez en el enfangado suelo. Cerramos pues el coche, aparcado a un lado del camino, y continuamos la marcha a pie. En busca del lago de agua dulce en el que —de acuerdo con lo que nos narró Johnny Hadley, el primo de Masao— en las alturas de Kiti crecía la misma hierba que crecía abajo en el mar. En busca de lo que albergaba aquel lugar que, según me dijera el propio Masao, señalizaba que Pohnpei es un enclave sagrado. En busca del significado último de Salapwuk: cuando le pregunté a Masao acerca del significado de este nombre, no me contestó como Damián Sohl con una ignorancia real o evasiva, sino con la respuesta del que sabe que solamente debe entregar el conocimiento a quien es capaz y por lo tanto merecedor de interpretarlo. Ésta fue su respuesta: «Allí hay una roca. Cuando la veas sabrás por qué se llama Salapwuk». Pero, simultáneamente, me advirtió: «Si logras subir con los contactos adecuados a las montañas, los

celadores del lugar te mostrarán algo si creen que eres merecedor de ello. Pero jamás te permitirán ver las cosas secretas que allí hay». Poco faltaría para que nos lo confirmaran los hechos y los celadores del lugar, por boca del portavoz visible de su tradición, Pernis Washington: «Mañana, si no llueve, os llevaremos a lugares que ningún extranjero ha visitado jamás». Me jugué mi conexión a una sola carta. Observé los nubarrones y le contesté: «Mañana es imposible que llueva en Salapwuk». Pernis se sonrió, al igual que su voluminosa mujer. Machete en mano, su yerno y los demás celadores del lugar seguían serios, en uno de los momentos más tensos de nuestra estancia en Pohnpei. Acababa de hacer una afirmación imposible. Pero al día siguiente nos levantamos temprano y emprendimos una dura marcha. En un lugar en el que llueve prácticamente a diario, aquel día, el 17 de marzo de 1984, no cayó una sola gota. Era noche de Luna llena. Cuando regresamos, el venerado Pernis me confesó que, aparte de que habíamos llegado a lugares que ningún extranjero había pisado ni visto, porque ellos sistemáticamente —a los contados que habían llegado a aquellos parajes— los habían despistado llevándoles a enclaves ficticios sin trascendencia alguna, tampoco ninguno de ellos insistía en permanecer en el lugar ni ponerse en marcha montaña arriba porque indefectiblemente en los días propuestos había llovido de modo torrencial. La excepción marcada por nuestra visita y reforzada por mi firme anuncio la víspera anterior de que no llovería aquel día en Salapwuk, provocó en Pernis Washington la promesa de que en una próxima visita vería más cosas y lugares más interesantes de los visitados. Quedó así sellado un mutuo respeto que ya se inició el día anterior con un primer tanteo e intercambio de conocimientos. Aún en el capítulo meteorológico debo apuntar que aquí en Salapwuk, en épocas pasadas en que se había producido alguna sequía anómala, los lugareños se trasladaban a la piedra o roca original para invocar allí la llegada de la lluvia, fenómeno que a renglón seguido se producía indefectiblemente, después de haber clavado el sacerdote una vara en una abertura del terreno. Es exactamente la historia que nos contó en 1976 el superior del santuario de Aishmuqam, en la ruta de los mercaderes que desde el Afganistán se dirigían a la capital de Cachemira, Srinagar. Nos mostró allí un recinto cerrado al que no pudimos acceder, y que albergaba lo que para ellos era la cornamenta del «carnero de dios», así como lo que ellos denominan el «bastón de Musa (Moisés)». Únicamente se abría aquel recinto en épocas de sequía o de epidemia, para implorar allí la llegada de la lluvia o del fin de la enfermedad, peticiones que eran —también aquí— invariablemente atendidas. Pero regresemos al inicio de nuestro ascenso a Salapwuk.

Cuando hubimos cerrado el coche fuimos en busca del primer contacto que debía indicarnos el camino a seguir. Localizado sin mayor esfuerzo en Nanmand, rebasamos con él los pequeños núcleos habitados de Ninlong y de Nan Paremwed, para continuar el ascenso y cruzar poco después el curso del Pilen Pwadapwad. A partir de aquí, el sendero se hace solitario, debiendo atravesarse, en fila india la mayor parte del camino, una región selvática en la que de vez en cuando se abre algún pequeño prado. Ya bastante arriba, vimos por vez primera algo de lo mucho que los habitantes de la costa —o sea la práctica totalidad de pohnpeyanos— ni siquiera conocen. Algo que ningún extranjero había reportado en ningún pasaje de la extensa bibliografía que revisé sobre la isla. De repente, tuvimos que hacernos a un lado del camino para dejar paso a una auténtica narria tirada por un carabao. El detalle de la existencia y uso actual de narias en por lo menos el interior de la isla tiene su importancia. Por una parte muestra que la rueda era desconocida en Pohnpei hasta la llegada de las bicicletas, motocicletas y automóviles. Y esto debe tenerse en cuenta cuando se barajan las posibilidades de transporte convencional de los bloques de basalto, en épocas remotas, desde un punto de la isla a otro: léase a la zona coralífera de Nan Matol. Y también cuando se barajan las posibilidades de superposición de los pesados bloques hasta una altura de 10 metros —cual es el caso de los muros de Nan Tauas—, por cuanto si no era conocida la rueda, tampoco lo era lógicamente la polea. Por otra parte, tengo entendido que narias similares se usan en Filipinas y en Guam. Pero quien ha popularizado el uso de la narria —o quien ha logrado irradiar al mundo entero la estampa del caballo o del perro que tira de una narria— son los indios norteamericanos. Vuelvo a insistir en el detalle de que algunos de éstos tienen claro que proceden del océano Pacífico. Sé perfectamente que el caballo no existió en América hasta época relativamente reciente, y que tampoco el carabao existió antiguamente en Pohnpei. Pero la noción de la narria debe proceder de una época más primitiva en que se debía usar para algún sistema de tiro animal que desconocemos. El conocimiento de su existencia pasó a aplicarse

indefectiblemente a uno y otro animal, respectivamente, en América y en Oceanía. Otro animal cuya existencia en su propia isla desconocen los pohnpeyanos y por desdichado los escasos extranjeros que por aquí han recalado, es el ciervo. Solamente Paul Hambruch menciona su efímero paso por Pohnpei, cuando escribe: «En 1904 se importaron 4 piezas de ganado vacuno, 37 ovejas, 36 cabras, 1 caballo semental. También se soltaron en la jungla 3 ciervos de Saipan, 11 faisanes y 21 codornices de Hong Kong. En 1909, de estos animales ya no quedaba ni rastro; únicamente parecía aclimatarse el ganado vacuno». Pues nosotros sí dimos con la existencia de ciervos en los montes de Pohnpei. El yerno de Pernis Washington, Yosio Palab, los caza sin mayor extrañeza, como pudimos comprobar durante nuestra convivencia con él.

Nos hallábamos ya en el último tramo de nuestro ascenso hacia el impenetrable por sigilosamente vigilado lugar tabú por excelencia de la isla. De los muchos lugares que son tabú en Pohnpei, Salapwuk es sin discusión el más sagrado, íbamos ascendiendo con la certeza de que no llegaríamos a saber qué es lo que allí se ocultaba en realidad. Pero había que intentar llegar lo más lejos posible. Cuando por fin alcanzamos las cabañas en que vivía con su familia Pernis Washington, el más alto celador de los lugares sagrados de Salapwuk que tendríamos ocasión de conocer personalmente, no tardaríamos en advertir que los distintos vigías estaban informados de nuestra presencia. En un atardecer inolvidable, mantuve una intensa y difícil conversación con Pernis, durante la cual, e intentando por mi parte no perder en ningún momento el talante amistoso de la misma, nos entregamos, a modo de tarjeta de presentación, a un progresivo intercambio de informaciones acerca de la importancia del lugar en el que nos hallábamos. Pernis desde el primer momento no permitió que nuestra acompañante, Carmelida Gargina, actuara de intérprete, para cuya función asignó a uno de sus hijos, en un gesto idéntico al que anteriormente ya aplicó Masao durante nuestro ya referido encuentro. Mas Pernis Washington fue más tajante en su severidad, al advertirle a Carmelida que cuanto allí escuchase a partir de aquel momento debía considerarlo un secreto no escuchado por ella. Solamente tenía una opción: el silencio. A lo que ella se limitó a contestar: «Si estuviera loca, hablaría». Mutuo silencio sobre lo que allí se hablaría fue también la condición previa a nuestra conversación, compromiso que por supuesto no voy a romper, por lo cual solamente reflejaré aquí aquello que no atañe al mismo. Quien a causa de esta actitud mía dude de lo que estoy diciendo o de mi testimonio personal, debe saber primero que, ante todo, soy un buscador; y que jamás pondré en juego la continuación de mi búsqueda por un error de divulgación de conocimientos adquiridos bajo compromiso de silencio. Todo, en esta vida, se sabrá a su debido momento. Pero solamente entonces, cuando este debido momento haya llegado. No antes. No es recomendable ocupar un edificio cuando está aún en fase de construcción. Es mucho más ventajoso aguardar a su terminación y habitarlo entonces consecuentemente. Y a quien a pesar de todo dude de mi honestidad, que haga lo que yo hice: que vaya y vea. Tiene la ventaja de que le estoy proporcionando en estas páginas un caudal de información y de indicaciones que yo me tuve que proporcionar una a una, sobre el terreno y en archivos y bibliotecas, porque eso no estaba hecho. Pero si decides ir, lector, ve con el conocimiento de causa y con el criterio suficiente como para no echar a perder lo poco que se ha conseguido. Porque ese edificio no creo que sea fácil volverlo a reconstruir. Por fin, antes de la cena, logré arrancarle a Pernis la autorización para poder visitar, al día siguiente y bajo la ya comentada condición de que no lloviera, lugares sagrados prohibidos y reveladores diseminados por parajes aún más elevados de aquellos montes. Se acordó que nos acompañaría uno de los hijos de Pernis, que durante todo el resto de la velada se mantuvo apartado enfrascado en la lectura de textos que no tuve oportunidad de observar de cerca para averiguar su importancia o su objeto. Quiero aquí resaltar el rigor con que efectivamente se transmite la tradición en Pohnpei, a juzgar por el detalle de que tanto durante mi entrevista con Masao como durante las varias charlas mantenidas con Pernis Washington en Salapwuk, los respectivos hijos-intérpretes manifestaron en varias ocasiones su desconocimiento anterior de algunas de las cosas ya más reservadas que allí estaban escuchando. Incluso uno de ellos en determinado momento llegó a confesarme que no entendía palabra de lo que me estaba diciendo, pero que hacía de fiel intérprete de lo que su padre le estaba contando.

Ocurrió algo, sin embargo, que hizo que se volviera a cerrar un poco más esta primera puerta que se había abierto en Salapwuk. Sigo sin saber qué fue. Al poco de haber finalizado mi largo mano a mano con

Pernis, el celador —insisto: visible; que no máximo— de Salapwuk, acudieron a la pequeña claridad en la espesura que se extendía ante su cabaña familiar una serie de hombres, con alguno de los cuales nos habíamos cruzado ya en nuestro camino de ascenso, bastante más abajo. Acudieron pues desde zonas más bajas y también desde otras más altas de los montes. Y en un momento nos vimos acosados por primero tres, e inmediatamente dos más, en total cinco de aquellos guardianes de Salapwuk que, machete en mano y a dos palmos de nosotros —que estábamos hombro con hombro intentando captar aquella situación de cuya escena se había esfumado inadvertidamente Carmelida— imponían la prudencia por encima de cualquier otra reacción. Tuvimos el segundo justo para confirmarnos mutuamente que aquello se salía de lo normal y podía derivar en algo feo si dábamos un paso en falso, cuando comenzaron a someterme alternativamente los cinco a un severo interrogatorio acerca de los motivos por los cuales habíamos subido hasta allí. Pernis Washington estaba sentado a pocos metros de esta escena, por lo cual les intenté convencer a los cinco macheteros de que eso ya lo acababa de discutir ampliamente con Pernis, que a fin de cuentas era el responsable del lugar. Pero ni Washington pareció tener interés alguno en intervenir en apoyo mío, ni mis interrogadores dieron la más mínima muestra de estar satisfechos con mi alegación. Que eso ya lo sabían. Pero que cantara de una vez cuál era el motivo auténtico de nuestra presencia en Salapwuk. Les dije lo menos posible y logré que desistieran de su empeño al cabo de un buen rato de esfuerzos por no perder parte del terreno ganado. Para restarle gravedad a la tensión que evidentemente se había creado (podía cortarse el aire con el machete), optamos por darnos una vuelta por las espesuras colindantes, a sacarle fotos a la Luna que asomaba de vez en cuando entre nubarrones, palmeras y techos de palma de las cabañas, y a comentar animosamente en qué dirección caían los distintos puntos cardinales, para ubicar nuestra situación. El escenario y la ambientación, tan imborrables como inenarrables. Se trataba de demostrar que de allí no me volvía yo con las manos vacías. Y como esto lo estaba dejando claro, Pernis Washington tomó el relevo para atacar con la ya comentada advertencia de que mañana nos pondríamos en camino siempre y cuando no lloviese. Afortunadamente ahí no vacilé en mi firmeza al afirmar que era imposible que al día siguiente lloviera en Salapwuk.

Íbamos a tener ocasión de disfrutar de nuestra segunda cena de gala desde que llegamos a la isla. El primer agasajo que nos permitió vivir con los nativos lo que es una auténtica fiesta familiar tradicional nos lo había proporcionado el apellido materno de Miquel: Torras. Resulta que sabedores de la estancia en la isla de una persona con semejante apellido, los integrantes de la familia Dores (originalmente Torres), dieron por supuesto que se trataba de un primo suyo, ya que ellos sabían que su abuelo, Isidro Torres, era oriundo de España. Así, pues, nos invitaron a sus posesiones, que ocupan buena parte del islote de Takaieu, en el interior de la barrera de coral y frente a la costa nororiental de Pohnpei. Trasladados en canoa hasta este islote, probamos allí el curioso fruto que ellos llaman manzana, pero que tiene forma de pera pequeña, piel roja, pulpa blanca esponjosa y un refrescante sabor ácido. También fuimos coronados con corona de flores blancas, y agasajados con cocos de agua y sendas conchas de caracola, una de ellas agujereada para transformarla en instrumento de viento mediante el cual se comunican los isleños a modo de teléfono inalámbrico, a la vez que su sonido puede anunciar el inicio de las hostilidades en caso de confrontación. Después de la comida, tomamos aquí también nuestro primer sakau. Tanto aquí, como en Salapwuk, las comidas, el ceremonial del sakau y la convivencia con los nativos supuso un contacto vivo con ellos y una participación activa en sus costumbres que es difícil vivir si uno se queda únicamente en la rudimentaria capital, Colonia. Como en todos los lugares del mundo, uno tiene que alejarse de las rutas comerciales y adentrarse en las tierras de cada región para enterarse de lo que allí se cuece. Con Vicente Dores fumamos también nuestra primera marru pohnpeyana. Marra es el nombre familiar para la marruana, cuyas pequeñas plantaciones proliferan por la isla. Ciertamente floja debido al exceso de humedad y falta de sol, la marihuana fue introducida por miembros del cuerpo de paz norteamericano (US Army Civic Action Team), siendo inexistente anteriormente en la isla. Está oficialmente prohibida, destruyéndose las plantaciones cuando son detectadas, si bien su dueño no es penado adicionalmente. En puntos concretos de Colonia pueden obtenerse canutos ya liados al precio de un dólar. Pero regresemos a la primera noche de Salapwuk.

Sentados en cuclillas, Pernis Washington nos invitó a que comenzáramos a dar la mejor cuenta

posible de los platos que teníamos ante nosotros: arroz, ñame, pescado, plátano frito, y corned beef de importación, suelen ser la base de estas comidas. Durante la cena seguimos hablando con Pernis acerca de la trascendencia de Salapwuk en la historia del génesis de la isla, pero ya con menos profundidad debido a la presencia de otros familiares y vecinos de las montañas. Su mujer seguía con gran atención nuestras conversaciones y le iba dando el visto bueno para las cosas que podía decir. Ello se debe a que la mujer aprende sistemáticamente la tradición familiar. También cabe señalar que —dentro del complicado ordenamiento social tradicional pohnpeyano— si bien el padre y marido es quien ejerce el poder paterno sobre los hijos, éstos se adscriben únicamente al clan de la madre, guiándose por la casta de ésta en lo que a sus pretensiones se refiere. Tal vez convenga añadir aquí un dato que —inserto en la memoria popular de los pohnpeyanos a partir de algún hecho concreto— aflora en más de una narración antigua, y que puede constituir tema de estudio para algún etnólogo o sociólogo: la vida para las niñas y la muerte para los niños. Así lo proclama por ejemplo la historia de Lap en Not: «Lap en Not tuvo por parientes a dos mujeres que vivían en Langer. Ambas quedaron encinta simultáneamente, y también parieron el mismo día. La noticia llegó hasta Lap en Not. Éste envió a Sau Kampul para que averiguara detalles. Si eran dos niñas, debía llevárselas; si eran dos niños, debía matarlos». De forma prácticamente idéntica comienza esta otra narración: «Vivía en Uona una mujer llamada Limaruserus. Cierta día, su marido quiso emprender un viaje para ir a visitar a Sau ni rak y Lap en ni rak. Antes de partir, instruyó a su mujer respecto a lo que debía hacer si paría durante su ausencia: si se trataba de un niño, debía matarlo; si le nacía una niña, debía conservar su vida». Son solamente dos muestras de una circunstancia que, como digo, se repite en bastantes narraciones de las tradiciones pohnpeyanas. Pero estábamos cenando con los celadores de Salapwuk. Como colofón a esta cena, quiero referirme a la bebida. Así como abajo, en las regiones costeras y concretamente por ejemplo en el almuerzo que nos ofreció la familia Dores, la comida se acompaña del refrescante y nutritivo líquido de los cocos (que en Pohnpei casi exclusivamente se aprovechan como bebida, no como comida), Pernis Washington me deparó por segunda vez en mi vida, y por segunda vez en una montaña sagrada, la agradable sensación de estar ingiriendo una bebida en señal de pacto, de respeto y de hermandad. Me gusta el té y me gustan las hierbas. Las tomo siempre que alguien sabe cómo prepararlas. Pero solamente en dos ocasiones experimenté el sentido trascendente del acto de la bebida. La primera fue con Wali Reshi, en el monte Nebu, en las estribaciones del Himalaya, quien en su viejo samovar me preparó una infusión de hierbabuena como nunca antes ni después volví a probar, y la segunda fue la infusión de mato (corteza de árbol de la canela) que nos preparó y sirvió personalmente, aquí en los montes de Salapwuk, Pernis Washington. Ambos, celadores de antiquísimos enclaves sagrados. Ambos, aislados en sus reducidísimas comunidades del resto del mundo que les rodea: Wali Reshi es el actual encargado de la milenaria salvaguarda del monte que alberga la sepultura del cuerpo del profeta del Libro; Pernis Washington es el actual encargado de la milenaria salvaguarda de la roca original y del lugar del primer desembarco humano en la isla de Pohnpei.

Una vez finalizada la cena, comenzaron los preparativos de la ceremonia del sakau, en la cual ya habíamos participado anteriormente en el islote de los Dores. La ceremonia del sakau es celebrada por todos los pohnpeyanos diariamente, al anochecer. En familia generalmente, pero en muchas ocasiones acompañados por sus vecinos más cercanos, en gran comunidad familiar. Esta ceremonia tiene una importancia capital en la vida insular. Tanto es así, que en el escudo o emblema oficial del actual Estado de Ponape (Pohnpei), aparecen tanto las ruinas de Nan Matol como la mitad de un coco conteniendo el sakau. No faltó quien nos aseguró incluso que el pohnpeyano vive exclusivamente para el sakau. Cumple múltiples funciones. Entre las cuales, la de la pipa de la paz entre los indios norteamericanos. Cuando dos pohnpeyanos discuten de tal forma que se dan cuenta de que acabarían llegando a las manos, se proponen mutuamente una tregua para tomar juntos el sakau, después de lo cual les vence el sopor, duermen y mañana será otro día. Naturalmente, ésta es la situación ideal, que no siempre se cumple. El ritual es el siguiente: en primer lugar, durante el día se recolectan raíces de sakau (kawa-kawa, cuyo nombre botánico es *piper methysticum*). Acto seguido se disponen hojas de banana debajo de una gran piedra plana, de hecho una plancha de piedra. La cantidad de hojas de palma depende del mayor o menor rango del personaje principal presente en la ceremonia. Inmediatamente se pasa al cuidadoso lavado de las raíces y de la

plancha de piedra con agua, hasta dejarla completamente limpia. Mientras esto sucede en el interior de la cabaña, en el exterior otras personas se encargan simultáneamente de arrancar largas tiras de corteza de hibisco (según mis propias deducciones se trata de la variedad conocida en lenguaje botánico por *Hibiscus tiliaceus*). Inmediatamente comienza el ritual de machacar con piedras las raíces de sakau, dispuestas sobre la piedra-base. Esta plancha de basalto tiene por lo general un diámetro irregular de unos 40 a 110 cm, con un grueso de unos 7-10 cm, y solamente se halla en algunos lugares de la isla. Tiene un sonido metálico al picarla con las piedras que sirven para machacar la raíz de sakau. Antes de pasar a machacarla los oficiantes pican la plancha-base con sus piedras para señalar el inicio de la ceremonia. Cuando las raíces ya están prácticamente trituradas —en cuyo proceso intervienen entre tres y seis personas sentadas alrededor de la piedra de sakau o piedra base—, se hace perceptible el ritmo del repiqueteo de las piedras sobre la plancha-base. El ritmo aplicado al unísono por todos los que están machacando la raíz depende a su vez del rango de la persona principal presente en la ceremonia. El repiqueteo debe terminar bruscamente en una sincronización total de todos los oficiantes. El ritmo final es idéntico al que se percibe escuchando el tamborcillo de mano de cualquier oficiante en cualquier lamasería del área himalaya. Aquí, en Pohnpei, se persigue con dicho ritmo alejar a los espíritus malignos del lugar de la ceremonia, en un ritual idéntico al que celebraba el cabeza de familia romano durante la fiesta de la Lemuria cuando repiqueteaba sobre un vaso de bronce para alejar a los espíritus negativos de su hogar. Una vez triturada completamente la raíz de sakau, ésta se salpica con agua fresca, al igual que las tiras de corteza de hibisco. Inmediatamente se amasan las raíces trituradas con el agua, mientras que las tiras de corteza ya han sido dispuestas en un extremo de la piedra de sakau. Se colocan entonces las raíces trituradas en la larga tira de corteza, que se va enrollando cuidadosamente, para acabar retorciéndola vigorosamente el oficiante principal, con lo cual se va escurriendo el jugo de las raíces que es recogido por otro de los participantes en una mitad de cascara de coco hasta llenarla casi por completo del espeso jugo, y así sucesivamente. El primer sorbo de la primera ronda es ofrecido indefectible y obligatoriamente al personaje principal presente, tanto si éste desea beber como si no. El ritual exige que al hacerlo se sostenga el coco con la bebida en la mano derecha, cuya muñeca se apoya en la palma de la mano izquierda. A partir de él, el recipiente de coco va siendo ofrecido por orden correlativo a todos los presentes. Cuando se acaba, se sirve otra nueva ronda y así sucesivamente. El ritual ortodoxo del sakau exige que beban únicamente los hombres, estándoles prohibida a las mujeres tanto la bebida como la contemplación de la misma. A medida que van bebiendo, los participantes se van adormeciendo al son de los canturreos de algunos o todos los presentes, y esta es la forma habitual de finalizar la jornada para los habitantes de Pohnpei. Lo que se ingiere es una droga adormecedora, la kawaína, cuyos efectos se comienzan a advertir en una insensibilización de los labios y de la punta de la lengua, según pude comprobar al probar por vez primera aquel amargo y espeso jugo. La kawaína es un principio activo modificador del sistema nervioso, que produce la parálisis de las fibras centrípetas. Produce en principio una acción anestésica, pero su abuso puede producir intoxicación con excitación nerviosa primero, y fatiga posterior de los miembros, con movimientos incoordinados y finalmente caquexia mortal. De todas formas, esto no se da entre los habitantes de Pohnpei, que saben dosificarse perfectamente su ración diaria de sakau. Precisamente porque el pohnpeyano no toma el sakau por drogadicción, sino porque constituye para él un vehículo sagrado. En un fenómeno comunitario asimilable al personal de la extraordinaria Mana Sabina, que allá en su Huautla mexicano, cuando cogía un hongo (que ella llamaba «niño sabio»), le hablaba y le pedía permiso para dejarse coger, y entonces aquel hongo se dejaba coger y era cuando traspasaba a quien lo tomaba todo su contenido. María Sabina dijo en una ocasión que enfermaba al darse cuenta de que había entregado tantos niños sabios a los blancos, que no se compenetraban con ellos, sino que solamente ambicionaban emborracharse de droga. El hongo, para María Sabina, es sagrado, al igual que lo es el sakau para los pohnpeyanos. Tan sagrado es el sakau para los isleños, que lo consideran el único vehículo válido para comunicar con los espíritus, tal y como ya lo testimonió en el siglo pasado el pastor protestante Dr. L. H. Gulick, cuando dejó escrito: «Cuando Mr. Sturges comenzó a recitar la oración, tomó la Biblia en sus manos, ya que no disponía de mesa en la cual depositarla. Cuando a renglón seguido exhortó a los nativos para que oraran, éstos le contestaron que no podían hacerlo, ya que no tenían ninguna Biblia o sakau, sobre los cuales pudieran orar. Puesto que creen que el sakau es el único medio que les permite comunicarse» —exactamente igual que lo afirma María

Sabina de sus hongos— «con los espíritus; siempre que oran por alguien, mantienen en sus manos un cuenco con esta bebida». En las celebraciones que cada nueve meses reunían en Salapwuk a los sacerdotes en ceremonia secreta, se colgaba en la viga principal de la cabaña un trozo de raíz de sakau para el dios Nan Tsapue. Y ya, para dejar visto este capítulo referido al ritual del sakau, vaya a continuación la narración tradicional legendaria de su origen: «Los abuelos cuentan que en épocas remotas vivía en el paraje conocido por Selatak un hombre llamado Uitenegar, que oraba sin cesar a Luk y que desde muy joven le ofrecía todos los primeros frutos, hasta que envejeció y no pudo ya ver ni caminar. Y su oración llegó hasta Luk, puesto que siempre le había ofrecido los primeros frutos. Y así aconteció un día que Luk en persona descendió para visitarle. Quiso encontrarlo mientras se hallaba en casa. Y Luk causó gran alboroto delante de la misma. Uitenegar se hallaba en casa y cuando escuchó el alboroto, preguntó: "¿Quién eres?" Y Luk le contestó: "Soy yo". Dijo entonces Uitenegar: "¿Eres Luk?" Y éste respondió: "Sí". El hombre prosiguió: "¿Por qué no viniste antes? Ahora ya soy un hombre muy anciano". Pero Luk lo igualó a un niño pequeño, puesto que ya no podía caminar, dado que había envejecido, ni podía tampoco reconocer ya nada. Ambos se trasladaron luego a Matolenim, a la jungla. Luego prosiguieron. Llegaron a un lugar de nombre Tol opail. Luego se trasladaron a la costa, a un lugar en donde ésta se llama Peisan; allí entraron en el agua y salieron a alta mar, llegando finalmente a un lugar llamado Eir. Allí descansaron. Y durante el tiempo que tardaron en alcanzar este lugar Uitenegar había recobrado sus fuerzas y su juventud, podía caminar y también volvía a ver. Y habiendo recobrado tal juventud, se le cayó toda la piel y se formó otra nueva. La piel de los pies cayó igualmente. Luk la tomó y la enterró. Creció, y de ella se formó el sakau. Entonces el hombre se alegró mucho. Luk tomó también el sakau, se lo llevó consigo y así juntos se remontaron al cielo. Tampoco Uitenegar permaneció ya más en este mundo. Del cielo cayó más tarde un trozo de sakau. Este trozo germinó y a partir de él comenzó a crecer el sakau en Pohnpei». Otra leyenda relaciona el origen del sakau sagrado con la llegada, en épocas remotas, de un hombre procedente de lejos, de un lugar desconocido. Este hombre poseía un pájaro que le fue robado por Sumun kapin pil, quien lo destruyó. Pero de sus restos surgió un pájaro muchísimo mayor, a raíz de lo cual Sumun kapin pil y el extranjero, Sou iap, se reconciliaron. Después de lo cual Sumun kapin pil le indicó a Sou iap que montara en el pájaro, con la expresa indicación de que no lo hiciera en sus alas, sino en su cola. El pájaro alzó el vuelo y transportó al extranjero, por el aire, hasta un lugar lejano.

Iba yo recordando todo lo relacionado con el sakau mientras lo iba sorbiendo lentamente aquí arriba, en esta noche tan distinta, en el santuario natural de Pohnpei, Salapwuk. Después del interrogatorio, y finalizada la cena, aquellos mismos hombres nos llevaron a una cabaña más pequeña para participar con ellos en el ritual del sakau. De Cataluña yo me traje una recomendación relativa precisamente a esta ceremonia: «Cuando tomes el sakau, vigila que no haya contigo alguien que no lo tome». Pernis Washington había renunciado aquella noche al sakau. La noche de Salapwuk se hacía ciertamente interesante. Yo no me perdía detalle y me estaba concentrando en la absoluta necesidad de que al día siguiente no lloviera, al tiempo que me esforzaba en tomar el sakau de tal forma que no lograra adormecerme. Yosio Palab nos ofreció ahora el primero de sus exagerados canutos: tabaco pohnpeyano liado de la forma más bruta en casi un palmo de viejo papel de diario. Pero era bueno. Luego nos despedimos de Pernis Washington para cruzar un breve trecho de negra noche selvática en la que los sapos eran reyes, y alcanzar el claro en el que tenía sus cabañas Yosio, en cuya compañía pasaríamos la noche. Dejamos nuestro calzado sobre la piedra que había a la entrada de la cabaña, nos lavamos los pies como es costumbre y regla infalible entre aquellas gentes exquisitamente aseadas para que el interior de la cabaña — sobre pilones, a 80 cm del suelo— no se ensucie, y nos dispusimos a acostarnos sobre el suelo cubierto con una estera. Rodeados de un grupo de niñas y niños que jugaban entre ellos mientras no nos perdían ojo, el hijo mayor de Yosio, Hendrixson, se las había apañado de tal forma que consiguió ir jugueteando con mis dos cuchillos —todo cuanto llevábamos en caso de que la situación se pusiera realmente seria— hasta que éstos quedaron inadvertidamente en su poder. Eran realmente dos buenos cuchillos, que apetecían a cualquier pohnpeyano con ganas de marcha, acostumbrados únicamente —amén de sus rudimentarias armas tradicionales— a sus inseparables machetes «Collins & Co» guatemaltecos y a algún que otro rifle «Remington», o —aisladamente— «Winchester». De forma que, en prueba de confianza, le prometí uno

para el momento en que abandonáramos Salapwuk, con lo cual tuve pretexto de hablar con él acerca de los cuchillos y volvérmelos a quedar al menos por aquella noche.

¡Amaneció sin lluvia! Desayunamos leche de coco y plátano frito y nos dispusimos a comenzar la marcha hacia el interior de la jungla y de las montañas. Pero los celadores habían cambiado los planes desde mi primera y larga charla con Pernis Washington. No nos acompañó aquel primer designado que se enfrascó en insondables lecturas, sino el propio Yosio Palab, su mujer, Hendrixson y un grupo de conocedores y guardadores de aquellas montañas. Comenzó así una interminable marcha hacia la ilusión, que a medida que avanzaban las horas se fue quedando en la humedad de la jungla, de aquellos impresionantes parajes absolutamente vírgenes que yo me iba pateando descalzo, debido a que días antes me había lesionado un pie en el mar, y cualquier calzado no hacía sino enganchármelo a la herida y acabar por estropear la cosa aún más. Por ello, al cabo de unos primeros intentos, acabé por renunciar y continuar la marcha descalzo, cosa que en principio era bastante llevadera. En principio, mordisqueando alguna que otra caña de azúcar, avanzamos por la jungla que en más de una ocasión iban abriendo los machetes, descendimos por empinados barrancos agarrándonos de árbol en árbol, cruzamos una y otra vez arroyos sobre troncos que en más de una ocasión había que tender improvisadamente sobre ellos, en una marcha que comenzó a antojármelo poco a poco sospechosa. Nuestros acompañantes nos obligaban a demasiadas paradas con la excusa de que la marcha podría ser demasiado fatigante para nosotros, no acostumbrados a las condiciones de aquel lugar. Podíamos de momento continuar perfectamente. Por lo demás, en su obsequioso afán, habían logrado nuevamente hacerse con mis cuchillos, que llevaba en una de las bolsas que insistieron en llevar ellos, con lo cual volvíamos a estar a puño limpio, en caso necesario, frente a aquel grupo de desconocidos que avanzaban machete y «Remington» en ristre. Únicamente Carmelida Gargina, nuestra intérprete, conservaba su pequeño cuchillo, inseparable protector personal que lanzaba con tanta destreza como días más tarde cazaría de noche a machetazo limpio una morena en aguas cercanas a Nan Matol. Sí, conservaba su protección; pero, a fin de cuentas, no dejaba de ser una de ellos en una eventual situación de divergencias. Me reprimí por lo tanto mis ganas de exigirles una más clara definición de hacia dónde nos estábamos dirigiendo realmente. Aparte de que sabía muy bien que estaban en su pleno derecho de no mostrarnos nada si así no lo deseaban o no lo debían. Hacia el mediodía llegamos a una rápida corriente de agua, que supuse se trataba del curso alto del Pillapen Kiti. Por una estrecha garganta el agua caía entre las rocas a una plataforma que se hallaba a unos veinte metros más abajo. Allí se adivinaba la entrada a una gran gruta, en la que ellos aseguraban tenía su guarida una enorme anguila devoradora de animales. Mi insistencia en dar un rodeo por la jungla para llegar hasta allí por otro camino fue ignorada una y otra vez: no había otro camino para llegar allí, excepto el descenso directo por aquella resbaladiza pared de roca. Hacerlo sin cuerdas me pareció excesivamente arriesgado, considerando que en caso de una caída grave la evacuación rápida era impensable. Nos quedamos, pues, sin ver aquella gruta ni lo que podía albergar. En la parte alta de la cascada decidieron ponerse a cazar pájaros para encender una pequeña fogata y comerlos. Ante mi impaciencia por aquella nueva pérdida de tiempo, intentaron contentarme asegurándome que jamás antes de nosotros extranjero alguno había llegado ni de lejos a aquellos parajes, y que éramos los primeros no-pohnpeyanos que habíamos llegado hasta la boca de la gruta de la anguila. Pero eso no era lo que yo buscaba, por lo cual les insté a proseguir nuestro camino. Pero en vez de proseguir ascendiendo hacia las regiones altas de Kiti, íbamos dando un rodeo para buscar un lugar situado más al Sur, en el cual una empinada pendiente permitía descender hasta la orilla del río. Al cabo de un rato de avanzar por sus pedregosas márgenes y de comenzar a notar el inconveniente de ir descalzo de canto en canto de piedra, volvieron a detenerse para invitarnos a que comiéramos algo. Ahí ya vi claro que no tenían el propósito de llevarnos a ningún destino interesante para lo que yo andaba buscando. Les exigí —ahora sí y de bastante mala manera— que nos llevaran a uno solo de los puntos que la víspera anterior Pernis Washington me había prometido que visitaría. Me contestaron que el día ya estaba muy avanzado y que nos llevarían a otro lugar también interesante. Hendrixson me añadió que si hubiéramos ido directo, ya habríamos llegado adonde queríamos. Ante mi cabreo por semejante respuesta y situación, me dijo que él no sabía nada, que estaban cumpliendo instrucciones. Se me hacía evidente que ante el imprevisto de que la inexistente lluvia no les podía servir de pretexto, tenían que ganar tiempo aquel día agotándonos en una



marcha a través de la jungla, en la confianza justificada de que la lluvia reaparecería de inmediato. La atmósfera se puso tensa con mi toma de postura. La actitud de nuestros acompañantes varió: ¿Queréis prisa? ¡Pues en marcha! A vadear río tocan. En un incesante zigzagueo de una ribera a otra en busca de mejor camino. Ante su actitud, Carmelida Gargina recomendó prudencia, ya que nuestra situación no le parecía excesivamente envidiable. No sé si en realidad había para tanto como ella insinuaba, pero la cosa estaba extremadamente tensa. A partir de aquel momento, además, Carmelida, que siempre había estado junto a nosotros o a los salapwuqueños, comenzó a rezagarse hasta distanciarse visiblemente de nosotros. De modo que aproveché la primera ocasión que se me presentó para arreglar aquello un poco. La ocasión se dio cuando estábamos junto a la pared de una garganta del río, hasta un punto en que ya era imposible seguirse agarrando a algún saliente. Se imponía saltar al agua, absolutamente oscura, cruzar el río hasta donde terminaba la garganta y organizar un transporte de troncos para los bultos. Pregunté si el agua allí era suficientemente honda como para tirarnos, y si no había rocas ocultas, ya que era imposible ver nada. Me contestaron que podía tirarme, por lo cual ya no dudé en lanzarme al agua y demostrarles que pensaba ayudarles. Cuando volví a la superficie lo primero que me ofrecí a pasar al otro lado nadando y manteniéndolo fuera del agua para que no se mojara era el rifle de Yosio. Cuando me lo dio comprendí que había logrado restablecer una mínima confianza mutua. Luego ya ayudamos Miquel y yo a transportar al resto de la expedición con los troncos que buscamos al otro lado, y logramos atenuar la tensión. Afortunadamente no me enteré hasta bastante tiempo después de que aquel río era el que los nativos temían especialmente por la agresividad de las anguilas que lo poblaban. Miquel exploró dos grutas que nos mostraron, detrás de sendas cascadas, pero que no revistieron mayor interés. Después de una dura marcha de kilómetros de duración con el agua casi permanentemente hasta las rodillas y resbalando una y otra vez sobre los cantos rodados del fondo de las márgenes del río, llegamos a un amplio recodo en el que, debajo de la superficie del agua, se abría un estrecho agujero en la roca. Por aquel agujero había que sumergirse en el agua profunda y negra, dar una vuelta por la misma y volver a emerger por aquel mismo agujero, de unos dos palmos y medio de diámetro y unos dos a tres palmos de espesor de roca. Cualquier persona que llegara por vez primera a este lugar debía cumplir aquel ritual, lo que naturalmente no descuidamos de hacer ni Miquel ni yo, y una vez más en calidad de primeros extranjeros que lo hacían, ya que hasta entonces solamente habían llegado hasta allí los pohnpeyanos. Nos aseguraron que aquel era el agujero en el que clavó su remo la primera pareja que arribó en aquella canoa de las nueve parejas iniciales a la roca sagrada que emergía del mar. Mas yo sigo convencido de que no es éste el lugar que hay que buscar y encontrar en Salapwuk. Ni muchísimo menos. Dado que no quedaba más tiempo que el requerido para la larga marcha de regreso a las cabañas de Pernis Washington, me fui mentalizando para despedirme de Salapwuk hasta mejor ocasión. También Miquel acabaría además aquella realmente dura jornada caminando descalzo, al habersele abierto una llaga en un pie. Pensé en la retirada de Erich von Daniken de las aguas del Amazonas y del río Negro. La situación no era la misma, pero la sensación debía ser muy similar. Pensé también, mientras volvíamos a descansar para mordisquear una nueva caña de azúcar en un claro diminuto de aquella frondosa pendiente que estábamos ascendiendo lo mejor que pudimos, en lo satisfecho que debía sentirse allá en la selva ecuatoriana el húngaro nacionalizado argentino Juan Moricz, que en los confines de Zamora Chinchipe había logrado acotar bajo la tapadera de la «Empresa Minera Curnbaratza» su feudo de las minas de oro de Nambija, región en la que había hecho su gran hallazgo: «Solamente es preciso que accione el interruptor para que la luz ilumine a los ojos del mundo lo que aquí se esconde». Así es esta búsqueda, efectivamente. El buscador va tanteando a ciegas en una gran sala que esconde el secreto del saber. Va acumulando experiencias e ideas a partir de lo que va encontrando al tropezar con los pies o palpar con las manos algunas de las cosas que en esta oscura sala hay. Y va en busca del diminuto interruptor que en algún punto de la sala le permitiría accionarlo y comprender —sólo entonces— el sentido de su búsqueda. Algunos van en busca de este interruptor; mas muy pocos han logrado dar con él en vida. ¡Qué poco sabe el burgués de crítica y burla fácil lo que supone buscar sobre el terreno —el que toque, que eso no lo elige uno — un breve soplo de conocimiento! Salapwuk había cumplido su primer grado, su primera enseñanza. En el fondo, estuve satisfecho: no solamente había logrado localizar aquella escalera, sino que logré acceder a su primer peldaño. No era el momento para pisar los siguientes. Hay que saber renunciar en el momento justo. Más se gana descendiendo de la escalera, que perdiendo pie y cayendo de ella. De forma que al día

siguiente, tras despedirme de Pernis Washington con la clara definición de que no me había mostrado lo que me prometió, y con su personal respeto por el hecho de que verdaderamente no había caído la lluvia durante nuestro avance por los bosques de Salapwuk, nos separamos con la mutua promesa del reencuentro para pisar el segundo escalón. Era un amable pero firme guardián. Toda una lección. Bajamos a través de la frondosa senda que nos llevaría hasta el «Toyota». Carmelida —que en ocasiones anteriores ya nos había sorprendido con la localización de piñas y cañas de azúcar en las espesuras— se ocupó de proporcionarnos aquellas refrescantes, diminutas, acidas y curiosas manzanas en forma de pera que en definitiva no eran lo uno ni lo otro, pero que ojalá las tuviera ahora mismo aquí al lado de la máquina. Arriba, en las montañas, se había quedado uno de mis cuchillos, una de mis linternas, y el reloj de Miquel. Los hallarás en las cabañas de Yosio, de Hendrixson y de Pernis, caminante, si este camino haces en tu andar.

También quedan allí los lugares que no vimos. Entre ellos, las ruinas de sendas construcciones junto a las cuales debimos pasar posiblemente en nuestra larga marcha sin advertirlas. Nadie me habló de ellas, pero aparecen en uno de los mapas de Hambruch. Él no las visitó, más alguien en la isla se encargó de señalarle el lugar en que se hallan. O aquel lugar —el más elevado de Salapwuk— llamado Masanap, en el que no existe la oración, según lo confirma el canto para tambor que habla de Tau Katau y de Kerou en aip en Salapwuk: «Lo siento por ti, en Pohnpei se reza, pero en Masanap no».

### ***EL SECRETO DEL ORIGEN***

Nueve parejas llegaron en un principio a la roca sagrada de Pohnpei, que constituye el inicio del secreto de Salapwuk. Aquí, cada nueve meses se reunían —como ya dejé dicho— todos los sacerdotes, para celebrar un encuentro sacerdotal de cuatro días de duración (en donde vuelve a aparecer la constante 4 ya comentada). ¿Por qué en Salapwuk? Porque Salapwuk es el principal enclave de culto de la isla. Aquí tenía su sede el jefe de la hermandad secreta de los tsamoro. Durante estos cuatro días se celebraban cada nueve meses ceremonias sagradas sobre las que ningún extraño averiguó nunca nada, ya que se desarrollaban en el más estricto secreto. A ello contribuyó el extraordinario temor al castigo de los dioses —también aquí— por la revelación indebida de los secretos religiosos. Ya el Eclesiástico (27:21 [23-24]) advierte: «Porque una herida se puede vendar, pero no hay esperanza para el que reveló secretos». Pernis Washington hizo honor a la vigencia actual de esta ley del silencio en Salapwuk. Hoy como ayer, estos montes no han dejado de ser el lugar tabú más sagrado de la isla.

Aparte de ser éste el lugar en el que está la roca original, existen narraciones legendarias que apuntan claramente hacia el recuerdo de una inundación total de la isla, de un diluvio: «Las inundaciones arrancaron toda la tierra de la isla». Después de haberse retirado nuevamente las aguas, alguien procedió a construir un túmulo de rocas en Salapwuk, en Kiti. Pernis Washington habló en este sentido de que Salapwuk no era más que el tapón que tapaba un secreto que se encerraba debajo de aquel lugar. Y considerando que Salapwuk debe su razón de ser a la primera piedra, a la piedra angular, hay que aportar aquí el dato de que en el escrito apócrifo *Testamento de Salomón*, la piedra angular es aquella que se pone encima de la puerta del templo. En un plano especulativo, quiero señalar aquí que —reuniendo todo el material y conocimientos recopilables en y sobre Pohnpei— se queda uno con la sensación de que ni Salapwuk ni Nan Matol son los auténticos centros del enigma. Sino que serían solamente los relativamente modernos monumentos conmemorativos de lo que en aquellos lugares hubo en un pasado más remoto, y que acaso se conserve en las profundidades, allí mismo. De un paréntesis entre dos etapas habitadas de la isla nos hablan tanto los recuerdos del diluvio como la curiosa narración que ahora transcribo.

### ***LA NOCHE ETERNA***

«También hubo en tiempos antiguos en Pohnpei una noche sin fin. Un hombre llamado Saum profetizó que llegaría la noche interminable. Se preparó bien para su llegada, se procuró alimentos, madera para el fuego, y se acondicionó el lugar en el que quiso instalar el hogar en su cabaña. Estaba ya próximo el tiempo en que debía llegar la noche. Entonces plantó un plátano, llamado ut en iap (el plátano del

extranjero). El día en que plantó allí el plátano, reinó la oscuridad y no resplandeció ninguna luz. Mucha gente murió de espanto a causa de la oscuridad, otros de hambre. Mientras tanto el plátano creció vigorosamente. Transcurrió un largo período de tiempo; nadie sabía si habían transcurrido uno o dos años. La noche eterna duró hasta que brotaron frutos del plátano. Duró hasta el momento en que cayeron del plátano los restos de las flores de los frutos. Saum vigilaba atentamente el plátano, observando cuándo maduraban los frutos, ya que sabía que cuando el plátano diera frutos, volvería a amanecer. Cuando brotaron los frutos, cayeron las hojas de las flores del plátano. Muchas hojas de flores cayeron. Saum oía cómo caían. Le ordenó a su muchacho que mirara qué era lo que caía del plátano. El muchacho prendió una antorcha para ir a mirar y halló lo que había caído del plátano. Se lo llevó a su padre. Cuando Saum lo vio, dijo que había transcurrido la mitad de la noche, y que pronto amanecería. Y el día estaba cercano. Clareó por el Este. Y el día se iluminó rápidamente cual el rayo y bajo un estruendo que sonó como un tremendo trueno. La gente se extrañó de la luz y comenzó a bailar, muriendo muchos de alegría. Toda Pohnpei se iluminó. Únicamente en un pequeño lugar no se hizo la luz; un lugar que yace en las montañas, de nombre Salapwuk, que se halla en Kiti. Aquí la noche interminable prosiguió eternamente. Takain Pun ("Roca de la noche") se llama el lugar en el que la noche eterna perdura hasta hoy. Éste es el lugar en el que vivía Saum, y cuando un Saum moría, otro ocupaba su lugar. Así fue hasta hoy en día. También oraban a Nan Tsapue».

### ***LOS MAGOS***

Saum, en la precedente narración, era un hombre que conocía el futuro. Olosipe y Olosaup, los hermanos ingenieros que construyeron Nan Matol, disponían de un dominio amplio de las artes mágicas. Mas no son los únicos. Los fenómenos mágicos son algo inherente a la historia antigua de la isla de Pohnpei. Aún sin salirnos de Salapwuk ni de las predicciones de los Saum, hallamos aquí la predicción de la llegada de Iso Kalakal, cuyo detalle debe añadirse a los ya apuntados con referencia a la llegada del mencionado conquistador. Ésta es la narración que recuerdan los nativos:

«En Salapwuk vivía antaño un sacerdote, que predecía lo que había de ocurrir. Así, vaticinó que arribaría a Pohnpei una canoa para sojuzgarla». (Ya apunté anteriormente anuncios similares acaecidos en el contexto de la conquista de América). «Se dirigió al Sau Telur y le contó que aparecería ante Pohnpei una flota bélica. Sau Telur preguntó: "¿Quién dice eso?" Contestó: "Yo mismo lo predigo". A lo que Sau Telur le dijo: "¡Toma tu nuez y aléjate, puesto que mientes!" El sacerdote regresó a casa. Cuando llegó a Leliarun tiró la nuez. Continuó su marcha hacia Salapwuk. Allí hizo un conjuro para que la flota acelerara su llegada, ya que estaba furioso contra Sau Telur. Y al cabo de poco tiempo apareció la flota de guerra. Sau Telur fue combatido. Con lo que el sacerdote se volvió a sentir satisfecho».

Cuanto más hurgué en busca de recuerdos de actos mágicos, más compensando vi este esfuerzo, en principio vano puesto que me fue imposible dar con chamanes vivos hoy en día en Pohnpei, a menos de que éstos sigan existiendo en la isla pero se cerraran herméticamente al conocimiento de los extraños, posiblemente debido a la proliferación de foráneos cuales, en este aspecto, serían los múltiples misioneros extranjeros cuya presencia en Pohnpei ya dejé anotada. En dicha búsqueda hallé esta nueva acción mágica del Saum de Salapwuk, que disponía de una piedra milagrosa:

«Antaño no crecían en Roi en Kiti árboles de la fruta del pan; el suelo era estéril. Y la gente en Roi en Kiti no tenía frutas del pan para comer. Cierta día, una mujer llamada Li en Roi en Kiti se fue de pesca y trajo un pescado. Lo llevó luego a Salapwuk. Saum le regaló por ello algo de comida. Pero la mujer fue incapaz de llevarse toda aquella comida. Después de lo cual Saum le entregó una piedra que era muy blanda. La había cogido de Pon Malaue. Saum le había conferido a esta piedra maravillosas fuerzas celestiales. La mujer se llevó la piedra consigo y la depositó en Roi en Kiti. Al hacerlo, el suelo se transformó milagrosamente; de forma que también comenzaron a crecer aquí los árboles de la fruta del pan. A esta piedra la llamamos Liets en Malaue. Por esto Roi en Kiti se llama también Malaue peie, y el lugar del que procede la piedra, Malaue peilen. Posteriormente se la llevaron». Dado que en esta breve narración aparecen como elementos clave —aparte de la piedra— el hambre, el alimento, el pescado y la milagrosa

producción de frutas del pan (alimento básico en Pohnpei), cabe una lejana asimilación de este milagro al bíblico de la multiplicación de los panes, como alimento para una multitud hambrienta, cuyo milagro — también allí— se produce en presencia y combinación de unos peces.

Hablé ya de la tradición según la cual aquí, en Salapwuk, se lograba atraer la lluvia en épocas de sequía. También se lograba lo contrario, o sea convocar el cese del viento, las lluvias y el trueno; y acaso en esta tradición naciera el respeto con que me despidió Pernis Washington después del día sin lluvia que distinguió nuestra estancia en Salapwuk. Pero vayamos al ritual mágico de su convocatoria, marcado por la ya repetida constante 4:

«En los tiempos en que reinan el viento, la lluvia y el trueno, organizamos la súplica por buen tiempo, para que vuelva la calma. El sumo sacerdote ordena entonces a todos los servidores que acudan para recolectar arbustos de sakau. Se dispersan y extraen las raíces del suelo, a saber, las rametel». (Rametel = ramas blancas). «Acarrean muchas; las apilan en un montón. El sumo sacerdote se levanta y toma su cuchillo de concha, corta con él las ramas de sakau y pronuncia por cuatro veces su conjuro. Luego corta la raíz. Ahora se arrancan todas las hojas de sakau. Se lo entrega todo a los servidores, que proceden ahora a limpiar el sakau. Una vez finalizada la limpieza del sakau, uno de ellos coge una concha de caracola y va con ella a buscar agua. Ahora la gente trae el sakau. El sumo sacerdote toma un cuenco, en el que un hombre vierte agua y se lo lleva en él. El sumo sacerdote designa entonces a un hombre que debe subirse a la piedra sobre la que se halla el sakau. El hombre se sube a la piedra con el cuenco, mientras el sumo sacerdote se dispone a pronunciar el conjuro. El sumo sacerdote comienza pues con el conjuro. Este conjuro consta de cuatro estrofas. Finalizada una de ellas, el hombre vierte un poco de agua en el cuenco. Dado que hay cuatro estrofas, verterá agua cuatro veces. Finalizado esto, los hombres que limpiaron el sakau lo recogen y le dan cuatro veces la vuelta. Luego comienzan a machacarlo. Para ello pican cuatro veces al unísono la piedra, y luego comienzan a machacar. En principio machacan solamente un poquito de sakau, y el sumo sacerdote mantiene preparado un cuenco y aguarda las pausas en el golpeteo de las piedras. Con tres golpes culminan el golpeteo, tras lo cual el sumo sacerdote alza el cuenco y emite por dos veces una especie de gemido. Luego invierte el cuenco y lo derrama sobre el sakau que se está preparando; en este mismo instante finaliza el golpeteo final. El sumo sacerdote vuelve a ocupar su asiento y aguarda el sakau. Acto seguido se escurre el sakau en un cuenco y se le ofrece el primer sakau al sacerdote. Lo acepta y eleva oraciones a Tau Katau y a Nan Tsapue. Esto se sucede cuatro veces. Después de lo cual también los demás pueden disfrutar de la bebida. Hasta que todos están ebrios de sakau. Entonces el sumo sacerdote ordena que le traigan un cuenco, el último. Acepta el cuenco, eleva oraciones sobre él, bebe un poco del mismo y luego vierte su contenido fuera de la cabaña. En el momento en que se ofrece este sacrificio, el mismo día aparece el buen tiempo; cesan el viento y la lluvia y el trueno deja de hablar. Todo el mundo vuelve a sentirse bien. Luego la gente se separa para volver a reencontrarse al día siguiente, y volver a ofrecer el mismo sacrificio, durante cuatro días; luego, ha terminado. Ahora se descansa un día, y luego se vuelven a reunir todos y vuelven a ofrecer durante cuatro días el sacrificio, que así queda concluido. Todas las personas en Salapwuk que habían interrumpido su trabajo, vuelven a reemprenderlo en sus lugares».

Muy recordado por sus grandes artes mágicas es el poderoso Lapona, inventor del tatuaje y generador de maldad: «Lapona fue en tiempos antiguos un gran sacerdote en Matolenim. Se sentaba a la izquierda del primer Sau Telur. Probaba el primer sakau y pronunciaba el primer ounai o conjuro mágico que condicionaba la presencia de Nanulap, el más alto, de todos los espíritus o demonios locales, que gustaban de ser venerados cuando se organizaban fiestas o danzas en la gran cabaña. Siendo el segundo en el estado, el conservador de la ciencia real, y al mismo tiempo el confesor, se sentaba en el consejo. Su pelo ondulado, que jamás conoció corte alguno, caía según la costumbre de su vieja casta sobre su cintura; estaba coronado con las hojas amarillentas del drago; su patkul o hacha de concha colgaba en diagonal sobre su hombro y su irar o bastón mágico tallado yacía junto a él. Entre sus dedos portaba un manojo de hojas alek de juncos, con las cuales se efectuaban predicciones. Éste era el mago, y tal fue su aspecto. Y fue más inteligente que todos los hombres juntos. Mas el amor por sus semejantes no se le daba en absoluto. Pues su corazón era frío, y se divertía haciendo el mal y jugándoles malas pasadas a sus compañeros. A

causa de ello, la gente sigue teniéndoles un sagrado temor a los milagros de Lapona». Mas Lapona acabó siendo expulsado —según la leyenda— de Matolenim: «Vivió antaño en Matolenim un hombre llamado Lampoi tsapal». (Lampoi tsapal es el otro nombre bajo el que se recuerda a Lapona). «Las gentes de Matolenim no le querían, puesto que no era bueno y sí en cambio dado a todas las maldades. Cierta día se reunieron para decidir darle muerte. Cuando le hubieron prendido logró evadirse, acosándole todos hacia Nan Tauas, para cogerlo allí dentro. Una vez dentro, no vio lugar por el cual poder salir, ya que le cerraron la entrada. Pero era un hombre conocedor de la magia y muy fuerte; tomó una viga, abrió brecha, salió, huyó y se dirigió a Kiti. Allí construyó los edificios que hay en Tol en Kiti, para que se le relacionara con Matolenim, ya que tenía a Matolenim en gran estima, y dado que allí ya no podía regresar, erigió las construcciones en Kiti y les dio los nombres de Matolenim, para que fuera recordado en relación con Matolenim».

Unas pocas referencias al arte mágico de los brujos-médicos pueden desgranarse de las narraciones tradicionales, como por ejemplo esta cita extraída de la *Narración de Nan sau en set*: «Cuando un espíritu se posesionaba de una mujer, algunas personas que entendían de conjuros se acercaban a la mujer, echaban el espíritu de ella de forma que quedaba liberada del mismo y curada. Hoy en día [esta narración ha sido recogida por Paul Hambruch en 1910] ya no quedan muchas personas que conocen la medicina. Ya no son numerosas, y van siendo cada vez menos, ya que el tipo de personas que entienden algo de medicina, son distintas».

También eran personas distintas los profetas que sabían vaticinar los cambios meteorológicos. Y volvemos a enlazar con Salapwuk, como sucede indefectiblemente cuando tocamos los conocimientos ocultos de la isla. Así lo recuerda la memoria de los conocedores de la historia pohnpeyana: «Antiguamente hubo en Pohnpei un género de hombres de los que también se cuentan hechos milagrosos, ya que formaban una especie de profetas que predecían cuándo se produciría un tifón. Les decían entonces a todos cómo y cuándo llegaría. La gente aseguraba entonces sus cabañas contra el gran viento que se avecinaba. Y cuando el gran viento llegaba, todos se encontraban bien porque habían asegurado sus viviendas. Se cuentan hechos milagrosos de estos hombres, ya que cuando se enfadaban con la gente, eran capaces de provocar un tifón que destruía todas las cosas en los lugares que habitaban los nativos. Éstos reunían entonces rápidamente raíces de sakau y se las llevaban a los adivinos. Entonces la situación mejoraba rápidamente, puesto que sus oraciones surtían efecto porque oraban a Luk. Por ello se cuentan de ellos hechos milagrosos, ya que Luk tanto en tiempos antiguos como modernos fue siempre un hombre que producía milagros. Este tipo de personas ya no abunda hoy en día en Pohnpei, ya que están en proceso de extinción. Hubo aún algunos hasta su muerte, y uno de ellos, del cual se explicaban acciones milagrosas, vivía en Salapwuk. A este tipo de personas se les llamaba observadores de las estrellas».

### **LOS SACERDOTES**

«Oraban a Luk (...), ya que Luk (...) fue siempre un hombre que producía milagros», acabamos de leer. ¿Un hombre? Al mismo tiempo, es la máxima expresión de la noción de la divinidad. La compleja panorámica religiosa de la isla de Pohnpei, que combina e interrelaciona permanentemente al ser humano con espíritus que adquieren forma humana y con seres celestes que conviven con el ser humano en la Tierra, se distingue, a primera vista, por la ausencia de un auténtico dios. Las divinidades son seres que tanto se pasean por la isla como ascienden a las alturas. Y digo a primera vista porque el auténtico conocimiento de las conexiones religiosas de los nativos sigue siendo un enigma para cuantos no somos pohnpeyanos. De ello se han encargado esmeradamente los sacerdotes insulares, que desde antiguo guardan en el más estricto secreto la doctrina de sus creencias. Pero especialmente desde el siglo pasado, según ya se pudo dar cuenta a principios del presente Paul Hambruch, quien escribe: «En los tiempos recientes la averiguación de los conocimientos religiosos —de los isleños— se ha visto aún más dificultada por el hecho de que el Cristianismo ha desplazado a las antiguas enseñanzas y ha enmudecido aún más a los ya de por sí poco comunicativos conocedores». He venido refiriéndome a lo largo de todo el libro al hermético silencio de los que realmente transmiten el conocimiento del origen de la isla y de sus habitantes.

Recordemos que un sacerdote que conocía el conjunto de toda la doctrina secreta era un Sau Rakim. Vimos que existen narraciones que afirman que en la antigüedad los Sau Rakim eran seres distintos. La cabeza visible y montsap de la sociedad secreta de sacerdotes de los tsamoro, el Aulik o Saum, residía en Salapwuk, y ya vimos que los rituales que allí se celebraban cada nueve meses transcurrían —bajo pena de muerte en caso de una filtración— en el más estricto secreto. Vimos también que el sacerdote establecía contacto con la divinidad o con el espíritu por medio del ritual del sakau, que es bebida sagrada para todo pohnpeyano consciente de sus orígenes. El sakau propicia la manifestación del espíritu o de la divinidad, puesto que no existe en Pohnpei imagería sagrada alguna ni representaciones gráficas ni escultóricas de ser divino o espiritual alguno. El sacerdote se sume en estado mediúrnico y establece contacto con el ser superior, contestando así como uar en ani, o sea como «canoa del espíritu» —un concepto casi egipcio— a las preguntas que se dirigen a la divinidad o al espíritu correspondiente.

Me parece oportuno recordar en este contexto la sesión mediúrnica descrita en la narración de Isobau, que ya transcribí íntegramente con anterioridad. En lo que a la sesión mediúrnica se refería, cabe recordar que Isobau, un ser que había descendido del cielo, solía introducirse en determinadas personas que él mismo elegía. Con ocasión de celebrarse alguna fiesta, dichas personas, llamadas Tenuar, se introducían en una estera para dormir, llamada mol, que se disponía en posición vertical. Una vez dentro de la estera, Isobau se introducía en el Tenuar. Los presentes debían entonces ofrecerle un cuenco de sakau, después de lo cual les hablaba y les decía lo que debían hacer. Y si alguien no lo hacía, si alguien no le consultaba, debía morir.

## ENTIDADES SOBREHUMANAS

Obviamente, no podemos entrar en los conocimientos secretos de los sacerdotes de alto rango, en lo que a entidades sobrehumanas que ellos conocen se refiere. Pero intentaré reflejar a grandes rasgos cuanto es posible averiguar al respecto. Básicamente, el pohnpeyano cree en dos grupos de seres sobrehumanos: las divinidades eternas, y los antepasados divinizados. No conocen la figura de un dios origen y cabeza de todo lo creado. Su concepto de lo sobrehumano se plasma en la imagen de energías, que ellos llaman espíritus, que pueden adoptar formas concretas, y así descender hasta la misma isla y convivir con sus habitantes. Visitas acompañadas de acciones mágicas o maravillosas. Sobre todas estas entidades espirituales domina un algo, una energía o espíritu —llámale divinidad si quieres— cuyo nombre desconocen. Esto se me antoja muy cercano al concepto del «Innombrable» o «Indecible». Paul Hambruch ya concluyó en 1910 que ya con la noción de una divinidad máxima comienzan las dificultades para ahondar en el mundo religioso de los habitantes de Pohnpei. A principios de siglo, escribía: «Sacerdotes ancianos declararon que todas las divinidades, por ejemplo el dios del trueno Nan Tsapue y Tau Katau, un dios fructificador, eran únicamente designaciones para distintas actividades de una única entidad superior. Todas las manifestaciones naturales, cuales son el trueno, el rayo, el crecimiento, son Luk y equiparan a este Luk a todas luces con el ser máximo. Puesto que Luk no habla, no se mueve. Si hablara, si se moviera, el mundo se desplomaría a causa de ello». Esta consideración me lleva a sospechar que el conocimiento último que los sacerdotes pohnpeyanos tienen del fenómeno Luk, es el de la existencia del equilibrio cósmico, la energía universal. Mas dejemos que continúe Hambruch: «También le llaman Luk en lan o Naluk en lan y en las antiguas leyendas aparece Luk en el lugar de Nan Tsapue o de Tau Ka-tau». Más adelante, escribe: «Junto a estas grandes divinidades celestes, conocen aún a un gran número de habitantes celestes menos relevantes, llamados ton lan, a los que los cristianos gustan de equiparar a los ángeles. Los pohnpeyanos se dirigen a ellos y los usan como intercesores». De todas formas, la idea de la divinidad se diluye en múltiples aspectos que hacen imposible la concreción de los distintos conceptos. Así, tras la infiltración del Cristianismo en la isla, ha podido recogerse esta narración de los nativos, narración que aboga por la ausencia de una divinidad máxima, y que abunda en la impresión de que los antiguos habitantes de la isla pasaban de la actuación de entes espirituales a la de entes antropomorfos, no teniendo unos ni otros nada que ver con el concepto de una autoridad divina. Se diluyen más bien en una oscura amalgama los efectos de energías activas y de personajes que, no siendo propiamente humanos, conviven con los nativos y están dotados de poderes sobrehumanos. La narración procede de uno de los transmisores de la tradición en Kiti:

«Ciertamente en tiempos antiguos no se adoraba a Dios. Nada se sabía de él. Adorábamos a una serie de espíritus. Se decía que estos espíritus eran muy poderosos, ya que habían germinado a partir de ellos, no fueron creados, mas estaban dotados de extraordinarios poderes mágicos. Hacían que las rocas saltaran en pedazos y decían luego que volvieran a juntarse. Hacían que los hombres enfermaran y los mataban: a otros, los volvían a curar. Cuando llegaron a Pohnpei los barcos de los primeros europeos, los nativos creyeron que se trataba de espíritus que llegaban desde la lejanía y que, viajando en sus vehículos, habían aparecido ante Pohnpei». Ya vimos cómo algo similar sucedió en las costas americanas.

En el capítulo anterior vimos cómo a Luk se le daba el tratamiento de «un hombre». Bastante antes transcribí ya la narración del nacimiento de Luk, aquí en Pohnpei, en un pasaje que ciertamente habla de seres de conocimientos y recursos superiores a los de los humanos, pero extraordinariamente distantes del concepto de una divinidad. Resumidamente, recordaré que Kanekin Zapatan llegó desde un lugar desconocido a Pohnpei, acompañado de un grupo de personas que sabían volar. Al dedicarse a la rapiña, fue acechado y prendido por un jefe nativo, con cuya hija se casa. Urgido por sus acompañantes, reclama sus alas y su aditivo capilar para poder reunirse en las alturas con los suyos. Huye con la hija del jefe nativo, que en el trayecto da a luz a un niño distinto, dotado de grandes poderes mágicos: Luk, al que dejan en tierra mientras ellos prosiguen su vuelo. Más adelante, Luk enciende una hoguera, para ascender en su humo, sobre un tambor, al cielo. Al reencontrarse con sus padres, les recuerda que «me engendrasteis en la

Tierra». La narración también afirma de él que «sabía andar sobre el mar». Fenómeno que ya conocemos de los textos bíblicos. ¿Quién se dedicaba en tiempos antiguos a repetir una y otra vez los mismos prodigios en puntos distantes del planeta? Y, para quien opine que todo esto son alegorías y figuras literarias o mentales para explicar lo que se quiere decir sin decir lo que se quiere explicar, le planteo otra pregunta: ¿Quién se dedicaba en tiempos antiguos a repetirles una y otra vez los mismos cuentos a seres humanos repartidos por los más diversos puntos del planeta? Luk es un nuevo personaje a sumar a la larga lista de dioses que, más que eso, son personajes de conocimientos y recursos superiores a los seres humanos de la época.

Igualmente conviene repasar las manifestaciones de Nan Tsapue, al que por una parte los nativos tratan de «gran espíritu poderoso», y que al estar relacionado con un gran estruendo, lógicamente pasa a ocupar el puesto de la divinidad rectora de los truenos. Pero Nan Tsapue, que alterna sus quehaceres celestes con largas temporadas de permanencia en Pohnpei, es capaz de casarse con mozas que a su vez son ya hijas de padre celeste y de madre terrestre. Así lo refiere una narración familiar del clan de los Tip en uai: Tau Katau desciende del cielo y advierte que la terrestre Lientil —de singular origen a su vez— no está nada mal. Se casa, pues, con ella y se la lleva al cielo. De este cruce de razas resultan tres hijas: Liput, Lipotikilan y Lipaut. Ni corto ni perezoso, Nan Tsapue se casa con las tres, y aún le quedan ánimos para hacer lo propio con otra mujer del clan de los Tip en man. A partir de aquí, los viajes de uno y otras de la Tierra al cielo y viceversa son cosa habitual. Con el nacimiento de sus hijos Auntol en Langina y Nanit en Langina aparece en aguas circundantes a Pohnpei una curiosa vela: «Terminada la confección de la vela, la probaron. Se dirigieron con ella a Tip en meterane y continuaron hasta Imun take mau. No disponían de canoa en la cual viajar, sino que precisaban únicamente la vela, que se mantenía erguida sobre el agua del arrecife». (...) «Al hacer su aparición, todo el mundo se extrañó al ver una vela que se alzaba erguida sobre el mar y no portaba canoa, una vela con la que regresaron a Na». De acuerdo con lo que pudo averiguarse, Nan Tsapue es el personaje que da comienzo a la cadena sacerdotal de Salapwuk.

Dejemos una vez más a estos capitales personaje divinizados para echar un brevísimo vistazo al complejo panorama de los espíritus menores. Cuenta el marino aventurero James O'Connell en la primera mitad del siglo pasado y en su libro citado *A residence of eleven years in New Holland and the Caroline Islands* que, al contemplarse en su espejo de mano los nativos, creyeron en principio que la reproducción de sus caras en el mismo era debida a espíritus que se hallaban detrás del mismo. Cuenta también O'Connell que, al regreso de su primera visita a las ruinas de Nan Matol, y al preguntarle a su acompañante nativo — que no se había atrevido a penetrar con él en el recinto de la ciudad muerta— acerca de los constructores de la misma, obtuvo por toda respuesta: «Animan», o sea, que era la residencia de los espíritus, sus constructores, que seguían campando allí dentro. Por ello no entraba allí bajo ningún concepto. De todas formas, hay que puntualizar que el nativo que acompañaba a O'Connell no era precisamente un conocedor de la tradición de la isla, y que ignoraba por tanto la historia de Olosipe y Olosaup. Pero vale el testimonio como exponente de la convicción de los nativos de que aquella ciudad silenciosa era el feudo de los espíritus, que castigan con la muerte la presencia de extraños en aquel lugar. Paul Hambruch comprobó el 16 de agosto de 1910 en su visita a las ruinas que en alguna de las islas artificiales había viviendas modernas: «Pero habían sido nuevamente abandonadas por sus constructores y ocupantes. Los espíritus, los ani, vagaban por allí y los habían desalojado». Por su parte, el ya mencionado misionero doctor Gulick abunda igualmente en el siglo pasado en la creencia popular en la existencia de seres espirituales que adoptan forma humana, cuando escribe: «La creencia en espíritus que pululan en el aire y que a menudo regresan a la Tierra en forma humana, los mantiene en un estado de miedo y temor». Las narraciones tradicionales de la isla están llenas de ejemplos en los que aparecen espíritus que adoptan forma humana, ya sea de mujeres, hombres o niños. Más allá de estas consideraciones, cabe señalar que cada individuo posee un espíritu protector personal, que suele ser un antepasado muerto.

Aún debo mencionar un caso singular de manifestación de un ser sobrehumano, interesante por cuanto es la repetición, aquí en el Pacífico, de fenómenos que también se dieron en América y en la cuenca del Mediterráneo. Naturalmente recuerdo aquí al lector las dos interrogantes que le planteé a renglón seguido del pasaje en el que Luk caminaba sobre las aguas. Pero vayamos a los hechos que nos ocupan.



Están referidos en la antigua narración que habla del jefe-ave de Palikir. Previamente al pasaje que aquí nos interesa, descubrimos otras menciones sorprendentes en esta narración. Como por ejemplo: «Así pues Saukampil se puso en marcha en una canoa de nombre Lususen iap, una canoa que es diferente que las demás canoas, ya que nadie la gobernaba, sino que se movía por sí sola». Y: «La figura de Lap en Palikir infundía miedo también, ya que no era humano, sino que tenía la forma de un ave extraordinariamente grande, y volaba». O: «Palikir fue en otra época un lugar de constitución distinta que los demás lugares de Pohnpei, ya que una serie de figuras mágicas aparecieron tras la muerte del Lap en Palikir de forma de ave». Pero lo más interesante de la larga narración viene ahora. Enfrentados los habitantes de Palikir con los de Matolenim, se produce una situación de combate. Cito literalmente la narración: «Y, en el fragor de la lucha, fueron muertos también muchos de los hombres de Palikir. Entonces elevaron oraciones rápidamente a un espíritu llamado Sanoro. Éste es el espíritu al que ofrecían sacrificios en la antigua Palikir; por ello se les ocurrió dirigirse a él para suplicar ayuda. Su oración halló eco en el espíritu. Puesto que cuando sucumbieron en la lucha, el espíritu hizo aparecer rápidamente a una mujer entre los combatientes de Palikir. La mujer era tremendamente grande. Extendió entonces su cabellera y cubrió con ella a la gente de Palikir. En cuanto los hombres de Matolenim vieron a la mujer que se había alzado entre los de Palikir, los brazos les comenzaron a pesar, y contemplaron extasiados sin poderse mover a la mujer que se encontraba entre la gente de Palikir. Entonces los hombres de Palikir se abalanzaron rápidamente sobre los de Matolenim y los mataron a todos». Sigo sin salir de mi asombro al hallar semejante recuerdo en un relato originario de esta diminuta isla del inmenso océano Pacífico. Esoterismos aparte, considero este pasaje por sí solo como una joya dentro de los testimonios que a lo largo de la historia de la humanidad apuntan hacia la posibilidad de que alguien está encauzando, sin preguntármelo, nuestro destino. Para el lector que no los conozca, y para que pueda hacerse una idea de sus coincidencias, aportaré aquí pasajes similares al recién mencionado, en tierras americanas y mediterráneas. Así, Pedro de Valdivia relata lo siguiente en carta dirigida a Carlos I de España y V de Alemania, y refiriéndose a un ataque de los nativos contra su fuerte establecido en lo que hoy es tierra chilena, en el año 1541: «Y parece nuestro Dios quererse servir de su perpetuación para que sea culto divino en ella honrado y salga el diablo de donde ha sido venerado tanto tiempo; pues según dicen los indios naturales, que el día que vinieron sobre este nuestro fuerte, al tiempo que los de a caballo arremetieron contra ellos, cayó en medio de sus escuadrones un hombre viejo en un caballo blanco e les dixo: "Huid todos, que os matarán estos cristianos", y que fue tanto el espanto que cobraron, que dieron a huir. Dixeron más: que tres días antes, pasando el río de Biubiu para venir sobre nosotros, cayó una cometa entre ellos, un sábado a mediodía, y desde el fuerte donde estábamos la vieron muchos cristianos ir para allá con muy mayor resplandor que otras cometas salir, e que caída, salió della una señora muy hermosa, vestida también de blanco, y que les dixo: "Serví a los cristianos, y no vais contra ellos, porque son muy valientes y os matarán a todos".» En tierras mucho más norteñas, también Bernal Díaz del Castillo, el cronista de Cortés, relata en el capítulo XCIV de su *Historia verdadera de la conquista de la nueva España* cómo la aparición de una enigmática figura decide la victoria a favor de los españoles (a quienes los indios llaman «teules»): «Y preguntó el Montezuma que, siendo ellos muchos millares de guerreros, que cómo no vencieron a tan pocos teules. Y respondieron que no aprovechaban nada sus varas y flechas y buen pelear; que no les pudieron hacer retraer, porque una gran tecleciguata de Castilla venía delante dellos, y que aquella señora ponía a los mexicanos temor, y decía palabras a sus teules que los esforzaba; y el Montezuma entonces creyó que aquella gran señora que era Santa María y la que habíamos dicho que era nuestra abogada». Otro ejemplo lo aporta Pedro de Cieza de León en el capítulo CXIX de *La crónica del Perú*: «Cuando en el Cuzco generalmente se levantaron los indios contra los cristianos no había más de ciento y ochenta españoles de a pie y de caballo. Pues estando contra ellos Mangoinga, con más de doscientos mil indios de guerra, y durante un año entero, milagro es grande escapar de las manos de los indios; pues algunos dellos mismos afirman que venían algunas veces, cuando andaban peleando con los españoles, que junto a ellos andaba una figura celestial que en ellos hacía gran daño». Si nos vamos al Mediterráneo, en las antípodas de Pohnpei, seguimos encontrándonos con el mismo fenómeno, esta vez representado por la popular figura de san Jorge, que pertenece al grupo de los santos caballeros y soldados que desde el cielo ayudaron a los cristianos creyentes en sus luchas, en especial cuando combatían a los infieles. Entre ellos hay que contar a san Miguel y a san Magín, que tanto protegieron los intereses de

Carlomagno. Los guerreros catalanes, antes de emprender alguna lucha, se encomendaban a san Jorge al igual que los guerreros de Palikir se encomendaron a Sanoro, y obtuvieron gran protección —al igual que aquellos—, particularmente en ocasiones en que luchaban contra los musulmanes. Así, cuando los árabes hubieron conquistado la ciudad de Barcelona y ésta hubo quedado arrasada, el conde Borrell II se reorganiza en Manresa. Con muy exiguas fuerzas decide volver sobre Barcelona, para intentar su reconquista prácticamente imposible. Mas, al llegar, no tardaron en fijarse en un apuesto guerrero que galopaba entre las nubes y que esgrimía un rayo por arma, con el cual sembró la muerte y el terror entre los moros que caían a millares o huían a todo correr. Desaparecido el misterioso caballero, al que nadie conocía, los hombres de Borrell II y Cataluña entera lo tomaron por patrón, y su cruz pasó a formar parte del escudo de Barcelona y de muchas otras ciudades y pueblos. En mi repetido libro *Las nubes del engaño* aporté más intervenciones de este caballero que defiende a cristianos contra moros ayudando a Jaime *el Conquistador* en la conquista de Mallorca, y a los alcoyanos en la defensa de su ciudad, amén de otros casos similares, en que determinada aparición celeste o sobrehumana aparece en defensa de determinado bando de la lucha, en distintos lugares y épocas. Aquí quiero finalizar este breve repertorio con un caso de la historia de Roma, por cuanto también aquí, al igual que en la narración pohnpeyana, la divinidad implorada acude a la llamada en auxilio del solicitante. Él personaje invocado es aquí Castor, al que ya dediqué también tinta en este mismo libro. Efectivamente, en el año 498 a. de JC., el exiliado Tarquino se encaminó sobre Roma, con la intención de aplastarla con aliados de treinta y seis ciudades de la Liga latina conducidos por Octavio Manilio. La batalla se libró junto al lago Regilo, cerca de la actual Frascati. Cuando al cabo de algunas horas parecía decantarse cierta ventaja en favor de los etruscos, que consiguieron empujar a los romanos, Aulio Postumio, en su desesperación, prometió un templo a Castor si éste intervenía en la lucha. Repentinamente en una violenta carga contra el enemigo, se colocaron a la cabeza de la caballería dos extraños y apuestos jinetes de una estatura superior a la humana, que de inmediato se pusieron a dirigir la carga.

No voy a insistir aquí en otros casos similares. Pero aún quiero llamar la atención sobre un fenómeno que se recuerda aquí en Pohnpei y que también se dio en otros lugares del planeta. Comienza la «Narración del espíritu protector del clan de los Li ar Katau» de esta guisa: «Ésta es la historia del espíritu protector del clan de los Li ar Katau, llamado Sau ani. Este espíritu moraba en Takaiu, para así poder ayudar al clan de los Li ar Katau, ya que en tal lugar de Uh vivían éstos. El espíritu los apoyaba decididamente. De noche aparecía en el lugar conocido por Niapei en forma de una antorcha, cuando estaba descontento. En tales ocasiones Sou matau en Takaiu tenía que levantarse de noche, salir y excavar el sakau; luego debía llevar el sakau al lugar en el que esperaba el espíritu. Éste quedaba complacido con ello». Aparte de que la figura de la antorcha es equiparable a la columna de fuego y de luz citada en diversos pasajes bíblicos tanto apócrifos como canónicos, disponemos de otras referencias a la misma. En el capítulo 22, dedicado a la Astronomía, del *Nuevo libro de los Tang*, editado en China durante la dinastía de los citados Tang, leemos: «En el año dos bajo el reinado del emperador Quianfu, dos estrellas, una roja y otra blanca, cuyo tamaño era como dos veces la cabeza, se dirigieron una junto a la otra hacia el sudeste; una vez posadas sobre el suelo, aumentaron lentamente de tamaño y lanzaron violentas luces. Al año siguiente, una estrella móvil brilló de día como una enorme antorcha. Tenía el tamaño de una cabeza. Habiendo venido del nordeste, sobrevoló dulcemente la región, para desaparecer luego en dirección noroeste». Vista esta antorcha volante en China, pasemos a ver otros ejemplos en los cielos de Europa. Y subrayo que únicamente estoy extractando —de entre la vasta fenomenología de columnas, vigas ígneas y demás apariciones similares que los historiadores nos han legado— algunas de las manifestaciones concretamente definidas por los respectivos testigos, al igual que en la narración pohnpeyana, como «antorchas». El historiador Julio Obsequens recoge este dato en su obra *Prodigiorum Liber (Libro de los prodigios)*: «Siendo cónsules C. Mario y L. Valerio, fue visto en diferentes lugares en Tarquinia un objeto que semejaba una antorcha encendida que repentinamente cayó del cielo. Hacia el anochecer, un objeto volador circular, similar en su forma a un "clypeus" llameante, fue visto cruzando el cielo de oeste a este». En el siglo XVI, el humanista alemán Karl Wolffhart, más conocido por el nombre de Conradus Lycosthenes, editó el mencionado libro de Obsequens aportando nuevas descripciones de fenómenos similares acontecidos con posterioridad a la redacción del texto original. Y

escribe, refiriéndose al año 919: «Un objeto como una antorcha encendida fue visto en el cielo, y bolas brillantes como estrellas se movían por el aire sobre Hungría». Plutarco, en *Timoleón*, refiere la aparición de una antorcha protectora, al igual que lo fue la del clan pohnpeyano de los Li ar Katau. Corre el año 344 a. de JC., cuando Timoleón se dirige hacia Sicilia, requerido por las ciudades griegas en la isla para que expulsara a los cartagineses, que allí habían desembarcado: «Y por la noche, tras haber entrado en mar abierto y hallándose disfrutando de un viento favorable, los cielos parecieron estallar, abriéndose súbitamente sobre su nave, despidiendo seguidamente abundante y vivo fuego. De éste se alzó una antorcha a lo alto, como aquellas de que son portadores los místicos, y corriendo con ellos en su trayectoria los llevó precisamente a aquella parte de Italia a la cual habían puesto rumbo los pilotos». Timoleón obtuvo la victoria y gobernó Sicilia a partir de ella. Volvamos al libro de Julio Obsequens: «En Lanuvio fue vista en el cielo una brillante antorcha», escribe para el año 167 a. de JC. Y para el 137 a. de JC.: «En Prenesta fue vista una antorcha ardiendo en el cielo». Para el 127 a. de JC.: «En Fruosino fue vista en el cielo una antorcha encendida». Y para 106 a. de J.C.: «Fue oído un alboroto en el cielo y parecieron caer jabalinas de él. Hubo una lluvia de sangre. En Roma fue vista una antorcha». Plinio por su parte, en el libro II, XXXV, refiere otro caso importante, acaecido en el año 66 a. de JC.: «En el consulado de Cneo Octavio y Cayo Scribonio fue vista caer una chispa de estrella y aumentar de tamaño al aproximarse a la Tierra, y tras hacerse tan grande como la Luna difundió una tenue luminosidad, y luego, volviéndose hacia el cielo, se tornó como una antorcha; ésta es la única noticia de lo ocurrido. Fue visto por el procónsul Sila, y su séquito». Plutarco aporta el testimonio de otra antorcha protectora, referida tanto en *César*, XI, como en *Pompeyo*, LXVIII: «Durante la guardia de la mañana, una gran luz brilló sobre el campamento de César, el cual estaba completamente en calma, y de ella brotó una llameante antorcha que se precipitó sobre el campamento de Pompeyo. El propio César dijo haberla visto mientras inspeccionaba las guardias». Acto seguido, César derrotó a Pompeyo, netamente superior en fuerzas, en lo que sería la batalla decisiva de su vida. Finalmente, en el opúsculo francés titulado *Los signos espantosos han vuelto a aparecer en el aire sobre las ciudades de Lyon, Nimes, Montpellier y otros lugares circundantes, ante el gran asombro del pueblo* (París, Isaac Mesnier, copia impresa en Lyon, 1621), leemos: «Sobre la ciudad y villa de Montpellier, empezaron a aparecer cantidad de antorchas ardientes, de la luz de las cuales salían numerosas especies de lanzas de fuego que iban de un lado a otro: esto duró desde las nueve o diez de la noche hasta las tres de la madrugada, en que apareció una estrella grande y luminosa con una larga cola, otras estrellas pequeñas, las cuales parecían hacer disipar una gruesa nube mezclada con diversos relámpagos que intentaban tajarla e impedir su claridad, lo cual duró hasta el amanecer ante el asombro del pueblo». Esto aconteció el 12 de octubre.

Al hablar de los seres que, en un remoto pasado, descendían de las alturas celestiales hasta Pohnpei, vimos ya algunos ejemplos de entidades sobrehumanas, como por ejemplo aquellos seres que se dedicaban a raptar canoas y llevárselas al cielo, o, en un plano más terrestre pero sin embargo dotados de la facultad de volar, los antropomorfos Lipeponuel. También, más recientemente, mencioné la narración que refiere la existencia en la antigüedad de una vela que surcaba las aguas sin necesidad de canoa. Volvamos ahora al mundillo de las canoas y de las velas en Pohnpei. Pues ofrece aspectos interesantes, que una y otra vez nos remiten a entidades sobrehumanas que por allí rondaban tiempo atrás. Para el pohnpeyano, la introducción de la vela en las artes náuticas de su isla se debe a la acción directa de dos mujeres descendidas del cielo, que llegaron a Pohnpei para tejer allí la primera vela conocida en la isla:

«En tiempos remotos, Nan Tsapue se casó en el cielo con dos mujeres. Ambas comenzaron con la confección de una vela. Colectaron muchas hojas de pandanáceas y con ellas colmaron toda una cabaña. Mas Nan Tsapue se disgustó con este almacenamiento, tomó las hojas y las arrojó fuera de la cabaña. Todas las hojas cayeron del cielo y fueron a parar a un lugar de Uh llamado Selatak. Las mujeres se enfadaron por ello y lloraron. Se fueron del cielo, eran tres hermanas. Al marchar, llegaron a Selatak y hallaron allí sus cosas. Una de ellas tomó sus cosas y se trasladó a Langar, mientras que las otras dos tomaron igualmente sus cosas y se fueron a Na. Las dos que marcharon a Na, terminaron la vela. Esto es lo que piensan acerca de las velas los pohnpeyanos, puesto que antes de que aparecieran las dos mujeres del cielo, no hubo velas

en Pohnpei». A este respecto, cabe observar que también los nativos de las islas Marshall conservan la tradición de que el conocimiento inicial de la utilidad de la vela les fue dado por una mujer descendida del cielo.

Repasando las antiguas narraciones pohnpeyanas, se topa uno de vez en cuando con alguna referencia a la primera canoa, aquella que iba en busca de la roca perdida en el mar. Ya aquí hallamos entidades femeninas sobrehumanas en el recuerdo ancestral nativo. Así, en la narración «La canoa de Uaiso», leemos que, incapaces de izar la vela de la canoa, los tripulantes requirieron ayuda: «Llamaron a una mujer, la Li pue Kitak a lan [la mujer que eleva el cielo] que acudió e izó la vela. De dicha mujer partía un rayo luminoso, resplandeciente». Para épocas posteriores, dejé también anotado algún caso de canoas automáticas, como aquella llamada *Lususen iap*, cuya propiedad iba pasando de Sau Telur en Sau Telur, y que no requería remero, «puesto que cuando alguien quería viajar en ella, le ordenaba a la canoa que partiera, y entonces zarpaba por sí sola; nadie remaba».

Aparte de estas canoas singulares, o acaso precisamente porque su origen está vinculado a entidades sobrehumanas, la embarcación «standard» misma de los isleños es un objeto sagrado, cuya elaboración se atiende —se atenía, en tiempos antiguos— a un estricto ritual. Y en esta isla realmente tan secreta, la muerte recae incluso sobre aquél que desvelare el conjuro a cuya recitación se tala el árbol destinado a ser canoa. Ningún extraño logró conocerlo jamás. Todos cuantos participan en la fabricación de una canoa son considerados personas tabús durante el plazo de tiempo que dura dicha construcción. Antes y después, fueron y vuelven a ser, respectivamente, personas normales dedicadas a sus quehaceres habituales. He aquí, en narración tradicional de la época de los Nanamariki, o sea posterior a la llegada de Iso Kalakal a la isla, el proceso de construcción de una canoa: «Antiguamente, los jefes convocaban la sagrada fiesta de la construcción de las canoas, la epen sarau. Era una fiesta sagrada, una fiesta tribal. Los distintos nanmariki se ponían de acuerdo para decidir en qué época debían comenzar los trabajos. Luego talaban árboles y trabajaban simultáneamente, hasta finalizar su labor. Luego comenzaban los preparativos, preparaban sus adornos y se esmeraban en procurarse hermosas palas. En un día determinado, el ran en puek uar, botaban la canoa al agua. En este momento empujaban a la canoa hasta el agua. Y si alguien no había concluido hasta aquel momento su embarcación, también la botaba al agua en aquel día, para que fuera bendecida y no se olvidara a ninguna canoa en la comarca. Era botada al agua y se la dejaba marchar a la deriva. Estas canoas inacabadas recibían el nombre de pus on epen. Se preparaban las festividades para otro día, el ran en pitakpene. Se salía al mar con todas las canoas para ir a reunirse en un lugar pequeño. Allí se efectuaban preparativos para el día llamado ran en epen iap. Llegado este día, todos se reúnen en un pequeño lugar en Matolenim llamado Nan len mok. Se reunían allí, celebraban acciones sagradas en Pan Katera y organizaban bailes de palas en muchos lugares. Finalizadas las sagradas danzas de las palas, se entregaban todas las canoas al Nanamariki. El Nanamariki repartía entonces las canoas entre la gente. Todos recibían canoas nuevas. Luego todos regresaban a sus hogares y se quedaban con sus canoas. Así se hacían en tiempos antiguos las canoas, y en ninguna otra época se fabricaban canoas, ya que todos aguardaban una nueva fiesta epen, para entonces volver a construir canoas».

Recopilando, hasta donde sea posible averiguarlas, las antiguas creencias que he venido reflejando a lo largo de estas páginas —en las que se advierte la ausencia manifiesta del concepto concreto de una divinidad, que se diluye en una serie de entidades, espíritus, seres volantes celestes que no acaban de llegar a definirse como definitivos dioses, sino como seres dotados de artes mágicas que tanto se mueven por las alturas como conviven con el nativo en la isla—, se saca la conclusión de que por un lado los antiguos pohnpeyanos están refiriéndose a seres que están muy próximos a aquéllos que los indios hopi denominan katchinas por un lado, mientras que por el otro sus divinidades se quedan en el plano de aquellos hacedores, de aquellos poderosos del cielo a que alude el Popol Vuh de los indios quichés: razas o entes con conocimientos superiores a los del ser humano, en definitiva, pero esencialmente ajenos al concepto de una divinidad total.

## NAN MATOL

Todo cuanto se recuerda en la isla acerca de la construcción de las enigmáticas ruinas de la ciudad y de las islas artificiales de Nan Matol, remite indefectible y únicamente a la actuación de Olosipe y Olosaupá, que ya vimos en detalle. Eran antropomorfos, no eran isleños, eran ingenieros, constructores, eran poderosos y por medio de llamadas mágicas reunieron los enormes bloques de piedra en este lugar, a cuya convocatoria dichas piedras llegaron por el aire, volando, desde otro lugar. Era hora ya de que visitáramos personalmente las ruinas de esta silenciosa ciudad. Están situadas frente a la costa sureste de la isla de Tsamuin (que en la cartografía moderna figura con el nombre de Temwen), frente a la costa oriental de Matolenim, en la vertiente oriental de la isla de Pohnpei (recuerdo: Ponape en la cartografía actual, que sin embargo recuperará en un plazo presumiblemente breve su denominación original de Pohnpei, como es deseo del sector del pueblo y de los gobernantes actuales del estado del mismo nombre que son conscientes de sus orígenes). Desde la capital. Colonia (recuerdo también: Kolonia en la grafía actual, y ésta será más difícil que cambie), situada en el extremo norte de la isla, hay tres formas de llegar allí: por carretera (unos 40 km, no asfaltada), por mar (unas treinta y tantas millas náuticas), o en avioneta (7 minutos de vuelo desde el aeropuerto de Colonia), y esto último solamente a efectos de sobrevuelo de las ruinas. Para tal sobrevuelo, debe uno ponerse en contacto con la «Pacific Missionary Aviation» en la librería imprenta que regentan en Colonia (PMA Bookstore), preguntando allí por el reverendo Edmund Kalau, por su mujer Elizabeth o por su hijo Norbert. También puede uno dirigirse directamente a la pista del aeropuerto, en cuyo extremo sureste, junto al hangar, vive el piloto J. David (Dave para los amigos) Kendrick. También puede hallarse allí al mecánico, Romy, que habla castellano. La avioneta de 9 plazas puede alquilarse por 250 dólares a la hora. Pero para visitar las ruinas de Nan Matol personalmente la conexión idónea —cuando no dispone uno de embarcación propia— hay que buscarla en Joy Restaurant, en Colonia. La familia de Iuthaka Suzuki, que lo regenta, así como Pilandina David y Martha Kilajwakun, le informarán adecuadamente. Dado que Iuthaka Suzuki ocupa un pequeño islote próximo a las ruinas, Nahnningi, tiene establecida la conexión como digo idónea para cualquier extranjero que por allí caiga con intención de visitar Nan Matol. El restaurante conecta con el islote por radio (canal 13 USB CB Radio, que mantiene abierta la frecuencia a las 08 00h, 13 00h, y 18 00h locales). Puede uno trasladarse por carretera —en automóvil alquilado, en las furgonetas abiertas que hacen las veces de taxi colectivo recogiendo a quien las pare por el camino, oscilando el precio del viaje según la cantidad de personas que ocupan el vehículo más que según la longitud del recorrido (nosotros pagamos tres dólares)— hasta el final de la misma, en donde se hallan los terrenos y edificios de la «Ponape Agricultural Trade School» (PATS), la escuela de agricultura de Pohnpei, dirigida por el padre Costigan, que es a la vez miembro honorario del Departamento de Policía de New York City. Cosas de la vida. Claro que también di en esta isla, gracias a las indicaciones de la hermana María, con la tumba perdida de un coronel de la Guardia Civil española. Allí hay un embarcadero al que acude a recogerlo a uno —previa cita radiofónica y dependiendo del estado de la marea — la lancha que Iuthaka Suzuki tiene en el islote de Nahnningi, que por cierto los pohnpeyanos conocen por el nombre de Joy Island —debido a su vinculación a Joy Restaurant.

Naturalmente, allí estábamos, royendo caña de azúcar por enésima vez mientras explorábamos con la vista la frondosa bahía que constituía el puerto natural de Matolenim, a la espera de que la marea subiera para permitirle a la barca de Nahnningi acercarse hasta el embarcadero. No sabíamos aún que íbamos a habitar por unos cuantos días un auténtico paraíso en los mares del Sur. El pequeño islote —completamente plano, en forma de rombo cuyos lados medían 120 y 160 metros de longitud respectivamente— se hallaba a menos de media milla de distancia de la ciudad muerta de Nan Matol, y a poco más de un cuarto de milla del arrecife de coral que marca el límite entre las aguas bajas y el mar abierto. Expresado en sistema métrico, estábamos a 600 metros del vértice sur de las ruinas, y a 480 del arrecife de coral. Situación privilegiada que nos permitía acudir diariamente a las ruinas y respetar simultáneamente la creencia local de que nadie debía pernoctar en ellas. Para combinar ambas condiciones, Nahnningi ofrecía una situación idónea para el establecimiento de nuestra base de operaciones. Con la marea baja era posible salvar a pie los 600 metros que nos separaban de las ruinas. Lo cual no deja de entrañar un cierto riesgo, ya que si uno se

descuida con los horarios y le sorprende la subida de la marea a mitad de camino, puede continuar nadando en caso necesario —lo cual se hace igualmente peligroso por las fortísimas corrientes que aquí se generan—, pero a sabiendas de que se va a topar en su camino con alguna de las grandes rayas que por aquí pululan como las lagartijas en tierra firme, aparte de que siempre puede colarse algún tiburón hacia estas aguas más bien bajas para él; pero, bueno, a menos de medio kilómetro estaba el mar abierto que era su feudo en estas latitudes. De forma que optamos por pagar los tres dólares por persona que cada desplazamiento en barca nos costaba. Por cierto que esta opción hay que tomarla con la cautela contraria: a saber, que hay que contar con el hecho de que, cuando la marea baja, la barca se encalla, especialidad ésta en la cual nos doctoramos en breve tiempo en los más distintos terrenos: en los enrevesados recodos de los manglares, en los canales que serpentean, entre los islotes artificiales de Nan Matol, y en el agua digamos abierta. Nahnningi era —es— un paraíso, sí. Iuthaka Suzuki, que vive aquí solo, se ocupó de limpiar el islote de matorrales, conservando únicamente las grandes palmeras cocoteras, árboles de la fruta del pan, y alguna que otra planta aislada. Había cubierto el islote de blanca y fina arena, y en un extremo de la misma criaba cerdos. También había gallinas y gallos, cuyas peleas entusiasaban a los dos ayudantes del japonés: Nahzy Susumu, un muchacho joven que hacía siete meses que vivía en plan ermitaño en la isla, permanentemente, y otro hombre, casado y que vivía en tierra firme, que acudía diariamente para ayudar por unas horas a Nahzy. Puesto que Iuthaka Suzuki se ausentó durante nuestra estancia del islote, Nahzy el solitario se convirtió en nuestro gran compañero aquí, y fue quien nos acompañó a Nan Matol. De forma que el minúsculo paraíso lo compartíamos Nahzy, Miquel, Carmelida Gargina, yo, dos perros, los cerdos, los enormes cangrejos cocoteros, las lagartijas y el rumor de las olas rompiendo sobre el arrecife. Tal y como era de esperar, al poco rato de llegar me volví a abrir por otro sitio el pie que ya traía maltrecho, puesto que no era fina arena blanca todo lo que se pisaba: enterrada en ésta había traicioneros cantos de coral. De forma que sería a la pata coja, pero a mí nada me impediría ya la exploración sobre el terreno de las —allá lejos, en Europa, al otro lado del globo— tan absolutamente ignoradas ruinas de Nan Matol. Aquí, en aguas de este islote, fue en donde una noche, después de haber estado cenando y hablando con Nahzy, divisamos una luz en el agua. Fuimos a ver de qué se trataba. La luz se había apagado. Al cruzar ante una cabaña, Miguel pegó un grito celtíbero: alguien, en la penumbra, le había metido entre ojo y ojo la sangrienta cabeza de una morena. Era Carmelida, que había cogido mi linterna y mi machete para meterse en el agua y cazar así, de noche y a golpe de cuchillo un hermoso ejemplar de morena, para la que encendió con presteza una pequeña hoguera en cuyas brasas no tardaría en cocer al pobre animal, aún medio vivo. Se las sabía todas, en el monte, en el mar y en la rudimentaria capital. Nos dio un ininterrumpido cursillo de supervivencia allá donde hiciera falta. En Nahnningi vivíamos en cabañas, sobrias pero limpias, a precio de 5 dólares por persona y día. No se podía comprar comida, naturalmente, por lo que había que traerla desde tierra firme. Pero, de todas formas, en el islote había cocos, fruta del pan y pescado al natural. Más, tampoco hacía falta. Soñando entre las copas de las palmeras, la soledad le hablaba a la Luna.

Olosipe y Olosaupá habían venido de nadie sabe dónde para construir aquí una ciudad sobre islotes artificiales. Esa ciudad —o lo que de ella queda— es lo que teníamos delante nuestro. Los motivos que Olosipe y Olosaupá tuvieron para esta gesta suya han quedado ya suficientemente expuestos y analizados. Se trata ahora de conocer las ruinas en sí. Procediendo del sur como lo hacíamos, nos aproximamos a la ciudad por su vértice meridional, para ir bordeando los manglares con la cabeza gacha para no encajar otro nuevo descalabro físico, propinado ahora por aquellas ramas que eran a un tiempo raíces, y que había que ir sortendo con la mejor fortuna posible. Desde esta vertiente, las ruinas eran invisibles. La vegetación cubría con exuberancia toda el área de los islotes artificiales, y, no sabiéndolo, era imposible adivinar que aquello encerraba toda una ciudad. Una abertura entre la espesura de los manglares, entre Ponkaim y la isla de Tsamuín, nos permitió acceder hasta la red de canales que surcan esta impresionante ciudad del silencio. Una vez dentro, y sin que hubiéramos advertido su presencia, una canoa surgió silenciosa de un canal secundario para no pensárselo dos veces en cortarnos el paso a la brava. Ocupada por tres individuos, machete para dos de ellos y empuñando su viejo «Winchester» el tercero, de rasgos japoneses, se adosaron a nuestra lancha para que no nos cupiera ninguna duda de que, para que pudiéramos continuar en aquel lugar sin irritar la sensibilidad de éstos, la ciudad de los espíritus se cobraba por cada uno de nosotros, y por

cada visita que hiciéramos, sus tres dólares. Nos quedaba pues muy claro que también aquí, al igual que en Colonia y en Salapwuk y en Sokehs, la frondosa vegetación criaba ojos por doquier, y que cuanto más solo se creía uno, más silenciosamente acompañado —vigilado— se hallaba. Ante la experiencia, cobraba de repente visos de realidad la advertencia que nos hiciera Ketson Johnson de no dormir en las ruinas: «Tal vez no haya fantasmas, tal vez no haya espíritus, pero probablemente haya gente que os aceche allí». Ahora ya podíamos dar fe de que no; tal vez, no: ¡seguro! Más tarde averiguaría que el impuesto personal de 3 dólares se cobraba por disposición del Nanamariki de Matolenim, y que las sumas recaudadas iban a parar al fondo comunitario. Valga así. Aquí debo mencionar la circunstancia de que así como la hermandad sacerdotal nativa tenía su cabeza rectora en Salapwuk, el consejo de los reyes de la isla estaba presidido por el de Matolenim, que tenía su residencia en Tsamuin Concretamente en su extremo noroeste, en Saulon (en la grafía moderna Salong). También conviene recordar que la isla de Tsamuin, incluyendo el área de Nan Matol e islotes adyacentes, es territorio «nanúe», tradicionalmente propiedad privada de la alta nobleza o de los grandes jefes. Más extenso aún es el territorio nanúe de Kiti, la región de Tsapue takai por la cual cruzamos para ascender hacia Salapwuk. El de Uh es insignificante, y Net y Sokehs ni siquiera poseen semejante territorio. Me quedé pensando en los que habían estado aquí en Nan Matol, antes que nosotros. En los primeros extranjeros que llegaron tiempo atrás a estas ruinas y notificaron su existencia.

### **PRIMERAS NOTICIAS**

Comienza con las siguientes palabras el tercer y último volumen que el etnólogo alemán doctor Paul Harnbruch dedicó a la isla de Pohnpei tras la visita que le rindió en 1910: «Desde que se conoce la isla de Pohnpei, ésta le presenta al mundo civilizado un enigma cuya solución se ha venido haciendo cada vez más difícil y que acaso jamás llegue a desvelarse por completo. De todas las impresiones que el visitante recibe del país y de sus habitantes la más duradera es la visita a la ciudad artificial de Nan Matol, "en (los) (espacios) intermedios", situada en el lado oriental de Pohnpei. Desprovistas desde hace decenios de su antiguo esplendor, retornando paulatinamente a la destrucción por la acción de las fuerzas naturales, y con un significado que solamente les era conocido a unos pocos nativos que aún hoy guardan el secreto de su íntimo saber ante las preguntas del extranjero, no ha menguado el interés de estas "ruinas de Matolenim"». Anteriormente a los exhaustivos estudios que Hambruch acometió en ellas en el verano de 1910, las citadas ruinas fueron visitadas o notificada su existencia por los siguientes extranjeros:

Nan Matol, cuyas ruinas visibles desde el mar —tal y como ya dejé anotado en su momento— aparecen reflejadas en el primer mapa conocido de la isla de Pohnpei, trazado en enero de 1828 por el alférez ruso Zavalichine por encargo de Friedrich Lütke, a cuyo mando iba la expedición de la corbeta *Senyavin*, curiosamente no aparece mencionada en cambio en ningún otro lugar del extenso informe de la misma, que incluye sendos trabajos amplios tanto del propio Friedrich Lütke, como de F. H. von Kittlitz, otro miembro de la expedición. Los componentes de esta expedición ordenada por el zar Nicolás I no llegaron a desembarcar en la isla, pero de todas formas el mapa de Zavalichine constituye el primer documento que da muda fe de la existencia de las ruinas de la ciudad de Nan Matol.

En febrero de 1835, el *New South Wales literary, political and commercial Advertiser*, de Sydney, Australia, informa en la pluma de su editor doctor Lhotsky, sobre las ruinas. Menciona a su vez una previa referencia a las mismas hecha por un tal señor Ong, «que se radicó ahora en Australia», en el *Habart Town Courier*, en la que éste escribe: «En el extremo nordeste de la isla, en un lugar llamado Tamen, se hallan las ruinas de una ciudad que ahora solamente es accesible en botes, ya que las olas llegan hasta las escaleras de las casas. Los muros están ocupados por viejos árboles de la fruta del pan, cocoteros y otros, y las ruinas ocupan un espacio de más de una hora. Las piedras de los muros están colocadas en capas, pero en ángulo recto, y muestran huellas de un arte que excede en mucho las capacidades de los actuales habitantes. Algunas de las piedras labradas tienen una longitud de 20' y una anchura de 3'-5', pero no se advierte vestigio alguno de ninguna masa de unión. Los muros tienen aberturas para puertas y ventanas. Todos estos edificios están contruidos con una piedra que es completamente diferente de la que hay en las inmediaciones». (...) «Al preguntar a los nativos acerca del origen de estas construcciones, responden que

fueron edificadas por hombres que ahora están en el cielo». Éste es, hasta el momento, el primer texto y la primera mención que he podido hallar referida a las ruinas de Nan Matol, y notificada por persona no nativa de la isla. Poco después, el 23 de octubre de 1835, el artículo aparecería reproducido en el núm. 296 de la revista *Das Ausland*. Posteriormente, el doctor Lhotsky dictaría una conferencia sobre las ruinas en la «Royal Asiatic Society», concretamente el 2 de marzo de 1839 (según informa *Das Ausland* en el mismo año), y publicaría en la repetida revista *Das Ausland* en 1840 un ensayo en el que menciona el testimonio de otro visitante pionero de Nan Matol: «Unos 18 meses después de que apareciera este artículo [se refiere al del señor Ong] el *Colonist*, uno de los periódicos de Sydney, publicó una noticia más amplia acerca de estas ruinas, de la cual reflejaré aquí lo más destacado. La noticia procede de un tal señor Campbell, que visitó la isla en calidad de médico traumatólogo a bordo de un ballenero, y que luego se radicó en Nueva Gales del Sur». (...) «Sobre las ruinas dice lo siguiente: En el lado sur de la isla y a una milla del puerto de Metaleline hay vestigios de construcciones, la más destacada de las cuales la constituye un cuadrado triple, que en su conjunto ocupa un área de unos 300 pies cuadrados. Lo rodea un parapeto [una galería externa] que mide 4'-5' de alto y 15' de ancho. Este parapeto está completamente cubierto de árboles y maleza, pero en todo momento se puede dar la vuelta a estos edificios en bote. El tipo de piedra del que están hechas estas construcciones es granito [un error del observador, ya que se trata de basalto] y algunos de estos bloques miden 20'-25' de largo. En el interior del muro hay otro parapeto, de 7' de alto y unos 10' de ancho. Los muros tienen un grosor de 30' en la base y 20' encima del parapeto. Estas construcciones tienen solamente una entrada en el lado opuesto al mar; esta entrada tiene un ancho de 30'. No hay forma de decidir si estas construcciones estuvieron en algún momento cubiertas; pero de todas formas no se aprecian en la parte superior del muro agujeros en los cuales pudieran haberse asentado vigas o similares. No se advierte en ninguna parte ni mortero ni cal. En una de las construcciones existen varias bóvedas bajo el suelo, que están llenas de huesos humanos. Los habitantes actuales no saben nada concreto sobre el origen de estos edificios, pero sí los consideran sagrados, y pocos se atreven a pisarlos. No lejos de estas construcciones se halla un pequeño puerto, en el que incluso hay construido un gran dique, dentro del cual podría anclar un barco relativamente grande. Este lugar está rodeado por un muro de extraordinaria fuerza, de 15' de alto, pero en estado ruinoso. Algunas de sus piedras pesan 4 toneladas. El autor opina que acaso todos estos muros y diques fueron en parte erigidos para salvaguardar a las construcciones situadas más hacia tierra firme de la penetración y la violencia del mar». Creí interesante reproducir estos dos primeros relatos sobre el estado en que se hallaban las ruinas al ser halladas por vez primera por los extranjeros arribados a Pohnpei.

Al año siguiente, o sea en 1836, aparece publicado el ya muy repetido relato del marino aventurero James O'Connell, *A Residence of eleven Years in New Holland and the Caroline Islands*, en cuyo capítulo XV relata también su descubrimiento de las sorprendentes ruinas, descubrimiento que debió tener lugar antes de las visitas al lugar relatadas por Ong y por Campbell, si bien su experiencia no fue publicada hasta después de serlo las de aquéllos. Lo reproduzco por consiguiente aquí, dado que pienso que el relato de O'Connell es precisamente el testimonio original que poseemos de la primera visita documentada que extranjero alguno rindió a las ruinas de Nan Matol. Y esto es lo que de su experiencia cuenta O'Connell: «Ahora quiero referirme a la aventura más grande que viví en este viaje; será la prueba de cargo de mi amor a la verdad, ya que voy a informar del hallazgo de una gran isla deshabitada, en la que se hallan unas imponentes ruinas, cuyo estilo arquitectónico difiere por completo del usual de los nativos actuales. Tienen una considerable extensión. En el lado oriental de este enjambre de islas se halla una gran isla plana que con la marea alta queda dividida por el agua en unos 30 ó 40 islotes, agua que crece y las rebasa. A causa de la superficie, que es casi completamente plana, se diferencia de las demás islas. No hay rocas sobre las cuales la naturaleza pudiera acaso haberla formado. En lugares aislados crecen árboles frutales, pero nadie los toca, ya que es imposible convencer a nativo alguno para que los toque o incluso coja sus frutos. Cuando descubrí esta isla me acompañaban George y un nigurt [los nigurts constituyen la raza considerada inferior por los pohnpeyanos, formando parte del parcialmente esclavizado grupo étnico negro que puebla las islas del Pacífico] el cual nos acababa de advertir sobre ella, prometiéndonos una sorpresa. Fue toda una sorpresa, sí. Desde lejos estas ruinas tienen la apariencia de fantásticas formaciones naturales; mas, cuando nos fuimos acercando a ellas, ambos nos asombramos al descubrir claros vestigios de actividad humana.



Entramos precisamente con la marea alta, de forma que pudimos penetrar con nuestra canoa en un estrecho canal que en algunos tramos era tan estrecho que no podría haber cruzado otra canoa a nuestro lado, mientras que en otros puntos, presumiblemente debido a la irregularidad del terreno, se ensanchaba en amplias lagunas. Al entrar, recorrimos un largo trecho entre dos muros de piedra, que sin sacar a la canoa de su camino podríamos haber tocado simultáneamente con las palas. Tenían unos buenos diez pies de altura; algunas partes aisladas estaban hundidas, otras estaban muy bien conservadas. Por encima de los muros surgían los cocoteros, de vez en cuando también algún árbol de la fruta del pan, que proporcionaba entonces holgada y refrescante sombra. Por doquier reinaba un profundo silencio, y ningún ser vivo se movía por ningún lado; a lo sumo, algunos pájaros. Tocamos tierra en el primer lugar adecuado, en el que los muros retrocedían en un recodo del canal. Únicamente el pobre nigurt parecía no poder salir ni entrar a causa de su terror; nada pudo convencerle para que abandonara la canoa. Los muros encerraban superficies redondeadas; entramos, pero no hallamos más que árboles y maleza. Si no hubiera sido porque los muros recordaran demasiado claramente el que aquí había habido hombres, podría haberse pensado que jamás llegaron a estos parajes. Exploramos los muros. Estaban formados por piedras de diferentes tamaños, que oscilaban entre los 2 y 10 pies de largo y 1-8 de ancho; los espacios intermedios y las fisuras estaban cuidadosamente rellenos con piezas más pequeñas. Eran de la piedra azulada que se halla en grandes cantidades en la isla habitada y parece ser, como ya dije, de estructura pizarrosa; estaba fracturada y adaptada a los fines a los que debía servir. En muchos tramos, los muros estaban derruidos hasta tal punto que pudimos fácilmente pasar por encima de los mismos. A nuestro regreso a la canoa asaltamos a nuestro nigurt con preguntas; la única respuesta fue: "Animan". No supo explicarnos cómo habían sido construidos estos muros de piedra, no sabía nada sobre su utilidad, nada sobre su antigüedad. Se contentaba con el hecho de que eran la obra de los animan; no quería averiguar nada más, tampoco se atrevía a examinarlas más de cerca, ya que para él eran las viviendas de los espíritus de los muertos. Antes de que la marea baja encallara nuestra canoa en el fondo, regresamos a Kiti; de esta isla habíamos traído al nigurt que nos acompañaba. Cuando en Roi en Kiti le declaramos al jefe que queríamos explorar la isla al día siguiente, nos dijo que no podíamos hacerlo, puesto que era *majorhowi*. (*Majorhowi* = me sarau, o sea, sagrada). «Pero dado que yo le superaba en rango [por relaciones familiares anteriormente adquiridas por O'Connell en la isla] no pudo impedirme la visita. Intentó, pues, asustarme, y me aseguró que los animan no me dejarían regresar con vida de la isla, si penetraba en su reducto más sagrado. Bien, al día siguiente, George y yo nos abrimos paso a través de los nativos, que pretendían retenernos, y ocupamos la canoa. Entonces comenzaron a plañir: "*¡Acoa han midjila! ¡Acoa iningah landjob toto! ¡Midjila!*" (*¡Koma pan mátela! ¡Koma muasan nan isap toto! ¡Mátela!*) "*¡Moriréis! ¡Queréis ver todos los países! ¡Morir!*" Partimos. Mi posición y su miedo del lugar que era *majorhowi*, les impidieron la persecución. Durante la segunda visita a esta abandonada Venecia de los mares del Sur nos proponíamos explorarla atentamente. No contábamos con la presencia de ningún nativo que nos aburriera con su supersticioso miedo. Prisa tampoco teníamos. Amarramos por lo tanto la canoa y aguardamos en la isla a la próxima marea baja. Durante varios días consecutivos fuimos repitiendo así las visitas; por la noche regresábamos a Kiti. [Tal y como ya lo comenta acertadamente Paul Hambruch, y nosotros mismos pudimos comprobarlo durante nuestra estancia en Pohnpei, es imposible efectuar diariamente el trayecto de Kiti a Nan Matol, de forma que debe deducirse que O'Connell se está refiriendo con este nombre a otro punto de partida.] Ningún nativo apostaba su vida por nosotros. Si bien cabría pensar que, estando tan familiarizados con el lugar, sus temores hubieran remitido algo, ya que con la marea baja se puede pasar cómodamente a pie de Kiti hasta los edificios embrujados, que forman una parte de esta isla. [De acuerdo con esta manifestación, lo que O'Connell llama Kiti debía de ser necesariamente la costa oriental de Matolenim, situada frente a la isla de Tsamuin, en cuya vertiente oriental están a su vez ubicadas las ruinas.] Estas exploraciones eran lo suficientemente excitantes como para acaparar todos nuestros pensamientos. Durante mi estancia en las Carolinas nada me interesó ni me cautivó en mayor grado que estas ruinas. Pues era imposible que estas tremendas murallas de piedra hubieran sido traídas y erigidas sin algún tipo de ayudas mecánicas, ayudas que rebasaban infinitamente a las que llegué a conocer entre los nativos. Las construcciones evidenciaban un gran saber de los arquitectos. Si bien de su derruido estado no podía deducirse el motivo para el que fueron erigidas. La mayor parte de ellas eran redondeadas y encerraban superficies de ¼-1 milla de perímetro. Muchas eran elípticas, otras

completamente redondas o se asemejaban a paralelogramos. Los muros se combaban, adaptándose al suelo, hacia fuera. Sólo raramente hallamos agua en el interior de los muros; pues parecen cubrir las partes más altas de la isla. Así, el conjunto produce con la marea alta el efecto de muchos islotes fortificados. En el flanco oriental, la espuma de las olas que se rompen sobre el arrecife que toca a la isla, saltan por encima de una de las murallas. Los barcos deberían poder verlo a su paso. Quienes nada sospechan de todo esto, será porque ello no les debe parecer algo extraordinario. La parte principal de estas ruinas merece una descripción más detallada. La muralla exterior tiene un perímetro de aproximadamente una milla. La superficie en ella encerrada no está vacía, como en la mayor parte de las demás construcciones, sino que a una distancia de unos 20 pies de la muralla exterior se levanta una segunda, que corre paralela a la primera; a la misma distancia de la segunda hay otra, y así sucesivamente hasta un total de cinco a seis murallas. La última muralla, en el centro de la edificación, es correctamente cuadrada. El espacio que encierra mide unos 40 pies de largo y de ancho. La muralla exterior medía en una de las esquinas aproximadamente 25-30 pies de alto. En los otros tres lados, que quedan más expuestos al flujo y reflujo de la marea y que por lo tanto están socavados, la muralla está hundida en varios puntos. Sin embargo, las murallas interiores están todas bien conservadas. El lado indemne de la muralla externa parece haber formado la fachada principal, puesto que pilares o jambas, que posiblemente formaron antaño una parte del portal, yacían atravesados en el canal. La entrada tenía unos 4 pies de altura. Después de haber entrado no hallamos abertura alguna en la muralla siguiente; mas cuando nos hubimos abierto camino a través de la maleza hallamos un paso que se encuentra en la esquina, a la derecha de la primera entrada. Pasamos por allí y hallamos en la muralla siguiente una abertura en el lado izquierdo; así fuimos avanzando hasta la muralla interior, cruzando alternativamente las entradas situadas en el lado derecho o en el izquierdo de las murallas. Cuando hubimos dejado atrás la última muralla, cayó casualmente una rama de un árbol, descubriendo una cámara funeraria a la cual descendimos. Mi primer pensamiento fue que este lugar era un cementerio. Pero el único fundamento para esta suposición fue el hallazgo de un esqueleto que yacía abajo en la cámara y cuyos restos se hallaban esparcidos por el suelo. Habría que culpar de ello a las ratas. No hallé ninguna pala ni mazo. Cuando más tarde hablé de ello en Net, me dijeron que había allí enterrado un jefe de Kiti. En Kiti mismo los nativos o no sabían nada de ello, o no quisieron soltar información al respecto. Las vigas y tepes que cubrían el techo de la cámara funeraria debían de haber sido colocados allí únicamente después de que el cadáver que encontré hubiera sido depositado en aquel lugar. El hecho de que la cámara funeraria fuera usada para inhumaciones, incluso en ocasión de este caso aislado del cual se acuerdan los vivos, parece dar un punto de referencia aproximado sobre las finalidades con las que fue construido este lugar. De todas formas, no logré obtener otras informaciones excepto las que decían que las ruinas habían sido construidas por los "animan". En uno de los canales yacía una gran piedra cuadrada, de la que el nigurt que nos había acompañado el primer día dijo que la había perdido un espíritu cuando intentaba traer a la piedra hasta aquí. La personalidad inhumada fue un Edyomet [tsopeiti] muy respetado. En fin, debían de existir unos motivos muy especiales que impedían que los nativos visitaran este lugar. Acaso lo deseara así el fallecido. Especialmente abundante en las islas de las ruinas es el trepang [trepang es el nombre malayo para la holoturia de mar, muy apreciada en su estado seco en la gastronomía china; la holoturia —*phylum echinodermata*— es un equinodermo cilíndrico, vermiforme, que vive sobre el fondo de mares templados, de cuyo limo se alimenta, y que ciertamente abundaba en las inmediaciones de la isla de Nahnningi en la que estábamos establecidos, así como en el área de Nan Matol, tanto en la arena, en el agua, como en estado seco, después de haber sido arrojados por el mar a zonas no cubiertas por el agua] que se halla en todas las islas, pero que aquí aún no tiene importancia como artículo de comercio. Con la marea baja se hallan ingentes cantidades de trepang en los arrecifes. Es de esperar que esto producirá en el futuro visitas más frecuentes, ya simplemente a causa de las ventajas económicas. Dado que la economía y la ciencia caminan juntas, se podrá entonces seguramente comunicarle al mundo detalles más interesantes acerca de este lugar. Personas que conozcan de cerca los vestigios del antiguo Oriente las visitarán y serán entonces capaces de pronunciarse acerca del probable origen de este pueblo, a base de la similitud de las ruinas con otras construcciones de pueblos antiguos. Dado que yo no dispongo de estos conocimientos, y además los nativos tampoco me apoyaban, sino que egoístamente eludían todas mis preguntas que podrían haber aportado alguna luz, no soy capaz ni de elaborar una teoría. La explicación de que las construyeron los "animan", de

que los animan habitan en ellas, de que son majorhowi para alguien, parece haberse ido heredando de una generación a otra. Necesariamente se trata de construcciones de un pueblo que superaba a los actuales habitantes de la isla. Me atrevo a decir que fue incluso un pueblo completamente diferente. Pero todo ello no dejan de ser suposiciones que no se apoyan en nada. Únicamente la cámara funeraria ofrece un apoyo para la suposición de que este laberinto hubiera sido dispuesto para inhumaciones y que por este motivo se erigieran estas imponentes construcciones en piedra. Por otra parte no está claro si la cámara funeraria ha sido construida únicamente para este Edyomet [Gran sacerdote]. Dado que solamente se halló un esqueleto, ello parece incluso muy probable. Además la forma de construcción en la isla con las ruinas se diferencia de tal forma de los muros de piedra de los actuales habitantes, que las primeras tienen que proceder necesariamente de un pueblo completamente diferente. En las islas se emplean para los muros de piedra, para los fundamentos, etc., que se erigen con mucha limpieza, piedras de todos los tamaños y tipos; en cambio en las ruinas, las piedras parecen haber sido expresamente fracturadas, incluso labradas, para los lugares que ocupan. Son resistentes y aguantan también firmemente en su lugar, si los fundamentos no fueran socavados. El fundamento se erige bajo agua. La construcción de las murallas comienza a la altura del suelo. Me fijé, especialmente en los portales, si había algún tipo de jeroglíficos, mas no hallé nada semejante. Al cabo de quince días nuestro comité de dos hombres, o sea George y yo, llegó a la conclusión de que las ruinas pertenecían a alguna ciudad o asentamiento antiguo, sobre cuyo origen, o sobre cuyo motivo para un abandono de la misma no sabíamos absolutamente nada. Los canales y entradas debieron de haber sido caminos terrestres que luego se vieron inundados por las aguas, debido a que las construcciones habían sido erigidas sobre un arrecife. Nos apercebimos también de que la altura relativamente grande de las parcelas de tierra encerradas por las murallas queda determinada por la protección de los fundamentos de las murallas. Allí donde las murallas se derrumban, abre brecha el agua y penetra en el interior de la parcela. Finalmente acabamos por concederles gustosamente a los "animan" que habían sido realmente mejores constructores que la gente que hoy en día habita la isla. Antes de que abandonáramos las ruinas, las bauticé en atención a su explorador con el nombre de "Archipiélago de O'Connell"».

Cuatro años más tarde de aparecer el relato de O'Connell, el francés M. Joseph de Rosamel, comandante de la corbeta *La Danaïde*, informa en carta desde Manila de su reciente visita (en setiembre de 1840) a la isla de Pohnpei. A bordo de dicha corbeta, M. M. Fisquet y Garnault trazan el segundo plano de la isla, que incluye también el emplazamiento de las ruinas de Nan Matol. Sus comentarios están reflejados en la *Communication des rapports adressés au ministère de la Marine par M. de Rosamel, commandant de la corvette La Danaïde, qui a visité en 1840 l'archipel des Carolines*, e incluye la siguiente breve referencia a las ruinas: «En el sur del puerto de Métalaline se hallan antiguas construcciones erigidas sobre el arrecife, que sin exagerar pueden ser llamadas ciclópeas a causa del tamaño de los bloques de basalto con los que han sido construidas. Estas ruinas no muestran huella alguna de asentamientos humanos; parecen tener por objeto la protección de las gentes contra los embates del mar. Ahora están completamente recubiertas de un espeso manto de plantas y así estas construcciones no cumplen ningún tipo de función».

No había transcurrido aún un año desde la visita de De Rosamel cuando el viajero venezolano, Francisco Michelena y Rojas, visita a su vez las ruinas, de las que habla en su obra *Viajes en todo el mundo desde 1822 hasta 1842*, que aparece en Madrid en 1843. Contiene pasajes claramente plagiados de la narración de Campbell ya reflejada en estas páginas, pero aporta también nuevos datos. Afirma en su testimonio que existen allí gigantescas ruinas, vestigios de otro pueblo, muy adelantado en la civilización, del que ha desaparecido incluso el recuerdo de su existencia pretérita. Comenta que en el sur de la isla, a una milla del puerto de Matolenim, existen importantes ruinas de construcción magnífica, gigantesca, que denotan según todos los indicios una gran antigüedad. Afirma que, sin ningún género de dudas, estas ruinas son obra de una raza muy superior a la generación de nativos actuales (1841). Más adelante comenta que es difícilmente comprensible cómo este antiguo pueblo podía poseer tan extraordinarios conocimientos de las leyes mecánicas y de otras artes, ya que el traslado de estos bloques y el asentamiento de las imponentes piezas en su posición actual requerían una extraordinaria fuerza y habilidad. De Nan Tauas menciona la existencia, en su interior, de muchas cámaras subterráneas con huesos humanos. Dice adicionalmente que

los isleños consideran Nan Matol como la sede de una divinidad, lo consideran lugar sagrado, y que pocos son los que osan cruzar sus límites. Le dijeron que algunas cámaras estaban llenas de conchas (carey), que le eran ofrendadas a la divinidad de este lugar. A pesar de ello, ningún ruego ni hecho de los extraños era capaz de lograr que esta gente bondadosa les señalara el lugar en el que estaban enterradas las riquezas — las conchas— de este país. El motivo que aducen para esta negativa es que si por desventura uno de ellos osara revelarlo, serían aniquilados no solamente él, sino todos los habitantes de la isla. Otro descubrimiento de Michelena y Rojas es el que efectúa en los islotes de Pei kap y de Pan Katera: dice que aparte de Nan Tauas existen en el flanco occidental de Nan Matol otras inmensas ruinas, que son vestigio de antiguos edificios. Una de estas ruinas alberga un pequeño pozo o cisterna de muchas brazas de profundidad, cuya construcción debió de requerir un trabajo de unos buenos cien años de duración. Concluye Michelena y Rojas que si uno toma en consideración todos estos aspectos, se llena de admiración y se le abre a la fantasía un ilimitado campo de suposiciones. Quiero añadir por mi parte que el pozo del que habla él por vez primera está excavado en la plataforma de coral y constituyó también para Miquel uno de los grandes enigmas que presentan estas ruinas. Enigma en cuanto a la depurada y avanzada técnica que se requiere evidentemente para excavar en el coral duro y trabajando debajo del agua semejante agujero. A menos —añado yo— de que este hueco en el arrecife (Nam en ias) existiera ya previamente a la construcción de Nan Matol.

Un nuevo comentario de las ruinas aparece en 1848 en el *Nautical Magazine*. Es original de Andrew Cheyne, quien arribó a Pohnpei en diciembre de 1844 con su bergantín *Naiad*. Posteriormente volvería a reflejar lo ya expresado en la citada publicación náutica en un librito que publicaría en 1852 en Londres con el título de *A Description of Islands in the Western Pacific Ocean*. El informe emitido por la oficialidad de la fragata austriaca *Novara*, que llegó a Pohnpei el 16 de setiembre de 1858, presenta en algunos pasajes extractos de los comentarios de Cheyne, cosa que sucede en concreto en su referencia a Nan Matol.

Naturalmente, hay que dejar anotados para antes de la visita del *Novara* el comentario que el reverendo C. W. Clark, un corresponsal del *Honolulu Paper* que visitó las ruinas en 1852, hizo sobre las mismas, así como el breve comentario que el también reverendo doctor L. H. Gulick publicó en 1853 en el *Journal of the American Oriental Society*, volumen III, Nueva York, página 495, bajo el título de «The Ruins of Ponape».

Sin haber estado aparentemente en Nan Matol, T. H. Hood escribe en *Notes of a cruise in H. M. S. «Fawn» in the Western Pacific in the year 1862*, Edimburgo, 163, que en Upolu halló a una persona digna de crédito que le contó que doce meses antes había navegado allí por aguas bajas en las que había visto una ciudad sumergida.

Usando el material enviado por Stanislaw Kubary desde la isla a Hamburgo, al museo de la familia Godeffroy que le estaba financiando sus estudios en Micronesia, L. Friedrichsen dio el 1 de octubre de 1874 una conferencia detallada sobre las construcciones de Nan Matol en la Geographische Gesellschaft (Sociedad Geográfica) de Hamburgo, con el título de *Die Ruinen von Nanmatal auf der Insel Ponapé* (Las ruinas de Nanmatal en la isla de Ponapé). El texto de la conferencia —en la que por vez primera se mostraba un plano del conjunto arquitectónico de Nan Matol— fue reproducido junto con dicho plano en el *Journal des Museums Godeffroy*, cuaderno 6, 1874, con el título igualmente de *Die Ruinen von Nanmatal auf der Insel Ponapé (Ascensión)*, especificándose que las informaciones procedían de las comunicaciones epistolares de Kubary.

Habla también de las ruinas el español Anacleto Cabeza Pereiro en su libro *Estudio sobre Carolinas, la isla de Ponape; Geografía, Etnografía, Historia*, publicado en Manila en 1895. El original está firmado en Madrid en noviembre de 1891, y el autor estuvo en la isla en los sangrientos días de gobernación española de la misma, abogando en su obra por el abandono del infructuoso sacrificio que le estaba costando a España el mantenimiento de aquellas posesiones. De las ruinas que nos ocupan escribe: «Cerca de este puerto (Metalanin) hay algunas ruinas interesantes, que están, sin embargo, envueltas en la mayor

oscuridad; los habitantes más ancianos ignoran su origen y no guardan ninguna tradición referente a su historia». Ya vimos que esto no es así, por cuanto existen referencias sobre las circunstancias de su construcción, por mucho que éstas entren en una dimensión fantástica. Lo que estaba claro es que los transmisores del conocimiento no le iban a explicar a un invasor militarizado los pormenores de su tradición. Continúa Cabeza Pereiro: «No puede dudarse, empero, que allí debió de existir un pueblo fortificado y no construido por salvajes, porque el estilo de las ruinas da grandes muestras de civilización. Algunas de las piedras miden de 8 a 10 pies de largo, están trabajadas en 6 caras y han sido conducidas allí evidentemente de algún país civilizado, pues no hay piedras semejantes en la isla. En varios lugares hay calles formadas y el total del pueblo parece ser una serie de casas fortificadas. Varias cuevas artificiales fueron también descubiertas dentro de las fortificaciones». Más adelante, prosigue: «Por muy fantástica que aparezca esta descripción, ella se aproxima bastante a la verdad. Las ruinas de que se trata se hallan en la isla de Tamuan, situada en el Este de la principal y se las encuentra emplazadas en el borde del frente que mira hacia aquéllas, dos en tierra firme y dos bajo las aguas y a muy pequeña distancia de las anteriores; de estas últimas sólo se perciben desde el bote trozos aislados y columnas sueltas cubiertas completamente por las aguas. Las edificaciones de tierra, una de ellas especialmente bien conservada, están constituidas cada una por un doble recinto cuadrado, formado por grandes sillares de basalto tallados en forma prismática rectangular que se adosan perfectamente unos a otros, no dejando intersticios entre sus juntas, los lados del cuadrado alcanzan un largo de 30 metros el exterior y 27 el interno, teniendo una altura de 6 y 5 respectivamente y ambos un espesor de 2. El espacio que queda entre los dos muros, se halla perfectamente embaldosado y cuenta como tres metros de luz en el centro de cada una de las calles formadas por aquéllos; existe una especie de subterráneo de forma rectangular al cual se baja por 8 escalones y se halla cubierto por una gran losa que deja sólo una abertura lineal en uno de sus lados mayores. En el patio formado por el recinto interior y en su centro se ve una edificación especial a semejanza de túmulo, constituida por tres paredes, cerradas por una cubierta, quedando franco el frente que mira a las entradas de los dos recintos, las paredes tienen forma piramidal y un grueso mayor que los otros, en su interior se observa otro subterráneo de 10 metros en cuadro al que se desciende por 4 escalones que seguramente serán más, quitada la tierra que cubre el suelo. Esparcidas por los alrededores de estos lugares se observan piedras de regulares tamaños, talladas figurando peces y tortugas». Estimo importante aún transcribir íntegra la opinión de navegabilidad de la zona que Cabeza y Pereiro deja anotada en su obra, por cuanto es conveniente tenerla en cuenta a la hora de enjuiciar las posibilidades reales de transporte convencional de los grandes bloques de basalto empleados en la construcción de Nan Matol. El transporte por tierra, teniendo en cuenta la exuberante vegetación ecuatorial de la isla, y considerando que las primeras y rudimentarias carreteras datan como mucho de las épocas de dominación europea y japonesa de la misma, o sea a lo sumo de los últimos años del siglo pasado, cuando Nan Matol ya estaba durmiendo desde hacía siglos su silencioso sueño ruinoso, queda descartado teniendo en cuenta el considerable volumen y peso de los bloques de basalto, siempre hablando, claro está, en un contexto de civilización primitiva como la que la isla ofrecía a los primeros visitantes extranjeros que en ella recalaron. Ya en el informe de la expedición de *La Danaïde*, De Rosamel apunta que «cualquier tipo de tráfico se efectúa por el agua». Por otra parte, y durante nuestros días de exploración y estancia en la zona de Tsamuin - Nan Matol - Nahnningi, Miquel Amat, que es un experto navegante a vela y conocedor de los mares del planeta, me comentaría precisamente discutiendo sobre las posibilidades de transporte convencional de los grandes bloques de basalto por tierra, a través de la jungla, o bordeando la costa por el mar, que en ningún lugar del mundo recordaba corrientes tan fuertes como las que observamos aquí, y que, aun admitiendo la inverosímil posibilidad de que una balsa suficientemente resistente aguantara el peso de dichos bloques (siendo desconocida además la balsa como medio de navegación por los isleños), obstaculizaban de cualquier forma la maniobrabilidad de la supuesta balsa, y la construcción de edificaciones en el agua misma. Mas veamos lo que al respecto de esta zona costera afirma Cabeza Pereiro, refiriéndose concretamente al área de acceso al puerto natural de Matolenim: «Como está abierto al NE, hay con frecuencia mucha resaca, que le hace no sólo difícil, sino peligroso para un buque cuadro a su salida, y se recomienda a los buques mayores se amarren en dos. Tiene este puerto una ancha entrada por el N de la isla de Napali o Na y los únicos peligros ocultos que existen al entrar son una piedra sumergida cerca de la boca dentro del puerto y otros dos bajos, con 3 a 5 pies de agua, más hacia

el O, todos ellos en medio próximamente del canal. El arrecife barrera en este sitio dista mucho de la tierra, y entre ésta y aquél hay algunos bajos de coral. El puerto está formado por la costa y tiene la forma de una herradura. El canal que conduce al fondeadero, desde su entrada al fondo, tiene la dirección aproximadamente O-SO. Los tres peligros aislados de este puerto, que arriba dejamos dicho, son muy difíciles de ver en bajamar y con buena luz. No se les vio desde el palo de proa del *Espiegle* al entrar en el puerto, pero se les encontró después y se situaron con toda corrección en el plano; como sus superficies son de idéntico color que el agua, no es fácil verlos aunque se esté en un bote próximo a ellos. La punta N de la isla de Tauche que se encuentra al S del puerto, se halla situada a los 164° 30' longitud E de San Fernando y a los 6° 51' latitud N. El puerto puede reconocerse fácilmente por una visible roca en forma de pilón de azúcar, situada sobre la costa N dentro del puerto. De diciembre a abril se dejan sentir fuertes vientos del NE con tiempo oscuro y fuertes chubascos. Durante esta estación las corrientes son al O. De marzo a agosto, los vientos son por lo general bonancibles y variables, aunque predominan los del E con hermoso tiempo. En setiembre, octubre y noviembre se sienten fuertes vientos del O con chubascos de viento y agua y corrientes del E. Los oficiales del *Lame* hicieron sobre este puerto las siguientes observaciones. Es de aconsejar que ningún barco de cruz entre en este puerto. La entrada es estrecha, con dos rocas en ella en diferentes enfilaciones, y como dicha entrada está en el NE, de cuya dirección soplan constantemente los alisios, hay casi siempre mucha mar de leva, y como por la parte exterior del arrecife no se encuentra fondo, es muy peligroso irse sobre ellos en caso de que el viento calme, pues los botes son insuficientes para remolcar, teniendo en cuenta la mar que recalca. Debido a estas circunstancias precisamente naufragó el ballenero *Falcan* de Londres, en su tentativa para salir habiendo estado fondeado y detenido tres meses por los vientos. Igual concepto ha merecido del comandante del transporte *Manila*, el cual dice que ninguno de los puertos de la parte E de la isla, son aprovechables para los barcos de vela, porque el que entra, lo más fácil es que no vuelva a salir, como ya ha sucedido algunas veces a causa de la constancia de los vientos del 1° y 2° cuadrante y no poder voltejear por los muchos bajos que hay que barajar a todos los rumbos». Las características de la isla hacen prácticamente imposible el transporte de los enormes bloques de basalto por medios convencionales, aun hallándose su lugar de origen en la misma isla de Pohnpei, como parece ser el caso a pesar de alguna opinión que argumentaba que habían sido traídos de más lejos. Pero de hecho, estas dificultades no ofrecen mayor problema, puesto que la única versión tradicional que recoge el recuerdo de la forma en que fue construido Nan Matol, sigue insistiendo sin titubeos en que los bloques de basalto llegaron volando a través del aire.

Con problemas serios par estudiar Nan Matol se encontró pocos años después el inglés F. W. Christian, que visitó Pohnpei en 1896. Comenzó algunos estudios que se vieron enormemente dificultados a causa de las sublevaciones de los nativos. El Nanamariki de Matolenim, furioso contra los misioneros de Boston, le prohibió bajo pena de muerte que pisara Nan Matol, la explorara y realizara mediciones. Sin embargo, logró trazar el esbozo de un plano de las ruinas, no excesivamente acertado. Christian obtuvo asimismo un buen número de fotografías de las distintas construcciones. Sus experiencias y averiguaciones están contenidas en la obra *The Caroline Islands*, de la que es autor, y que fue publicada en Londres en 1899.

En 1907, el vicegobernador alemán Víctor Berg husmea con tan poco conocimiento de causa como respeto por entre las ruinas de Nan Matol, revolviendo primero los sepulcros de la muralla externa para luego dedicarse a intentar vaciar la supuesta cámara sepulcral de Iso Kalakal, en cuyo empeño logró destruirla por completo y hallaría por ende la muerte por insolación. Los nativos le habían advertido previamente —una vez más— de que el penetrar en los sepulcros le supondría la muerte, como así sucedió realmente. Víctor Berg estaba reuniendo material en Nan Matol por encargo del museo de Leipzig. El informe correspondiente fue publicado en 1912 por el doctor Ernst Safert en el trabajo *Ausgrabungsfunde von Nan Matol auf Ponape*, Jahrbuch des Städtischen Museums für Volkerkunde zu Leipzig, Band 5, 1911-1912 (*Hallazgos en las excavaciones de Nan Matol en Pohnpei*, Anuario del Museo municipal de Antropología de Leipzig, tomo 5, 1911-1912).

Por fin, en 1910, el ya mencionado etnólogo alemán Paul Hambruch se convertiría en el especialista

por antonomasia en las ruinas de Nan Matol, en las que trabajó intensivamente del 15 al 26 de agosto de aquel año. Su trabajo es obra fundamental para todo estudioso que desee profundizar en el conocimiento de Nan Matol y de Pohnpei en general. Una comunicación provisional de sus conclusiones sobre Nan Matol, incluyendo un plano de las construcciones, fue leída como conferencia en la reunión anual de los antropólogos alemanes en Heilbronn en 1911, siendo reproducida además en el *Korrespondenzblatt für Anthropologie, Ethnologie un Urgeschichte* («Boletín de Antropología, Etnología y Prehistoria») de 1911. En 1936 apareció publicado en Hamburgo el tercer y último volumen de la exhaustiva obra del doctor Paul Hambruch sobre la isla de Pohnpei, volumen que, con el título general de *Ponape* y subtítulo de *Die Ruinen. Ponapegeschichten* (Las ruinas. Historias de Ponape), recoge sus estudios de las ruinas de Nan Matol. Formando parte, naturalmente, sus tres volúmenes, de la serie que reflejaba los *Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908-1910* (Resultados de la expedición a los mares del Sur en 1908-1910), que patrocinaba la «Hamburgische Wissenschaftliche Stiftung und Notgemeinschaft der Deutschen Wissenschaft».

Ya en las primeras páginas de este volumen, Paul Hambruch vuelve a insistir en el carácter absolutamente tabú del que las ruinas están revestidas para los nativos: «Nalaim en Matolenim me pidió que realizara la empresa sólo con mi gente, ya que no podía encontrar personas dispuestas a ayudarme. Si bien eran "cristianos", un terror insalvable de los *ani* no les dejaba pisar la zona de las construcciones». También subraya Hambruch la circunstancia de que los tifones —en concreto el de 1905, que había abatido a los grandes árboles que se erguían entre las ruinas— no habían afectado a ninguna de las construcciones ni vigas aisladas de basalto de las mismas, según se desprendía del cotejo de sus propias fotografías con las tomadas antes del citado tifón por Jan Stanislaw Kubary. El último tifón que, de acuerdo con mis averiguaciones, pasó por aquí, lo hizo en 1965.

#### DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DEL SOL

Si Paul Hambruch traducía el significado de Nan Matol por «en (los) (espacios) intermedios», el lingüista Damián G. Sohl me lo interpretó como «entre (los) espacios», mientras que una pequeña obrita que Isidoro Dores le obsequió a Miquel y que explica resumida pero acertadamente la historia de Pohnpei —le faltan las tapas y no me fue posible averiguar su título, su autor ni los datos de su edición—, escrito en inglés pero a todas luces narrado por un nativo pohnpeyano, reza: *Nan Madol means «The Place of Spaces»; by «Spaces» we think they meant the spaces between the islands* (Nan Matol significa «El lugar de los espacios»; con «espacios» creemos que quisieron decir los espacios entre las islas). Creemos, pero nadie me supo o me quiso aclarar definitiva e inequívocamente el significado concreto de Nan Matol. En el diccionario, *nan* es una preposición: *en*; y *Matol* un concepto que expresa el espacio entre dos cosas, o el lapso de tiempo entre dos eventos. Veamos ahora lo que ofrecen los vestigios hoy existentes de tan indefinible lugar: el *Nanisounsap*, el lugar del rey del Sol que, a fin de servir de santuario para la adoración de la anguila sagrada, erigieron aquí los mágicos hermanos constructores Olosipe y Olosaupa.

El conjunto de Nan Matol se extiende sobre un área de aproximadamente 1.400 metros de longitud, con un promedio de anchura de 500 metros. Ocupa, pues, una superficie de 700.000 m<sup>2</sup> (0'7 km<sup>2</sup>). Esparcidos sobre estas 70 hectáreas se hallan un total de 92 bloques, recintos o módulos de construcciones. De ellos, 91 están erigidos sobre otras tantas islas o islotes artificiales. Hallándose únicamente uno —la supuesta sepultura de Iso Kalatal— en tierra firme, en la costa de la isla de Tsamuin. De todas formas, el conjunto o cercado del que forma parte o en el que se halla dicha sepultura, ha sido construido también en su mayor parte sobre el arrecife de coral inmediato al mencionado sector de costa de Tsamuin.

Repartidos en dos sectores, *Matol pa Matol pan ne*, cuya separación queda marcada por una laguna de aguas bajas, las construcciones están encerradas por sus tres flancos que dan al mar en una muralla externa que comienza en *Peí ni ot*, en el extremo norte, y se extiende a lo largo de *Nau Molusai*, *Kanan y Pan ni* hasta *Pon Kaim*. El sector de ciudad conocido por *Matol pa*, o espacio inferior, albergaba las viviendas del rey y el principal lugar de culto, *Itet*. El otro sector, *Matol pau ue* o espacio superior,

albergaba las residencias de los sacerdotes y el edificio principal de todo el conjunto, Nan Tauas, que encierra a su vez el sepulcro más destacado de Nan Matol. La muralla externa, a su vez, presenta diversas aberturas o pasos, en una de las cuales, Mueit en Kiti, en el flanco suroeste, yacen una serie de bloques de basalto que permiten el paso únicamente con la marea alta. En Nan Matol existen además tres agujeros en el arrecife que tienen una profundidad de 60-80 metros. Son los agujeros llamados Nam en ias, que se encuentra en el interior del islote artificial Pei Kap; Le en kai, en el interior del islote artificial Toron; y Nam en kau, situado exactamente en la línea de la muralla externa, entre los segmentos de ésta conocidos por Lem en sei, al suroeste del agujero, y Lem en kau, al noroeste del mismo. Dicho agujero marca en la muralla la línea de separación entre los dos sectores mencionados de Nan Matol, separación marcada en el extremo opuesto, en la costa de la isla de Tsamuin, por el espacio que queda entre el recinto que alberga la supuesta tumba de Iso Kalakal, Pei en pan kitel, al noreste de la misma, y el islote artificial de Pan ti bob, al suroeste. La ciudad real o baja está construida sobre islotes artificiales asentados sobre el sector de arrecife conocido por Nan le en mok, mientras que la ciudad sacerdotal o alta lo está sobre los conocidos por Pon muitak y Pon muirak, sectores de arrecife que quedan divididos por la muralla inconclusa que arranca del islote-avanzadilla de Pei ni ot, al norte. La muralla que da hacia el suroeste y que arranca desde Karian en su extremo noroeste, está erigida sobre el sector de arrecife conocido por Pon pik a lap, y en ella, próximo al agujero de Nam en kau, se halla el banco de arena llamado Pik a lap, lugar en el que de acuerdo con la tradición desembarcó Iso Kalakal.

Gracias a tres canales o calles principales, los antiguos habitantes de Nan Matol podían desplazarse en canoa de un extremo a otro de la ciudad. De estos tres canales hoy solamente sigue utilizándose uno, del que ningún nativo se aparta al atravesar el interior de este fabuloso Nanisounsap. Es el canal principal o del lagarto magnífico, Tau en Nan Kiel mau. Cuenta la leyenda que un gran lagarto había cruzado este lugar marcando a su paso el surco para este canal principal. Procedente del arrecife de Pon muitak al norte pasa junto a Konterek, luego entre Púa lan y Tau, para discurrir a lo largo de Us en tau, Pulak y Tapau, que quedan a su derecha, pasa luego junto a Lele katau, que queda a su izquierda, se dirige desde aquí, cruzando la laguna de separación entre Nan Matol alto y Nan Matol bajo para internarse en ésta pasando entre Reí taub, que deja a su izquierda, y Pei Kap, que queda a su derecha, pasa entre Pei Kap e Itet, avanza a lo largo de Pei en mueik y Kala puel, a los que deja a su derecha, para salir de la ciudad atravesando la muralla exterior en dirección suroeste por el paso de Mueit en Kiti, aquel que debido a los bloques de basalto que yacen en su fondo únicamente puede cruzarse con la marea alta. El legendario lagarto que trazó este canal fue antiguamente venerado en Pan Katera. Otro canal menor fue el Tau en lole o canal interior, que atraviesa la ciudad superior avanzando entre las residencias de los sacerdotes, comenzando en el Norte junto a Imuin a lap y Tsap a los, desembocaba en la laguna de separación entre ambos sectores de la ciudad, juntándose en la esquina este de Pei kap con el canal principal o del lagarto. El tercer canal, Tau en gasapal o canal del sepelio, pasaba entre Nan Tauas y Tau, y era usado para llevar a los difuntos a Nan Tauas.

Interesa ahora, antes de pasar a describir las más importantes de estas islas artificiales y las construcciones que albergan, explicar someramente la forma de construcción que se ha aplicado a todas ellas, ya que la ciudad no presenta indicios de haber sido construida en distintas etapas evolutivas o con diferentes técnicas arquitectónicas, sino que se muestra más bien como el producto de un plan o criterio de construcción unificado y aplicado por igual en un único proceso de construcción. Dado que Paul Hambruch llegó a las ruinas casi tres cuartos de siglo antes que nosotros y estudió exhaustivamente este proceso de construcción, al igual que ya hiciera anteriormente Jan Stanislaw Kubary, me permito reflejar aquí su propia interpretación de este proceso de construcción. Los islotes artificiales más bajos, que por lo general servían de vivienda a sacerdotes y a nobles, muestran una construcción más sencilla que los demás. Sus muros están formados por columnas de basalto únicamente, en tanto que para los muros más altos se empleó una mezcla de columnas de basalto y de ingentes bloques de basalto amorfo, tanto redondeados como angulados. El proceso fue el siguiente: se erigían los muros ciclópeos con bloques individuales de basalto colocados directamente sobre el arrecife, construyéndose en ocasiones y previamente un fundamento mediante la colocación de una hilera de columnas de basalto colocadas paralelamente la una a



la otra, sobre las cuales se asentaba luego el muro en sí. Las piedras que sirven de fundamento están dispuestas generalmente de forma que su longitud ocupa el ancho del muro al que sostienen, y en pocas ocasiones se orientan longitudinalmente debajo de éste. En alguna ocasión combinan ambas modalidades. Si designamos las columnas dispuestas longitudinalmente al muro como vigas, y las dispuestas transversalmente encima de éstas como traviesas, veremos que un muro se va alzando a base de capas superpuestas de vigas y traviesas, alternativamente. Los espacios vacíos que se formaban entre las vigas eran rellenos con fragmentos de basalto y de coral, mientras que las traviesas por lo general están directamente adosadas una a otra. No fue empleado mortero ni pinzas de madera para fijar los bloques de basalto entre sí. Las columnas de basalto —prismas de basalto— se asentaban unas sobre otras, relleniéndose los espacios entre ellas con fragmentos menores, como digo, de basalto y de coral. Los muros altos se van estrechando hacia arriba, distinguiéndose el conjunto de Nan Tauas de los demás por la particularidad de que se procuró construir las esquinas de sus muros de forma que sobresalieran en su parte alta hacia el exterior del edificio. El grosor de los muros difiere bastante en los distintos edificios, dependiendo de su finalidad. En las islas bajas suele ser de 1 a 1½ metros, mientras que los muros altos alcanzan un grosor de 2 a 3 metros. Los islotes bajos alcanzan una altura de construcción de hasta 3 metros, en tanto que los muros que encierran los lugares de culto y las tumbas alcanzan desde los 3 hasta los 11 metros de altura. Estos islotes tienen por lo general una base cuadrangular, pero tampoco faltan las construcciones de base completamente irregular, como es el caso, por ejemplo, de Us en nam, o de base triangular, como lo es la de Pei to. Después de estratificado el fundamento, en el borde exterior y en el lado interno de la construcción se disponían columnas de basalto longitudinalmente (entiéndase siempre que hablo de columnas que éstas jamás se hallan en posición vertical, sino siempre horizontal), relleniéndose los espacios que quedaban libres con fragmentos de coral. Encima de esta capa volvían a colocarse columnas de basalto, esta vez en sentido transversal, en cuyo defecto se apilaban allí grandes bloques de basalto. Así se continuaba construyendo sucesivamente, hasta que el muro alcanzaba la altura deseada. Las esquinas se construían a base de pequeñas torres de base cuadrada, que eran erigidas de igual forma que los muros de piedra. Estos recintos artificiales de piedra se rellenan luego de fragmentos de coral, cuyo nivel rebasaba siempre en algo el nivel del agua durante las horas de la marea alta. En las islas bajas, solía sobrepasar siempre de todas formas la última capa de piedras de basalto a modo de pretil, por encima de la plataforma general del islote. Los grandes recintos rodeados de un muro alto se rellenan igualmente de fragmentos de coral, cuya altura alcanzaba por ejemplo en Us en Tau los 3 metros, en Pan Katera de 3 a 4 metros, y en Pan ui gar incluso los 6 metros. Por encima de esta plataforma interna, los muros externos sobresalían aún varios metros a modo de pretil.

También merece comentario el arte empleado en la construcción de los portales o puertas principales. Existen en todas las grandes construcciones y sepulcros, y tanto abiertas por arriba (como es el caso de la gran puerta en el muro nororiental de Pan Katera), como cerradas (cual lo es el de la puerta que existe en el patio interior del flanco sur de Nan Tauas, o de la que se abre en el patio interior de Karian). Mientras que las puertas cubiertas de Nan Tauas son tan bajas que el visitante debe pasarlas prácticamente a gatas, las de Pei en Kitel y Karian pueden pasarse completamente erguido. A pesar de algunos comentarios en contra, que suponían que antaño los elevados muros formaban parte de edificios cubiertos por algún tipo de techo, parece quedar claro que dicho techo jamás existió, y que únicamente las cámaras funerarias constituyeron y constituyen aún auténticos recintos cubiertos, tales como los de Nan Tauas, Karian, Pan ui y Pei en Kitel. Estas cámaras de piedra alcanzan en su base el nivel del arrecife y sus paredes están formadas, al igual que el piso, de columnas de basalto dispuestas en cruz. Cada uno de los espacios rectangulares así formado está rodeado de una especie de terraza amplia formada con columnas de basalto. En uno de los lados una entrada conduce al interior de la cámara, cuyo techo está cubierto con enormes vigas o columnas de basalto especialmente seleccionadas, de hasta 7 metros de longitud. Ampliando el comentario de que los edificios de Nan Matol jamás han estado cubiertos por ningún tipo de techo —exceptuando las descritas cámaras funerarias—, quiero recordar aquí que ya Churchward expresó su opinión de que los templos de piedra de las siete ciudades principales no tenían techo, a fin de que los rayos del Sol pudieran caer sobre las cabezas de quienes se hallaban en el interior de aquéllos.

En lo que respecta al análisis de las muestras de las rocas de basalto empleadas para la construcción de Nan Matol, así como de muestras de rocas basálticas de los filones naturales de la isla, que me traje de Pohnpei, muestran que tanto las unas como las otras pertenecen al mismo tipo de roca y proceden del mismo magma. El informe del análisis, efectuado por Iñaki Gil Ibarguchi, del departamento de Petrología, y por Joan Bach Plaza, del de Geodinámica, de la sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad Autónoma de Barcelona —a quienes agradezco desde aquí su cooperación—, indica que Nan Matol está construido con basaltos alcalinos con componentes de augita y olivina.

Quisiera pasar a describir ahora una a una las construcciones que se alzan sobre los 91 islotes artificiales que componen el conjunto de Nan Matol, pero hacerlo en su totalidad aburriría a buen seguro a más de un lector, por lo cual voy a limitarme a las más importantes y que mayor interés ofrecen al investigador que desee profundizar en el estudio de estas 70 hectáreas de ruinas, únicas en el mundo por sus peculiares características e incluidas por el servicio nacional de parques del departamento del Interior de los Estados Unidos en la National Historic Preservation Act (ley nacional de conservación histórica) de 1966.

### ***LA MURALLA***

Una muralla que alberga seis cámaras sepulcrales especiales rodea a la ciudad —como ya vimos— confiriéndole el aspecto de un conjunto cerrado. Esta muralla está construida sobre el arrecife llamado Ponmuitak («por encima del sector especial») y sobre los sectores de arrecife llamados Pon pik a lap («por encima de la gran arena») y Nan le en mok («en el agua oscura»).

Inicia su trazado esta muralla en la isla artificial de Pei ni ot («la avanzadilla»), que se halla lejos de la ciudad, en dirección norte. Se trata de un cuadrado que mide  $34 \times 35$  metros, construido a base de bloques de basalto amorfos, con un muro exterior de 1 a  $1\frac{1}{2}$  m de altura y 2-3 m de ancho. A cinco metros de este muro exterior se halla otro encercado cuadrado formado de prismas de basalto. En el interior de este cuadrado interior se hallan indicios de construcción de dos edificios. Junto a esta isla artificial se hallan los fundamentos de un recinto no acabado que mide  $8 \times 20$  metros y está separado de Pai ni ot por un canal de 5 metros de ancho.

Este fundamento marca el punto de arranque, 4 metros más abajo, de la muralla de contención y protección Tip en uai («clan de los extranjeros»), de 322 metros de longitud, en dirección suroeste. Dos pasos de 5 metros cada uno la dividen en tres segmentos de 85, 139 y 88 metros respectivamente. Finaliza en la muralla exterior de protección de Nan Tauas, que es la más impresionante de la ciudad. Con un promedio de 7 metros de grosor, consta de dos hileras de enormes bloques de basalto amorfo que miden de 2 a 3 metros de grosor. El espacio que queda entre estas dos hileras, que alcanzan una altura de 3 a 5 metros, fue rellenado con fragmentos de coral, sobre los que hoy crece una frondosa vegetación de árboles y matorral. En dirección oeste de la muralla Tip en uai la muralla de protección de Nan Tauas alcanza una longitud de 112 metros, de los cuales solamente siguen en pie 70 y los fundamentos del resto. En dirección sureste de la muralla Tip en uai, la de protección de Nan Tauas alcanza una longitud de 139 metros para desembocar justo en el borde del agua profunda del puerto de Nakap, el puerto natural de Nan Matol, bajo cuyas aguas parecen continuar las ruinas. Esta observación merece un inmediato paréntesis con comentario aparte, para regresar luego a las murallas de Nan Matol.

Recordarás lector que al principio del libro, en el capítulo «Rumbo al enigma», aporté opiniones de diversa procedencia que apuntaban hacia la circunstancia de que bajo las aguas del área de Nan Matol se habían hallado edificios sumergidos, e incluso corría la historia de que del fondo del mar se habían sacado clandestinamente unos sarcófagos de platino. Indagué todo lo que pude, y sigo indagando naturalmente, en pos de lo que puede haber de cierto detrás —o en el origen— de todas estas informaciones. La investigación no solamente se está llevando en la isla misma, sino que se ramifica hacia los Estados Unidos, hacia el Japón, hacia Australia y hacia Europa. Fruto de mis pesquisas en la isla fue, por ejemplo, el primer comentario que se me hizo acerca del cuerpo y aparato hallado en un atolón de aquella zona y rescatado por

los militares americanos. Lamentablemente no pudimos bucear nosotros mismos en el lugar en que nos acabamos de detener con la muralla de protección externa a Nan Tauas, que se yergue sobre el arrecife que allí cae en picado hacia las profundidades del puerto natural coralífero de Nakap. Si bien podíamos haber alquilado algún equipo en «The Village», que disponía de elementos de inmersión, nuestras disponibilidades no nos permitieron contar con el suficiente equipo humano como para garantizar el éxito de una búsqueda en estas aguas, frecuentadas por los tiburones, precisamente por ser las únicas aguas profundas que llegan directamente hasta Nan Matol. También por ello, sólo aquí podían hallarse restos sumergidos bajo el agua, a excepción hecha de los tres grandes y profundos agujeros abiertos en el coral dentro mismo de las ruinas de Nan Matol. La muralla que se yergue sobre el abismo del puerto de Nalan, en el sector conocido por Nan molusai, fue antiguamente usada, precisamente por la presencia de tiburones, para hacer una especie de prueba de aceptación del que realiza la misma, por parte de los espíritus. La costumbre sigue viva como prueba de aceptación para personas que deciden venir a vivir a Matolenim. Ante todo, dicha persona debe conocer el arte de la magia de hablarles a las piedras. Le habla a una piedra, y después la lanza al mar desde lo alto de esta muralla. Los tiburones intentan devorarla; mas al advertir que se trata solamente de una piedra dura, dan media vuelta y se alejan del lugar. Entonces el interesado salta rápidamente al agua, da unas cuantas brazadas y vuelve a encaramarse a las rocas de la muralla. Si el grupo de tiburones no regresó para devorarlo, ello significa que superó la prueba. Nosotros nos contentamos con lanzar la piedra al mar desde lo alto de la muralla, puesto que no conocíamos la magia de hablarles a las piedras; ni por supuesto a los tiburones. Nahzy Susumu nos comentaría luego en una inolvidable noche de plenilunio de Nahnningi que, poco tiempo antes de que llegáramos, suyo fue el trabajo que tuvo para ir esquivando allí precisamente, frente a la muralla comentada, a una pareja de tiburones, de los cuales uno intentaba una y otra vez saltar por encima de su lancha. Pero continuemos con lo que allí fue localizado. De lo cual diré escuetamente lo que aquí es posible, para no colapsar las averiguaciones ni perjudicar a las personas interesadas. De acuerdo con el testimonio de Masao, debajo de Nan Matol hay una gran ciudad. Mas nadie la halló. Los americanos hallaron una amplia calzada, pero cuando quisieron averiguar más detalles, una nube surgió de debajo del mar y no les permitió seguir buscando (Masao dixit). Pensile, por su parte, confirmaría lo dicho por Masao, añadiendo que esta ciudad se llama Kanimeiso («la ciudad de nadie»), y recordándome que Olosipe y Olosaupá construyeron Nan Matol precisamente en este emplazamiento porque aquí advirtieron luces debajo del mar. Pensile me dijo además que un grupo de alemanes que trabajaban para la Televisión —me imagino que fue el equipo de Gottfried Kirchner ya mencionado al comienzo del libro, que estaba rodando para la TV alemana (ZDF - Zweites Deutsches Fernseh-en)— hallaron algo, pero que nunca dijeron exactamente qué es lo que hallaron. También que un grupo de filmación australiano —imagino que se trató del equipo de Nick Frazer que filmó aquí la película *Ponape-Island of Mystery* en 1982— halló columnas bajo el mar. Columnas bajo el mar: eso es lo que iba cobrando cada vez más fuerza en la baraja de posibilidades de aquellas aguas. Otro grupo, en esta ocasión japoneses, no científicos sino de otro equipo de filmación, probablemente NTP —Nippon TV Productions—, localizaron aquí seis columnas bajo el mar; mejor dicho, seis pilares. Lo cual, a primera vista, no guarda relación directa con los constructores de Nan Matol: dije ya anteriormente que las columnas y vigas de basalto de Nan Matol se hallan todas en posición horizontal, y se alcanzan alturas de construcción considerables sobreponiendo capas sucesivas de columnas horizontales. Pero los pilares bajo agua se hallaban en posición vertical, como auténticas columnas que sostuvieran algún tipo de terraza o plataforma submarina. Acosado por mis preguntas acerca de los sarcófagos, Pensile acabó por afirmar que los japoneses hallaron un sarcófago metálico, pero en tierra, no bajo el mar como informaban otras fuentes. Jack Adams es un tipo al que todos en Pohnpei consideran un bicho raro. Unos, porque es huraño y encerrado en sí mismo. Otros, porque tiene el síndrome del trabajo, que le ha dado fuerte desde hace ya demasiados años. No hay en la isla persona que entienda que a uno —a Jack Adams por ejemplo— le pueda dar por tomarse el trabajo tan a pecho como él se lo toma. Otros muchos le reprochan el ser el más importante terrateniente, al haber ido acumulando tierras por sus vínculos familiares en la isla. Es un australiano casado con mujer belga, que eligió Pohnpei como centro de operaciones comerciales, con el vano propósito, muchos años ha, de sacarles una productividad a los pohnpeyanos y a la tierra de su isla. Dado que no halló en los nativos el eco con el que había de antemano contado, reniega ahora de ellos como

pueblo que no desea complicarse la vida con productividades y explotaciones, cuando todo cuanto precisan para la subsistencia diaria lo tienen al alcance de la mano. Y trabaja solo. Aquello que antaño soñaba hacer con una brigada de nativos, lo hace ahora solo. Su razonamiento es que él no se fallará nunca a sí mismo. Pero a mí me interesaba Jack Adams porque era uno de los extranjeros vivos desde antiguo afincado en la isla. Sabía cosas. Conocía bastantes trapos limpios y muchos sucios de este lugar. El dar con él se nos había pintado como algo bastante problemático, por lo cual opté, una vez más, por coger al toro por los cuernos. En una hora muerta en la que podíamos optar por perder el tiempo, ir al barracón para ver *Adiós amigo*, lavar la ropa o agenciarnos dos cocos para beberlos al borde del mar mientras repasábamos vidas y milagros de los guanaminos, nos acordamos de Adams. *¿Anem a veure l'Adams? ¿Anem? ¡Anem-hi! ¡Au, som-hi! (\*)* (\*) *¿Vamos a ver al Adams? ¿Vamos? ¡Vamos! ¡Va, en marcha!* (N. del A).

No fue tan difícil localizar su residencia. Cuando llegamos, comenzaba a descargar uno de estos repentinos, breves y cálidos chaparrones que forman parte diaria de la vida de la isla. El australiano vivía en una mansión colonial que dejaba entrever su antiguo esplendor y olía a amo emprendedor. La corazonada tuvo éxito: pillamos a Jack Adams después del almuerzo ¡sentado en un sillón esperando que pasara la lluvia para continuar trabajando! Le cayó simpática la inesperada visita que le sacaba de su letargo. Me diría —y volvemos ya al tema que nos ocupaba— que un equipo australiano bajó hacía pocos años a los pozos que hay en Nan Matol, pero que no publicaron nada acerca de sus investigaciones y nadie sabe qué es lo que hallaron o dejaron de hallar en ellos. Entre otros muchos detalles de la vida e historia de la isla que aquí no viene al caso airear, habló también de los japoneses. Que buscaron aquí oro y en su lugar hallaron platino. Pero que no existe documentación alguna sobre estas actividades. Todo cuanto guarda relación con estos hechos fue llevado al Japón y en secreto, no habiendo actualmente forma de localizar nada. Esta opinión ya encajaba con mis averiguaciones anteriores. Continuó Adams diciendo que los japoneses promocionaron buenas obras a la luz del día, proporcionando trabajo a los nativos, fomentando los cultivos de arroz, etc., pero que todo esto no eran más que tapaderas para trabajar y hurgar en la isla con la necesaria tranquilidad y en el anonimato requerido. Jamás nadie se enteró de lo que estaban buscando realmente. Insistió Jack Adams en que todo cuanto encontraron se lo llevaron al Japón y que es imposible seguir ninguna pista. El presidente del «Community College of Micronesia», el doctor Catalino L. Cantero, me diría igualmente que los japoneses sacaron, según todos los indicios, cosas del fondo del mar, que posiblemente fuera cierta la historia de los sarcófagos y del platino, pero que —al igual que me dijera Adams— no quedaban documentos sobre estas actividades. Que debajo del agua habían trabajado tanto los japoneses como los australianos, y que los huesos de gigantes los tenía la familia de Masao Hadley en Matolenim. Otra versión que recogí en la isla con referencia a la historia de los sarcófagos de platino apuntaba hacia Sudáfrica: según esta opinión, hubo un tiempo en el que se sacó clandestinamente platino de las minas de Sudáfrica, platino para el cual había que inventar un lugar de origen. Así se fabricó la historia del platino hallado en Micronesia, para que sirviera de tapadera al tráfico ilegal originado en Sudáfrica. Quede ahí el dato, que a mí más bien me parece perseguir el fin contrario: la historia de Sudáfrica serviría de tapadera para explicar que la historia del platino de Pohnpei es un invento. Pero regresemos a las columnas que se habían localizado en el agua profunda frente a Nan Tauas. El hombre que habitualmente sirve de guía submarino en este lugar, Peter Arthur, de «The Village», me comentaría que las escaleras que bajaban hacia las profundidades en aquel sitio existían antiguamente, pero que hoy ya no existen. Y me confirmaría la existencia de las ya mencionadas columnas en posición vertical en el fondo de aquel agua: unas diez columnas de unos 20 metros de altura. La altura y el número de columnas es lo que variaba de un interlocutor a otro, mas no así el hecho en sí de su existencia, que parece lo más palpable que existe en aquellas aguas profundas. Si Peter Arthur, el submarinista, me hablaba de diez columnas de 18 metros de altura, Pensile Lawrence me habló de seis columnas dispuestas en dos hileras de tres columnas cada una, cuya altura —hallándose en un declive del terreno, o pendiente submarina— oscilaba entre los 4 ½ y los 9 metros, según la situación de la correspondiente columna. Situándose el techo de estas columnas, o sea su vértice superior, a una profundidad de 9 metros por debajo del nivel del mar. Peter Arthur da fe de que él acompañó a los japoneses de la NTP que filmaron este lugar submarino en un trabajo que se prolongó durante dos semanas, pero afirma también que en la película muestran poco de lo mucho que filmaron.

Recuerdo que estas columnas son de disposición vertical, o sea que obedecen a un concepto de construcción básicamente diferente del que guió a los constructores de Nan Matol. Pero remiten estas columnas a otras, subacuáticas, que se hallan en tierras ya reiteradamente relacionadas con Pohnpei: el Yucatán.

Ocultas en la espesura de la selva, una ciudad que se extiende sobre un área de 48 km<sup>2</sup> guarda en el silencio del olvido más de 400 edificios que en alguna época remota conocieron esplendor, al noroeste de la actual ciudad de Mérida. Fue descubierta en 1941 por un grupo de muchachos que, jugando en las inmediaciones de una laguna en la que solían bañarse, se toparon con un muro de piedras trabajadas, oculto por la vegetación. No teniendo los mexicanos recursos suficientes para acometer la exploración del lugar, requirieron ayuda norteamericana, acudiendo dos arqueólogos especializados en cultura maya, adscritos al Middle American Research Institute de la Universidad de Nueva Orleans. También ellos determinaron que el proyecto de limpieza y estudio de la enorme ciudad sobrepasaba sus posibilidades, por lo que habría que crear una asociación con otras entidades. La guerra logró que el proyecto fuera momentáneamente archivado. Hasta que, en 1956, la Universidad de Nueva Orleans, asociada esta vez con la National Geographic Society y con el Instituto Nacional de Antropología de México, reemprendió las investigaciones. Andrews, el arqueólogo que dirigía la expedición, se dedicó —mientras el equipo de trabajadores comenzaba la desobstrucción de las edificaciones— a recoger informaciones entre los indios de la región. Un chamán le hizo saber que la ciudad se llamaba Dzibilchaltún, palabra que era desconocida en el idioma maya local, y que la laguna era llamada Xlakah, cuya traducción sería «ciudad vieja». Queriendo averiguar el motivo de este nombre, le fue narrada al arqueólogo norteamericano una leyenda transmitida por los indios de generación en generación, y que afirmaba que, en el fondo de la laguna, existía una parte de la ciudad que se alzaba arriba, en la jungla. Dos planos, uno devorado por la vegetación y otro por las aguas, al igual que sucedía en Nan Matol. De acuerdo con la narración del viejo chamán —y aquí quiero recordar, al igual que para las tradiciones recogidas en Pohnpei, las palabras del etnólogo, escritor y diplomático maliano Amadou Hampate Bo referidas a los transmisores del saber oral, cuando afirma que «cada anciano que muere es una biblioteca que se quema»—, muchos siglos antes había en la ciudad de Dzibilchaltún un gran palacio, residencia del cacique. Cierta tarde llegó al lugar un anciano desconocido que le solicitó hospedaje al gobernante. Si bien demostraba una evidente mala voluntad, ordenó sin embargo a sus esclavos que preparasen un aposento para el viajero. Mientras tanto, el anciano abrió su bolsa de viaje y de ella extrajo una enorme piedra preciosa de color verde —el chamán no tuvo plena certeza de ello, pero creía que se trataba de jade—, que entregó al soberano como prueba de gratitud por el hospedaje. Sorprendido con el inesperado presente, el cacique interrogó al huésped acerca del lugar del que procedía la piedra. Como el anciano rehusaba responder, su anfitrión le preguntó si llevaba en la bolsa otras piedras preciosas. Y dado que el interrogado continuó manteniéndose en silencio, el soberano montó en cólera y ordenó a sus servidores que ejecutasen inmediatamente al extranjero. Después del crimen, que violaba las normas sagradas del hospedaje, el propio cacique revisó la bolsa de su víctima, suponiendo que encontraría en ella más objetos valiosos. Mas, para su desespero, solamente halló unas ropas viejas y una piedra negra sin mayor atractivo. Lleno de rabia, el soberano arrojó la piedra fuera del palacio. En cuanto cayó a tierra, se originó una formidable explosión, e inmediatamente la tierra se abrió engullendo el edificio, que desapareció bajo las aguas del pozo, surgido éste en el punto exacto en el que cayó a tierra la piedra. El cacique, sus servidores y su familia fueron a parar al fondo de la laguna, y nunca más fueron vistos. Hasta aquí la leyenda, en la que aparece una piedra que estalla. Sin ánimo de establecer conexiones fáciles no comprobadas, me permito recordar como anécdota curiosa que también los 333 tripulantes de la nave de Iso Kalakal portaban cada uno una piedra mágica cuyo poder —siendo la piedra un arma— residía en su interior: había espíritus en las piedras. E Iso Kalakal vino a Pohnpei para conquistar por la fuerza la ciudad de Nan Matol cuyas enigmáticas ruinas subacuáticas estoy de alguna forma comparando con las ruinas subacuáticas de la laguna de la «ciudad antigua» que yace junto a las impresionantes ruinas de Dzibilchaltún. Pero continuemos con estas ruinas del Yucatán septentrional. La expedición arqueológica acabó de desobstruir una pirámide en la cual aparecieron unos ídolos diferentes de las representaciones habituales de las divinidades mayas. Pero poco más se halló en esta pirámide. De forma que Andrews acometió la limpieza y desobstrucción de otro edificio cercano a la misma, que se revelaría como mucho

más importante. Se trataba de una construcción que difería totalmente de los estilos tradicionales mayas, ofreciendo características arquitectónicas jamás vistas en ninguna de las ciudades mayas conocidas. Sus paredes externas estaban completamente cubiertas de adornos en relieve, representando animales marinos, cangrejos, peces y aves acuáticas. En el interior del templo existían varias salas y un santuario secreto, tapiado con una pared, en el que se encontraba un altar con siete ídolos —recuerdo todo lo anotado anteriormente con referencia al número 7— que representaban a seres deformes, híbridos entre peces y hombres. (Para no hacer de este libro una sucesión infinita de interrelaciones no me voy a extender ahora en la importancia de estos híbridos, pero le indico a quien desee hacerlo que se lea el último capítulo de mi libro *Las nubes del engaño*, puesto que también las divinidades que entregaron su asombroso saber a los dogones en África fueron seres pisciformes, y le recomiendo que amplíe información en el libro de Robert Kyle Grenville Temple *The Sirius Mystery* [*El misterio de Sirio*], cuyas conexiones le llevarán hasta el ser híbrido de cabeza humana y cuerpo de pez que con el nombre de Oannes campaba por tierras asirias, a las cuales tendremos que regresar luego brevemente al hablar de la anguila sagrada de Nan Matol). Pero seguimos estando en el Yucatán, para descubrir inmediatamente la conexión de la laguna de Dzibilchaltún con las aguas profundas que se abren en el puerto de Nakap debajo de Nan Matol. En 1961, Andrews regresó a Dzibilchaltún, acompañado en esta ocasión de dos experimentados submarinistas, que debían completar con un mejor equipamiento la tentativa de inmersión efectuada en 1956 por David Conkle y W. Robbinet, que alcanzaron una profundidad de 45 metros, a la cual desistieron en su empeño debido a la total falta de luz reinante. En esta segunda tentativa, los submarinistas fueron el experimentado arqueólogo Marden, famoso por haber hallado en 1956 los restos de la *H. M. S. Bounty*, la nave del gran motín, y B. Littlehales. Después de los primeros sondeos, vieron claro que la laguna se desarrollaba en una forma parecida a una bota, prosiguiendo bajo tierra hasta un punto que a los arqueólogos submarinistas les fue imposible determinar. Al llegar al fondo de la vertical, advirtieron que existía allí un declive bastante acentuado, que se encaminaba hacia el tramo subterráneo del pozo. Y allí se encontraron con varios restos de columnas labradas y con restos de construcciones. Con lo cual parecía confirmarse que la leyenda del palacio sumergido se fundamentaba en un suceso real. Columnas subacuáticas. Igual que se hallan en el mar que besa las murallas de Nan Matol. ¿Ciudades submarinas?

Me permitirás, lector, otra nueva y breve excursión para irnos al extremo opuesto del gran mar, a las tierras del Indo que también asomaron ya a las páginas de este libro, para leer allí en la epopeya sánscrita del *Mahâbhârata*, en los capítulos 168, 169 y 173 del *Vanaparvan*: «Arjuna ascendió al cielo para obtener de los seres celestiales armas divinas y aprender su manejo. En el curso de dicha estancia, Indra, señor del cielo, exigió a Arjuna que destruyera todo el ejército de los asuras. Estos treinta millones de demonios vivían en fortalezas situadas en las profundidades de los mares. Indra, señor del cielo, cedió a este efecto su propia nave espacial a Arjuna, pilotada por su diestro ayudante Matali. Dicha nave también era capaz de moverse bajo el agua. En la encarnizada batalla que siguió, los asuras provocaron lluvias torrenciales, pero Arjuna les opuso un arma divina, que logró desecar toda el agua. Los asuras fueron vencidos, y tras la batalla Arjuna descendió a las ciudades de los vencidos demonios. Quedó fascinado por la belleza y el lujo de las ciudades submarinas. Arjuna preguntó a Matali acerca de la historia de tales ciudades, y se enteró de que originalmente habían sido construidas por los dioses para su uso particular». Ciudades submarinas, sí. Pero regresemos ya a la superficie de este largo paréntesis y continuemos con la descripción de la gran muralla de Nan Matol.

Otro nuevo quiebro en el trazado de ésta se produce aquí, en el vértice que se asoma a las profundidades en las que nos acabamos de zambullir, para continuar durante 30 metros en dirección suroeste. Le siguen 7 metros de separación para luego continuar en la misma dirección durante 28 metros más, de los cuales únicamente se conservan 8. En este segmento de muralla se halla el bloque de basalto acaso más pesado de todo el conjunto, con un peso de muchas toneladas.

Nan molusai («en el agua de navegación tranquila») es el nombre del espacio que queda entre esta muralla externa de protección de Nan Tauas y otra que, en un trazado toscamente paralelo a ella, discurre por la parte interna a una distancia de 15 a 18 metros de la muralla exterior. Esta muralla interna se halla en

su mayor parte inacabada, habiendo sido calculada para un ancho de 5-6 metros y una altura de 4. La muralla que discurre a lo largo del puerto de Nakap vuelve a dirigirse ahora hacia el sureste, en un breve recorrido de 8 metros, por cinco de altura, marcando este tramo el comienzo de lo que debería de haber sido la muralla que por la parte interna delimitase el supuesto campo de deportes o juegos de Lelou. Debería de haber tenido una longitud de 140 metros, para continuar, después de dejar un paso de 10 metros de ancho, por otros 105 metros más, en un doble alineamiento de bloques de basalto similar al ya descrito anteriormente para la muralla Tip en uai. Únicamente se aprecian en este tramo de Lelou los fundamentos para la erección de la muralla.

Impresionante es, por otra parte, la planificación para la muralla que debía acotar el campo de Lelou por el noreste, sobre la orilla del puerto de Nakap. También aquí se dispuso un doble alineamiento de bloques de basalto a lo largo de un trecho de 90 metros, y con un ancho o grosor de muralla de 25 metros (!). Estos restos de fundamentos se adosan por su extremo sureste a la larga muralla, de unos 500 metros de longitud, que discurrendo en dirección suroeste delimita a la ciudad de Nan Matol por su flanco sureste. Esta muralla contiene diversas sepulturas, comienza en el recinto conocido por Karian, y se fragmenta en diversas construcciones individuales.

Karian es una construcción rectangular de  $26 \times 36$  metros, pulcramente edificada. La base está formada por 2-3 hileras de enormes bloques redondeados de basalto, rellenándose los espacios vacíos con columnas de basalto. Encima fue levantado un muro a base de 5-6 capas de vigas y traviesas, de forma que el muro alcanza una altura de 5-6 metros, con un grosor de 2-2½ metros. Por el flanco que da a Lelou se le adosó a Karian una plataforma de fragmentos de coral que mide  $32 \times 16$  metros, y en cuyo centro se aprecian los basamentos de un edificio. El flanco suroeste de Karian se distingue por su puerta, que, en semejante tamaño y belleza, no tiene parangón en el resto de construcciones de Nan Matol. Tiene un ancho de 3 metros, una altura de 2 y una profundidad de 3. El techo está formado por cinco columnas de basalto especialmente seleccionadas, de más de 7 metros de largo, sobre las cuales se alzan siete capas de vigas y traviesas. Delante de esta puerta yacen dos piedras de sakau. En el interior del recinto existe una plataforma de fragmentos de coral de  $6 \times 14$  metros que forma la antesala de un lelun, los pequeños recintos de piedra que señalizan un sepulcro. A su derecha se halla otra sepultura más pequeña, que mide  $5 \times 5$  metros.

Adosado a Karian se halla Lukop Karian, una muralla de 4-5 metros de altura que se extiende hacia el suroeste a lo largo de 360 metros y abarca los lugares conocidos por Lukop Karian propiamente, Tsap u tik («el pequeño lugar») y Aneir («viento del sur»). Se hallan los tres sobre un alargado banco de arena cuyo lado noroccidental no posee delimitación artificial y recibe el nombre de Pik en Nan Tsapue («la arena de Nan Tsapue»). Tsap u tik es un recinto de piedra que mide  $23 \times 27$  metros, y que en su interior posee un sepulcro de  $6 \times 9$  metros. A una distancia de 12 metros se encuentra en Aneir otro gran sepulcro de  $10 \times 7$  metros y a otros 29 metros de distancia los restos de un amurallamiento de piedra de  $15 \times 18$  metros. A continuación viene Pan mausanap, que tiene una longitud de 90 metros y consta de dos alineamientos dobles de bloques de basalto, separados entre sí unos 25 metros, y que probablemente constituían los fundamentos para otra edificación.

Tras una separación de 20 metros, continúa —formando parte de esta muralla sureste de Nan Matol— la edificación conocida por Lem en kau («junto a la laguna azul»), construida con columnas de basalto hasta una altura de 3-4 metros sobre un terreno de  $110 \times 58$  metros. Su interior está dividido por muros de basalto en 4 patios. El del noreste mide  $37 \times 35$  metros, y los dos del suroeste  $23 \times 43$  y  $16 \times 30$  metros respectivamente. De estos dos últimos, el que da al lado del mar contiene un sepulcro que mide  $2 \times 4$  metros.

En Lem en kau se interrumpe la muralla exterior para salvar uno de los ya mencionados agujeros en el arrecife. Es el llamado Nam en kau («laguna azul»), de unos  $60 \text{ m}^2$  y 80 metros de profundidad, cuyas aguas de reflejos azules le dan su nombre y que determina además, por el lado que da al mar, la línea de separación entre la ciudad inferior y la superior.

Queda ahora por recorrer, pues, la muralla que rodea el sector de la ciudad inferior o real. El primer recinto, situado inmediatamente al suroeste de la laguna azul es Lem en sei, completamente cuadrado, y cuyos lados, de una altura de 4-5 metros de vigas y traviesas de basalto alternativas, miden 25 metros de longitud. En el centro de este recinto se halla una sepultura de  $6 \times 7$  metros de lado. Le siguen a este recinto los fundamentos de una construcción inacabada que debía medir 22 metros de longitud. Viene luego un paso de 5 metros de ancho, llamado Mueit a lap, al que le siguen los fundamentos de Pik a lap («la gran arena»), que en el mencionado paso tiene una anchura de 23 metros y posee en este lado un entrante de 16 metros de longitud y 4 de ancho. La longitud de estos fundamentos es de 37 metros. Un nuevo paso llamado Mueit en Nan Tsapue («paso de Nan Tsapue») separa Pik a lap de la sección de muralla llamada Kap en Not («Not la nueva»). Con un ancho de 21 metros tiene una longitud de 158. Otro nuevo paso, llamado Mueit en ualiuel, separa a su vez Kap en Not del gran bloque conocido por Pan ui («bajo los árboles de barringtonia»), que se divide en varias construcciones.

Un recinto únicamente insinuado en sus fundamentos, de 20 metros de ancho y 97 de longitud, da paso al recinto sepulcral Pan ui propiamente dicho, cuyo conjunto forma la esquina suroeste de todo el conjunto amurallado de Nan Matol. Su muro noreste mide 52 metros de longitud, y el suroeste 100. El muro sureste tiene una longitud de 96 metros y una altura de 9-11 metros. Ya Paul Hambruch observó en 1910 que este muro estaba destruido en algunos puntos, posiblemente —como él apunta— debido a los enormes árboles de barringtonia que sobre el mismo crecen y que fueron abatidos por tormentas y tifones. La base de estas construcciones la forman enormes bloques amorfos de basalto, de muchas toneladas de peso, de  $2\text{-}3\frac{1}{2}$  metros de diámetro, cuya superposición —tal y como ya lo comenta también Hambruch en su obra mencionada— «debió de haber costado un inconmensurable trabajo». La esquina sureste es, sin duda, la más impresionante. Tres inmensos bloques de basalto están aquí superpuestos y coronados por una de las más grandes columnas, alcanzando el conjunto una altura de 11 metros. Los muros suroccidental y suroriental están formados por vigas de basalto amorfo y por traviesas de columnas de basalto. Tanto este recinto de la esquina como los dos adyacentes han sido rellenados con fragmentos de coral que alcanzan una altura total de 6 metros, en los cuales han echado sus raíces los grandes árboles de barringtonia y de calofila. En el recinto de la esquina se halla un sepulcro que mide  $23 \times 8$  metros. El cuarto recinto de este conjunto solamente posee muros en tres de sus lados, quedando el cuarto abierto hacia la espesura de los manglares, en la que ya en la época de la visita de Hambruch podía uno internarse únicamente con gran dificultad «y con peligro de muerte». En este recinto se halla a un metro de altura un sepulcro que mide  $16 \times 22$  metros, consta de 5 capas de vigas y traviesas de columnas de basalto, y posee una puerta de entrada de 2 metros de ancho y laterales de  $2\frac{1}{2}$  metros de altura, a través de la cual se accede a un lolun (cámara funeraria) de  $4 \times 6$  metros, en cuyo centro se halla la sepultura propiamente dicha. Delante del flanco norte de la sepultura se hallan dos columnas de basalto especialmente bellas, y entre ellas una gran piedra de sakau. Muy cerca se divisan los vestigios de una vivienda.

Inmediatamente después hay un nuevo paso, el primero en este flanco occidental, de la muralla de Nan Matol. Mide 4 metros, y queda delimitado al otro lado por el recinto llamado precisamente Mueit («paso»), de  $45 \times 70$  metros, al que le sigue un nuevo paso de 11 metros de ancho que lo separa de Pan mueit («debajo del paso»). Ambas islas están amuralladas únicamente por sus flancos que dan al mar y a los pasos; no así hacia el interior de Nan Matol, en donde únicamente se conservan los fundamentos. En los otros tres lados los muros alcanzan una altura de 3-4 metros de columnas de basalto. Pan mueit mide  $67 \times 75$  metros, y presenta la particularidad de que su flanco interno (el que da hacia la laguna de Nan Matol) ofrece en su planta un perfil escalonado, a uno de cuyos lados se adapta —separado por un canal de 5 metros de ancho— el islote artificial llamado Lole.

En el lado noroeste de Pan mueit se abre el paso conocido por Mueit en Kiti («paso de Kiti»), que se distingue porque en su fondo —tal y como ya lo indiqué anteriormente— yacen una serie de columnas de basalto que únicamente con la marea alta permiten el tránsito de las canoas que cruzan la muralla siguiendo el canal del lagarto, ya descrito. En ésta la entrada a Nan Matol por el lado occidental, quedando habitualmente prohibido el paso por las demás aberturas.



Rebasado este paso de Kiti, llegamos ya al último tramo de la muralla exterior de Nan Matol, llamado Pon kaim («más arriba de la esquina»), cuyas murallas, formadas a base de columnas de basalto, alcanzan a lo largo de 265 metros una altura de 3-5 metros, conformando así una muralla sin mayor trascendencia, de 20 metros de ancho, que pone fin al sistema de amurallamiento externo de la ciudad de Nan Matol.

### ***LA CIUDAD INFERIOR O REAL***

Oculto tras esta gran muralla y por la espesa vegetación, se extiende aquí dentro la ahora muerta ciudad, dividida como ya dijimos en dos sectores: Matol pa, la ciudad inferior o de los reyes, y Matol pau ue, la ciudad superior o de los sacerdotes. Centro neurálgico de la primera es la sede real y principal lugar de culto de Pan Katera, junto con el santuario de la anguila en Itet. Mientras que el de la segunda lo forman la construcción funeraria de Nan Tauas, la cercana residencia del sumo sacerdote Nalaim en Us en tau, y la supuesta tumba de Iso Kalakal en Pei en kitel.

Pan Katera («bajo la escalera»), está ubicado en el centro de Matol pa y dividido en dos partes: un gran trapecio encerrado en muros de 4-5 metros de altura formado a base de las consabidas vigas y traviesas de columnas de basalto, recinto que fue residencia del Sau Telur, y un pequeño anexo de paredes más bajas que fue la residencia del mayordomo, el Sau Kampul. El edificio de este último mide  $35 \times 45$  metros y posee en su flanco oriental dos entradas de 2 metros de ancho. El recinto grande de Pan Katera mide en su muro suroeste 89 metros, en el noroeste 98 metros, en el noreste 97 metros y en el sureste 87 metros. Así, pues, Pan Katera cubre una superficie de unos 8.400 m<sup>2</sup>. En todos los muros externos existen entradas. La más importante se halla en el lado suroeste y mide 4 metros de ancho. Un gran bloque de basalto plano que yace a la derecha de la entrada señala el lugar en el que el Sau Telur plantaba su jabalina, con cuyo gesto anunciaba el permiso para pisar Pan Katera. El muro sureste tiene dos entradas, de 2 y 2½ metros respectivamente. El muro del noreste posee una gran abertura de 9 metros y otra pequeña de 2. El muro del noreste dispone de una abertura de 2 metros en el centro. Entrando en el recinto por el lado sureste, se hallan en el interior, a izquierda y a derecha, los aposentos del Sau Telur. También una pequeña plataforma y piedras de sakau. Junto a éstas las plataformas de tres peldaños, sobre las que se aprecian los restos del gran templo de Nan Tsapue. El patio de la izquierda contiene una plataforma de fragmentos de coral enmarcada en columnas de basalto, siendo la vivienda del Sau Telur. El muro que da hacia el recinto anexo del Sau Kampul tiene una altura de 5 metros, mientras que los muros que dan hacia el interior de Pan Katera mismo tienen una altura actual de 2½ metros. El recinto o patio mide  $22 \times 35$  metros. Por fuera hay, a izquierda y derecha de la entrada, unos fosos estrechos y planos enmarcados en columnas de basalto. El patio que queda a la derecha de la entrada suroccidental de Pan Katera está esmeradamente rodeado de muros de columnas de basalto, albergando su interior —al que se accede a través de una estrecha abertura— otra plataforma de fragmentos de coral. Los muros tienen igualmente una altura de 2½ metros y un ancho de 2, y el recinto mide  $12 \times 35$  metros. La esquina norte de este recinto o patio recibe el nombre de Kaim en man tirip («esquina del pájaro tirip»). Entre los dos patios comentados existe junto al muro del suroeste una plataforma de fragmentos de coral, adoquinada con trozos de basalto y enmarcada en columnas de basalto. En esta plataforma se depositaban las ofrendas a Nan Tsapue, cuyo templo queda a escasos 15 metros de ella, conservándose de él únicamente sus fundamentos. Se ascendía al templo por una escalera de 3 metros de ancho y unos 40 centímetros de altura, siendo sus medidas de  $35 \times 23$  metros. El presumible edificio que allí había debía medir unos  $24 \times 10$  metros, y de su interior se conservan tres fosos enmarcados en columnas de basalto. Junto a la escalinata hay varias grandes piedras de sakau para preparar la bebida sagrada ofrendada a Nan Tsapue. A la izquierda de estas piedras se hallaron dos de las pretendidas cinco conchas de caracola de mar que aquí debían haber. Al noroeste de esta plataforma se halla, a unos 12 metros, un banco de basalto, encontrándose otros dos en dirección este de la plataforma central, junto al muro. La esquina oriental de Pan Katera está ocupada por un cuadrado de  $22 \times 27$  metros, en cuyo patio se alza una pequeña plataforma. Y continúo citando al etnólogo doctor Paul Hambruch para que no se me tache de tendencioso: «La esquina noreste —es la esquina que da al este— de este patio-vivienda se llama Kaim en Sokehs. Puesto que, de acuerdo con la leyenda, fue erigida con las columnas que a través del aire

vinieron volando de Sokehs a Nan Matol. Simultáneamente se perpetuó la creencia de que Sokehs existiría mientras se mantuviera en pie Kaim en Sokehs. En setiembre de 1910 se derrumbó la esquina. Para la gente de Pohnpei estaba claro que Sokehs debía sucumbir. Después del levantamiento de febrero de 1911, se acabó el estado de Sokehs». Delante de este patio se aprecian los restos de los fundamentos de un edificio, y junto a su pared noroccidental se halla un agujero de 10 × 8 metros, enmarcado en columnas de basalto, que servía de baño y llegaba hasta el arrecife de coral. Iso Kalakal declaró Pan Katera «sarauí», o sea sagrada y tabú. A partir de entonces solamente el nanamariki de Matolenim y algunos altos sacerdotes podían entrar en el recinto de Pan Katera, pesando la pena de muerte sobre los demás mortales que penetraran en él.

Al sur de Pan Katera, pegado al muro suroeste de su esquina meridional, se extiende el recinto que el último Sau Telur designó como lugar de hospedaje para los 333 expedicionarios de Iso Kalakal: Kal a puel. Mide 61 × 55 metros. El muro que da al noreste y que queda situado frente a Pan Katera es el único que realmente puede llamarse así debido a su altura, quedando los otros tres lados cercados por un pretil de 1'7 metros de altura. La esquina norte de Kal a puel, inmediata a Pan Katera, conforma en el interior del recinto un patio de 21 × 29 metros y paredes internas de 2½ metros de altura. Se accede a este patio a través de una puerta de 2 metros de ancho. El muro exterior de Kal a puel tiene una apertura de 15 metros en su lado occidental y otra de 5 metros en el lado sureste. Entrando por aquí, se halla a la derecha un pequeño recinto cuadrado de 10 metros de lado. El lado suroeste dispone de una entrada de 4 metros de ancho, accediendo por la cual se halla uno nuevamente a la derecha de la misma con un recinto en cuyo interior se aprecian los vestigios de los basamentos de una vivienda. También la pared noreste dispone de una entrada de 4 metros de ancho.

Separado de Pan Katera por un canal de 10 metros de ancho, se extiende a su noreste el gran recinto de Pei Kap («nuevo recinto funerario»), cuyos lados miden 111, 113, 105 y 116 metros respectivamente. Sus muros están formados a base de bloques de basalto amorfos y de columnas de basalto. En su esquina norte se hallan unas rocas sagradas. Por la parte externa del muro del noreste hay dos grandes rocas que se conocen por «las mujeres petrificadas», y en la parte externa del muro sureste, en el canal principal, se halla la «roca de la tortuga», y detrás de ella el uan it Tapar («el escudo de Tapar», un héroe desconocido). En Pei Kap, en su sector sur se halla la gran laguna de Nam en ias, el profundo agujero abierto en el arrecife que ya comentamos. Un poco más al sur de esta laguna se halla el agujero conocido por el nombre de Peirot. Peirot fue una especie de espejo, «el espejo de la reina»; cuenta la tradición que antiguamente, mirando a este espejo, se podía ver a voluntad todo cuanto estaba sucediendo en el mundo. Que es lo mismo que puede decirse de una pantalla de televisión.

Al sureste de Pei Kap, y separado de éste por el metro y medio de ancho que tiene aquí el canal principal o del lagarto, se halla el recinto mucho más pequeño de Itet, que mide 31 × 43 metros. El muro que lo rodea, a base de columnas de basalto, alcanza solamente una altura de 2½ metros. En su esquina oriental se halla el recinto principal, construido con muros de basalto limpiamente erigidos, de dos metros de altura. Se accede desde el exterior por un paso de 1½ metros de ancho, y desde el interior de Pei Kap por uno de 4 metros. En este recinto principal de Pei Kap, que mide a su vez 24 × 20½ metros, se custodiaba a la anguila sagrada Muan (Nan) Samol. En determinadas épocas se la alimentaba con tortugas que se conservaban en Paset, en un estanque artificial junto a Us en tau, y que se sacrificaban siguiendo un estricto ritual especial, sobre el montículo artificial situado en el extremo suroeste de Itet. Sigue ahora la narración tradicional que recuerda el ritual de sacrificio de la tortuga:

«Esto es lo que acontecía con la tortuga, un animal marino que solíamos sacrificar antaño en Matolenim, y al que llamábamos Nan us un tsap. Salíamos a pescar. Cuando capturábamos una, la traíamos y la depositábamos en un estanque en Us en tau que se llama Paset. Allí la manteníamos hasta poco antes del sacrificio. Llegado el día del mismo, los sacerdotes iban en canoa a Paset, cogían a la tortuga y la llevaban a la orilla de Tsamuin, al lugar llamado Sakarena. Allí la lavaban hasta dejarla completamente limpia. Luego adornaban al animal con cuerdas y distintos adornos. Después de lo cual ponían a la tortuga derecha en la canoa. Dos hombres se sentaban y apoyaban a la tortuga, uno a la derecha y otro a la

izquierda. Tauk Matolenim estaba de pie en la canoa y sostenía los hombros de la tortuga. Debía mirarla fijamente, para que ambos pestañearan simultáneamente. Puesto que cuando el animal pestañeaba, también debía hacerlo Tauk. La canoa estaba tripulada por Nalaim, Nansaum, Nanekei y Nanapas. Iban hasta Nanuei, hasta la piedra Likon palan. Allí elevaban a la tortuga en el aire y la dejaban caer sobre la piedra. Esto lo hacían cuatro veces, luego se dirigían a Itet. Se encendía una hoguera en el Tol en Itet: Luego sacaban a la tortuga de la canoa y la subían a Itet. Nanekei agarraba un hacha de madera y le destrozaba la garganta, con lo cual moría. Nansaum cogía entonces una piedra de la hoguera y la ponía encima del pecho de la tortuga para ablandar el caparazón. Luego cogía una concha y abría con ella a la tortuga. Después se le extraían los intestinos. Se preparaba el horno y se depositaba a la tortuga en él. Luego se tapaba el horno hasta que el animal estaba cocido. Nalaim cogía entonces los intestinos y los llevaba al recinto de piedras de Itet, para alimentar con ellos a Muan samol, la anguila. Al llegar Nalaim con los intestinos tostados de la tortuga y surgía Muan samol de su agujero, Nalaim pronunciaba previamente unos conjuros para que les fuera favorable. Después de lo cual regresaba al interior del agujero. Nalaim le daba entonces los intestinos. Los devoraba. Cuando Nalaim regresaba del recinto de las piedras, se abría el horno. Después de abierto, llevaban al animal al Isibau. Nanapas y Nalaim se levantaban para despezar la tortuga. Cuando le era separado el pecho, la ponían en posición vertical, como antes habían hecho en la canoa. El Nanamariki pronunciaba unas palabras. Nalaim alzaba el pecho de la tortuga y la volteaba por cuatro veces en el aire. Después de lo cual la depositaba ante Isibau. Ahora se repartían las piezas de la tortuga. Nanapas y Sopan repartían las piezas entre el Nanamariki y todos los sacerdotes. Nadie excepto los sacerdotes podían probar su carne. Tampoco ningún hombre ni ninguna mujer podía pisar el lugar de la reunión, puesto que eran personas muy sagradas las que allí estaban».

Hasta aquí la narración del sacrificio ritual de la tortuga a la anguila sagrada. Cabe comentar aquí que una expedición de la Smithsonian Institution examinó en 1963 los restos acumulados en el montículo mediante el sistema del C-14, llegando a la conclusión de que se remontaban a una fecha de antigüedad centrada en la segunda mitad del siglo XIII. Simplemente a título anecdótico, la misma fecha casi que con pruebas concretas puede establecerse para la antigüedad mínima del extraordinario conocimiento astronómico que conforma la base del ritual sagrado de los dogones, que recientemente mencioné al hablar de los siete ídolos híbridos entre hombre y pez hallados en un edificio en Dzibilchaltún, en el Yucatán. Dije aquí que éstos y los dioses de los dogones enlazaban de alguna forma con Oannes, el híbrido de cabeza humana y cuerpo de pez que actuaba en tierras asirias. En relación con aquellas tierras, Zecharia Sitchin, con quien tuve ocasión de departir ampliamente en el congreso de la Ancient Astronaut Society celebrado en Munich en 1979, escribe en su obra *The twelfth Planet* (El duodécimo planeta) que cuando el gobernante sumerio Gudea fue visitado por la divinidad Ninurta, éste y dos compañeros suyos se hallaban en pie al lado de la «divina ave negra del viento», para cuya salvaguarda fue construido un templo. Una vez dispuesta, el «ave divina podía tomar contacto con el cielo» y era capaz de «unir cielo y Tierra». Lo cual apoya mi hipótesis, expuesta ya en 1971, en el libro *¿Sacerdotes o cosmonautas?* (\*) Gudea manifestaba en su escrito conmemorativo de la construcción del templo que cuando el ave divina se elevaba para recorrer las tierras, «fulguraba sobre las construcciones de ladrillo». El recinto protegido era descrito como Mu-Na-Da-Tur-Tur (lugar de descanso de recia piedra del Mu). De manera semejante —continúa recordando Zecharia Sitchin— Lu-Utu, que gobernó en el tercer milenio antes de J. C., construyó un emplazamiento para un Mu «el cual aparece en una llama», para el dios Utu, «en un lugar destinado dentro de su templo». Y Nabucodonosor II, registrando su construcción del recinto sagrado de Marduk, dijo que entre muros fortificados hechos de ladrillos y mármol de brillante ónice: «Yo alcé la proa de la barca Id-Ge-Ul / La carroza de la munificencia de Marduk / La barca Zag-Mu-Ku, cuya arribada se observa / La suprema viajera entre cielo y Tierra / La encerré en medio del pabellón / Protegiendo sus costados». Id-Ge-Ul, el primer elemento empleado para describir a esta suprema viajera o carroza de Marduk, significa literalmente «alta en el cielo, brillante de noche». Su segundo apelativo, Zag-Mu-Ku, significa «la brillante Mu que va lejos». No voy a extenderme aquí en la descripción —ampliamente documentada por Sitchin en su libro— de este objeto volante que fue en épocas remotas el Mu en tierras mesopotámicas. De acuerdo con las averiguaciones de Sitchin, se trataba de un objeto alargado que se aparcaba en un pozo subterráneo y cuya

cabeza cónica sobresalía en la superficie. Esto me hace recordar las palabras de Masao aquí en Matolenim, en Pohnpei, cuando le pregunté acerca de las características de la anguila sagrada: «Nan Matol es el lugar de adoración de una anguila marina que no volaba, pero sí salía vertiginosa del mar hacia el cielo, atravesando el aire». Igual que Quetzalcóatl, la serpiente mesoamericana. Todavía una observación con respecto a Nan Matol y a una cronología que se me antoja irreal, pero que tiene dos curiosas conexiones. Jack Adams, el australiano afincado desde hace tiempo en Pohnpei, el batallador que sabía cosas, soltó inopinadamente un dato durante nuestra charla: Nan Matol había sido construido hará unos 49.000 años. A primera vista, descabellado. Pero mi archivo me proporcionó otros datos curiosos para esta época (45.000-49.000 años atrás). Así, el arqueólogo Chi-Pen-lao, catedrático de la universidad de Pekín, hablando de las pirámides halladas en las estribaciones norteñas de la sierra de Hunan, junto al lago Dongtinghu, fechó en 1961 su construcción en una época situada 45.000 años atrás. Por otra parte, el capítulo XXXIII del volumen II de la obra *Introductory Space Science* (Introducción a la ciencia espacial) publicada por la U. S. Air Force Academy, capítulo titulado «Unidentified Flying Objects» (Objetos Volantes No Identificados), afirma literalmente que «las visiones OVNI parecen extenderse a lo largo ya de 47.000 años». Ahí queda el dato para quien quiera recogerlo. Porque el libro ya no está en circulación. Una edición posterior de este manual de estudio presenta variantes, que aquí debo aportar para quien quiera indagar por este lado. Se titula *Introductory Space Physics* (Introducción a la física espacial), volumen II, editado por la misma Academia de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Ignoro si allí se expresa también el dato de los 47.000 años. Me costó más de medio año y una enrevesada estratagema el hacerme con un ejemplar de esta edición posterior. Pero cuando por fin lo conseguí, advertí que habían sido separadas de él las páginas dedicadas al apartado OVNI, o sea de la 405 hasta el Apéndice A. En el índice del volumen, había sido enganchada una tira de fina cartulina blanca sobre la línea que remite al capítulo correspondiente, en el apartado «Man's efforts to understand» (Los esfuerzos del hombre por comprender). Dicha línea dice literalmente: «XXXIV. Unidentified Flying Objects... 405» (XXXIV. Objetos Volantes No Identificados... 405). Pero el capítulo está evidentemente censurado para quienes no deben enterarse de lo que dice. Regresemos a Nan Matol, a la descripción de las construcciones que alberga el sector inferior de la ciudad.

(\*) *Publicado por esta editorial.*

Al sureste de Pei kap y de Itet, en el ángulo oriental de este sector inferior de Nan Matol, otro gran recinto alberga el tercer gran agujero que se abre en el arrecife. El recinto se llama Toron y mide 96 × 102 metros. Pulcramente edificado con columnas de basalto, posee dos entradas, una de ellas, de 5 metros de ancho, en el lado noreste, y otra de 2 metros en el lado noroeste. El interés principal de este recinto reside en el gran agujero que en su centro se abre en la plataforma de coral, y que se conoce por el nombre de Le en kai. Esta profunda laguna posee un túnel que —de acuerdo con lo averiguado en Pohnpei— conduce hasta la parte exterior del arrecife, lo cual supone, por el camino más corto, un trecho mínimo de 600 metros. Dicho túnel parte del gran agujero en dirección hacia el este, y a través de él llegan al interior del agujero peces y moluscos.

Los demás recintos de la ciudad inferior son islotes bajos sobre los que se asentaban las viviendas de la alta nobleza. Únicamente Reí lap, que mide 54 × 41 metros, contiene una vivienda encerrada en muros altos, que a su vez mide 19 × 20 metros. Reí lap está además dividido en dos partes por otro muro. La historia de las demás islas menores del sector inferior no ha trascendido. Estas islas, con sus medidas entre paréntesis, son: Rei taub (32 × 31 m), Take tik («isla pequeña», 20 × 27 metros). Peí a kap (105 × 90 m), Mant (65 × 33 m), Pen i eir (28 × 35 m), Pan iso (36 × 17 m), Pei en muik (27 × 25 m), Lole eue (40 × 50 m), Pai ian (22 × 20 m), Ni konok (82 × 35 m), Pei en apue (25 × 24 m), Pei en met (30 × 31 m), Likin sau (20 × 38 m), Tsap uei (33 × 34 m), Rei tik (27 × 38 m), Ua sau (34 × 54 m), Bat en Ian («piedra del cielo», 28 × 20 metros), Pil en Ian («agua del cielo», 46 × 33 m), Tsap ue Ian («lugar del cielo», 63 × 35 m), Pan ti bob «bajo el árbol terminalia», 84 × 49 m), Betebete (30 × 26 m). Finalmente, cabe señalar que en la costa sur de Tsamuin, cerca de Sau iso («clan real») yace la piedra Likon palan, plana y de forma de tortuga, ya mencionada al aportar la narración del ritual de sacrificio de la tortuga a la anguila sagrada.

### **LA CIUDAD SUPERIOR O SACERDOTAL**

Voy a atenerme también en este sector de la ciudad a los conceptos básicos de su construcción emitidos por el doctor Paul Hambruch, que como digo visitó las ruinas casi tres cuartos de siglo antes que nosotros, y las halló por lo tanto en un estado aún más original. Sobre este esquema iré tejiendo mi propia experiencia, tal y como hice para la muralla exterior y para la ciudad inferior. La ciudad superior, Matol pauue, estaba reservada a las viviendas de los sacerdotes e incluye, además, algunos importantes lugares de culto y el principal lugar de inhumaciones.

Previamente aún una consideración que ahora viene al caso porque terminé el apartado anterior hablando de la costa de la isla de Tsamuin, a la cual regresaremos inmediatamente al hablar de la supuesta tumba de Iso Kalakal. Bien, un detalle de este tramo de Nan Matol inclinó a Jan Stanislaw Kubary a concluir que, en contra de alguna hipótesis errónea según la cual Nan Matol habría sufrido o estaría sufriendo un paulatino hundimiento, lo realmente sucedido es que la ciudad muerta habría experimentado un ligero aumento de nivel. Basa su hipótesis, emitida a finales del siglo pasado, en el hecho de que muchos de los recintos que están próximos a la isla de Tsamuin se hallan en terreno seco, que los canales ahí son muy bajos y no poseen aglomeraciones de corales muertos impulsados hasta allí por las aguas, mostrando en cambio algunos corales muertos sujetos al suelo, que con toda probabilidad vivieron en aquel mismo sitio en una época en que el mismo estaba aún cubierto por el agua. De todas formas, y en el marco de la teoría sobre la formación de los arrecifes coralíferos basada en un paulatino hundimiento de las tierras de la zona, cabe hablar —en un plano hipotético, reforzado por el conocimiento transmitido por unos pocos nativos— de la posibilidad de la existencia de un habitat mucho más antiguo, hoy sumergido en las aguas, y que bien pudiera asentarse sobre lo que en un tiempo fue tierra firme, y se halla hoy por debajo de la capa coralífera. En este sentido, Nan Matol, en el contexto de lo declarado por Pernis Washington en Salapwuk, no sería más que una construcción simbólica que señala y acaso imita a un enclave situado debajo de ella. Anotada esta reflexión, vayamos ya a las construcciones de Matol pau ue.

En Pei en Kitel se encuentra supuestamente la tumba de Iso Kalakal. Ya aporté el dato del lanzamiento de su cuerpo al mar, si bien oficialmente estaría enterrado aquí. El recinto mide en total  $48 \times 130$  metros. Parte de este recinto está artificialmente construida sobre el arrecife, y la otra sobre la costa de la isla de Tsamuin. La llamada tumba de Iso Kalakal es la única de todo el conjunto de Nan Matol que se halla en tierra, y no en una construcción o islote artificial. Desde el agua se accede al recinto a través de una entrada con peldaños de 4 metros de ancho, mientras que por el lado de tierra existe una entrada de 3 metros de ancho. Cerca de la entrada que da al arrecife se halla un recinto de piedra de  $12 \times 15$  metros, adosado por su parte interna al muro del recinto principal. Contiene en su centro una sepultura. A 15 metros de distancia se halla otro recinto pequeño de  $13 \times 14$  metros que igualmente contiene una sepultura. Se accede a él a través de una entrada de  $1\frac{1}{2}$  metros. A 18 metros de allí, en dirección norte, y sobre la orilla misma de la isla de Tsamuin, se halla el patio que alberga la sepultura de Iso Kalakal. Este patio mide  $25 \times 31$  metros, y se accede a él a través de una entrada de 3 metros de ancho situada en su vertiente sur. En el centro del patio se halla la cámara funeraria que mide  $7 \times 5$  metros y está construida cuidadosamente a base de columnas de basalto especialmente seleccionadas. Junto a esta cámara funeraria se hallan otras tres tumbas que miden  $3 \times 3$  metros. A la cámara funeraria subterránea de Iso Kaakal se accedía antaño a través de una puerta hoy inexistente, debido a que el ya referido vicegobernador alemán Víctor Berg, al revolver la tumba en 1907, separó el soporte lateral de la viga de basalto de la puerta, desplomándose por ello la puerta y destruyendo parte de la sepultura en la que no se puede entrar actualmente. Ante la entrada a la cámara subterránea se hallan unas piedras de sakau.

Adosado a este recinto se halla, en su vertiente noroeste, otro de planta trapezoidal llamado Pei to, cuyo lados miden 53, 9 y 72 metros respectivamente. A sur del mismo y frente a Pei en Kitel se halla otro recinto que no tiene nombre conocido y mide  $13 \times 15$  metros. Con estos dos últimos recintos comienza el canal Tau en lole, una auténtica y larga calle de agua a lo largo de la cual se alinean una sucesión de islotes artificiales que, con planta por regla general rectangular y con muros bajos, alberga antaño las viviendas de los sacerdotes. En dirección al norte son: Fui leí («¡atención! ¡muro!»,  $40 \times 45$  m), Rei ti bob («junto al árbol terminalia»,  $27 \times 51$  m), Tsap reirei («el lugar largo»,  $26 \times 35$  m), Pei mei ( $30 \times 27$  m), Li ki tolok (53

× 27 m), Imuin a lap («la grande fuerte», 30 × 67 m), Pei en ut («lugar de culto de la banana», 19 × 40 m), Tsap en luk («lugar de Luk», 19 × 35 m). En dirección sur se hallan: Tsap a los (36 × 48 m), Tsap uen pue (34 × 57 m), Pei ni ap (34 × 12 m), Tsap a kap («el nuevo lugar», 29 × 15 m), Tsap en tau («el lugar junto al canal», 40 × 34 m), Ni tor (16 × 25 m), Tau at peitak (28 × 21 m), Tau at peiti (35 × 25 m), Tsap uen pei (22 × 26 m), Sak a peilon (35 × 56 m).

Us en man («estrella en la laguna») es una construcción irregular cuyo cuerpo principal mide 57 × 68 metros. Al sureste tiene un saliente de 30 × 27 metros, que parcialmente empalma con el saliente en dirección noreste que mide 20 × 35 metros. Este recinto fue la cocina para el Sau Telur y más tarde para el Nanamariki, que acudía aquí para repartir la comida cocinada entre su séquito. Paralelamente a esta calle primera de recintos sacerdotales se extendía otra segunda hilera de islotes artificiales que albergaban residencias para los sacerdotes. Partiendo de Us en nam en dirección norte comprendía: Perei lap (31 × 23 m), Sak a pes («basurero», 30 × 23 m), Likin pei (29 × 34 m), Tsap on (28 × 40, 38 × 55 m), Us en pei («nombre del pei», 38 × 20 m), Pon take («sobre la isla», 25 × 36 m), Ni rik («en lo pequeño», 24 × 23 metros). Ni mogemog (35 × 28 m), Tsap u tor (24 × 32 m), Tsap a tik («el lugar pequeño», 14 × 20 m), Tsip a tir (33 × 35 m, construcción irregular, con un promontorio hacia el oeste de 31 × 35 m), Ai ni ar (42 × 35 m), Tip en ai (12 × 18 m), Map (25 × 19 m), Imuin en map (13 × 25 m).

Al este de estas residencias para sacerdotes se hallaban otra serie de islas bajas relativamente grandes que en su mayor parte albergaban lugares del culto, siendo imposible ya averiguar los cultos concretos para los que servían. Son: Pan Katau (35 × 18 m), Paraka tsuka (28 × 41 metros), Tapau (76 × 59 m), Pei lapalap («el pei muy grande», de fundamentos irregulares, con diversos entrantes en su lado oriental, mide unos 99 × 90 metros, albergando en su esquina norte el lugar tabú conocido por Ras a lap), Pulak (54 × 57 m), Pei ni or (25 × 26 m), Pei kap tsap u as («el nuevo pei en el lugar alto», 70 × 65 m), Pei en arun (44 × 26 m, con muros altos, una entrada de 6 metros de ancho en el lado noroeste; alberga dos tumbas).

En el centro geométrico de la ciudad superior se halla el recinto, ya más importante, de Us en tau. Después de la muerte de Sau Telur y de los primeros Nanarnariki de Matolenim, Us en tau se convirtió en residencia de dichos Nanamariki, hasta que cambiaron la misma para trasladarse a Nakap y Salón. Actualmente, Us en tau está unida por un puente moderno al pequeño islote de Púa lan, que miden únicamente 25 × 28 metros. Us en tau estuvo originalmente encerrada en altos muros, que hoy únicamente en parte subsisten, habiendo quedado derruidos los muros del flanco norte y del flanco occidental. Las medidas originales de Us en tau eran 75 × 85 metros. En la esquina noreste hubo originalmente un patio hoy completamente destruido. Adosado al muro sur de Us en tau existe un recinto de agua acotado con columnas de basalto y con grandes trozos de coral formando muros bajos. Este recinto recibe el nombre de Pashet, y en él se retenían antiguamente las tortugas reservadas para su sacrificio en Itet. Pensile Lawrence me ampliaría detalles sobre este recinto. Así, que su esquina oriental, pegada al muro de Us en tau, recibe el nombre de Kaimuen Pashet («esquina del fondo del mar»), y que en este recinto los americanos hallaron una apreciable cantidad de baterías. Si bien no me pudo o no me quiso ampliar detalles acerca de este hallazgo.

La esquina del fondo del mar. Esta definición nos lleva a hablar brevemente de lo que es el Pashet para los pohnpeyanos. Afirma su tradición religiosa que en el cielo viven las entidades sobrehumanas pseudodivinas y espiritualizadas que ya vimos en su momento. Y que también los hombres pueden ocasionalmente ser llevados hacia las alturas. Los espíritus de los muertos, en cambio, descienden al Pashet, al paraíso, que se halla en el fondo del mar. Afirman los transmisores del conocimiento que «el mundo inferior es una hermosa región, una bonita y gran ciudad». Para alcanzarla, la sombra del difunto debe saltar por encima de un estanque de agua. En la puerta del Pashet, una anciana intenta que no la alcance y que se precipite en las profundidades del vacío que se abre ante el alto muro del Pashet. En tal caso, viviría eternamente condenada en el Pueliko, lugar de los condenados, que se distingue por su oscuridad, frío y suciedad. Esta última circunstancia es para ellos tan determinante, que antaño expulsaban del clan a los individuos que no se bañaban con la suficiente frecuencia. La afición de los pohnpeyanos por el baño —

entre dos y cuatro veces al día— continúa en pleno auge, según pudimos comprobar durante nuestra estancia entre ellos. Otras variantes del ritual de entrada en el ansiado Pashet explican que en la puerta del mismo un hombre y una mujer examinan a los aspirantes: prueban si saben cantar bien o no. Y solamente dejan entrar a aquellos que tienen buena voz. Los malos cantores deben tomar la ruta del Pueliko. Otra versión, en fin, afirma que la sombra del difunto debe cruzar un puente que lleva al Pashet. Este puente se llama Kan Kaper («el puente de la danza») y está ocupado por guardianes dispuestos a secuestrar a la sombra para llevarla al Pueliko. A la vista de los mismos, la sombra comienza a bailar, con cuyo espectáculo los guardianes fascinados olvidan su cometido y la sombra puede intentar el salto al Pashet. Quienes no sepan bailar, van al Pueliko. La escena de los guardianes fascinados por la danza de la sombra, a cuya vista olvidan su cometido, es un arquetipo inserto en la memoria humana y que aflora en el símbolo de la sirena que fascina de igual modo a los navegantes, escena concretada por ejemplo en la peña de la ondina Lorelei, en el Rin, a cuyo canto los navegantes fluviales olvidaban su cometido estrellándose contra las rocas. Es una dimensión distinta de la trampa de Creta, en la cual el navegante (argonauta) Teseo tuvo que servirse del magnetismo de la araña (Ariadna, que ya comenté que necesitaban los alquimistas para no perderse en los meandros de la obra) para vencer a la encarnación del mal. Por otra parte, afirma una narración pohnpeyana que «en el Pashet, las sombras de los difuntos eligen a uno de los suyos, hombre o mujer, dotado de hermosa voz, para que sea su jefe y dirija desde la mañana hasta el anochecer el canto en un lugar llamado Merei». Estos cantos permanentes en el Pashet suenan a los cantos y músicas celestiales que aparecen sin ir más lejos en los textos bíblicos, detalle este, el de la musicalidad del más allá, que también habrá que profundizar algún día. Dije, al hablar de nuestra llegada a Nahnningi (Joy Island), que íbamos a vivir en un auténtico paraíso. Pero no solamente por la belleza natural del lugar, sino por la curiosa tradición de esta minúscula isla. En ella hubo antiguamente un recinto construido con columnas de basalto, como ya deja anotado Paul Hambruch, sin que se supiera su finalidad. Durante nuestra estancia en Nahnningi pudimos comprobar que los restos de esta construcción estaban esparcidos por la isla, y que en parte habían sido aprovechados por Iuthaka Suzuki para adornarla convenientemente. Pero si no se conocía su finalidad, sí recuerdan las narraciones tradicionales a la isla en sus argumentos. Según estas narraciones, estábamos viviendo sobre un isla pescada de las profundidades del mar, y en la que existía una entrada para llegar al Pashet. Esto último lo cuenta la narración de Sanoro:

«Vivía antiguamente en Matolenim, en un lugar llamado Pulak, un hombre. Cierta día, estuvo descansando en su casa. En esto, pasó delante de su casa un espíritu llamado Sanoro, que se dio el aspecto del Nanamariki, por lo cual preparó un festín. Luego le dijo a su mujer: "Iré a ver al Nanamariki". Salió de casa y alcanzó al espíritu. Éste se volvió y preguntó al hombre: "¿A dónde vas?" En este momento el hombre se dio cuenta de que no se trataba del Nanamariki, y contestó: "Señor, quería visitaros", puesto que advirtió que se trataba de un espíritu. De modo que el hombre lo acompañó, y salieron al arrecife. En la isla Nahnningi volvieron a pisar tierra, y allí ambos penetraron en un agujero y llegaron al Pashet. Allí hablaron a mucha gente, muchos espíritus que celebraban una gran fiesta. Ambos entraron en la casa. El hombre no pudo reconocer su aspecto, puesto que todo había oscurecido ante sus ojos. Ambos se quedaron con los espíritus hasta que la fiesta terminó. Luego volvieron a ponerse en marcha, y el espíritu envió al hombre hacia arriba».

La historia de la isla pescada —Naneni o Nanini en la grafía popular antigua; Nahnningi en la cartografía actual— está contenida en la narración de Lasepesep, que habla de un niño que quiere ir a ver a su padre, quien se halla en el Pashet: «El niño siguió los pasos de su padre, y llegó al Pashet. Allí halló a su padre. Mas éste no se ocupó de él, puesto que no le reconoció. Pero preguntó a una mujer si conocía al niño. La mujer le explicó al príncipe que se trataba de su hijo. Cuando el príncipe lo hubo reencontrado de esta manera, el niño se quedó durante mucho tiempo con él. Finalmente manifestó que quería visitar a su madre. El hombre le dijo que fuera a visitarla. Salió al exterior en un pequeño lugar llamado Tupuna, que se halla en el arrecife exterior de Matolenim. Continuó y pisó tierra en Samuin. Aquí vivía un hombre que no tenía nada para comer, ya que no había nada comestible en la casa, puesto que antiguamente no hubo frutas del pan ni frutos en Pohnpei. El niño se compadeció del hombre porque se estaba muriendo de hambre.

Entonces el niño realizó un acto de magia. Y todos los árboles de la fruta del pan se llenaron de frutas. El hombre ya no tenía que pasar más hambre y se alegró extraordinariamente. El niño siguió caminando y se topó con muchas canoas que se dedicaban a las tareas de la pesca sobre el arrecife. También él se puso entonces a pescar. Su anzuelo se hundió en las profundidades hasta alcanzar un país en el Pashet, el país en el que se encontraba su padre. Izó entonces a aquel país, subiéndolo hasta que se halló arriba, entre los hombres. Este lugar se llama Nahnningi». Vivíamos, pues, de acuerdo con la leyenda, en un trozo de paraíso auténtico.

Mas dejemos el paraíso y regresemos a la parte más famosa de Nan Matol: Nan Tauas. Antes, brevemente, sus inmediaciones: frente a Púa lan, el islote que vimos estaba modernamente unido a Us en tau, se halla, al otro lado del canal principal o del lagarto, el islote plano de Kon terek, de  $40 \times 68$  metros de lado. Debido a su buen estado de conservación, muestra perfectamente lo que era una isla baja destinada a viviendas. Muy cerca de ella, en dirección norte, se halla el fundamento de otro recinto, de  $20 \times 12$  metros. Entre Kon terek y Pei kap tsap u as se halla, directamente delante de Nan Tauas, el recinto conocido por Tau, un islote plano, bajo, de  $56 \times 59$  metros, que entre dos viejos fundamentos de viviendas conserva, en el ángulo noroeste, un sepulcro. Cruzando el canal Tau en gasapal, junto a su lado oriental, pisamos el islote artificial que alberga el recinto de Nan Tauas.

Nan Tauas es pretendidamente el cementerio de Nan Matol. Se sepultaban aquí a los Sau Telur, y posteriormente a los Nanamariki. Tanto en las cuatro cámaras funerarias de la instalación principal, como en las instalaciones funerarias de las dos islas bajas que flanquean a Nan Tauas, llamadas Pon Tauas («más arriba de Tauas») la situada al norte, y Pan Tauas («más abajo de Tauas») la situada al Sur. Todo el conjunto de estas tres piezas está rodeado por tres potentes murallas, que parecen abrazarlo y dejan abierto únicamente su flanco occidental. Las dos primeras murallas, procediendo desde el puerto de Nakap, ya fueron comentadas. La tercera muralla encierra directamente a Nan Tauas, Pon Tauas y Pan Tauas. En el lado norte de Pon Tauas mide 70 metros de largo y  $2\frac{1}{2}$  de ancho, para doblar en su esquina noreste hacia el sur y prolongarse aquí en esta dirección con un grosor de  $10\frac{1}{2}$  metros y un altura de  $4\frac{1}{2}$ . A lo largo de 155 metros abarca la protección de Nan Tauas y Pan Tauas. El islote artificial de Pon Tauas mide  $70 \times 52$  metros. Sus vertientes occidental y sur son bajas, y en la del oeste se halla una entrada de 2 metros de ancho. En este islote se halla un patio encerrado en muros bajos, en el que antiguamente se efectuaban enterramientos. Pan Tauas, situada al sur del conjunto, es otro islote artificial con muros bajos, de  $65 \times 16$  metros, que en su vertiente sur posee una entrada de 2 metros de ancho. Un poco más al sur se halla el pequeño islote bajo de Naru Kap, que mide solamente  $12 \times 31$  metros. Un muro de 66 metros de longitud separa Pan Tauas de Nan Tauas y del canal de 7 metros de ancho que la rodea.

Nan Tauas es la única construcción en Nan Matol cuyos ejes se orientan exactamente hacia el Norte, Sur, Este y Oeste. Las longitudes de los lados de sus fundamentos son, por el Oeste, junto al canal Tau en gasapal, 59 metros; por el Sur, 66 metros; por el Este, 60 metros; y por el Norte, 69 metros. Estos fundamentos tienen una altura de  $1\frac{3}{4}$  metros y consisten en tres capas de columnas de basalto, en las que las vigas son más largas, gruesas y por tanto pesadas que las traviesas. Hasta la mencionada altura el espacio vacío interior, de  $3.600 \text{ m}^2$ , fue relleno con fragmentos de coral. Encima de este nivel se aumentó la altura del recinto con dos capas de columnas de basalto alineadas sobre los muros que conforman los fundamentos. Únicamente se suprimió dicho aumento en la entrada principal, en un ancho de 5 metros. Por aquí se accedía sobre tres peldaños de 4 metros de ancho hacia el patio interior. El marco de los fundamentos y el pretil están hoy en día en gran parte derrumbados. Cuatro metros más adentro se eleva el primer gran muro del primer patio de Nan Tauas. Es el más alto de todo el conjunto, estando incompleto su lado norte. Se emplearon en su construcción columnas de basalto grandes y pequeñas especialmente seleccionadas. De forma tal que para las vigas se emplearon columnas de basalto más largas, gruesas y sólidas. Del mismo calibre son las traviesas del muro del lado de la puerta principal. Sin embargo, el espacio que queda entre las vigas principales y las traviesas ha sido relleno en muchas ocasiones con una triple capa de vigas y traviesas más ligeras, lo que además produce un aspecto más decorativo. El muro de la fachada principal, que en su centro deja libres los cinco metros de la anchura de la puerta, mide en su



parte sur 23 metros de largo, de 2 a 2½ de ancho, con una altura junto a la puerta de entrada de 7 metros, y de 8 metros en la esquina sur. En su tramo norte mide 24 metros de largo, 2 de ancho, con una altura junto a la puerta de 4 metros, y 8½ metros en la esquina norte. El punto más elevado de esta esquina noroeste de Nan Tauas lo marca una columna de basalto situada en posición horizontal a modo de eje central del ángulo formado por la esquina, columna en la cual grabó en agosto de 1910 su apellido Paul Hambruch, lo cual pudimos corroborar durante nuestra visita al lugar. El muro del norte mide 61 metros de longitud, de 2 a 2½ de ancho, y 7 metros de altura en su esquina oriental. A una distancia de 9 metros de la esquina noroeste el muro está interrumpido a la altura de los fundamentos. Existe aquí una abertura de 1½ metros de ancho y ¾ metros de alto, a través de la cual se puede acceder al primer patio interior. El muro oriental mide 51 m de largo, con una altura en la esquina sur de 7 metros, siendo la altura media de este muro de 5½ metros. El muro del lado sur mide 64 metros de largo, 2½ de ancho, y posee una altura media de 6 metros. Aproximadamente en su centro tiene una entrada baja a través de la cual se puede acceder al patio funerario del primer patio interior. Este muro externo está reforzado en su parte interna por un corredor de 2¾ metros de altura y 1 metro de ancho, que no servía a efectos defensivos, sino, de acuerdo con las declaraciones de los nativos recogidas por Paul Hambruch en 1910, a efectos de sepelios al aire libre, al igual que sucedía con las galerías similares del segundo muro y del sepulcro central. Tras cruzar los 4 metros de anchura del primer patio interior se accede al segundo muro, paralelo al primero. Tiene una puerta de 3 metros de ancho en su lado occidental, en la misma ubicación de la entrada del primer muro. También este segundo muro está construido a base de columnas de basalto esmeradamente seleccionadas. Este segundo muro es algo más bajo que el primero. El lado oeste mide hacia la derecha 8 metros de largo, 3½ de alto y —contando la galería interna— 2¾ metros de ancho. De la entrada hacia la izquierda mide 10 metros de largo, 4 de altura y el mismo ancho que el tramo anteriormente descrito. Ambos tramos de la pared del norte están bordeados por una galería de 1½ metros de alto y 3½ metros de ancho. Tales galerías, que fluctúan en las medidas de su anchura, rodean al segundo muro en su totalidad, al igual que es común a estos muros el pasillo interno del segundo patio. El flanco norte de este segundo muro mide 30 metros de largo, contando 4 metros de altura. El lado oriental mide 22 metros de largo y 3,74 metros de alto. El lado sur mide 23 metros de largo y 3½ de alto. El patio del oeste no posee sepulturas especiales, que sí poseen los otros tres patios. El patio del norte mide 11 metros de ancho. A guisa de continuación del muro interno occidental, el patio queda cortado por un muro de basalto de 9 metros de largo y ¾ de altura, en la que existe un paso de 2½ metros de ancho. A 28 metros al este del mencionado muro existe otro igual, que también corta a este primer patio interno. Mide este muro 10¾ metros de largo. En este patio sepulcral se halla a 10 metros de la entrada y a una distancia de 8 metros del muro oriental una plataforma baja enmarcada por columnas de basalto, que mide 8 × 9 metros, y en la que se halla una cámara funeraria inferior de 7½ × 5 metros, cubierta con columnas de basalto. El patio del este tiene, adosada al segundo muro, una plataforma de 28 metros de largo, 5½ metros de ancho y aproximadamente 1½ metros de altura, enmarcada igualmente con columnas de basalto. En su extremo norte alberga un estrecho nicho funerario. Tal es la opinión de Kubary y de Hambruch. A nosotros los nativos nos dijeron que se trataba de un agujero en el que custodiaban a los prisioneros. Personalmente opino que la función de este estrecho agujero no es ninguna de las dos apuntadas, sino posiblemente otra que desconocemos. El patio del sur posee un recinto funerario parecido al del patio norte, pero de medidas más pequeñas. A 7 metros de la esquina suroeste del muro del segundo patio interior el patio, que aquí tiene 12 metros de ancho, se halla cerrado por un muro de 1½ metros de altura, en el que existe un estrecho paso. A una distancia de 10¾ metros de este muro se alza otro igual, en dirección este. En el centro de este recinto funerario hay una plataforma pequeña, de 4 × 5 metros, enmarcada en columnas de basalto en la que se halla la derruida cámara funeraria. A la altura del centro de esta cámara funeraria un estrecho paso de 1¼ metros de ancho y muy bajo conduce al interior del segundo patio interno. Adosada al muro transversal oriental de este recinto funerario y también al segundo muro principal de Nan Tauas existe una galería de 20 metros de largo, 4 de ancho y 1½ de alto, que —como ya mencioné— parece haber servido para sepelios al aire libre. Cruzando la puerta principal de la segunda muralla se accede al segundo patio interior, en cuyo centro se encuentra el sepulcro principal de Nan Tauas, la gran cámara funeraria. Cuentan los nativos que en ella fueron sepultados antaño los Sau Telur. La cámara funeraria en sí, que mide 7 metros de largo, 6½ de ancho, y que tiene una profundidad de 1½ metros y sobresale 1'30 metros por encima del nivel del suelo,

cuenta con paredes limpiamente ejecutadas a base de columnas de basalto. Dicha cámara está rodeada por dos muros bajos. El techo de la cámara funeraria está constituido por columnas de basalto de 8 y 12 metros de largo. Respetando distancias intermedias de 1 metro y contando con dos alturas de  $\frac{1}{2}$  y de 1 metro respectivamente, en dos niveles de terrazas, la estructura adquiere un aspecto piramidal. En su lado occidental la cámara funeraria y los dos muros bajos que la circundan poseen sendas entradas de  $1\frac{3}{4}$  metros de ancho. La primera terraza, que sobresale  $1\frac{1}{2}$  metros por encima del suelo y está enmarcada con columnas de basalto, mide  $11 \times 10\frac{1}{2}$  metros. La segunda, que sobresale 1 metro por encima del suelo, mide  $9 \times 8\frac{1}{2}$  metros. En el lado izquierdo de este segundo patio interior, o patio central, se encuentran entre el muro y la cámara funeraria los restos de una plataforma baja, de  $8 \times 4$  metros, enmarcada por columnas de basalto. Esto es, en resumen, Nan Tauas. Y esto fue, en resumen y desde un punto de vista únicamente descriptivo de las ruinas, Nan Ma-tol, la ciudad asentada sobre islas artificiales que, a pesar de todas estas vagas explicaciones, sigue constituyendo, en cuanto a su origen y función, un enigma que espera solución. En su actual estado y dado el mutismo de los pocos nativos que realmente saben, dicha solución no se presenta fácil. Para la sola inspección en profundidad de Nan Matol y sus alrededores, el tiempo y los medios a emplear y aplicar son muy considerables.

### ***NAKAP***

Hay que mencionaraún que junto a la isla de Nakap, que se halla a 700 metros en línea recta frente a la muralla de Nan molusai, y exactamente al otro lado, en dirección este, de la entrada al puerto de Nakap, se aprecian sobre la barrera de coral los fundamentos de otra instalación, con presencia de bloques de basalto amorfos y en parte enormes. El complejo principal está situado sobre el arrecife del este, que se hunde en ligero declive en el océano. El esquema de dichas construcciones es completamente diferente del de Nan Matol. Entre dos fundamentos largos que se extienden hacia el sur, se hallan fundamentos en disposición transversal que dividen el conjunto en pequeños compartimentos. En el lado oeste de Nakap se aprecia un fragmento de fundamento de muralla que arranca en dirección norte.

## LOS PETROGLIFOS DE TSAP A LAP

El mismo señor Ong que nos proporcionara en las páginas del *Hobart Town Courier* en 1935, el primer texto y la primera mención de las ruinas de Nan Matol que hasta hoy nos son conocidos, cita en la misma comunicación otro lugar interesante de Pohnpei: «En la isla existe una montaña cuyas rocas están cubiertas de figuras». Es todo cuanto dice. Establecí el contacto pertinente con Peter Arthur, de *The Village*, puesto que las citadas rocas se hallan en terrenos que pertenecen a su cuñado Jaime. Acordado el día para la visita, volvimos a enfilar la carretera de la vertiente oriental de la isla, la misma que conduce hasta el embarcadero en el que hay que tomar la lancha par ir a Nahnningi y desde allí a Nan Matol. Esta vez no iríamos tan lejos, sino que nos dirigíamos a unos 33 kilómetros de la pequeña capital, Colonia, a la zona conocida por Tsap a lap (Sapwalap en la cartografía moderna). Para contactar con el hombre que conocía el lugar debíamos abandonar la carretera algo antes, inmediatamente después de pasar Nan Pailong, para tomar un camino de campo que se desviaba a su izquierda en dirección a Kepindau, en una de las comarcas más idílicas de Pohnpei, cubierta por grandes prados verdes que culmina la cónica mole del puntiagudo monte Takaiuh, que es faro natural para el puerto de Matolenim. Allí nos dirigimos, pues, con nuestro plateado todo terreno Suzuki. Localizado y recogido nuestro hombre en un terreno boscoso al final del sendero, enfilamos otro en dirección oeste para salir a la carretera que baja de Colonia a Tamworohi, y tomarla hasta Kitamw. Allí hay que desviarse a la derecha para enfilar un nuevo sendero que asciende hacia Sapwalap. El viaje lo aprovechó nuestro hombre para notificarme que si queríamos ver las rocas había que aflojar veinte papeles americanos, y que luego le entraba la sed y necesitaba beber algo fresco. Que lo comprendiera, que la tarea de limpiar las rocas de la vegetación que las iba cubriendo una y otra vez debía verse recompensada de alguna forma. Me despedí de los papeles y así llegamos a nuestro destino. Abandonado el Suzuki, proseguimos la marcha a pie, por una senda que había que intuir más que ver. Era un lugar en el que había corrido sangre española allá por los días de noviembre de 1892, en uno de los más encarnizados enfrentamientos con los nativos. Así llegamos a un punto, cerca de la margen izquierda del río Pillap en Letau (Pilen Lehdau en la cartografía moderna), en el que se encuentran las rocas que estábamos buscando y que los nativos conocen por el nombre de Takai en Intelon. Se trata de cuatro bloques de lava agrupados muy cerca el uno del otro, el más alto de los cuales mide algo más de un metro de altura, estando tres de ellos cubiertos de petroglifos. Un poco más lejos de este grupo se halla un campo de lava de superficie irregular, completamente sembrado de petroglifos. Petroglifos son incisiones de dibujos en la roca. Nadie conoce su origen. Los nativos ya le dijeron a Paul Hambruch a finales de agosto de 1910 —o sea dieciocho años después del enfrentamiento que aquí tuvo lugar entre españoles y pohnpeyanos—, contestando a la sospecha de éste de que los grabados habían sido cincelados por los soldados filipinos que luchaban en las filas españolas, que no, que las figuras en las rocas siempre habían estado allí, desde mucho antes de la llegada del primer extranjero a su isla. A Paul Hambruch no se le brindó en aquellos años ninguna explicación satisfactoria sobre su origen, mucho menos a nosotros en 1984. Hambruch solamente establece una posible vinculación de estos petroglifos con otros hallados en Rapanui (isla de Pascua), Borabora del grupo de Tahití, y Hawai (principalmente de la isla Molokai). Lo que pudimos apreciar en estas rocas son, además de tres agujeros perfectamente labrados en lo alto de la última de las citadas, agujeros que medían un palmo de diámetro y algo más de medio palmo de profundidad formando los tres vértices de un triángulo de unos dos metros de lado, fueron grabados que figuraban seres humanos o humanoides, pies humanos si bien uno con solamente cuatro dedos, espadas o dagas o algún instrumento que tuviera semejante forma, un pulpo, un pez, y muchos otros grabados no identificables. En el primer grupo de las rocas de Takai en Intelon citado destacan unas figuras vagamente humanoides que lucen una curiosa aureola con rayos alrededor de su cabeza. Todo cuanto los pocos nativos concedores de su tradición saben o quieren aportar acerca de las rocas de Tsap a lap es lo que sus antepasados les han ido transmitiendo en esta breve narración, con la que pongo la última piedra a este recuento de la fascinante historia antigua de la isla de Pohnpei, que comenzara con la llegada a una roca perdida en el mar de nueve parejas que navegaban errantes en busca de una tierra prometida:

«En Takai en Intelon una piedra que se halla en Kitam. La gente contaba antiguamente que era una

vivienda, la vivienda de dos hombres llamados Muantik y Muanlap». (Hombre pequeño y hombre grande).  
«Estos hombres vivían en el interior de la roca. Pero ambos decidieron marchar hacia un lugar desconocido.  
Cerraron la puerta de la piedra y se marcharon, y hasta el día de hoy no han regresado».

## DE LA DOMINACIÓN A LA INDEPENDENCIA

Desde finales del siglo pasado hasta hoy, cuatro naciones extranjeras se han venido turnando en la ocupación de la isla de Pohnpei: fueron, por este orden, España, Alemania, Japón y los Estados Unidos. Actualmente, Pohnpei alberga la capital —Colonia (en la grafía actual Kolonia)— de los Estados Federados de Micronesia, que, en su lento proceso hacia la independencia total, siguen dependiendo hoy en día del fideicomisado de los Estados Unidos, en cuyas manos continúan estando tanto la defensa como los asuntos exteriores del pueblo gobernado actualmente por Tosiwo Nakayama, con quien nos entrevistamos el 8 de marzo de 1984, y quien, con secretaria americana —miss Melody— encabeza una soberanía interna controlada desde Washington. Tal y como me declararía Johnny Hadley —primo de Masao e hijo de Samuel Hadley (que fuera Nanamariki —rey— principal de los cinco monarcas tradicionales de la isla)—, descendiente de Iso Kalakal, y actual jefe de la División de Relaciones Micronesias del departamento de Asuntos Exteriores de los Estados Federados de Micronesia: «Queremos lograr la independencia total. Ahora dependemos militarmente de los Estados Unidos, de los que también dependemos económicamente, a través del plan de desarrollo. Estamos, sin embargo, intentando independizarnos porque deseamos entrar en las Naciones Unidas, y en la ONU hay países que no ven con buenos ojos a los Estados Unidos. Estando nosotros tan vinculados a los americanos, ello nos dificultará posiblemente el que otros países nos apoyen. Cuando seamos independientes —excepto en el aspecto militar—, estableceremos relaciones con otros países a través de sus respectivas embajadas en Washington». De forma que la cosa, si es que algún día va, va para lejos. Como colofón a esta impresión sobre Pohnpei, muy someramente resumiré ahora —para que la imagen quede mínimamente completa— los últimos cien años de su historia, precisamente los cien años durante los cuales ha venido luchando para sacudirse de encima a los extranjeros que vinieron para imponerle unas reglas de juego que ella no le había pedido a nadie.

### ESPAÑOLES

«Si el sentimiento patrio, tan fácil de exaltar en nuestro pueblo ante la idea de la independencia y de la integridad de la Patria, no se hubiese patentizado una vez más en las calles de Madrid, produciendo ruidoso eco en el resto de España, cuando Alemania trataba de posesionarse de Carolinas, seguro es que la mayoría de los españoles hubiesen preguntado dónde estaban estas islas, al tener noticia, con posterioridad, de la preciosa sangre que allí derramaron nuestros soldados en dos distintas ocasiones, por la traición de que fueron víctimas por sus salvajes habitantes, y aun hoy que por tan tristes sucesos, son, desgraciadamente, más conocidas, no creemos aventurarnos mucho si suponemos que existe una gran ignorancia acerca de su situación, importancia que reportan para Filipinas, frutos que producen, y por último ventajas e inconvenientes que pueden representar para España, tanto en el presente como en el porvenir». (...) «...los deseos que he venido demostrando repetidas veces de hacer luz en el grave problema puesto sobre el tapete desde que en mala hora ocupamos aquellas islas...» (...) «...declaro que el verdadero patriotismo, según yo lo entiendo, impone el abandono de aquellas apartadas Islas, cuya posesión considero tan inútil que hasta he llegado a figurarme que los alemanes, de haberlas ocupado, las hubieran abandonado al conocer lo que son». (...) «Yo quisiera poder demostrar la conveniencia de llevar a la práctica la idea de abandono que acabo de lanzar, sin temor de que sea combatida, porque así me lo dicta mi amor a la Patria». (...) «...dígasenos si con tales antecedentes cabrá preguntar para qué queremos ocuparlas y qué fin u objeto nos propondríamos con ello, cuando lo hicimos. ¿Para el desarrollo de nuestro comercio? No puede ser, porque de ellas no podemos exportar nada, como que nada producen, y sus salvajes habitantes sólo viven de la pesca y caza y no conocen otras necesidades». (...) «...quedarán muy de relieve los ningunos beneficios que nos pueden reportar y seguiremos sumando lo único que de ellas hemos recibido hasta la fecha: sacrificios en hombres y dinero». (...) «¿Por qué, pues, hemos de conservar las Carolinas? ¿Por patriotismo, que en esta ocasión lo encuentro mal entendido?» —Tales son algunas de las impresiones vertidas por el teniente general Valeriano Weyler en la última década del siglo pasado en su prólogo al libro de Anacleto Cabeza Pereiro, *Estudio sobre Carolinas. La isla de Ponape; Geografía, Etnografía, Historia*, Manila, 1895. El propio Cabeza Pereiro escribiría en él: «Todo el mundo recuerda el grito de indignación y de protesta

lanzado por el pueblo español a raíz de la ocupación de Yap por los alemanes, cuando pretendieron apoderarse de las islas Carolinas». (...) «Los últimos acontecimientos me obligaron a transportarme a ellas, y sobre el terreno pude comprobar cuánto se habla sin sentido, cuánta simpleza se escribe por personas que ni en el mapa las han visto, y cuan equivocada es la opinión formada sobre ellas en nuestra España y aun en la misma capital del archipiélago filipino». (...) «...a nuestra llegada nos encontramos con que no había alojamientos, que nada se había talado después de la matanza, maderas apreciables de construcción estaban abandonadas; útiles y herramientas de la colonia, perdidos; maltrecho por el abandono un ferrocarril Decauville, y desamparada y sin obras de defensa la colonia». —De esta colonia española nace el actual nombre de la capital de Pohnpei y de los Estados Federados de Micronesia, Colonia, cuya escritura reivindicó por esta misma razón una vez más aquí en su genuina grafía castellana y latina, y no en la posterior deformación alemana del vocablo en Colonia. «Espectador imparcial de los hechos no guiaron mi pluma otros propósitos que el entusiasmo por la nación y el recuerdo de los soldados que a cinco mil leguas del suelo que les vio nacer pelearon denodadamente, derramando unos su sangre, dando otros su existencia, en honor de la patria y para vengar a sus compañeros traidoramente asesinados». Y finaliza Cabeza Pereiro su informe sobre Pohnpei con estas palabras firmadas en Manila en marzo de 1895, y haciendo referencia a la llegada a Pohnpei, el 22 de agosto de aquel mismo año, del crucero de guerra *Velasco*, en el que arribaba a la isla el nuevo gobernador propietario capitán de fragata D. José Pidal: «En estos momentos no se puede aún definir cuál será el resultado de su gestión: sólo podemos decir que la reacción moral entra de nuevo en francas vías de progreso, ceden los kanakas en su belicosa actitud, las escuelas se encuentran más concurridas que antes y en toda la isla se nota un cambio extraordinario. ¡Feliz él si al término de su mando logra dejar sometida a la isla que desde hace nueve años nos proporciona tantos disgustos!»

Cuando se produjo el estallido de patriotismo español en defensa de sus pretensiones sobre las Carolinas —detonado por la osadía de los alemanes—, hacía 300 años que España tenía completamente abandonadas y prácticamente olvidadas sus posesiones en Micronesia. Solamente las Marianas y Guam eran frecuentadas por los españoles. Ello propició el intento alemán de arrebatarse a España el control de la zona. El 26 de agosto de 1885 el cañonero *Ittis* ocupó Yap y, en aquel mismo año el también buque de guerra germano *Albatross* se presentó en Pohnpei el 13 de octubre y en Kusaie para un breve acto de izado de la bandera alemana en dichas islas, en una acción ordenada por el gobierno alemán en el marco de su nueva política colonial, para ocupar las islas por la cara con objeto de que los traficantes alemanes pudieran comerciar libremente con la exportación de la copra y del trepang, sin tener que rendirles cuentas sobre ello a los españoles. Ante la exaltada reacción que estas acciones provocaron en España, Bismarck invitó al papa León XIII a que arbitrara la disputa, decidiendo éste el 22 de octubre de 1885 en favor de la legitimidad de la soberanía española sobre las Carolinas —bajo la condición de que estableciera allí una delegación gubernamental—, y garantizándoles a los alemanes sus derechos comerciales.

Como consecuencia de todo ello, el gobierno español ordenó que salieran a tomar posesión de las islas Carolinas los buques de guerra crucero *Velasco* y transporte *Manila*. «Este último [testimonia Cabeza Pereiro] mandado por D. Luis Bayo, después de reconocer todas las islas del Archipiélago, fondeó en 25 de Julio de 1866 en el puerto de Jamestown, hoy de la Ascensión [es el puerto de Colonia] en Ponapé, dio la vuelta a la isla, haciendo su estudio, y, en puerto Kiti, dejó clavada en un cocotero una tabla, pintada con los colores de la bandera nacional [carpetovetónica forma, por cierto, de tomar posesión de un territorio] a la cual hizo los honores la compañía de indígenas que salió a recibirlo y que era una guardia organizada por Mr. Doane [el misionero americano que había asumido el control de la isla] para su servicio. De esta fecha data la historia triste de nuestra dominación de Ponapé. Al siguiente día 27, con la solemnidad acostumbrada, se izó la bandera española en el pueblo de Not, cerca de la residencia del jefe del distrito, dejándola a cargo de éste por parecerle al Sr. Bayo un respetable y buen anciano, de brillante historia entre los suyos, excelentes cualidades que pronto confirmó, siendo él, en unión del jefe de Chocach [Sokehs] el promovedor de la primera matanza de españoles, no habiendo querido dejarla en poder del español Manuel Torres, que lo solicitó, por su posición equívoca: pues no tenía documento alguno que acreditara su

personalidad, juicio más acertado porque, como después se ha sabido, sus engaños y falta de fidelidad en el cargo de intérprete fueron casi por sí solos la causa poderosa de la primera insurrección de los naturales».

El 4 de agosto volvió a zarpar el *Manila* rumbo al puerto de igual nombre para preparar la toma de posesión definitiva de la isla. De allí volvió a hacerse a la mar el 4 de febrero de 1887, al mando del mismo comandante Sr. Bayo, y llevando a bordo al primer gobernador de Carolinas Orientales, capitán de fragata D. Isidro Posadillo, secretario del gobierno D. Miguel Tur, médico de la estación naval Sr. Jordana, teniente del batallón disciplinario D. Cándido Lozano, con su mujer, tres hijos y veinticinco disciplinarios, el teniente de infantería D. Diego Baena y el alférez del mismo arma D. Ricardo Martínez, con cincuenta soldados indios, y además los tres padres y tres hermanos Capuchinos que habían de constituir las misiones. Aquí hay que señalar que cuando el gobierno español decidió tomar posesión material de las islas Carolinas, eligió para la evangelización de estas tierras a la comunidad de religiosos Capuchinos de España, dictándose, en su virtud, la Real orden de 15 de marzo de 1886, por la cual fueron designados para colegios de los misioneros en Carolinas, los conventos que la orden de los PP. Capuchinos tiene establecidos en Pamplona y en Fuenterrabía, el primero como casa-matriz para los que han profesado, y el segundo para los novicios. El *Manila* llegó a Pohnpei el 14 de marzo. Dos días después, Posadillo tomó posesión de la isla a bordo del mismo y en representación del gobierno de S. M. don Alfonso XIII, y en su nombre de doña María Cristina, reina regente, y el 16 de abril de 1887 se hizo la proclamación solemne de la soberanía de España aceptada por los indígenas, a cuyo efecto se reunieron los reyes y jefes de las diversas tribus, con gran número de carolinos, bajo la presidencia del gobernador, estando presentes los oficiales y soldados españoles y el padre Provincial de los Capuchinos de España, con los misioneros. Escribe Cabeza Pereiro: «En seguida se enarboló la bandera nacional siendo saludada con aclamaciones, prestando luego los jefes indígenas una especie de juramento. El gobernador confirmó en sus cargos civiles respectivos a aquellos reyezuelos, bajo determinadas condiciones y el título de gobernadorcillos, como se usa en Filipinas, entregando a cada uno de ellos una bandera española y el bastón de mando signo de su nueva autoridad. En el mismo día, y terminados estos actos, se bautizó a un niño de tres años, hijo de un zamboanguense y de una indígena, siendo padrinos el Gobernador y D<sup>a</sup> Rafaela Sotillo, esposa del teniente de la Disciplinaria». Enternecedor. La farsa humana no se marca límites.

Fue por cierto el punto de partida para un progresivo enfrentamiento entre dos bandos claramente definidos: el americano-protestante y el hispano-católico. El 31 de mayo fondeó en el puerto de la colonia, en donde se quedaría como pontón, la goleta *D<sup>a</sup> María Molina*. Las dificultades comenzaron a la hora de buscar y elegir un lugar para el emplazamiento de la delegación gubernamental española, alrededor de la cual se establecerían naturalmente en principio todos los servicios, cuerpos y personal que llegó o llegaría en el futuro desde España o Filipinas. Porque hasta aquel momento, el reverendo de la Boston Mission americana Edward T. Doane, ya establecido en la isla con anterioridad, mantenía a grandes sectores de los nativos poco menos que a su propio servicio. La llegada de los españoles no le podía interesar desde ningún punto de vista. Posadillo ya le manifestó en carta dirigida al gobernador general en Manila el 15 de junio, para ser llevada junto con Doane a la capital filipina al día siguiente, que el reverendo ejercía una gran influencia sobre los nativos, poseía una bandera propia (blanca) que algunos decían que era la de Pohnpei y cuyo uso prohibió el propio gobernador español Posadillo, que además Doane disponía de dos compañías de soldados en uniforme, todos los cuales —oficiales y no oficiales— habían sido nombrados personalmente por él, y que el 4 de julio, día de la independencia de los Estados Unidos, se organizaba ante su residencia una fastuosa declaración política. Anteriormente a esta carta, el 24 de abril, un grupo de mercaderes afincados en la isla y que veían en la delegación española una ocasión de poner fin al autoritarismo de los misioneros americanos, entregaron a Posadillo un escrito que transcribo del original inglés:

«A Su Excelencia el Gobernador de Ponape.

«Excelencia: los infrascritos tenemos el honor de dirigir estas líneas al gobierno real español y exponerle nuestras quejas contra los misioneros americanos y en especial contra el señor Doane.

»El señor Doane se considera la máxima autoridad en Ponape y gobierna a los nativos en su propio interés.

«Testificamos además que el señor Doane influencia a los nativos para que se abstengan de vender o de comprar nada a la estación de Ponape, porque el señor Russ (jefe de la estación de la compañía Jaluit) se tomó la libertad de presentarse al señor Doane para decirle que se ocupe de sus propias cosas y deje de meterse en asuntos comerciales. Testigo de ello es el señor Torres.

«El señor Doane utiliza además su influencia para evitar que los nativos vendan tierras a los extranjeros afincados en Ponape; obliga a los nativos por medio de su influencia a trabajar para él sin retribución, dado que este trabajo se realiza para Dios y Jesucristo.

«Por orden del señor Doane el "Morning Star" [buque de la organización protestante con sede en Boston "American Board of Commissioners for Foreign Missions", y que enlazaba a la casa misional establecida en Hawai con las estaciones repartidas como ya dije por las islas Carolinas, Marshall y Gilbert] desembarcó en Ponape grilletes de hierro para obligar a los nativos a la obediencia; también los grandes jefes esposan a sus súbditos, incluso aún ahora durante la administración colonial española.

«Tras ser izada la bandera española en Ponape el 26 de julio de 1886 [fecha que no coincide con la dada por Cabeza Pereiro, quien remite la celebración al 25 de julio] el señor Doane oró y obligó igualmente a los nativos a que oraran para que el barco *Manila* se hundiera y no regresaran jamás los españoles a Ponape.

«Más tarde el señor Doane convocó en Kiti una gran "reunión eclesiástica" y les dijo a los jefes y a los nativos que no temieran a los españoles, puesto que pronto llegaría un barco de guerra americano para defender a los cristianos.

»El señor Doane les dijo también a los nativos que no prestaran oídos a los sacerdotes españoles, puesto que la religión católica era una mentira.

«Pueden confirmar lo dicho tanto el señor Joh. Kehoe como toda la comunidad del señor Doane».

Firmaron John Smith, inglés; J. Christofersen, sueco; Georg Russ, alemán; James Curry, inglés; y Henry Skillings, americano.

Más tarde se sabría que en el mitin de Kiti, Doane les había dicho además a los nativos que si los españoles retornaban a Pohnpei, esclavizarían a todos los nativos y los obligarían permanentemente al trabajo. Pero que si preferían ser súbditos norteamericanos, un buque de guerra americano acudiría para protegerlos de los españoles.

Después de esta mentalización, era lógico el recelo que entre los pohnpeyanos provocó la detención y deportación del misionero Doane. La causa para ello fue, como ya dije, la tensión creada con motivo de la elección de un emplazamiento para la delegación gubernamental española.

Escribe Anacleto Cabeza Pereiro: «Desde este momento comienza a proyectarse sobre nuestro dominio la sombra fatídica de Mr. Doane. Aconsejaba éste se instalara la colonia en un punto que, además de no dominar el puerto, quedaba la guarnición encerrada y sin salida, en el caso de que los naturales intentaran algo contra aquélla; pero el Gobernador optó por una planicie o pequeña meseta situada casi en el mismo puerto en que se hallaba instalada la nueva colonia. Había, por entonces, en sus proximidades, como unas doce casas habitadas, y entre ellas una de Mr. Doane». (...) «Comenzaron luego los trabajos en la colonia; pero tardíos y con calma, olvidando los fundamentales, que eran antes que nada el ponerse a resguardo de cualquier golpe de mano, ya que, extraños en el país que se iba a dominar y contándose con escasa fuerza, se sabía que los naturales eran muchos, y que tenían armas de fuego, desconociéndose en absoluto, por otra parte, sus condiciones morales». (...) «...sólo el venerable jefe de la misión metodista,



creyéndose aún en la plenitud de su autoridad que había caducado, era el único que ponía obstáculos a todo, no pudiendo darse un paso sin caer en su desagrado o sin tropezar con el inconveniente de pisar en terrenos suyos, según él; exigidos los títulos de propiedad, resultó que eran falsos, y esto unido a la contestación altanera e irrespetuosa para la autoridad que dio por carta al oficio en que se ordenaba su presentación al gobernador, fue motivo para que, agotada la paciencia de éste, y por exigirlo así su dignidad y prestigio, dispusiera su arresto en el transporte y su marcha a Manila a disposición del Gobierno general».

El 16 de junio de 1887 salió para Manila el transporte, llevando al reverendo Doane y a su mujer, quedando solo para protección de la naciente colonia el pontón *D<sup>a</sup> María de Molina*, ya fondeado. Con la mencionada detención y traslado de Doane a Manila, comenzó a dispararse en la mente de los nativos la posibilidad de que sus palabras, advirtiéndolos contra los españoles que llegarían para esclavizarlos, podrían estar plasmándose en funesta realidad. Si bien el comportamiento más bien paternal del gobernador Posadillo les devolvía una inicial confianza en los nuevos gobernantes, las tramas que estaban urdiendo Manuel Torres y sus ayudantes Christian Barbus y Macario conducirían al sangriento enfrentamiento. Torres, actuando de intérprete entre los nativos y Posadillo, le hacía ver a éste que los isleños estaban contentísimos con la administración hispana, al tiempo que falseaba las contestaciones que Posadillo daba a los grandes jefes que le venían a consultar. Entre 80 y 100 nativos, reclutados entre las distintas tribus de los reinos de Pohnpei, acudían semanalmente a trabajar en la construcción de la colonia. El dinero que Posadillo pagaba por estos trabajos precisamente para borrar en el ánimo de los pohnpeyanos cualquier temor a que los españoles fueran a esclavizarlos, era confiscado por Torres de forma que nunca llegó a manos de sus destinatarios. Igualmente falseó como digo las declaraciones que a través de él —como intérprete— hacía el gobernador español, de forma que los jefes nativos quedaban convencidos que éste les estaba amenazando con torturas físicas y con prisión, al tiempo que la gente debía trabajar gratis. Quedaron convencidos también de que perderían su dignidad de jefes, y de que a sus subditos se les prohibiría que les llevaran el acostumbrado tributo. Los misioneros protestantes aprovecharon esta situación para llevar el agua a su molino y transformaron las reuniones religiosas en mítines políticos. Conocido esto por los españoles, el gobernador ordenó el cierre de las escuelas y prohibió en parte las celebraciones religiosas. La desconfianza y el temor de los nativos no hacía más que ir en aumento, y la sublevación se estaba ya fraguando. Torres emitió una orden por él inventada para que todos los jefes y subjefes se presentaran el día 1 de julio de 1887 en la colonia, en Puerto Santiago, en donde serían desposeídos de todos sus privilegios. Simultáneamente se difundió el rumor de que el gobernador les cosería la boca y colgaría a los grandes jefes (reyes) de Sokehs y de Net. Convencidos los nativos de que todo ello eran órdenes dadas efectivamente por Posadillo, vieron confirmadas las advertencias del misionero Doane contra las malas intenciones de los españoles. Vuelvo a citar a Cabeza Pereiro: «Los kanakas se presentaban todos los días al trabajo sin dar motivos de disgusto, y sin que ellos, por otra parte, presentaran queja ni reclamación alguna. En la misma tarde del 30 de junio, a la hora de terminar los trabajos, se retiraron como siempre, tranquilamente, a las casas donde solían dormir, sin que el más ligero signo diese lugar a sospechar lo que entonces tenían ya tramado y que en aquella noche pusieron en ejecución. A la mañana siguiente 1<sup>o</sup> de Julio, no se veía un kanaka en todos los alrededores; al tocar la campana para el trabajo ninguno se presentó; durante la noche se habían marchado sigilosamente sin que nadie lo advirtiera. Alarmado el gobernador por semejante actitud e ignorando los motivos que hubieran sido la causa de semejante determinación, envió al intérprete y al sobrestante de la colonia, sargento Garballo, y les contestó el rey de Chocach [Sokehs] que para morir en la colonia prefería morir en su casa». De regreso con esta respuesta, Torres le recomendó a Posadillo que posiblemente los indígenas obedecerían si unos cuantos de ellos mordían el polvo. El tan confiado e influenciado gobernador envió entonces a 27 soldados al mando del alférez Ricardo Molina y del sargento Garballo, acompañados de Manuel Torres, a la residencia del jefe máximo de Sokehs. Como los grandes jefes volvieron a negarse en esta ocasión a acudir a la colonia, los soldados españoles, previa consulta con Torres, abrieron fuego contra los nativos. Éstos respondieron a la agresión con disparos de fusil y lanzamiento de piedras. Bien parapetados y siendo mejores tiradores que los filipinos, dieron muerte al alférez, al sargento, a Torres y a la mayoría de los soldados. Solamente uno de éstos logró huir, herido, y llegar hasta la colonia para dar la noticia. Según se desprende de la Crónica

Doméstica de los Capuchinos españoles en Pohnpei, éstos desconocían el envío de soldados armados a Sokehs, y estuvieron sorprendidos y en desacuerdo con la decisión tomada por el gobernador. Aconsejó además ahora el P. Saturnino que había que retirarse al pontón *D<sup>a</sup> María de Molina*, cosa que le pareció poco honrosa al secretario del gobierno, por lo cual el gobernador decidió permanecer en la colonia. La noche se pasó tranquilamente, aunque toda ella sin dormir y sobre las armas, rodeada la trinchera de centinelas, que estaban continuamente cantando el «alerta». A las siete de la mañana del día 2 de julio los nativos comenzaron a disparar desde la casa del reverendo Doane sobre un bote español, matando a tres marineros. Acto seguido se dedicaron a someter a la trinchera a un intenso fuego. Por la tarde, y a instancias del P. Saturnino, el gobernador envió a Filipino Silvaerio a Lap en Not para proponer una tregua y unas conversaciones que se prolongaron durante 24 horas. Fracasadas finalmente estas conversaciones de paz, el día 3 reanudaron los nativos sus ataques contra un bote español que intentaba transportar algunos bienes eclesiásticos y la caja gubernamental al pontón. A la vista de los disparos el P. Agustín y fray Benito saltaron al agua y se encaramaron al bote. Sometido a un fuerte tiroteo el bote, fueron heridos tres marineros, pero se logró el objetivo de alcanzar el pontón. A las dos de la mañana del día 4, cuando el gobernador, el secretario, el segundo alférez de fragata y los soldados intentaban alcanzar sigilosamente la playa para trasladarse al pontón, habían calculado mal al pensar que era momento de marea baja, cuando en realidad ésta estaba alta. Se dispusieron pues a alcanzar al *D<sup>a</sup> María de Molina* a nado, cuando los nativos, avisados por Macario cayeron con sus largos machetes sobre ellos y les dieron cruel muerte. También el gobernador Posadillo cayó en sus manos y fue literalmente despedazado a mordiscos en la plaza que se extendía ante el edificio del gobierno.

Cuatro soldados filipinos y el cabo español José Martín, caminando unas veces por los bajos con el agua al cuello y otras nadando, pudieron alcanzar un bote que a sus gritos les enviaron desde el pontón, llegados al cual dieron la noticia de la masacre.

Los pohnpeyanos planearon entonces el asalto al *Doña María de Molina*. El 6 de julio, el misionero metodista reverendo Rand se acercó al pontón junto con el comerciante americano Oldham. Había sido informado previamente por el nativo Katechet Edward (el intérprete que con el nombre de Ettekar colaboraría en 1910 con Hambruch) acerca de los planes de los nativos, que estaban observando un alto el fuego para luego asaltar el pontón español. Pero deseaban que antes de entrar en acción las mujeres y niños que en él estaban abandonaran el mismo para salvarse de la prevista masacre y trasladarse a la colonia, en donde serían respetados por los nativos. Llegado Rand y su acompañante al *Doña María de Molina* con este mensaje e invitando también a los misioneros católicos a que bajaran a tierra, éstos respondieron que se sentían suficientemente seguros a bordo y que estaban dispuestos a compartir el destino de los demás españoles. A lo que el comandante de la inmovilizada goleta, señor Pintado —cuya mujer para entonces ya se había vuelto loca como consecuencia de las dramáticas dimensiones que estaba cobrando su visita a Pohnpei— añadió la firme advertencia de que si los misioneros metodistas o los nativos osaban volver de nuevo con semejante propuesta, abriría fuego contra ellos. Al día siguiente los jefes de Net y de Sokehs enviaron a un mensajero. Pedían la paz. Sin embargo, ni los nativos ni los españoles confiaban en sus contrarios, erigiendo fortificaciones los primeros y fortificando el barco los segundos. Careciendo de abastecimiento, el comandante español intentó alquilarles a los misioneros americanos su buque *Morning Star*, que entró en puerto el 14 de agosto, para trasladar a los españoles a Manila, a cuya petición se negaron los protestantes. En estas condiciones aguantaron en el pontón hasta el 1 de setiembre, en que les llegó el alivio con la aparición del *San Quintín*, que traía víveres, correspondencia y al misionero americano Doane, puesto en libertad por el gobernador general en Manila gracias a complacencias diplomáticas. «Asustados, sin duda, los kanakas [escribe Anacleto Cabeza Pereiro] por la infamia que habían cometido, se presentaron al comandante de este barco algunos jefes de los dos reinos o distritos sublevados, pero no los reyes, llevándole ropas, efectos, los dos cañones y algunas armas inútiles, pidiendo al mismo tiempo perdón. Nada prometió éste, por no tener autoridad para ello, limitándose a dotar de víveres al pontón y reforzar su guarnición con 30 europeos, disponiéndose en seguida a levar anclas. Después de la marcha del *San Quintín* se preparó el pontón, por si lo atacaban, con las planchas de cinc que tenía para la cubierta,

colocándola a manera de blindaje e impedir la subida a bordo. Se embarcó fuerza, que bajó a tierra en el punto mismo donde había estado la colonia: se hizo un pequeño reconocimiento, no llegando a ver a nadie; se enterró una granada y sobre ella se puso un mástil con una pequeña bandera, para ver si el enemigo se acercaba a arrancarla, pues en el mismo momento la granada reventaría. Comenzó luego a hacerse un fuerte de piedra, cuyos trabajos se llevaban a cabo por un alférez de navio, don Jenaro Yaspe».

El señor Patero, comandante del *San Quintín*, en vistas de la gravedad de la situación, decidió zarpar el 7 de setiembre para Manila a fin de comunicar allí lo ocurrido. Dejó en el pontón a su segundo, el teniente de navio de primera clase, Juan de la Concha, que relevaba así al señor Pintado. Juan de la Concha asumió el cargo de gobernador en funciones, e intentó mantener la paz en Pohnpei.

A últimos de octubre llegaron los buques de guerra *San Quintín* y *Manila*, e inmediatamente detrás de ellos el cañonero *Lezo* y el transporte *Cebú*. La expedición, mandada por el comandante de artillería Díaz Várela, la formaban dos compañías de artillería peninsular, una batería de montaña de 4 piezas, dos compañías de infantería indígena y una sección de ingenieros. Iba también en ella el nuevo gobernador, capitán de fragata Luis Cadarso.

El 1 de noviembre les fue leído a los pohnpeyanos un manifiesto en el que se les ofrecía pleno perdón si entregaban las armas, municiones y bienes arrebatados a los españoles con anterioridad, y entregaban además a los asesinos del gobernador Posadillo. Los pohnpeyanos entregaron algunas de las armas y únicamente a tres de los participantes en la muerte del antiguo gobernador. El reverendo Doane pareció asumir ahora las funciones de intermediario entre los nativos y españoles. El gobernador general de Manila le permitió volver a la isla como dije «por complacencias diplomáticas», en consideración a su edad, de su carácter religioso y de su prolongada residencia en la misma. Bajo el mando de Cadarso, los españoles fortificaron sus posiciones en la colonia. Terminaron de construir el fuerte de Alfonso XIII, cuyos restos son conocidos hoy por «The Spanish Wall» (La muralla española). En el interior del fuerte quedaban los despachos y las viviendas, y en el exterior las misiones protestante y católica. Fue una época de paz. El 24 de abril de 1888 se personó en la colonia el Nanamariki de Kiti. Su visita estaba relacionada con un personaje que a partir de entonces cobraría extrema relevancia para la historia de Pohnpei: Henry Nanpei. Era un mestizo cuyo padre era americano, su madre Nalio hija de inglés y nativa, y era hijo adoptivo del Naniken de Kiti, que más adelante tomó por mujer a Nalio. Ésta, en su calidad de maestra de la misión protestante de Kiti, tenía completamente dominado al Naniken y supo hacerse, gracias a su condición de esposa del mismo, con grandes extensiones de terreno, asumiendo con ello derechos que le correspondían solamente al Nanamariki. Esta circunstancia propició el que los Nanamariki se distanciaran de los misioneros protestantes, pareciendo hasta cierto punto lógico el que en consecuencia el Nanamariki de Kiti jugara la baza de los españoles y católicos, que habían llegado a la isla con evidencias palpables de estar respaldados por una fuerza efectiva, de la que los protestantes americanos habían hasta entonces alardeado sin mostrarla jamás.

Nanpei fue un pastor protestante, por lo tanto una persona influyente tanto en el sector protestante americano, como, por su condición de Nanpei —título adquirido por la protección que le dispensaba su padrastro el Naniken de Kiti— en el ámbito de los nativos del reino. Para contrarrestar este poder personal de Henry Nanpei, el Nanamariki de Kiti, preocupado por la influencia que los protestantes podían llegar a asumir en su reino, solicitó en la colonia española el emplazamiento de una misión católica en Kiti. Para ello, el gobernador Cadarso comenzó por construir allí un puesto militar en Alenian. Cosa que los nativos no vieron con buenos ojos, sin atreverse sin embargo a un enfrentamiento directo. Debido a la dificultad que el terreno ofrecía para el transporte de materiales de construcción desde el fuerte de Alfonso XIII hasta Kiti, Cadarso inició la construcción de una carretera, tarea que en un terreno hartamente difícil acometieron unos 60 soldados al mando del teniente Porras. En Oa quisieron emplazar una plaza fortificada y otra estación para la misión católica, a únicamente seis metros de distancia de la estación de la misión protestante, que era la principal de Pohnpei. El 24 de julio, día del santo de la reina de España, se pretendía inaugurar todas las construcciones. Pero una nueva matanza lo impediría. Al amanecer del 25 de junio de 1888, los nativos

cayeron por sorpresa sobre los españoles, matando a 35 hombres. «El teniente Porras [escribe Cabeza Pereiro] con el cabo español Navarro y algunos soldados iban por la playa a guarecerse en Kiti; pero se tropezaron con dos vintas de kanakas, del barrio de Matup, que los engañaron gritando "mamau mamau" (bueno), y cuando ya veían segura su salvación, los kanakas cayeron sobre ellos cuchillo en mano, dando muerte al teniente y varios soldados. El cabo y algunos soldados debieron su salvación a ocultarse en el mangle: aquél, con dos soldados, fue a parar a Kiti, después de 13 días de hambre y sufrimientos sin cuento; otros, atravesando un monte que hay entre Oa y Not, llegaron a la Colonia al día siguiente». Nanpei llevó al sacerdote, al hermano católico y a los soldados supervivientes a la escuela de niñas de Oa, al tiempo que se encargó de comunicar la noticia del ataque al gobernador Cadarso.

La rebelión de 1888 estalló en Matolenim: el Nanamariki de este reino argumentaba que el gobernador Cadarso —que propugnaba su postura de paz— estaba construyendo fortificaciones, lo que quería decir que se preparaba para la lucha y la muerte. Una expedición de castigo con operación de desembarco en los manglares acabó en nueva tragedia para los españoles, logrando los supervivientes alcanzar al *Manila* que había acudido, pero varado. Tras este incidente, la paz se mantuvo como se pudo en espera de los imprescindibles refuerzos que se precisaban para cualquier nuevo intento de enfrentamiento. Por fin ancló casualmente en el puerto de Kiti, en julio de 1890, el pailebote americano *John Fowler*, en el que embarcó el segundo oficial del *Manila*, alférez de navio José Moreno Eliza, y un cabo de mar para llevar las noticias a Manila, después de haber sido fletado el navio por el Gobierno en 2.000 pesos. Salió del puerto de Santiago el 15 de julio y llegó el 31 del mismo mes a Guam, en donde los emisarios tomaron el correo que partía el 3 de agosto para Manila, adonde arribaron el 10 del mismo mes. El 1 de setiembre de 1890 pudieron llegar así a Pohnpei los cuceros *Velasco* y *Ulloa*, que entraron llevando 500 hombres de infantería de marina, de artillería y de infantería de línea, al mando del coronel Isidro Gutiérrez Soto, «hombre de gran reputación militar, acreditada en la campaña de Cuba y en Jólo», como escribe Cabeza Pereiro quien acompañaría al citado coronel el día en que hallaría la muerte en esta implacable isla de Pohnpei. Descubrí la tumba del coronel Gutiérrez Soto por casualidad: la hermana María, de la misión católica establecida en Colonia, me dijo cierto día que otra hermana le había recordado que oculta en la espesa y alta hierba que crecía detrás de la cocina de las hermanas, había una cruz de hierro, y que si me interesaba verla, que ella no sabía de qué se trataba. Me llevó hasta ella abriendo paso con su machete, y, una vez hallada la cruz, me fijé en su leyenda: «RIP El Coronel Sr. D. Isidro Gutiérrez Soto 17 de Setiembre 1890». Ya de regreso en España me interesé por conocer más de cerca al personaje cuya tumba había descubierto al otro lado del Globo. De acuerdo con los datos que obran en el Archivo General Militar de Segovia, después de haberse distinguido en la campaña de Cuba, fue destinado como último empleo al Primer Tercio de la Guardia Civil al que se incorporó en la plaza de Manila en julio de 1888. Su hoja de servicios finaliza con este párrafo: «1890. El 14 de Agosto salió de Manila al mando de las fuerzas expedicionarias a las islas Carolinas. Comisión que le fue conferida por el Excmo. Sr. Capn. Gral. de Filipinas en 13 del mismo mes según oficio del Excmo. Sr. Gral. Subinspector N° 415 de 1° de Setiembre en cuyo último punto falleció en 17 del mencionado mes de Setiembre según oficio de la misma superior Autoridad N° 499 de 18 de Octubre. Por R. O. de 4 de Diciembre de 1867 se le concedió permiso para contraer Matrimonio con Doña Cecilia Velasco Romagnoli». En la certificación de defunción solicitada por dicha viuda al ministro de la Guerra, al objeto de que le pudieran ser entregados a su hija María los objetos que habían quedado de la pertenencia de su padre, fray Saturnino María de Artajona, Pbro., Superior de la Misión de Religiosos Capuchinos en Carolinas Orientales, con sede en Santiago de la Ascensión, Pohnpei, escribe: «A las seis de la tarde del día diez y siete de Setiembre de mil ochocientos noventa, previo aviso verbal del M. I. Sr. Don Luis Cadarso, Gobernador (P. M.) y Juez Municipal de esta Colonia, en su presencia y de otros nuestros, cerrado el oficio de sepultura Eclesiástica, fue enterrado en el Cementerio de esta Colonia, el cadáver de D. Isidro Gutiérrez Soto, Coronel del 2° Tercio de la Guardia Civil, Comandante de operaciones en esta Isla, casado, natural de la Ciudad y Provincia de Toledo, de cuarenta y nueve años de edad, hijo de D. Isidro Gutiérrez y Campoamor y de D<sup>a</sup> Andrea Soto, conducido por el Transporte de guerra *Manila* de una casa de Tolopual, puerto de Metalanin, donde murió a las cuatro de la mañana del mismo día, a consecuencia de un tiro de revólver en la boca, según testimonio de varios oficiales de la expedición,

por cuya causa no pudo hacer testamento ni recibir Sacramentos». Esta certificación no habla directamente de suicidio, al que sí alude Cabeza Pereiro, quien acompañaba al coronel en el día de su muerte, mientras que otras fuentes, de los nativos, hablan de que «fue muerto». Tesis que me parece más acorde con el temperamento de un hombre de su historial, al que se le encomienda la responsabilidad militar de una isla a la que acaba de llegar pocos días antes de hallar en ella la muerte: no parece ser el momento oportuno para el suicidio.

Pero regresemos a principios de este mes de setiembre de 1890: el día 5 entró también a las 6 de la tarde el vapor mercante *Salvadora*, conduciendo a un comandante, dos médicos, un capitán de infantería y un oficial de Administración militar. Y trayendo además carbón, víveres, municiones de guerra y efectos de sanidad. El *Manila* se dirigió al puerto de Mutok con soldados para reforzar la guarnición de Kiti. Luego el coronel Gutiérrez Soto concibió el proyecto de caer sobre Oa. Expuso su plan ante la junta de Jefes, compuesta por los comandantes de los buques *Ulloa*, *Velasco* y *Manila*, el gobernador y el segundo jefe de la columna, siendo rechazado únicamente por el comandante y el segundo oficial del *Manila*, señores Regalado y Núñez, que ya llevaban más tiempo en Pohnpei y conocían las trampas de la isla. Sin embargo, Gutiérrez Soto llevó a la práctica su plan, que daba comienzo en la madrugada del día 13 de setiembre de 1890, partiendo la columna bajo un copiosa lluvia, por tierra, en dirección sur hacia Matolenim. Simultáneamente, los cruceros *Velasco* y *Ulloa* entraban en aquel puerto y comenzaron a bombardearlo, tras de lo cual saltó a la isla de Tsamuin la compañía de desembarco, que halló al poblado vacío y aprovechó para incendiar todas las cabañas, mientras esperaban las tropas de a pie que avanzaban por el infernal camino. En ellas iba el propio Cabeza Pereiro: «Emprendimos la marcha a las cinco de la mañana, sin guías; de diez horas fue la jornada de este día, por un camino infernal, haciendo la marcha penosísima, ya las cortaduras de las piedras, ya los manglares que llegaban hasta la rodilla, ya la corriente del río, la cual nos sirvió a veces de camino, con agua hasta la cintura, y a todo esto nueve horas de constante lluvia torrencial, que nos hizo dar diente con diente, calándonos hasta los huesos y averiándonos las razones». Esto último creo que no nos lo averíamos nosotros en Pohnpei, pero demasiado buena fe podemos dar Miquel y yo de lo que significa una marcha de éstas por la jungla de la isla. Total, que la columna no vio la posibilidad de llegar a su cita con los cruceros, y decidió dar media vuelta y regresar a la colonia, en donde entró la columna el día 14 a las 11 de la mañana. Con la sorpresa agradable de ver fondeado en el puerto al vapor mercante *Antonio Muñoz*, que traía más víveres, carbón, y el refuerzo de tres oficiales y 50 artilleros. Se acordó entonces embarcar a la tropa en este vapor y en el *Manila*, y acudir por mar a Matolenim para conectar allí con los cruceros, desembarcar y marchar a pie sobre Oa para caer por la retaguardia de los nativos mientras el *Velasco* y el *Ulloa* atacaban desde el mar, como había sido el plan permanente de Gutiérrez Soto. Arribaron a destino los buques en la tarde del día 16, pasando la columna la noche sin novedad, acampada en el bosque, dispuesta a emprender la marcha hacia Oa en la madrugada siguiente.

«Funesto apareció este día para la expedición. Habíamos cenado tranquilamente dentro de la casa [escribe Cabeza Pereiro] el coronel, su ayudante, el segundo jefe de la fuerza, el P. Capuchino que nos acompañaba en las operaciones, un compañero y yo. Al amanecer, conforme despertábamos, fuimos saliendo a lavarnos y tomar el café. Ya la fuerza había desayunado también y estaba todo el mundo listo para partir, pero extrañándonos el sueño del coronel se decidió despertarle; al observar que no respondía al llamamiento de su ayudante, nos dirigimos precipitadamente al sitio que ocupaba, ¡y cuál no sería nuestra sorpresa, al verle inmóvil, salpicado de manchas de sangre, el revólver empuñado en la mano derecha, con el cañón cerca de la boca y una cápsula vacía! ¡Se había suicidado durante la noche, disparándose un tiro dentro de la cavidad bucal, sin que ninguno de nosotros lo hubiese notado! Sólo algunos oyeron el ruido de una ligera detonación, que más bien les pareció haber sido producida en el barranco inmediato sobre el mar, que dentro de la casa. El desgraciado coronel se hallaba acostado sobre el lado izquierdo, en la camilla de campaña que le había servido de lecho, con la gorra echada un poco sobre la cara, en la posición que adoptara para descansar. Ni el más ligero movimiento debió de hacer al dejar de existir». A pesar de esta versión del suicidio dada por sus compañeros, también Hambruch en su obra afirma que el coronel Gutiérrez Soto fue asesinado. Y los propios nativos cuentan cómo fue asesinado: «Algunos botes partieron

de los barcos y se dirigieron a la costa. Entonces comenzaron a abrir un camino que conducía de Tolopuail a Tsap a lap. Abrieron el camino desde el mar hasta arriba. Dos hombres partieron de Kapine y se ocultaron en el lugar en que estaban abriendo el camino. Estos hombres le dispararon al coronel en la boca de forma que la bala salió por el cogote. Entonces suspendieron los trabajos del camino. Cogieron al coronel y lo subieron a bordo del barco. Los barcos abandonaron ahora Pantiei en Uh y se dirigieron a Oa, y un barco llevó al coronel y a muchos soldados heridos a Colonia».

Efectivamente, tras la muerte del coronel se tomó la decisión de embarcar a la tropa y atacar Oa por mar. Desembarcada la fuerza española, procedió en una encarnizada lucha a desalojar a los nativos atrincherados en Oa, para inmediatamente después entrar en el pueblo a la bayoneta y proceder a incendiar todas las cabañas. Después de lo cual volvieron a embarcar los españoles para dirigirse después de esta operación de castigo a la colonia.

El gobernador Cadarso culpó de la rebelión a los misioneros protestantes. Opinaba que éstos no deseaban que la misión católica se instalara junto a su propia misión principal. Por dicho motivo, Cadarso obligó el 2 de noviembre de 1890 a los misioneros protestantes a que abandonaran Pohnpei para dirigirse a Mokil y Kusaie.

El mismo día 2 de noviembre arribaron nuevos refuerzos desde las Filipinas para ayudar a combatir a los rebeldes. Los españoles pretendían tomar una fortaleza de los nativos en Kitamw en Matolenim, cerca de las rocas con petroglifos de Tsap a lap. Parte de las fuerzas pretendían dirigirse hasta allí por tierra desde Oa y Mesihsou, mientras que otros soldados atacarían por mar desde una base en la isla de Tsamuin. En total eran unos 500 soldados, que sin embargo en su marcha a través de la jungla fueron hostigados por los nativos ocultos en la espesura, al tiempo que los que se acercaban por mar calcularon mal el nivel de la marea, debiendo abandonar los botes antes de lo previsto. La batalla se prolongó durante dos jornadas. Los españoles atacaron Kitamw, resultando gran número de muertos por ambos bandos. A raíz de esta batalla, el Nanamariki que se hallaba en Dol en Marawi intentó acordar el cese de hostilidades. Después de lo cual los españoles abandonaron la idea de construir una fortificación en Matolenim, restringiendo su presencia a Kiti, Alenian y la propia colonia, al norte.

En febrero de 1891, Julio Meras reemplazó al hasta entonces gobernador Luis de Cadarso. Al año siguiente, Meras cedió el cargo a Julio Padiman, que, no viéndose capaz de cumplir por más tiempo su cometido, abandonó la isla a los 57 días de haber llegado, relevándole otro nuevo gobernador, de nombre Fernando Claudio, que a su vez y al cabo de un año fue reemplazado por Juan de la Concha, que ya anteriormente había ejercido las funciones de gobernador a la espera de la llegada de Luis de Cadarso. A los nativos no les gustaba Juan de la Concha, quien tenía intención de construir una carretera mejor y más confortable de la colonia hasta Kiti. Los nativos tenían la impresión de que dicha carretera debería servir para facilitar el avance de los soldados españoles hacia Matolenim. Invitados los jefes isleños a conocer el plan de construcción de la carretera, ésta no les satisfizo, por lo que advirtieron al nuevo gobernador de que si sus soldados intentaban construirla, los nativos ocultos en la jungla les darían muerte. En vista de ello, y para no romper la calma, De la Concha retiró su plan. Sin embargo, en las postrimerías ya de la dominación española de la isla, cuajó otro foco de rebelión localizado en Matolenim, mientras que se daba muerte a los soldados españoles que se aventuraban lejos de la colonia. De hecho, las hostilidades entre los nativos y los españoles no cesaron hasta el momento mismo de la marcha de estos últimos de la isla, marcha que se produjo como consecuencia de la venta de sus posesiones micronesias a Alemania, después de la firma del tratado de París, el 10 de diciembre de 1898, tras la derrota frente a los Estados Unidos en el conflicto de Cuba. España tuvo que ceder Guam, Puerto Rico y las Filipinas a los Estados Unidos, viéndose obligada por razones económicas a la venta de sus posesiones en la Micronesia.

El documento de compraventa —cuya copia, por cierto, debo decir aquí que solicité en la misma fecha tanto al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid como al de la República Federal de Alemania, con el resultado de no haber obtenido hasta hoy respuesta desde Madrid y haber recibido desde Alemania el

documento a vuelta de correo, con la indicación de que podía solicitar detalles adicionales al antiguo archivo estatal central hoy conservado en Potsdam, en la República Democrática Alemana, de donde también recibí inmediata respuesta (vergüenza, ¿no?), en cuya transacción está incluida la cesión de la isla de Pohnpei, reza textualmente:

«Su Majestad el Emperador de Alemania, Rey de Prusia, en nombre del Imperio alemán y Su Majestad el Rey de España y en su nombre Su Majestad la Reina Regente del Reino, deseando confirmar en forma solemne la Declaración relativa a los Archipiélagos de Carolinas, Palaos y Marianas firmada en Madrid a doce de Febrero del año corriente y previa la autorización constitucional de los Cuerpos colegisladores de los dos países, han resuelto celebrar con este objeto un Tratado y para ello han nombrado sus Plenipotenciarios, a saber:

»Su Majestad el Emperador de Alemania, Rey de Prusia,

»al Señor D. José de Radowitz [Joseph von Radowitz] Su Embajador extraordinario y Plenipotenciario,

»y

»Su Majestad el Rey de España y en su nombre Su Majestad la Reina Regente del Reino:

»al Señor Don Francisco Silvela, Presidente de Su Consejo de Ministros y Ministro de Estado,

»Los cuales después de exhibir sus plenos poderes, hallándolos en buena y debida forma han convenido en los artículos siguientes:

«Artículo 1

«España cede a Alemania la plena soberanía y propiedad sobre las islas Carolinas, Paláos y Marianas (excepto Guam) a cambio de una indemnización pecuniaria de veinticinco millones de pesetas.

«Artículo 2

«Alemania concede al comercio y a los establecimientos agrícolas españoles en las Carolinas, Paláos y Marianas, el mismo trato y las mismas facilidades que concederá allí al comercio alemán y a los establecimientos agrícolas alemanes y reconoce en dichas islas a las órdenes religiosas españolas los mismos derechos y las mismas libertades que reconozca a las órdenes religiosas alemanas.

«Artículo 3

«España podrá establecer y conservar, aun en tiempo de guerra, un depósito de carbón para la marina de guerra y mercante en el Archipiélago de las Carolinas, otro en el Archipiélago de las Paláos y otro en el Archipiélago de las Marianas.

«Artículo 4

«El presente tratado se considera ratificado por los plenos poderes otorgados a los firmantes y entra en vigor en el día de la fecha.

«En fe de lo cual los Plenipotenciarios respectivos han firmado y sellado el presente Tratado con el sello de sus armas.

«Hecho por duplicado en Madrid a 30 de Junio de 1899».

De esta guisa se despidieron los españoles oficialmente de sus posesiones en la Micronesia y, por lo que al tema de este libro respecta, de Pohnpei.

## *ALEMANES*

Los alemanes tomaron el relevo de 1899 a 1914. En 30 de setiembre de 1899 se efectuó en Madrid el pago de los 25 millones de pesetas, y en octubre tuvo lugar la efectiva entrega de la isla a sus nuevos compradores. El 11 de octubre entró en puerto el buque *Kudat* en el que arribaba a Pohnpei el primer gobernador alemán, Von Benningsen. Anteriormente había entrado ya la cañonera alemana SMS *Jaguar*. Desde mediados de setiembre se hallaban igualmente fondeados en el puerto inmediato a la colonia el buque de guerra español *General Álava* y el transporte de tropas *Urano*. El 11 de octubre tuvo lugar la recepción de los alemanes por parte del gobernador interino español Ricardo de Castro y Gándara, y del comisario encargado de la entrega, teniente coronel Cristóbal de Aguilar. El 12 de octubre se izó la bandera alemana en Pohnpei, celebrándose el acto principal al día siguiente, en presencia de todos los europeos, de los grandes jefes nativos, de los misioneros —entre los que faltaban los de la Boston Mission—, y del propio ya mencionado Henry Nanpei, que intentó ganarse la confianza de los alemanes. El gobernador Von Benningsen nombró vicegobernador para Pohnpei al doctor Hahl. Los alemanes se instalaron en la propia colonia de los españoles, pero desmontaron las fortificaciones de ésta y permitieron que, desde el primer momento, cualquier nativo pudiera pasearse por la misma, cosa prohibida en tiempos españoles. Sin embargo, instauraron una estricta ley seca para los nativos, y no lograron que éstos devolvieran las armas y municiones. Buena parte de los 3.500 fusiles «Remington» que el Gobierno español había vendido recientemente al comerciante Zarza habían caído en manos de los pohnpeyanos.

Por otra parte, los alemanes dejaron que los Nanamariki asumieran la administración política de sus subditos, obligando a los Nanamariki a que aparecieran en público y participaran abiertamente de los problemas de sus comunidades respectivas. Hasta entonces, este contacto entre los reyes y sus subditos no se daba, siendo el Nanamariki un personaje que se mantenía aislado del pueblo, asumiendo el Naniken, como ya vimos, la función de secretario de Estado, para hallar una figura que plasme de forma vaga sus cometidos. Así, los Nanamariki comenzaron a dejarse ver en público, a hablar con su gente y a participar en la solución de los problemas comunitarios, cosa que jamás anteriormente habían hecho, mientras que a los Naniken se les dio la responsabilidad de juzgar casos criminales y de decidir en pleitos territoriales.

Los alemanes comenzaron a reclutar nativos para trabajar de forma remunerada en la construcción de carreteras, edificios gubernamentales y puentes, al tiempo que se limpiaban los caminos cada dos meses. El vicegobernador Hahl importó café, cacao y algodón para intentar establecer plantaciones en la isla, y exigió que cada adulto plantara mensualmente tres palmeras cocoteras.

Al cabo de algo más de dos años de mandato, Hahl fue nombrado gobernador de todas las posesiones alemanas en Nueva Guinea, las Carolinas y las Marshall. Le sucedió en el cargo el vicegobernador para Pohnpei Víctor Berg, aquel que moriría tras violar la supuesta tumba de Iso Kalakal en las ruinas de Nan Matol.

El 20 de abril de 1905, un tifón asoló Pohnpei y las pequeñas islas de Pingelap y Mokil. Destruyó viviendas y árboles. Abatidos éstos y habiendo volado literalmente frutas y verduras, el hambre amenazaba a la población. Circunstancia que los alemanes aprovecharon hábilmente para chantajear la entrega de las armas que los nativos aún retenían en su poder. Así, ofrecieron cuatro sacos de arroz —cada saco contenía 56 libras del mismo— o 20 latas de salmón y 20 de *corned beef* por cada fusil entregado, y 10 pfennig por cada cartucho. Como resultado de esta campaña, se recuperaron un total de 545 fusiles y 3.998 cartuchos. Mucho más devastadores para la población fueron los efectos del tifón en Pingelap y en Mokil. En 1907, otro tifón volvió a asolar a estas mismas dos islas y también a Ngatik, así como a las islas Mortlock en Truk, especialmente las de Ta y Lukunor. A consecuencia de ello, en 1912, muchos habitantes de estas islas, debido a la incapacidad de éstas de ofrecerles sustento, fueron llevados a Pohnpei, en donde muchos de sus descendientes siguen ocupando hoy en día en la zona occidental de Colonia el barrio de Kapingamarangi.



Muerto el vicegobernador Víctor Berg en 1907, le sucede en abril de 1908 el señor Fritz, quien introdujo un plan con las siguientes innovaciones:

- 1) los terrenos feudales pasan a ser propiedad de sus ocupantes, suspendiéndose los pagos de tributos a los Nanamariki;
- 2) los ocupantes de estos territorios, en compensación, trabajarán anualmente —siempre y cuando fueran hombres útiles entre los 16 y los 25 años— durante quince días y con carácter gratuito en la oficina gubernamental del distrito;
- 3) en compensación se les pagará a los antiguos beneficiarios del feudo una indemnización financiada con el trabajo gratuito establecido en el punto 2;
- 4) los trabajos a efectuar gratuitamente serán aplicados a las tareas de construcción de caminos, puentes y canales, por lo que redundarán en beneficio de toda la comunidad de nativos.

Naturalmente, los Nanamariki se sintieron perjudicados al perder gran parte de sus prerrogativas centenarias sobre el pueblo. Tuvieron que comenzar a labrarse su propio sustento, al perder el derecho que siempre habían ejercido de ser literalmente mantenidos por sus subditos.

Aprovechando todas estas circunstancias, Nanpei seguía su labor de zapa procurando enfrentar a los nativos con los alemanes, y promoviendo la mala imagen de los misioneros católicos. Los primeros conatos de acciones desestabilizadoras se produjeron en 1908 en Matolenim y en Kiti. El motivo último de las mismas era la disputa entre Nanpei y Sau en Kiti. El 15 de agosto de 1908, Fritz pidió ayuda al SMS *Cóndor*, que arribó el 2 de setiembre, desembarcando el 6 del mismo mes 100 policías militares melanesios. Para mayor tranquilidad, arribó el 15 de octubre, un mes después de haber vuelto a zarpar el *Cóndor*, la cañonera SMS *Jaguar*.

En octubre de 1909, Fritz fue destinado a Yap, sucediéndole en su cargo al frente de la isla de Pohnpei el nuevo vicegobernador, Boeder, que procedía de Dar es salam. Boeder acometió la tarea de construcción de carreteras desde la colonia a Dolonier, Kiti y Sokehs. Los nativos no vieron con buenos ojos estos intentos de construcción de carreteras, que fueron el motivo para la grave rebelión de 1910. La actuación de los supervisores de obras alemanes fue la causa esgrimida para la insurrección, cuyo foco estaba centrado en Sokehs al pie del Paipalap. Boeder instauró además la pena de apaleamiento y un traje para presos, lo cual acabó de colmar la paciencia de los nativos, que ya estaba en ebullición. El 18 de octubre de 1910 sería la fecha trágica para los alemanes, con el triunfo popular en la matanza de los ocupantes que culminaría con la muerte de Boeder, rematado en el suelo por el cabecilla rebelde Somatau, tras lo cual los nativos se ensañarían con el cuerpo del representante alemán cortándole una mano y humillando el cadáver hasta límites increíbles. Se reprodujo prácticamente la escena del trágico final del gobernador español Posadillo veintitrés años antes. Los alemanes pidieron urgente ayuda a la delegación de su Gobierno en Nueva Guinea, al tiempo que fortificaron sus posiciones en la colonia. Sucesivamente arribarían refuerzos a partir del 5 de diciembre de 1910, con las respectivas llegadas del *Germania* —que con su anterior arribada el 26 de noviembre había posibilitado el que llegara la noticia de la matanza al centro de Gobierno alemán en Rabaul—, el SMS *Cormorán*, el *Siar*, el SMS *Emden*, el SMS *Nürnberg*, en el que llegaría el 10 de enero de 1911 el sucesor del gobernador asesinado, el doctor Kersting. También se hallaban ya en Pohnpei para aquellas fechas el SMS *Planet* y el mercante *Orion*, encargados estos dos últimos de vigilar y controlar de cerca el canal que separa Sokehs de la isla principal de Pohnpei. Mientras tanto, los sublevados se habían hecho fuertes en lo alto del Paipalap, la gran mole basáltica que domina el puerto. Con los barcos habían llegado numerosos efectivos de soldados melanesios, con lo cual los alemanes pudieron licenciar a los nativos pohnpeyanos no pertenecientes a las tribus de Sokehs, a los cuales habían pedido ayuda en contra de los revoltosos. Con todos estos efectivos en la isla, los alemanes comenzaron a hostigar a los recluidos en lo alto del Paipalap, en Sokehs, tras cuya reducción se inició la persecución de los cabecillas del levantamiento por toda la isla de Pohnpei, con Somatau como máximo responsable y por lo tanto buscado. Las expediciones de castigo alemanas —rodeada la isla por los buques de guerra SMS *Emden*, *Nürnberg*, *Cormorán* y *Planet*— iniciadas el 19 de enero —después de la toma del Paipalap el día 13— culminaron a mediados de febrero. El 11 de este mes se habían entregado todos los

sublevados, excepto una treintena de hombres repartidos en dos grupos, respectivamente capitaneados por Somatau y por el otro gran jefe de la revuelta, Samuel. El 13 de febrero se rindió Somatau con cinco seguidores en las montañas del interior; y el 16 Samuel con los suyos se entregó en Kiti en casa de Nanpei. El 23 de febrero, todos los rebeldes estaban presos, recuperándose con su rendición 21 carabinas «Winchester», 8 fusiles «Remington» y 1.020 cartuchos útiles. El mismo día 23 se celebró el consejo que condenaba a 17 hombres a muerte por fusilamiento y a los restantes a trabajos forzados y a destierro de por vida a las islas Palau. Concretamente a la isla de Anguar, en la que fueron obligados a trabajar sin remuneración para la «Deutsche Südsee-Phosphat-Aktiengesellschaft», en el yacimiento de fosfato en poder de los alemanes en aquella isla. La ejecución tuvo lugar el día 24 de febrero de 1911 en Kumunlai, un antiguo lugar de culto y a la vez cementerio, en el que yacen los «grandes de Sokehs», como a partir de entonces los celebran los pohnpeyanos, en reconocimiento de su heroica lucha por la recuperación de la libertad e independencia de los isleños. Sin participar directamente en esta lucha, Nanpei había estado apoyando permanentemente a los rebeldes de Sokehs. Al dirigirse hacia el lugar de la ejecución, Somatau pidió permiso para dirigir unas palabras a la multitud, solicitud que le fue denegada, mientras que Samuel les dijo a los pohnpeyanos allí presentes, instantes antes de ser fusilado: «Tomad ejemplo y vivid mejor de lo que vivimos nosotros».

Cabe añadir que en la rebelión participó también como cabecilla, siendo ejecutado el 24 de febrero, el marido pohnpeyano de la viuda de Jan Stanislaw Kubary. Las tierras de Sokehs y Palikir fueron confiscadas por los alemanes y repartidas entre los habitantes de las islas Mortlock, Pingelap, Mokil y Ngatik, traídos aquí como consecuencia de la devastación de sus islas a raíz del tifón de 1907 ya comentado. Un nuevo gobernador alemán llegó en este año de 1911, promoviendo el ensayo de nuevos cultivos, como el caucho, el miraguano y el algodón, estimulando a los nativos para la producción de copra, en vistas a su venta a los comerciantes japoneses. También en esta época final de la dominación alemana — ahora ya pacífica— de la isla, los Nanamariki perdieron definitivamente sus derechos sobre las tierras, que fueron adjudicadas a sus usufructuarios, con extensión de los correspondientes títulos de propiedad. Igualmente, cada familia fue obligada a plantar en su terreno cien palmeras cocoteras. Y poco a poco, fueron asimilando el veneno del dinero: con lo cobrado mediante la venta de copra, comenzaron a comprar vestidos, keroseno, tabaco y arroz. Y todas las cosas que jamás habían precisado en su pequeño paraíso.

## ***JAPONESSES***

Navios de guerra japoneses llegaron a la isla el 7 de octubre de 1914. Trajeron marineros armados, que bajaron a tierra, izaron banderas japonesas y entraron en los edificios gubernamentales de los alemanes sin que éstos movieran un dedo para luchar y defender sus posiciones: entregaron sus edificios y casas a los marineros japoneses. Los isleños no entendían nada. No sabían por qué habían llegado los japoneses, y no comprendían por qué los alemanes no luchaban. La explicación es sencilla: en agosto de 1914, Japón le declaraba la guerra a Alemania. Un mes más tarde, Inglaterra —otro de los aliados— se apoderó de Nueva Guinea, hasta entonces en manos de los alemanes. Cuando los alemanes que estaban en Micronesia se enteraron de que Inglaterra había ocupado sus posiciones en Nueva Guinea, comprendieron que Alemania había perdido la guerra del Pacífico. La resistencia, en Pohnpei, carecía de sentido. Los japoneses entraron en Micronesia en setiembre de 1914, cruzándola de este a oeste, ocupando sus islas por este orden: Jaluit el 29 de setiembre, Yap y Pohnpei el 7 de octubre, Truk el 12 de octubre, Saipán el 14 y Palau el 31 de octubre. Las fuerzas de ocupación japonesas del Escuadrón Expedicionario Japonés establecieron el gobierno militar del Cuerpo de Defensa de los mares del sur dependiente de la Marina nipona. Su cuartel general estaba radicado en Dublon, en Truk, y tenía puntos de apoyo en Saipán, Koror, Jaluit y Pohnpei. El gobierno militar se prolongó hasta 1918 de forma provisional, a la espera de que los aliados decidieran qué es lo que había que hacer con Micronesia. Mientras tanto, los marineros nipones enseñaron el japonés a algunos nativos, para poder hablar con los isleños. En principio, no se mezclaron con éstos ni intentaron cambiar sus costumbres. Más adelante, Compañías industriales y comerciales japonesas irían tomando posiciones. La «Nanyo Kohatsu Kajsha» (Compañía de desarrollo de los mares del sur) controlaría gran parte de las explotaciones agrícolas, mientras que la «Nanyo Boeki Kaisha» (Compañía de comercio)

quedaría autorizada para hacerse cargo de todo el grupo de la «Jaluit-Gesellschaft» alemana.

Mientras tanto, lejos de allí, el Japón y Gran Bretaña firmaban un tratado secreto referido a Micronesia. Establecía este tratado que si los aliados ganaban la Primera Guerra Mundial, Japón se quedaría con todas las posesiones alemanas situadas al norte del Ecuador en el océano Pacífico, incluyendo la Micronesia. Este tratado secreto fue dado a conocer durante la conferencia de paz de Versalles en 1919, que, tras la derrota alemana, ponía punto final a la Primera Guerra Mundial. Establecida la Liga de Naciones, que debía decidir qué era lo que se haría con todos los territorios controlados por Alemania con anterioridad a dicha guerra, la Liga adjudicó al Japón un mandato sobre la Micronesia. Dicho mandato establecía que: 1) Japón debía impulsar el bienestar y progreso social del pueblo micronesio; 2) permitir las actividades misionales y el culto en las iglesias; 3) someter a la Liga de Naciones un informe anual; 4) no permitir la esclavitud ni el comercio de armas, municiones ni bebidas alcohólicas; 5) no construir bases militares ni entrenar a los micronesios como soldados. El tratado final fue firmado entre el Japón y la Liga de Naciones a finales de 1920.

Mientras tanto, los micronesios, a los que nadie había solicitado su opinión, irían viendo cómo sus islas se transformaban en colonias japonesas y ellos en ciudadanos japoneses. No tenían, con todo esto, ni la más remota idea de que existía un tratado por el cual pueblos extranjeros acababan de decidir su destino. Los ocupantes anteriores de Pohnpei, o sea españoles y alemanes, no pretendieron nunca cambiar la «micronesidad» de los micronesios, ni imponerles el estilo de vida español ni el alemán, respectivamente. Pero los japoneses se encargaron de que la Micronesia dejara de serlo para convertirse en una extensión del Japón mismo. Y se produjo una verdadera invasión de nipones que se establecieron en las islas. Tantos, que al término del período japonés, había en Micronesia más japoneses que micronesios. Así, si aún en 1920 hubo un total de 3.671 japoneses en Micronesia, nada menos que 84.476 hijos del Imperio del Sol Naciente vivían allí en 1940. A diferencia de españoles y alemanes, que cayeron aquí para administrar las islas, los japoneses vinieron para hacer de ellas su nuevo hogar.

Los marinos nipones comenzaron a abandonar las islas de Micronesia en 1921, y en marzo de 1922 ya no quedaban allí representantes de la Marina de guerra. En julio de 1921 el Gobierno militar había quedado sustituido por uno civil, llamado Gobierno de los mares del Sur (Nanyochocan), con sede central en Koror, en las Palau. Uno de sus seis distritos, con gobernador propio cada uno, correspondía a Pohnpei.

Una de las primeras empresas que acometieron los japoneses fue la construcción de una red de carreteras, así como centrales eléctricas. Luego, campos de aviación, redes telefónicas y telegráficas. También hospitales, en el marco de un amplio y efectivo programa sanitario gratuito para el pueblo micronesio. En el campo educacional, establecieron dos sistemas escolares separados: uno para niños japoneses y otro para micronesios, siguiendo ambos un mismo esquema. Los maestros eran japoneses, con ayudantes micronesios. Dado que en las escuelas japonesas se trataba a todos los niños por igual, sin privilegios de castas, puede decirse que el sistema escolar implantado por el Japón rompió el planteamiento clasista que venía imperando en Pohnpei desde tiempos antiguos. El propósito de la escolarización de los pohnpeyanos era «civilizarlos» y convertirlos en leales ciudadanos del imperio japonés. El día escolar comenzaba con saludos al emperador del Japón y ejercicios físicos. A los alumnos se les impartían clases de japonés, aritmética, canto, artes manuales, ciencias, agricultura y labores domésticas. Sin embargo, para pasar más allá del quinto curso, había que mostrar una habilidad especial y además tener dinero. Pocos fueron los que siguieron estudiando, con lo cual se creó una amplia base de trabajadores y subordinados pohnpeyanos que hablaban japonés, pero escasos nativos que pudieran acceder a puestos más elevados. La ley reguladora de matrimonios permitía que un japonés se casara con una micronesia, pero no que un micronesio casara con japonesa.

También fomentaron los japoneses el uso del dinero, promoviendo al yen como medio para obtener productos, con lo cual lograban que los pohnpeyanos trabajaran duro porque necesitaban los yens para adquirir cosas que los japoneses se encargaron de hacerles ver que existían. Adicionalmente, fomentaron la

admiración hacia aquellos que trabajaban duro en las carreteras y otras obras, y no hacia el miembro de la comunidad que producía el ñame más voluminoso, como había venido siendo la costumbre pohnpeyana. También se impuso su estilo de construcción, así como su cocina, y sus costumbres domésticas, como lo es por ejemplo el descalzarse antes de entrar en casa o la cabaña.

Por otra parte, los japoneses prohibieron los desplazamientos largos y las visitas a familiares que vivían en otras islas.

En 1935, el Japón abandonó la Liga de Naciones. Ésta quiso enviar a una delegación con el fin de efectuar una inspección en Micronesia y averiguar si los japoneses estaban instalando allí bases militares, a cuya inspección se negó el Japón. En los años siguientes, las islas micronesias fueron usadas por los japoneses como área militar cerrada. La administración comenzó a ser controlada por los militares. A finales de 1942, las fuerzas armadas tomaron el gobierno japonés en Micronesia. Ocuparon posiciones clave y actuaban independientemente del Gobierno civil. La vida comenzó a cambiar para los nativos. Muchos tuvieron que ceder sus terrenos para la construcción de campos de aviación e instalaciones de defensa, en cuyos trabajos tuvieron que cooperar. Sus actividades comenzaban a ser vigiladas. Los japoneses controlaban sus actividades religiosas y sus reuniones. Se creó un cuerpo especial de Policía secreta encargada de detectar rumores antijaponeses. Cualquier persona que hablara el inglés era considerada sospechosa de espionaje. En concreto, en Pohnpei se dispuso una vigilancia especial para la familia belga Etscheit, que sigue hoy en día afincada en Colonia. En Pohnpei también, fue fortificado el pequeño islote de Sapwtik, al norte de Colonia, a la entrada del puerto. Los militares trataban a los nativos con rudeza y sin miramientos, e incluso en las regiones en las que escaseaba la comida, comenzaron a circular rumores de que los soldados japoneses estaban dispuestos a degustar a algún que otro micronesio. Estos rumores corrían de familia en familia y el temor comenzó a adueñarse de los infelices nativos. También apareció otro nuevo rumor: que los Estados Unidos estaban dispuestos a invadir Micronesia. El pueblo estaba preparado. Todos sabían correr y cómo protegerse. Pero no tenían forma de controlar al invasor. Lo único que podían hacer era contemplar cómo su casa, su isla, estaba siendo aniquilada por los disparos y las bombas. Cuando llegaron mayores efectivos militares japoneses y comenzó a escasear efectivamente la comida, los nativos tuvieron que ver cómo se les prohibía hacer uso de los alimentos que su propia tierra daba. Se les prohibió comer para que pudieran hacerlo los soldados japoneses. Con lo cual comenzó una época de pillería popular para robarles a los japoneses los alimentos que se habían apropiado. En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, la gente se esforzaba en labrar cuevas y galerías subterráneas junto a sus viviendas, mientras que muchos otros decidieron perderse en las espesuras y los montes del interior. En Pohnpei y especialmente en Colonia nos internamos en diversas de estas galerías labradas en tiempos de los japoneses, varias de las cuales están ubicadas al pie de un barranco desde el que se domina el camino procedente del puerto, debajo de los edificios de la misión católica, y cerca de los pinos canarios que allí plantó una monja española.

Con el ataque japonés de diciembre de 1941 a Pearl Harbor, en Honolulu, en las Hawaii, comenzó la guerra para la Micronesia. Efectivamente, ésta constituía la línea principal de defensa japonesa contra los previstos ataques de los Estados Unidos. La batalla efectiva de las islas comenzó con la victoria americana en Guadalcanal, en 1942. Luego capturarían las Filipinas en 1945, y la campaña finalizaría con la captura de Okinawa en 1945. Las batallas más sangrientas del frente micronesio se dieron en Kwajalein, Peliliu y Saipan, siendo Truk el mayor puerto de la flota japonesa en la zona. Durante 1943 y 1944, las fuerzas americanas se abrieron paso desde las Marshall hasta Tinian y Saipan. El 6 de agosto de 1945 lanzarían la primera bomba atómica en Hiroshima. Tocado de muerte, el Japón capitularía —enfrentado ahora también a la Unión Soviética— el 10 de agosto de 1945.

### ***NORTEAMERICANOS***

Conquistada Pohnpei por la fuerzas americanas, la isla pasó a depender de la Marina estadounidense (US Department of the Navy), que fue encargada por el Gobierno de los Estados Unidos para hacerse cargo

de la administración de la Micronesia. El 18 de julio de 1947, Micronesia pasó a ser territorio en fideicomiso de las islas del Pacífico (TTPI: Trusteeship of the Pacific Islands), siendo autoridad administradora del mismo los Estados Unidos. Éstos firmaron en aquel entonces un acuerdo de régimen de fideicomiso con el Consejo de Fideicomiso de las Naciones Unidas. Los Estados Unidos se comprometieron con ello a impulsar la economía de Micronesia para que en un futuro pudiera alcanzar la autonomía, a impulsar el Gobierno de Micronesia para que en un futuro pudiera acceder al autogobierno, a impulsar el sistema educacional y a impulsar la asistencia sanitaria al pueblo micronesio.

Desde 1945 hasta 1951, el departamento de Marina (US Department of the Navy) gobernó la Micronesia. El 1 de julio de 1951, la administración del territorio en fideicomiso (Trust Territory) pasó a depender del departamento del Interior (US Department of the Interior). En un principio, el cuartel general de la autoridad administradora estaba radicado en Honolulu, Hawai, estando al frente del mismo el High Commissioner (alto comisionado), elegido directamente por el presidente de los Estados Unidos. Este plenipotenciario del Pacífico americano elige a seis personas que le ayudan a gobernar los seis distritos de Micronesia: Palau, Yap, las Marianas, las Marshall, Pohnpei (Ponape) y Truk. A principios de los años 50, el cuartel general de este alto comisionado se traslada a Guam, para hacerlo el 1 de julio de 1962 a Saipan, en las Marianas septentrionales, en donde queda establecido con carácter permanente. El actual alto comisionado es el señor Janet J. McCoy, que con fecha 16 de noviembre de 1984 me escribió una carta para recordarme que estuve investigando sin el correspondiente permiso en Pohnpei, y para dejar constancia escrita de la advertencia que me hacía de que cualquier nueva visita mía a la isla con fines de estudio o investigación deberá contar con el previo permiso oficial en todo caso concedido tras haberse estudiado mi propósito, mi vida y mis circunstancias, además de mis disponibilidades financieras. Sus razones tendrá, pero las mías son otras. Ningún norteamericano ni ningún extranjero tiene autoridad moral para dictarme lo que puedo buscar y lo que debo dejar de buscar en la cultura de un pueblo que nada tiene que ver con los Estados Unidos, por mucho que éstos estén ahora ocupando su isla. En todo caso, puedo entender estas exigencias si proceden de Masao, o de los celadores de Salapwuk, para poner dos ejemplos que han aflorado a las páginas de este libro. Porque ellos sí son herederos y transmisores de su cultura. Pernis Washington ya me indicó lo que podía y lo que no podía hacer en Salapwuk, mientras que Masao, tras advertirme que necesitaba determinado permiso para pisar ciertos sectores de Nan Matol, me diría después de nuestra conversación que el permiso ya lo tenía: «Tú ya puedes ir». Pero era el visto bueno de quien transmite el conocimiento de su pueblo. No el de un intruso. El que las visitas a Pohnpei no les caen excesivamente bien a los norteamericanos, fue algo que ya vimos claro en el aeropuerto de Nueva York.

En 1956, el alto comisionado nombró a cinco micronesios para que le ayudaran en problemas económicos y sociales importantes. Estas cinco personas formaban el Consejo de Micronesia. En 1962, el Consejo de Micronesia le indicó al alto comisionado norteamericano que precisaban una legislatura que cubriera todo el territorio. Las conversaciones se prolongaron durante dos años. Hasta que, en 1964, el secretario del Interior (de los Estados Unidos, *of course*), emitió la orden número 2.882, que establecía el Congreso de Micronesia.

El pueblo de Micronesia eligió a los miembros del citado Congreso, en número total de 33. El Congreso tenía dos Cámaras: el Senado y la Cámara de Representantes. El Senado, cuyos miembros fueron elegidos mediante voto secreto por un período de cuatro años, estuvo presidido en su primera convocatoria, en 1965, por Tosiwo Nakayama, de Truk, quien es el actual presidente de los Estados Federados de Micronesia. El Congreso de Micronesia tenía poder para promulgar las leyes para el pueblo micronesio. Todos los proyectos de ley, sin embargo, se entregaban al alto comisionado. Cuando éste opinaba que era un buen proyecto, lo aprobaba. Pero cuando opinaba que no lo era, lo vetaba. Entonces era devuelto al Congreso. Si tanto el Senado como la Cámara de Representantes votaban entonces el proyecto por una mayoría de dos tercios en ambos casos, el proyecto superaba el veto. Mas, si a pesar de ello, el alto comisionado continuaba vetando el proyecto, éste era remitido al secretario del Interior en los Estados Unidos. Lo cual quiere decir que Washington ejercía el control de las leyes de Micronesia. Por lo cual el pueblo micronesio estaba de hecho legislado por la autoridad administradora americana. En desacuerdo con

ello, el Congreso de Micronesia deseaba gobernarse por sí mismo, no deseando que los americanos les dijeran qué es lo que era bueno y qué era malo para el pueblo micronesio.

Se imponían, pues, las conversaciones con los americanos para concretar en hechos las ansias de cuando menos una mayor aproximación al autogobierno y a la autodeterminación. Con tal fin, el Congreso de Micronesia creó en 1967 una Comisión para el Status Político, que en octubre de 1969 inició en Washington las negociaciones sobre el status político. En 1970, el Congreso de Micronesia le pasó a la Comisión cuatro principios básicos para la negociación con los americanos: 1) El pueblo de Micronesia quiere ser libre y ningún país extranjero debe controlarlo; 2) el pueblo de Micronesia puede escoger entre *a)* la independencia o *b)* el autogobierno dentro de una commonwealth o una asociación libre; 3) el pueblo de Micronesia tiene el derecho de formar su propia constitución; 4) el pueblo de Micronesia tiene el derecho a firmar un convenio con la autoridad administradora.

A partir de ahí, las negociaciones se complicaron. Ambas partes estuvieron de acuerdo en el principio número 1, que proclamaba la soberanía del pueblo micronesio. Pero las dificultades se originaron en el principio número 2, que ofrecía tres opciones: *a)* la independencia, que lograba la libertad para Micronesia con supresión de las ayudas externas; *b)* el autogobierno en forma de commonwealth, con cuya fórmula los micronesios se autogobernarían internamente, pero dejaban en manos de los americanos todos sus asuntos exteriores; *c)* el autogobierno en forma de libre asociación, para lo cual se firmaría un convenio especial entre los Estados Unidos y Micronesia; con esta fórmula, los micronesios se autogobernarían tanto interna como externamente, asumiendo el control sobre su propio país, pero dependiendo de los Estados Unidos en el aspecto de su Defensa. Ambas partes volvieron a estar de acuerdo en el principio número 3, que proclamaba que el pueblo micronesio tenía el derecho a formar su propia constitución, para lo cual el Congreso creó la Ley pública 5-60, en virtud de la cual Micronesia celebraría una convención constitucional. Ésta se reunió en Saipan, en las Marianas, del 12 de julio al 8 de noviembre de 1975, y decidió instaurar un autogobierno para Micronesia. El plebiscito se celebró el 12 de julio de 1978. Como resultado de esta votación popular, se opusieron a la Constitución las Marianas, las Marshall y las Palau, aprobándola en cambio Kusaie (Kosrae), Pohnpei (Ponape), Truk y Yap. Dividida así la Micronesia, las Marianas decidieron formar una commonwealth, separándose del resto de Micronesia para pasar a constituir la Commonwealth of the Northern Marianas (Commonwealth de las Marianas septentrionales). Al tiempo que las Palau se independizaron formando la República de Belau. Y las Marshall también se independizaron para formar la República de las islas Marshall. Mientras que Truk, Pohnpei, Yap y Kusaie, que votaron a favor de la Constitución, instauraron un gobierno acorde con la misma y crearon así los Federated States of Micronesia (Estados Federados de Micronesia).

### ***LOS ESTADOS FEDERADOS DE MICRONESIA***

Estos Estados Federados de Micronesia ocupan en su configuración actual un millón de millas cuadradas del Pacífico occidental, entre 1° latitud Sur y 13½° latitud Norte, y entre los 135° y los 166° longitud Este. La superficie terrestre total es de 271'3 millas cuadradas, de las cuales 133'4 corresponden a Pohnpei.

En este territorio vive una población total de unos 79.000 habitantes, 23.000 de los cuales están radicados en Pohnpei. De éstos, a su vez, 5.600 viven en su capital, Colonia.

La Constitución que este pueblo votó, entró en vigor el 19 de mayo de 1979. Los Estados Federados de Micronesia son desde entonces una democracia constitucional, dividida a nivel interno en tres ramas de gobierno: ejecutiva, legislativa y judicial. Los 14 miembros del Congreso unicameral son elegidos por el pueblo. El presidente y el vicepresidente son elegidos por el Congreso entre sus miembros, cediendo entonces sus escaños. La suprema Corte de Justicia es nombrada por el presidente con la aprobación del Congreso.

Primer presidente de los Estados Federados de Micronesia fue Tosiwo Nakayama, nacido en Truk el

23 de noviembre de 1931 y elegido para dicho cargo el 11 de mayo de 1979. Reelegido para el mismo en 1983, es por lo tanto el actual presidente de los EFM. La sede de su gobierno está radicada en la capital, Colonia (Kolonía en la grafía moderna), en el extremo norte, como vimos, de la isla de Pohnpei, en el Estado de Pohnpei (Ponape en la grafía moderna). Cada uno de los cuatro estados citados que forman los EFM está gobernado por un gobernador, elegido directamente por el pueblo. El primer gobernador de Pohnpei fue Leo A. Falcam, que es el actual director general de Correos de los Estados Federados de Micronesia, siendo su mujer Iris bibliotecaria del Community College of Micronesia, en Colonia, y la vanagloria de ambos el haberle dado en la persona de su hijo Leo A. Falcam, Jr. el primer piloto de combate micronesio a la Marina de los Estados Unidos. El actual gobernador es Resio Moses, nacido en Pohnpei el 31 de agosto de 1944.

El Estado de Pohnpei fue el último de los cuatro en redactar y aprobar el texto de su propia Constitución. El borrador final de la misma fue firmado en Colonia el 5 de febrero de 1984, celebrándose el correspondiente referéndum constitucional el 2 de julio. En la ceremonia de la firma, el Nanamariki de Kiti representó a los líderes tradicionales del Estado. En cuyo contexto estimo interesante en el ámbito de este libro reflejar aquí la resolución relativa a estos líderes inserta en el texto de la Constitución de los Estados Federados de Micronesia:

«Una Resolución relativa a los líderes tradicionales de Micronesia.

»Por cuanto al establecer el gobierno para los nuevos Estados Federados de Micronesia y preparar la gobernación de los diversos estados, surgió la cuestión acerca de la medida en que ello afectaba a los líderes tradicionales de Micronesia. No es la intención de los delegados en la Convención Constitucional micronesia el afectar adversamente ninguna de las relaciones que prevalecen entre los líderes tradicionales y el pueblo de Micronesia, ni el disminuir en ninguna forma el pleno honor y respeto que les corresponden; ahora, por consiguiente,

»La Convención Constitucional micronesia de 1975 resuelve que es consenso de esta Convención que todo el debido honor y respeto continúe siendo otorgado a los líderes tradicionales de Micronesia, y nada en la Constitución de los Estados Federados de Micronesia intenta en ningún modo disminuir el papel y la función de los líderes tradicionales de Micronesia o denegarles el pleno honor y respeto que por derecho les corresponde; y

»Se resuelve además que, con la firma de la Constitución, esta Resolución será incluida en todos los duplicados de la Constitución, de forma que el deseo de los delegados se muestre evidente a todos cuantos lean la Constitución de los Estados Federados de Micronesia».

Finalmente, el 1 de octubre de 1982 se firmó en Honolulu, Hawai, el convenio de libre asociación (Compact of Free Association) entre los Estados Unidos de América y los Estados Federados de Micronesia: libres, dentro de un estricto, total y absoluto control militar norteamericano.

La *History of Ponape (Historia de Pohnpei)* editada en esta isla por Carole L. Mihalko, finaliza con estas palabras, que no deben olvidarse al hablar de sus gentes:

«Somos una nación joven y nueva, pero tenemos un largo pasado con tradiciones plenas de color y de significado. Es emocionante para nosotros mirar hacia el futuro. Tenemos nuestro propio gobierno elegido por y para nuestro propio pueblo. Tenemos mucho que aprender de otros países en el mundo. Pero nuestra historia pasada nos dará la fuerza y la sabiduría necesarias para guiarnos cuando planteemos las respuestas a nuestro futuro».

Pensé en ellas mientras el avión despegaba aquella tarde de un sábado de marzo del aeródromo de Pohnpei. Mientras sobrevolábamos ya el arrecife exterior, eché un último vistazo hacia la derecha, hacia el Sur, allí donde la bruma y la jungla se habían puesto de acuerdo para ocultarnos las ruinas de Nan Matol.

Allí estaban, y, más al suroeste, más allá de los altos montes, Salapwuk se alejaba de la cola del aparato. Existían, pero ocultos. Se adivinaban mas no se veían. Como casi todo, en esta exigente e inteligente isla.

Nos alejábamos veloces del lugar a cuyas inmediaciones, si los cálculos de los magnetólogos soviéticos no fallan, llegará el polo Sur magnético del planeta dentro de más de ochocientos años. Para saludar nuestra despedida del Pacífico, tras veinte horas de standby en el aeropuerto internacional de Honolulu, el Mauna Loa, el mayor volcán activo del mundo, se dignó verter precisamente en aquella noche su más violenta erupción de lava de los últimos 35 años. El impresionante río rojo fue la última imagen que nos trajimos del aire cálido de la noche del Pacífico. En la oscuridad ya cerrada, volaba raudo el aparato y lentos como la lava mis pensamientos.

La historia de Pohnpei es, en cierta forma, un modelo reducido y simplificado de la historia de nuestro planeta. Que aquellos nueve iniciados —que así se llaman puesto que son los que participan del conocimiento del plan de los iniciadores, de aquellos formadores y constructores de nuestra raza de que hablara el Popol Vuh— guiados por un pulpo inteligente hasta una roca en el océano, hayan sembrado en ella el germen de una raza cuyo destino final sea la libertad total de cada uno de sus individuos. Si ellos lo logran, el conjunto humano también tiene esta oportunidad. Pohnpei fue y seguirá siendo para mí un reto importante. El meter las narices en donde no te llaman supone habitualmente el incómodo riesgo de que te las chafen sin previo aviso. El meterte en las cuerdas vocales para escuchar sonidos que los labios no pronuncian supone llegar a saber un poco más de aquello que la inteligencia persigue. El precio suele ser importante pero lo había olvidado. Si la experiencia de Miami activó fibras que no debían haberse tocado, el encuentro con Pohnpei se refleja al pie de la dedicatoria. Acercarme a la cima de mi propia roca supuso cruzar luego un solitario mar de silencio. La búsqueda reaviva su lucha a partir de este instante, a nueve lunas justas del plenilunio de Salapwuk. ¡Kaselehliia, Pohnpei!



# DOCUMENTACIÓN

## BIBLIOGRAFÍA

ABCFM (American Board of Commissioners for Foreign Missions), Letters and journals from the year 1852 on, written by missionaries and others from Ponape: Gulick, Sturges, Doane, Roberts, Pierson, and Snow. Hough-ton Library, Harvard University, Cambridge.

ANÓNIMO, en «American Antiquarian», 21:183-188, 1899.

—, en «Science», Nr. 5 (284), 1885.

—, en «The Friend», Honolulu, setiembre 1, 1850; diciembre 17, 1852; mayo 1853.

—, en «The Hobart Colonial Times», mayo 25, 1827.

—, en «The Puritan Recorder», Boston, vol. 40, N° 38, setiembre 20, 1855, página 149.

—, en «The Sydney Gazette», junio 15, 1827; mayo 15, 1830; noviembre 13, 1830; abril 8, 1834; mayo 8, 1834.

—, *Wreck of Harmony*, «Nautical Magazine», 1838, p. 138. Archivo General, *Actas*, Manil\*.

ARIZALETA, Aniceto, *La iglesia de Lukunor*, «El siglo de las misiones», Año IX, Tomo IX, Burgos, 1922.

ASHBY, Gene, *Ponape: An Island Argosy*, Rainy Day Press, Eugene, Oregón, 1983. ASTEN, A., *Unter deutscher Flagge. Die Kampfe auf Ponape*. Berlín (sin fecha).

ATHENS, J. Stephen, *The Discovery and Archeological Investigation of Nan Madol. Ponape, Eastern Caroline Islands: An Annotated Bibliography*.

Micronesian Archaeological Survey, Report Nr. 3, Saipan, mayo 1981. BAKER, Rollin, H., *The avifauna of Micronesia, its origin, evolution, and distribution*. University of Kansas Publications, Museum of Natural History, volumen 3, n° 1, 1951.

BALLINGER, Bill S., *Lost city of stone. The story of Nan Madol, the «Atlantis» of the Pacific*, Simón and Schuster, Nueva York, 1978.

BASCOM, William Russell, *Ponape: A Pacific Economy in Transilion*. Anthropological Records, vol. 22, University of California, Berkeley and Los Angeles, 1965.

—, *Ponape: The Tradition of Rataliation*, «The Far Eastern Quarterly» 10(1): 56-62, 1950.

—, *Ponapean Prestige Economy*, «Southwestern Journal of Anthropology», vol. 4, pp. 211-221, 1948.

—, *Subsistence Farming in Ponape*. New Zealand Geography, vol. 5, pp. 115-129, 1949.

—, *The Cycle of Empire*. «Scientific Monthly» 70:141-150, 1950.

BENNINGSEN, Rudolf von, *Berichí über seine Reise zum Zwecke der Über-nahine des Inselgebietes der Karaliñen, Palau und Marianen in deutschen Besitz*. «Deutsches Kolonialblatt», XI, S. 100-112. 1900.

BERNART, Luellen, *The book of Luellen*, Translated and edited by John L. Fischer, Saúl H. Riesenber, and Marjorie G. Whiting, Pacific History Series n° 8, University Press of Hawaii, Honolulu, 1977.

BLAVATSKY, Helena Petrovna, *The Secret Doctrine. The Synthesis of Science, Religion and Philosophy*, The Theosophical Publishing House, Adyar, Madras, India, 1888.

BLISS, Theodora Crosby, *Fifty Years in the Island World: A History of the Mission of the American Board*, American Board of Commissioners for Foreign Missions, Boston, 1906.

BRANDT, John H., *Nan-Maial: Ancient Vértice of Micronesia*, «Archaeologia», volumen XV, 2, junio 1962.

BROWN, J. Macmillan, *Peoples and Problems of the Pacific*, T. Fischer Un-ivin Ltd., Londres, 1927.

BROWN, Richard G., *Germany, Spain and the Caroline Islands: 1885-1899*, Ph. D. dissertation, University of

- Southern Mississippi, University Microfilms, Ann Arbor, 1976.
- CABEZA PEREIRO, Anacleto, *Estudio sobre Carolinas. La isla de Ponape; geografía, etnografía, historia, Tipolitografía de Chorré y compañía*, Manila, 1895.
- , *La isla de Ponape*, Conferencia dada en Reunión Ordinaria de la Sociedad Geográfica de Madrid el 24 de noviembre de 1891. «Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid», XXXIV.
- CAMP, Sprague de, and Catherine C. de CAMP, *Citadels of Mystery*, Ballantine Books, Nueva York, 1973.
- CAMPBELL, Dr., *Island of Ascensión*, «The Colonist», Nueva Gales del Sur, volumen 2, n° 78, junio 22, pp. 193-194, 1836.
- CAPUCHINOS, *Crónica Doméstica de los Capuchinos españoles*.
- CLARK, Rev. E. W., *Remarcable Ruins on Ascensión*, «The Friend» 1 (12) páginas 89-90, 1852.
- COCKRUM, Emmett E., *The Emergence of Modern Micronesia*, Ph. D. Dissertation, University of Colorado. University Microfilms, Ann Arbor, 1970.
- COMMUNITY COLLEGE OF MICRONESIA, Students of the, *Never and Aways. Micronesian Stories of the Origins of Islands, Landmarks, and Customs*. Compiled and Edited by Gene Ashby, 2nd. Edition, Rainy Day Press, Eugene, Oregon, 1983.
- , *Some Things of Valué. Micronesian Customs as Seen by Micronesians*. Compiled and Edited by Gene Ashby, 2nd. Edition, Rainy Day Press, Eugene, Oregon, 1983.
- COON, Garitón S., and James M. ANDREWS IV, eds., *Studies in the Anthropology of Oceania and Asia*, Cambridge, MA., Cambridge Museum, 1943.
- COOPER, Cordón, *Dead Cities and Forgotten Tribes*, Philosophical Library, Nueva York, 1952.
- COULTER, John Wesley, *The Pacific Dependencies of the United States*, MacMillan Company, Nueva York, 1957.
- CRAWFORD, David and Leonora, *Missionary Adventures in the South Pacific*, Charles E. Tuttle and Company, Rutland, Vermont, 1967.
- CHAMISSO, Adalbert von, *Reise um die Welt, mit der Romanzoffischen Ent-deckungs-Expedition, in den Jahren 1815-1818*, 1835.
- CHEYNE, Andrew, *A Description of the Islands in the Western Pacific Ocean, North and South of the Equator*, Londres, 1852.
- CHIEF OF NAVAL OPERATIONS, *Civil Affairs Handbook: East Carolina Islands*, US Navy, Washington DC, 1944.
- CHRISTIAN, F. W., *The Caroline Islands: Travel in the Sea of Little Islands*, Methuen, Londres, 1899.
- CHURCHWARD, Colonel James, *The Children of Mu*, 1931.
- , *The Lost Continent of Mu*, 1959.
- DAIBER, Hildegard, *Was ist Wahrheit? Tageblatler eines Manches auf Ponape*. DANIKEN, Erich von, *Meine Welt in Bildern*, Econ, Dusseldorf y Viena, 1973.
- , *Reise nach Kiribaii. Abenleuer zwischen Himmel und Erde*, Econ, Dusseldorf y Viena, 1981. «Das Ausland», XLIII. Jahrgang, 1870 Nr. 27.
- DEHON, Robert, *Man-Matal, Cité du silence*, «Kadath», Chroniques des Civilisations Disparues, N° 45, Printemps 1982, pp. 35-40, Bruselas, 1982.
- DENFELD, Duane, *Survey of World War II Sites and Relicts: Ponape, Eastern Caroline Islands*, Trust Territory Historie Preservation Office, Saipan, 1979.
- DIOLÉ, Phillipe, *4000 Years under the Sea*, Julián Messner, Nueva York. 1966.
- DOANE (ver ABCFM).
- DUPERREY, *Voyage de la Coquille*, París, 1826.
- EAGLESTON, Captain J. H., *Journal of the bark «Perú»* (manuscrito en el Essex Institute, Salem, Massachusetts), 1832-1833.

- EHRlich, Paul Mark, «*The Clothes of Men*»: *Ponape Island and Germán Colonial Rule 1899-1914*, Ph. D. Dissertation, State University of New York at Stony Brook, 1978.
- EMERICK, Richard Gibbs, *Homesteading on Ponape: A Study and Analysis of a Resettlement Program of the United States Trust Territory Government in Micronesia*, Ph. D. Dissertation, University of Pennsylvania, University Microfilms, Ann Arbor, 1960.
- FABER-KAISER, Andreas, *Fuera de control. Crónica extrahumana moderna*, Editorial Planeta, S. A., Barcelona, 1984.
- , *Jesús vivió y murió en Cachemira*, Editorial ATE, Barcelona, 1976.
- , *La caverna de los tesoros*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1984.
- , *Las nubes del engaño. Crónica extrahumana antigua*, Editorial Planeta, S.A., Barcelona, 1984.
- , *¿Sacerdotes o cosmonautas?*, Plaza & Janes Editores, S. A., Barcelona, 1974, y Editorial ATE, Barcelona, 1971. FABER-KAISER, Michael, *Historia de la navegación*, Editorial Planeta, S. A., Barcelona, 1976.
- FINSCH, Otto, *Ethnologische Erfahrungen una Belegstücke aus der Südsee*, Alfred Holder, Viena, 1893.
- , *Über die Bewohner von Ponape*, «Zeitschrift für Ethnologie», XII, p. 301-332, 1880. FISCHER, John L., *Contemporary Ponape Island Lana Tenure*, «Land Tenure Patterns», Trust Territory of the Pacific Islands, vol. 1, Office of the Staff Anthropologist, part 2, pp. 77-160, Guam, 1958.
- , *Unpublished Ponapean Fiela Notes*, 1951-1953.
- (with the assistance of Ann M. Fischer), *The Eastern Carolines*, Behaviour Science Monographs, Pacific Science Monographs, Pacific Science Board, in association with Human Relations Área Files, New Haven, 1957.
- FISQUET, *Rapport du officier de la «Danáide»*, «Annales maritimes et coloniales», enero 1845.
- FORT y ROLDAN, Nicolás, *Anuario Español de 1888*, Año I, Establecimiento tipográfico de Ramón Ángulo, Madrid, 1889.
- FRASER, Captain, *Discovery of William the Fourth Group of Islands, Pacific Ocean*, «Nautical Magazine», vol. 3, p. 74., 1834.
- FRIEDRICHSEN, L., *Die Ruinen von Nanmatal auf der Insel Ponape*, Vortrag, gehalten am 1. Oktober 1874 in der geographischen Gesellschaft in Ham-burg. «Journal des Museum Godeffroy» Nr. 48 a, I (Heft 6). Nach Berichten von Jan Kubary.
- FRITZ, Georg, *Ad majorem Dei gloriam! Die Vorgeschichte des Aufstandes von 1910/1911*, Leipzig, 1912.
- FURNESS, William, *The Island of Stone Money*, J. B. Lippencroft and Co., Filadelfia, 1910.
- GARTZKE, Kapitánleutnant, *Der Aufstand in Ponape und seine Niederwerfung durch S. M. Schiffe Emden, Nürnberg, Cormorán und Planet. Nach amtlichen Berichten zusammengestellt*, «Marine-Rundschau», Heft 6, Berlín, 1911.
- GARVÍN, Paul, and RIESENBERG, Saúl H., *Respect Behavior on Ponape: An Ethnologic Study*. «American Anthropologist», vol. 54. nº 2, pp. 201-220, 1952.
- GIRSCHNER, Dr. Max, *Grammatik der Ponape-Sprache*, «Mitteilungen des Seminars für Orientalische Sprachen zu Berlín», IX, Abt. I, Ostasiatische Studien, Berlín, 1906.
- GLADWIN, Harold Sterling, *Men Out of Asia*, McGraw-Hill, Nueva York, 1947.
- GLASSMAN, Sidney F., *The Flora of Ponape*, Bernice P. Bishop Museum, Bulletin 209. «Glimpses of Micronesia», Glimpses of Guam Inc., Agana, Guam.
- GÓMEZ, Juan Gualberto, *Las islas Carolinas y las Marianas*, Nueva Imprenta y Librería de San José, Madrid, 1885.
- GOUTS, Auguste, *Les lies Carolines, Elude Générale*, París, 1885.
- GOVERNMENT OF JAPAN, *Annual Repon to the League of Nations on the Administration of the South Sea Islands Under Japanese Mándate*, Dupre and Company, París, 1925-1938.
- GOVERNOR'S DESPATCHES TO AND FROM ENGLAND, *Historical Records of Australia*, Series 1, Volume XX, February 1839-September 1840, The Li-brary Committee of the Commonwealth Parliament, Australia, 1924.

- GRAVIERE, Jurien de la, *Voyage en Chine pendant les années 1847-1850*, París, 1864.
- GRESSITT, J. Linsley, *Insects of Micronesia, Introduction*, Bernice P. Bishop Museum, «Insects of Micronesia», vol. 1, 1954.
- GREY, Eve, *Legends of Micronesia*, Books 1 and 2, Micronesian Reader Series, High Commissioner, Trust Territory of the Pacific Islands, Department of Education, Honolulu, 1951.
- GULICK, Addison, *John Thomas Gulick, Evolutionist and Missionary*, Chicago, 1932.
- GULICK, Dr. Luther Halsey, artículo en «The Friend», diciembre 17, 1852.
- , artículo en «The Friend», p. 19, marzo 1853.
- , carta no publicada fechada marzo, 19, 1853, se halla en la Hawaiian Mission Children's Society Library, Honolulu.
- , *The Ruins of Ponape*, extracto en el «Journal of the American Oriental Society», vol. III, p. 495, Nueva York, 1853.
- , artículo en «The Missionary Herald», 1854.
- , artículo en «The Missionary Herald», vol. 53, pp. 41-48, 1857.
- , *The Ruins on Ponape, or Ascension Island of the Pacific Ocean*, «The Friend» 6 (8) pp. 57-60, 1957.
- , *Notes on the Grammar of the Ponape Dialect*, Commercial Advertiser Press, Honolulu, 1858.
- , *The Climate and Productions of Ponape or Ascension Island, One of the Carolines, in the Pacific Ocean*, «American Journal of Science and Arts», Second Series, pp. 34-49, noviembre 1858.
- , *The Fauna of Ponape, or Ascension Island, of the Pacific Ocean*, «The Friend», p. 18, marzo 1858.
- , *The Flora of Ponape, or Ascension Island*, «The Friend», pp. 26-27, abril, 1858.
- , *The Ruins of Ponape, or Ascension Island*, «Journal of the American Geographical and Statistical Society», vol. 1, n° 5, pp. 129-137, 1859.
- , *Lectures on Micronesia*, «The Polynesian», Nov. 17, Nov. 24, Dez. 8, Dec. 22, 1860, and Jan 5, 1861. Reimpreso en «Hawaiian Historical Society 52nd Annual Report for 1943», pp. 7-55, 1944.
- , *Ponape*, «Nautical Magazine», 1862.
- , *Micronesia*, «Nautical Magazine and Naval Chronicle», vol. 31, pp. 169-182, 237-245, 298-308, 358-363, 408-417, 1862.
- , *A Vocabulary of the Ponape Dialect, Ponape-English and English-Ponape, with a grammatical sketch*, New Haven, 1872, y en «Journal of the American Oriental Society», vol. 10, n° 1, pp. 1-109, 1872.
- HAHL, Dr., *Mitteilungen über Sitten und rechtliche Verhältnisse auf Ponape*, «Ethnologisches Notizblatt», Band 2, Heft 2, S. 1-13, 1901.
- , *Peste und Tänze der Eingeborenen von Ponape*, «Ethnologisches Notizblatt», Band 2, Heft 2, S. 95-104, 1902.
- , *Ein Beitrag zur Kenntnis der Umgangssprache von Ponape*, «Mitteilungen des Seminars für orientalische Sprachen», Band I, S. 1-30, 1904. HALE, Horatio, *Ethnology and Philology*, en «United States Exploring Expedition during the Years 1838-1842, under the Command of Charles Wilkes, USN», vol. 6 Sherman, 4th Ed., Filadelfia, 1846. HAMBRUCH, Paul, *Die Ruinen von Ponape*, conferencia en el Anthropologen Kongress, Heidelberg, 1911; impreso en la «Korrespondenzblatt für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte», 1911.
- , *Die Kava auf Ponape*, «Studien und Forschungen zur Menschen— und Volkerkunde», Band 14, S. 107-113, 1917.
- , *Ponape. Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908-1910*, herausgegeben von Dr. G. Thilenius, Hamburgische Wissenschaftliche Stiftung und Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft; Friedrichsen, de Gruyter & Co.m.b.H., Hamburg, 1932 (Band I), 1936 (Band II und III). HANLON, David L., *From Mesenieng to Kolonia: An Archaeological Survey of Historie Kolonia*, Micronesian Archaeological Survey, Report Nr. 5, Sai-pan, agosto 1981.
- HATANAKA, Sachiko, *Culture Change in Micronesia Under the Japanese Administration*; University of Kanagawa, UNESCO Program of Participation, 1974.

- HAWAII ARCHITECTS & ENGINEERS, INC., *Ponape Island, Ponape District. Trust Territory Physical Planning Program, Final Report*, Honolulu, 1968.
- HEMPENSTALL, Peter, *Pacific Islanders Under Germán Rule*, Australian National University Press, Canberra, 1978.
- HERNSHEIM, Franz, *Südsee-Erinnerungen (1875-1880)*, A. Hofman & Co., Berlin, 1884.
- HEZEL, Francis X., S. J., *Foreign Ships in Micronesia: A Compendium of Ship Contacts with the Caroline and Marshall Islands 1521-1885*, Trust Territory Historie Preservation Office, Saipan, 1979.
- , *Spanish Capuchins in the Pacific*, «Micronesian Reporter» 19 (2), pp. 32-40, 1971.
- , *The Role of the Beachcomber in the Carolines*.
- HOMET, Marcel, *Chan Chan, la misteriosa*, Ediciones Martínez Roca, S. A., Barcelona, 1977.
- , *Tras las huellas de los dioses del Sol*, Ediciones Daimon, Barcelona, 1977.
- HOOD, T. H., *Notes of a Cruise in HMS «Fawn» in the Western Pacific in the Year 1862*, Edimburgo, 1863.
- HUTIN, Serge, *Les civilisations inconnues*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1961. «Islands», Continental Air Micronesia Inflight Magazine, Emphasis Inc., Tokio.
- JAMES, Horton, *Notes on the Island of Ascensión, Pacific*, «Nautical Magazine», vol. 4, p. 708, 1835.
- JENCKS, Carol, *Nan Madol*, Ponape: Trust Territory of the Pacific, 1970.
- JOEST, Wilhelm, *Tdtowieren, Narbenzeichnen und Körperbemalen*, Berlin, 1887. JORE, Leonce, *Captain Jules Dudoit, the First French Cónsul in the Hawaiian Islands, 1837-1867, and his Brig-Schooner, the «Clementine»*, «64th Annual Report of the Hawaiian Historical Society», Honolulu, 1953. KAHN, E. J., *A Reporter in Micronesia*, Norton, Nueva York, 1965-1966. KESSING, Félix M., *Native Peoples of the Pacific World*, MacMillan, Nueva York, 1945. KIRCHHOFF, *Umrisse zur Landeskunde der Karolinen*, «Geographische Zeitschrift», 5. Jahrgang. 10. Heft, Leipzig, 1899. KITTLITZ, F. H. von, *Denkwürdigkeiten einer Reise nach dem russischen Amerika, nach Mikronesien und durch Kamtschatka*, Band 2, Gotha, 1858.
- KNIGHT, John B., *A Journal of a Voyage in the Brig «Spy», of Salem (1832-1834)*, pp. 168-207 of «The Sea, the Ship and the Sailor», Publ. n° 7 of the Marine Research Society, Salem, 1925.
- , Letter to S. C. Phillips, dated January 18, 1834, Peabody Museum, Salem, Massachusetts.
- KOLONIALAMT, Deutsches, *Die deutschen Schutzgebiete in Afrika und der Südsee*, E. S. Mittler, Berlin, 1909-1913.
- KOYAMA, E., *Relicts on Nanmatal*, «Dorumen», 1 (3) pp. 30-33, 1932.
- KUBARY, Jan Stanislaw, *Weitere Nachrichten von der Insel Ponape*, «Journal des Museum Godeffroy», Band 3, Teil 8, S. 261-267, Hamburgo, 1874.
- KURZE, G., *Spanisches von den Karolinen*, «Allgemeine Missions Zeitschrift», 15. Band, Gütersloh, 1888.
- LANGDON, Robert, *That She Went: An Interim index to the Pacific Pons and Islands Visited by American Whalers and Traders in the 19th Century*, Australian National University Press, Canberra, 1979.
- LHOTSKY, John, *Ruins of an Ancient Town in one of the South Sea Islands*, «New South Wales Literary, Political and Commercial Advertiser», Sydney, febrero 1835.
- LOPINOT, Reverend Callistus, *The Caroline Mission of the Spanish and Germán Capuchins: 1886-1919*, MARC files, Roma, 1964.
- LUGO, Francisco Aniceto, *Las civilizaciones ignoradas*, Latorre Impresor, Caracas, febrero 1976.
- LÜTKE, Friedrich, *Voyage auíour du monde executé par orare de sa Majesté l'Empereur Nicolaus I". sur la corvetie «Le Sényavine», dans les années 1826, 1827, 1828, et 1829*, 3 vols., París, 1835-1836.
- MAHLMAN, John James, *Reminiscenses of an Ancient Mariner*, Japan Gazette Printing and Publishing Company, Yokohama, 1918.
- MAIGRET, Désiré, *Diary*, manuscrito en Chancery Office, Román Catholic Diocese, Honolulu, 1837-1838.
- , *Motile sur l'lie de l'Ascensión ou Puinipes*, «Lettres des premiers missionaires de la congregation des sacres-coeurs, dite "De Picpus"», pp. 95-101, tome 1"., París, 1839. MARKHAM, Clements Robert, *The Voyages of Pedro Fernández de Quirós, 1595 to 1606*, translated and edited by Sir Clements Markham, Hakluyt Society, 2nd Serie, N° XIV, Londres, 1904. MARSHALL, Mac and Leslie B., *Holy*

and *Unholy Spirits*, «The Journal of Pacific History», 11 (3) 135-166, 1976.

- MCKINNEY, Robert Quentin, *Micronesia Under Germán Rule*, Master's Thesis, Stanford University, 1947.
- MATALENIM PUBLIC SCHOOL, *The Relicts of Ponape and Nanmatal*, Ponape Branch Bureau, Utinomi, 1952 (en japonés).
- MATSUMURA, Akira, *Contributions to the Ethnography of Micronesia*, «Journal of the College of Science», Vol. XL, Article 7, Tokyo Imperial University, 1918. MERRITT, Abraham, *The Moon Pool*, 1919. Versión francesa: *Le gouffre de la Lune*, Éditions J'ai lu, n° 618, París.
- MICHELENA Y ROJAS, Francisco, *Viajes científicos en todo el mundo, desde 1882 hasta 1842*, Madrid, 1843.
- MIGUEL, Gregorio, *Estudio sobre las islas Carolinas*, Madrid, 1887. MIHALKO, Carole L., *History of Ponape*. «Missionary Herald», periódico publicado por el American Board of Commissioners for Foreign Missions, Riverside Press, Cambridge, 1852-1940. MITCHELL, Roger E., *Kuhary, the First Micronesia» Repórter*, «Micronesian Repórter», 3rd Quarter, 1971.
- MOMM, Captain Albert A., *Ponape: Japan's Island in the Eastern Carolines*, informe en Community College of Micronesia Pacific Collection, Kolonia, Pohnpei, 1945. MOOS, Félix and Grant GOODMAN, y otros, *The United States and Japan in the Western Pacific*, University of Kansas, Topeka, 1978. MORRILL, Sibley S., *Ponape, where American Colonialism confronts black magic, five kingdoms, and the mysterious ruins of Man Madol*, Cadleon Press, San Francisco, 1970. MOSS, Frederick J., *Through Atolls and Islands in the Great South Seas*, Sampson, Low, Marston, Searle and Rivington, Londres, 1889. MÜLLER, P. Kilian, O. M. Cap., *Ponape im Sonnenlicht der Öffentlichkeit*, Colonia (Alemania), 1912.
- MURANUSHI, Iwakichi, *Brief Account of Human Remains on Ponape and Relicts of Nanmatal*, «Kagaku Nan'yo» (South Seas Science), 4 (3), pp. 218-225, 1942 (en japonés). «National Union, The», Kolonia, Pohnpei. «Nautical Magazine», informes del capitán Evans del *Albion*, capitán White del *Nimrod*, y Horton James, 1835.
- , informe del capitán Bruce del *Ymogen*, 1838.
- , informe del capitán Blake del HMS *Lame*, 1845.
- , informe sobre el *Falcan*, 1847.
- NAVARRETE, D. Martín Fernández de, *Colección de los viages y descubrimientos, que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV*, tomo V, Expediciones al Maluco, Viages Loaisa y de Saavedra, Madrid, 1837.
- NEZU, Masashi, *Ancient Civilization in the Pacific Área*, Kawade Shobo, Tokio, 1945 (en japonés).
- NOVARA, *Reise der österreichischen Fregatte Novara um die Erde*, Scherzer, 3 Bande, 2 Aufl., 1864-1866.
- O'CONNELL, James F., *A Residence of Eleven Years in New Holland and the Caroline Islands; being the Adventures of James O'Connell*, edited from his verbal narrativo by B. B. Mussey, Boston, 1836.
- OLIVER, Douglas L., *Planning Micronesia's Future*, United States Commercial Company's Survey of Micronesia, 1946.
- , *The Pacific Islands*, The University Press of Hawaii, Honolulu, 1961.
- ONG, *Bericht Campbells über die Ruinen von Ponape in «Hobart Town Cou-rier»; mitgeteüt von Dr. Lhotsky 1835*, «Das Ausland», Nr. 296.
- OSBORNE, Alick, *Notes on the Present State and Prospects of Society in New South Viales, with an Historical, Statistical, and Topographical Account of Manila and Singapore*, Londres, 1833. «Pacific Daily News», Guam. «Pacific Magazine», Honolulu.
- PECKELSHEIM, Freiherr von und zu, *Kriegsbilder aus Ponape*, Union Deutsche Verlagsgesellschaft.
- PIERSON, George (ver ABCFM).
- PLEBISCITE COMMISSION, *Compact of Free Association, and Related Agreements between the Federated States of Micronesia and the United States of America*, Plebiscite Commission, Federated States of Micronesia, Kolonia, octubre 1982. «Ponape Almanac», Instruct. Services Center, Ponape,

1972.

PRICE, Willard, *Japan's Islands of Mystery*, The John Day Company, Nueva York, 1944.

- , *Rip Tide in the South Seas*, William Heinemann, Ltd., Londres, 1936. PURCELL, David C., *Japánese Expansión in the South Pacific: 1890-1935*, Ph. D. Dissertation, University of Pennsylvania, University Microfilms, Ann Arbor, 1967. REHG, Kenneth L., and Damián G. SOHL, *Ponapean-English Dictionary*, Pali Language Texts: Micronesia, The University Press of Hawaii, Honolulu, 1979. REICHSKOLONIALAMT, Deutsches, «Deutsches Kolonialblatt. Amtsblatt für die Schutzgebiete des Deutschen Reichs», E. S. Mittleí und Sohn, Berlín, 1900-1914. REICHSTAG, Deutscher, *Denkschrift über die Entwicklung der deutschen Schutzgebiete in Afrika und in der Südsee*, Stenographische Berichte über die Verhandlungen des Reichstages, J. Sittenfeld, Berlín, 1902-1911. RIBERA, Antonio, *Operación Rapa-Nui. Primera expedición española a la isla de Pascua*, Editorial Pomaire, Barcelona, 1975. RICHARD, Dorothy E., *United States Naval Administration of the Trust Territory of the Pacific Islands*, 3 vols., Office of the Chief of Naval Operations, Washington DC, 1957. RIENZI, M. L.-D. de, *Historia de la Oceanía, quinta parte del mundo*, tomo II, serie «Panorama universal», Imprenta del Fomento, Barcelona, 1846. RIESENBERG, Saúl H., *A Pacific Voyager's Hoax*, «Ethnohistory», vol. 6, nº 3, pp. 238-264, 1959.
- , *Magic and Medicine in Ponape*, «Southwestern Journal of Anthropology», volumen 4, nº. 2, pp. 406-429, 1948.
- , *The Cultural Position of Ponape in Oceania*, Ph. D. Dissertation, University of California, Berkeley, 1950.
- , *The Native Polity of Ponape*, Smithsonian Contributions to Anthropology, Volume 10, Smithsonian Institution Press, Washington DC, 1968. RITTLINGER, Herbert, *Der masslose Ozean*, Paul List Verlag, Munich, 1954.

ROBERTS, Ephraim P. (ver ABCFM).

ROSAMEL, M. JOSEPH de, *Communication des rapports adressés au minis-tère de la Marine par M. de Rosamel, commandant de la Corvette «La Danaïde», qui a visité en 1840 l'Archipel des Carolines*. —, «Port de Metaleline, levé en 1840», mapa, copia del cual se halla en los archivos del Micronesian Área Research Center, University of Guam. SARFERT, Dr. Ernst, *Ausgrabungsftnde von Nan Matol auf Ponape*, «Jahrbuch des Städtischen Museums für Völkerkunde zu Leipzig», Band 5, S. 33-37, Leipzig, 1911-1912. SCHMELTZ, J. D. E., und R. Krause, *Die Ethnographisch-Anthropologische Abteilung des Museum Godeffroy*, L. Friedrichsen & Co., Hamburgo, 1881. SCHURIG, Margarete, *Die Südseetopferei*, Leipzig, 1930. «Sea & Pacific Skipper» (The Magazine for Western Yachtsmen), Los Angeles, California. SHERROD, Robert, *History of Marine Corps Aviation in World War II*, Combat Forces Press, Washington DC, 1952. SHINEBERG, Dorothy, *The Trading Voyages of Andrew Cheyne, 1841-1844*, Australian University National Press, Canberra, 1971.

SITCHIN, Zecharia, *The Twelfth Planet*, 1977. SKOGMAN, *Erdumseglung der königlichen schwedischen Fregatte «Eugenie»*, Band I, Berlín, 1856 SOCIAL STUDIES PROJECT, *Pohnpei Ni Mwehin Kawa = Oid Ponape*, Trust Territory Printing Office, Saipan, 1973.

SOLOMON, Alfonso, *Preservation of Ponapean Culture and Heritage*. SPOEHR, Florence Mann, *White Falcan: The House of Godeffroy and its Commercial and Scientific Role in the Pacific*, Pacific Books, Palo Alto, 1963. STRONG, William E., *The Story of the American Board: An Account of the First Hundred Years of the American Board of Commissioners for Foreign Missions*, Pilgrim Press, Boston, 1910. THILENIUS, G., *Ergebnisse der Südsee-Expedition 1908-1910*, Hamburgische Wissenschaftliche Stiftung und Notgemeinschaft der deutschen Wissenschaft; Friedrichsen, de Gruyter & Co.m.b.H., Hamburgo, 1917-1938. TRUMBULL, Robert, *Paradise in Trust: A Repon on Americans in Micronesia 1946-1958*, William Sloane Associates, Nueva York, 1959. VARIOS AUTORES, *Kiribati. Aspects of History*, Ministry of Education, Training and Culture, Tarawa, 1979. VINCENT, James M., *Micronesia's Yesterday*, Trust Territory Printing Office, Saipan, 1973. VINCENT, Louis-Claude, *Le Paradis perdu de Mu*, 2 vols., Editions de la Source, Marsat, 1969.

WALLESAR, Bishop Salvator, *The Occupation of the Marianas and the Carolines by Japanese* (A letter and several Articles on the Catholic Church in the Caroline Islands 1731-1916), Micronesian Seminar, 1914. WARD, A. Gerard, *American Activities in the Central Pacific: 1790-1870*, The Gregg Press, Ridgewood, Nueva Jersey, 1967. WARREN, James S., *The Morning Star: History of the Children's Missionary Vessel and of the Marquesan and Micronesian Missions*, American Tract Society, Boston, 1860.

WESTWOOD, John, *Island Stories*, North China Herald Office, Shanghai, 1905. WHIPPLE, A. B. C., *Yankee Whalers in the South Seas*, Charles E. Tuttle and Company, Rutland Vermont, 1973. WINN, John D., *Log of the Ship Eliza*, Manuscrito en el Essex Instituto, Salem, Massachusetts, 1833-1835. WOOD, C. F., *A Yachting Cruise in the South Seas*, Henry S. Kirig and Co., Londres, 1875. YANAIHARA, Tadao, *Pacific Islands Under Japanese Mándate*, London and New York, 1940; Greenwood Press, Westport, Connecticut, 1976. YAWATA, Ichiro, *Earthenware of Oceania*, «Zinruigako Zassi», 47 (2), p. 79, 1932 (en japonés).

—, *General Aspects of the Eminent Archaeological Sites in the South Seas*, Appendix in Kotondo Hasebe, *The Past of Our South Seas*, pp. 205-213, Oka Shoin, Tokio, 1931 (en japonés).

—, *Hidden Treasure in the Excavations*, «Dorumen» 1 (1), pp. 15-18, 1932 (en japonés).

—, *Micronesia: Mariana, Palau, and Caroline Islands*, In E. Ishida and S. Izumi, *World Archaeology Outline 15: America-Oceania*, pp. 128-133, Hei-bonsha Co., Tokio, 1959 (en japonés).

—, *On the Megalithic Structures of Kusaie and Ponape*, «Chirigaku Hyoron»,

8 (4), pp. 310-336, 1932 (en japonés). YZENDOORN, Reginald, *History of the Catholic Mission in the Hawaiian Islands*, Honolulu, 1927.

## **AUDIOVISUALES**

FRAZER, Nick, *Ponape — Island of Mystery*, The Solaise Film Group Pty. Ltd., Sydney, 1982.

KIRCHNER, Gottfried, *Südsee-Inseln aus Götterhand*, «Terra-X», Zweites

Deutsches Fernsehen, 17 enero 1982.

NIPPON TV PRODUCTIONS, Tokio.